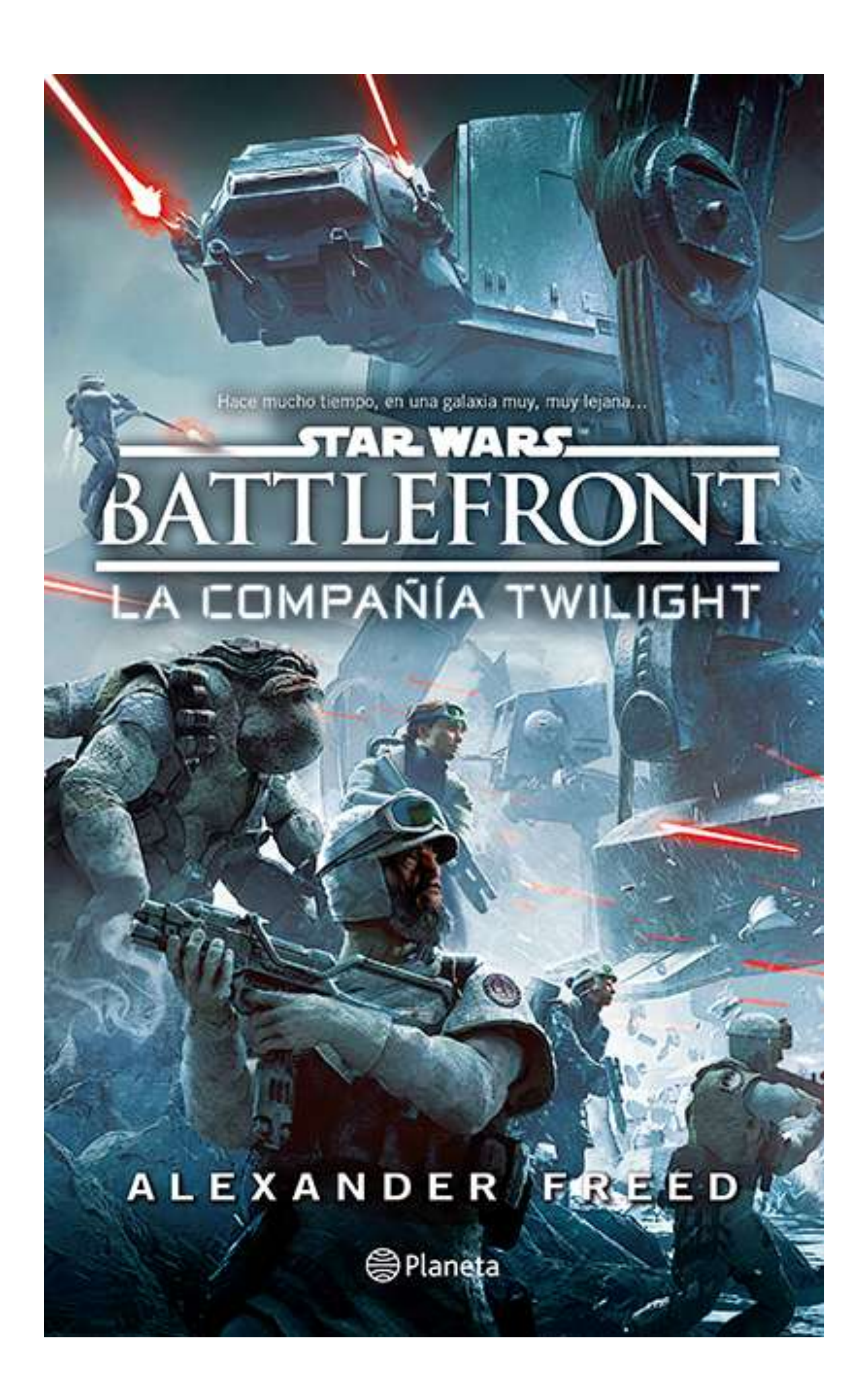

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...
STAR WARS
BATTLEFRONT
LA COMPAÑÍA TWILIGHT
ALEXANDER FREED
Planeta

Los soldados más valientes. Los guerreros más fuertes. Los máximos sobrevivientes.

Entre las estrellas y a través de las vastas extensiones del espacio, la Guerra Civil Galáctica se recrudece. En los campos de batalla de múltiples mundos en el Borde Medio, legiones de Soldados de Asalto despiadados y más que dispuestos a aplastar la resistencia al Imperio donde quiera que surja están librando un combate cercano y brutal contra una armada de luchadores por la libertad. En las calles y callejones de ciudades devastadas, las fuerzas de primera línea de la Alianza Rebelde están llevando la lucha al enemigo, penetrando aún más en el territorio imperial y lidiando con las realidades de la guerra en tierra.

Liderando la lucha están los soldados, hombres y mujeres, humanos e inhumanos, de la 61ª de Infantería Móvil, más conocida como Compañía Twilight. Vapuleados, cansados de la guerra y ferozmente leales entre sí, los miembros de este equipo sobreviven obstinadamente donde otros perecen, siendo el desafío su arma más poderosa contra las más mortíferas probabilidades. Cuando llegan las órdenes de retirarse frente a un enemigo en superioridad de número y potencia de fuego, Twilight obedece con renuencia. Es entonces cuando un aliado improbable cambia radicalmente la ecuación estratégica y da a los guerreros más duros de la Alianza una oportunidad crucial para convertir la retirada en contraofensiva.

Con órdenes o sin ellas, solos y superados en armamento pero inasequibles al desaliento, la Compañía Twilight quita los seguros, carga las armas y se prepara para hacer su maniobra más audaz: combatir en las sucias y salvajes trincheras para realizar un ataque demoledor en el objetivo final: el corazón mismo de la maquinaria militar del Imperio.

STAR WARS

BATTLEFRONT

La compañía Twilight



Alexander Freed



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Battlefront: Twilight Company*

Autor: Alexander Freed

Arte de portada: Aaron McBride

Traducción: Gerardo Hernández Clark

Publicación del original: noviembre 2015

de 6 años antes a 3 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Gale Rodrick

Revisión: El nick del revisor

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

24.03.17

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Susan, porque se lo ganó

AGRADECIMIENTOS

Los libros se escriben en soledad, pero no logran su publicación de la misma manera.

Gracias, primero que nada, a Shelly Shapiro y a Frank Parisi, quienes se aventuraron a encomendarme este proyecto (aunque Frank tuvo el buen tino de huir al lanzar la granada). Trabajar con editores tan atentos y capaces ha sido para mí una experiencia aleccionadora y un privilegio.

Gracias también a Charles Boyd, Dana Kurtin y Jeffrey Visgaitis, quienes me brindaron valiosas opiniones durante el proceso de escritura y me señalaron mis peores sinsentidos. Mi reconocimiento también a todos los escritores de BioWare Austin, quienes me introdujeron al universo Star Wars; en particular a Daniel Erickson, quien ha sido un maravilloso promotor y mentor a lo largo de los años, y a Drew Karpyshyn, cuyo apoyo agradezco infinitamente.

Si bien podría hacer una lista de diez o más autores que influyeron en *Twilight Company*, debo hacer un reconocimiento especial al abuelo de la *space oper*a, E. E. «Doc». Smith, sin quien nada de esto hubiera sido posible. ¡El firmamento está despejado, amantes del espacio!

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

El Imperio Galáctico se resiste a morir. Pese a que la Alianza Rebelde destruyó su terrorífica Estrella de la Muerte, la opresión no se redujo.

Bajo el mando del Emperador y de Darth Vader, un intrépido ejército de stormtroopers perfectamente entrenado castiga cualquier inconformidad y aplasta todo intento de resistencia.

Sin embargo, en planetas como Sullust, Coyerti, Haidoral Prime y muchos otros, las fuerzas rebeldes luchan desde sus trincheras, decididas a mantener la fe en contra de la implacable máquina de guerra imperial.

PARTE I







CAPÍTULO 1

PLANETA CRUCIVAL
Día cuarenta y siete de la insurrección malkhani
Trece años después de las Guerras Clones

Se llamaba Donin y, aunque ese no era el nombre que había recibido al nacer, tenía las escarificaciones que lo demostraban. Las marcas negras y onduladas que los maestros del clan le habían impuesto en ocasión de su reclutamiento cruzaban la piel morena de sus omóplatos y se perdían bajo su chamarra de tela tosca. Era uno de los cuatro regalos que había recibido al unirse al ejército del caudillo Malkhan: su nuevo nombre, las marcas, un cuchillo de sierra y un bláster de partículas que había pertenecido a alguien de otro mundo.

Los maestros le habían asegurado que el bláster era el regalo más valioso de los cuatro. El cuero de la empuñadura estaba desgastado y el rayado cañón mostraba costras de ceniza. Tenía energía suficiente para una docena de disparos abrasadores. A Donin le habían advertido que no desperdiciara ni un solo tiro y que no lo dejara caer si sentía que empezaba a arder en sus manos. Esto sería propio de un niño, no de un miembro oficial del clan.

Se arrodilló al lado de sus hermanas y hermanos nuevos —aún no conocía sus nombres—, tras un muro bajo de piedra que se extendía a lo largo de la cima de la colina. Su complexión, frágil y menuda a causa de su juventud y del hambre, le permitió ocultarse completamente detrás de la barricada; por esa misma razón, lo habían asignado al frente. Al igual que sus escarificaciones y sus armas, esa asignación constituía un privilegio; intentó tenerlo presente cuando empezó a sudar y a temblar.

Volteó a ver a sus compañeros buscando alguna señal de que también estuvieran atemorizados por la inminente batalla. Casi todos eran mayores y más corpulentos que él, y sus armas, también de otros mundos, parecían tan maltratadas y oxidadas como la de Donin. Limpiaban sus cuchillos y murmuraban entre sí. Donin se dijo que moriría por ellos así como ellos morirían por él, en nombre del clan y de su caudillo. Y si *ganaban* esta batalla…

«Si *yo* sobrevivo a la batalla…», se corrigió Donin. La victoria era segura para el caudillo Malkhan; lo único que estaba en duda era el destino particular de Donin.

Si sobrevivía, asistiría a la celebración. Había escuchado historias sobre aquellas festividades, sobre bebederos de agua limpia y brochetas de carne de bantha, sobre sales y salsas de otros continentes, de otros *planetas*. «Me atascaré de comida», pensó, «y dormiré en el campamento del caudillo, seguro». Ya antes había escuchado las celebraciones del clan, escondido en la casa de su padre; aquel alegre griterío que le producía escalofríos fue lo que lo motivó a acercarse a los maestros.

Su padre decía que los malkhanis eran iguales a todas las demás facciones de Crucival, pero se equivocaba. En ninguna otra había festines como aquellos ni tanta alegría al celebrar una victoria. Nadie era tan fuerte como Malkhan ni tenía el conocimiento necesario para obtener aquellos tesoros de tecnología alienígena. El clan de Donin haría de aquel planeta un mejor lugar para vivir.

Algo se escuchó a la distancia, a través del aire saturado de polvo. Un aullido suave al principio, pero que rápidamente se hizo más fuerte. Donin respiró hondo, se enderezó un poco y, con un solo movimiento, apoyó el bláster sobre el muro, tal como le habían enseñado. No alcanzó a ver ningún objetivo. De pronto, un hombre rio a su espalda; una mano enorme se posó sobre su oscuro cabello y giró su cabeza hacia atrás.

—La batalla aún no comienza, muchacho. Es sólo una nave que se dirige a la torre. Si disparas, harás que nos maten a todos.

Desde su nueva perspectiva Donin vio la esfera y los travesaños de una nave alienígena que se recortaba en las nubes. Esta pasó rugiendo hacia la aguja metálica y se esfumó.

Donin se arrodilló de nuevo; la mano que estaba sobre su cabeza lo soltó. Había hecho el ridículo. Se prometió no volver a hacer algo así.

—No veíamos muchas de estas en los Barrancos —murmuró a manera de explicación, no de disculpa.

El hombre que estaba a su espalda gruñó.

—Aquí verás muchas de ellas. Y es en serio eso de no disparar. También evita a toda costa acercarte a la torre. Los alienígenas de blanco no salen mucho, pero si los molestas aunque sea un poco…

—Lo sé —dijo Donin bruscamente. Se giró y alzó la vista hacia el hombre, que aparentemente le cuadruplicaba la edad y tenía los ojos opacos y la piel picada. Parecía mayor que el propio caudillo. Pero eso no significaba que hubiera pertenecido al clan por mucho más tiempo que Donin—. Sé todo sobre ellos. Sus soldados son clones. Los fabrican en serie.

El hombre gesticuló de nuevo, mostrando unos dientes fracturados y amarillos en una aparente sonrisa.

—No me digas. ¿Quién te dijo eso?

—Mi padre —respondió Donin—. Luchó contra ellos. —Señaló el cielo con un gesto de la cabeza, hacia las estrellas, ocultas tras las nubes amarillas y grises—. Hubo una guerra.

—Bueno, tú no vas a luchar contra los clones —dijo el hombre—. Vas a luchar contra esa escoria que la semana pasada se apoderó de la cantera y que quiere arrebatarnos nuestro territorio. ¿Eso es bastante emocionante para ti?

Donin frunció el ceño y lo miró fijamente.

—Estoy aquí para servir al clan —dijo. Se giró hacia el muro. Y mientras asía firmemente el bláster con una mano, con la otra jaló el cuello de su chamarra para mostrarle al hombre sus marcas.

Donin escuchó la risa del hombre y sintió un golpe en la espalda que lo impulsó hacia delante.

—Supongo que sí —dijo el hombre—. Pero no tengas muchas esperanzas. Concéntrate en una batalla a la vez.

Donin asintió con la cabeza, se acomodó la chamarra con un movimiento de los hombros y apretó con más fuerza su bláster. No estaba seguro de qué significaban aquellas palabras. El clan representaba la esperanza para todos.

Al poco rato alguien gritó que el enemigo se acercaba. Quienes estaban hasta el frente se agolparon contra el muro para asomarse. Donin vio unos puntitos que destacaban contra el pasto reseco y amarillo del valle, al pie de la colina. Pronto, aquellos puntos tomaron la forma de decenas de hombres y mujeres. La mayoría sostenía lanzas por encima de sus cabezas a manera de banderines. Sólo unos cuantos llevaban armas de otros mundos, pero esas armas eran del grueso de tres ramas y sus dueños debían cargarlas con ambos brazos.

La primera de esas armas escupió rayos de fuego verde que provocaron un estruendo de gritos. Los rayos pasaron por encima de la pared, y el ejército del caudillo se convirtió en una masa de gritos que Donin no lograba entender. Él sostuvo firmemente su bláster y recordó que no debía desperdiciar disparos.

—¡Viva el caudillo! —exclamó alguien. Y los lamentos se convirtieron en «hurras». El muchacho sonrió y sumó su voz a los gritos de alabanza, al tiempo que un sentimiento cálido recorría su cuerpo.

Ahora su nombre era Donin. Estaba defendiendo su nuevo hogar. Aquellos eran sus hermanas y hermanos; sus fines eran justos y él pertenecería al clan por siempre.



CAPÍTULO 2

PLANETA HAIDORAL PRIME
Día ochenta y cuatro de la retirada del Borde Medio
Nueve años después

Desde el cielo resplandeciente, la lluvia caía sobre Haidoral Prime como una cortina de agua tibia. Olía a vinagre. Se adhería a las curvas de los edificios modulares industriales y a las calles cubiertas de basura, y cubría la piel como una capa de sudor acre. Después de treinta horas estándar, había dejado de ser una novedad para los soldados de la Compañía Twilight.

Tres figuras caminaban lentamente sobre una avenida desierta, bajo un toldo rasgado que chorreaba agua. El hombre delgado y menudo que lideraba al grupo vestía un uniforme gris y desteñido y una armadura que era una mezcolanza de partes sueltas, estarcidas toscamente con el *starbird,* símbolo de la Alianza Rebelde. Su cabello, oscuro y apelmazado, chorreaba bajo su casco con visor, dejando caer hilos de lluvia que se arrastraban sobre su rostro broncíneo.

Se hacía llamar Hazram Namir, aunque en el pasado había usado otros nombres. Maldijo en silencio a los combates urbanos, a Haidoral Prime y a cualesquiera que fueran las leyes de la ciencia atmosférica que estuvieran provocando la lluvia. Pensó en la posibilidad de dormir, pero la idea se estrelló contra un muro de obstinación. Señaló con su rifle, más grueso que su brazo, hacia la siguiente intersección y aceleró el paso.

Provenientes de aquel punto, se escucharon varias descargas de bláster, seguidas de gritos y silencio.

La figura más cercana a Namir, un hombre alto, de pelo cano y cara arrugada por las cicatrices, cruzó la calle dando saltos hasta colocarse en el extremo opuesto. La tercera figura, enorme y que usaba una lona a manera de capa con capucha, permaneció detrás.

El hombre de las cicatrices hizo una señal con la mano. Namir dio vuelta en la esquina y se internó en la calle de la intersección. A unos diez metros de distancia, sobre

la avenida, yacían los cadáveres empapados de varios humanos. Vestían impermeables hechos jirones, prendas ligeras y sandalias; no llevaban armas. Civiles.

«Es una pena», pensó Namir, «pero no es una mala señal». El Imperio no mataba civiles cuando tenía todo bajo control.

—Charmer, ¿echas un vistazo? —Namir señaló los cuerpos. El hombre de las cicatrices avanzó dando zancadas, al tiempo que Namir manipulaba su comunicador—. Sector asegurado —dijo—. ¿Qué sigue?

La respuesta llegó a los audífonos de Namir en medio de la siseante estática. Era algo acerca de operaciones de limpieza. Namir lamentó la falta de un técnico en comunicaciones en su equipo. La última técnica en comunicaciones de la Compañía Twilight había sido una ebria y una misántropa, pero hacía maravillas con los transmisores y solía escribir poesías obscenas con Namir durante las largas noches de aburrimiento. Ella y su estúpido droide habían muerto en el bombardeo de Asyrphus.

—¿Cómo dijo? —preguntó Namir—. ¿Estamos listos para cargar?

Esta vez la respuesta se escuchó con claridad.

—Los equipos de apoyo están empacando alimentos y equipo —dijo la voz—. Si tienes sobrantes de equipo médico, nos vendrían bien en el *Thunderstrike.* De otra manera, diríjanse al punto de encuentro. Sólo faltan unas pocas horas para que lleguen los refuerzos.

—Diles a los equipos de apoyo que esta vez lleven artículos de higiene personal —dijo Namir—. Quienquiera que diga que son un lujo debería oler los cuarteles.

Se escuchó otro estallido de estática y probablemente una risa.

—Se lo diré. Cuídense.

Charmer estaba terminando su revisión de los cuerpos, buscando su pulso o sus identificaciones. Finalmente se levantó, meneando la cabeza en silencio.

—Atrocidad. —La figura descomunal que se cubría con la lona finalmente se había acercado. Tenía una voz profunda y resonante. Dos manos gruesas de cuatro dedos sujetaban la lona alrededor de sus hombros, mientras que con otro par de manos cargaba un enorme cañón bláster a la altura de la cintura—. ¿Cómo alguien nacido de carne es capaz de hacer esto?

Charmer se mordió los labios. Namir encogió los hombros.

—Hasta donde sabemos, podrían haber sido droides de combate.

—Improbable —dijo la figura descomunal—. Aunque así fuera, la responsabilidad sería de la gobernadora. —Se arrodilló al lado de uno de los cadáveres y estiró el brazo para cerrarle los párpados. Sus manos eran tan grandes como la cabeza del hombre.

—Vamos, Gadren —dijo Namir—. Ya habrá quien los encuentre.

Gadren permaneció de rodillas. Charmer iba a decir algo, pero se contuvo. Namir se preguntó si debía insistir, o hasta qué punto.

En ese instante explotó la pared que estaba a su lado, así que dejó de preocuparse por Gadren.

Fragmentos de metal y material aislante, grasa y fuego bombardearon su espalda. De repente, no podía oír ni comprendía cómo había terminado a la mitad de la avenida, entre los cadáveres, con una de sus piernas doblada bajo su cuerpo. Tenía algo viscoso adherido a su barbilla y el visor de su casco estaba roto; conservaba la consciencia suficiente para saber que había tenido suerte de no perder un ojo.

Sintió que se movía de nuevo. Estaba erguido y unas manos —las de Charmer— lo tenían agarrado de los costados, jalándolo hacia atrás. Profirió las maldiciones típicas de su planeta natal, cuando una tormenta de rayos de partículas relumbró entre el fuego y los escombros. Para cuando logró soltarse de Charmer y ponerse trabajosamente de pie, ya había localizado el origen de los rayos.

Cuatro stormtroopers imperiales salían de un callejón que desembocaba en la avenida. Su armadura, pálida como la muerte, brillaba bajo la lluvia, y los visores negros de sus cascos se abrían como pozos. Sus armas relucían, acicaladas y aceitadas, como si el pelotón hubiera salido completamente formado de un molde.

Namir se obligó a despegar la vista del enemigo y notó que estaba de espaldas a una tienda con una vitrina llena de pantallas de video. Alzó su rifle bláster, le disparó a la vitrina y entró a gatas en la tienda, entre los fragmentos de vidrio.

Charmer lo siguió. No podrían refugiarse ahí por mucho tiempo, especialmente si los soldados disparaban otro misil, pero tendrían que conformarse.

—¡Busca una manera de subir! —gritó Namir. Su voz sonaba distante y metálica. No escuchó la tormenta de disparos bláster—. Yo te cubro. —Sin voltear a ver si Charmer había seguido las instrucciones, se dejó caer al piso, al tiempo que los soldados apuntaban hacia la tienda.

Tampoco veía dónde estaba Gadren. Aún así, le ordenó al alienígena que se pusiera en posición, esperando que siguiera vivo y que los comunicadores siguieran funcionando. Se acomodó el rifle bajo la barbilla, disparó dos veces hacia donde estaban los soldados y tuvo como recompensa un momento de paz.

—¡Brand, te necesito aquí, ya! —gritó por el comunicador.

Si alguien respondió, él no pudo escucharlo.

Entonces, miró al stormtrooper que llevaba el lanzamisiles. Estaba recargándolo, lo cual significaba que Namir tenía medio minuto como máximo antes de que la tienda se derrumbara sobre él. Hizo unos pocos disparos y vio cómo otro de los soldados caía al suelo, aunque dudaba que él le hubiera dado. Supuso que, después de todo, Charmer había encontrado una ubicación con una perspectiva ventajosa.

Quedaban tres stormtroopers. Uno estaba alejándose del callejón, mientras el otro permaneció con el artillero para protegerlo. Namir le disparó al que avanzaba por la calle y vio cómo se patinaba y caía al suelo, sobre una de sus rodillas. Entonces sonrió lúgubremente. Sentía cierta satisfacción al ver a un soldado entrenado hacer el ridículo. La gente de Namir lo hacía con bastante frecuencia.

Unos movimientos bruscos llamaron la atención de Namir hacia el artillero. Gadren estaba detrás del soldado, sujetándolo; de pronto, lo sostuvo en lo alto con sus dos pares

de brazos. El soldado manoteaba y el lanzamisiles había caído al suelo. Parecía que la armadura blanca se arrugaba entre las manos del alienígena. La capucha improvisada de Gadren se voló hacia atrás y dejó a la vista su cabeza: una masa café y bulbosa con una enorme boca y coronada por una oscura cresta de hueso; era una especie de ídolo anfibio de pesadilla.

El otro soldado que había permanecido en el callejón se enfrentó a Gadren, quien lo derribó prontamente utilizando el cuerpo de su compañero, para luego aplastarlos a los dos, rugiendo de ira o de aflicción.

Namir confiaba en Gadren tanto como en cualquiera, pero en ocasiones el alienígena lo aterrorizaba.

El último soldado todavía se reincorporó. Namir le disparó hasta que las lenguas de fuego abrieron un agujero fundido y carbonizado en su armadura. Namir, Charmer y Gadren se reunieron alrededor de los cadáveres e hicieron un recuento de sus propias heridas.

Namir estaba recuperando la audición. El daño que había sufrido su casco iba más allá del visor: una resquebrajadura atravesaba toda su extensión. Cuando arrojó el casco al piso descubrió también una cortada superficial en su frente. Charmer estaba quitándole fragmentos de metralla a su chaleco, pero no se quejaba. Gadren temblaba bajo la tibia lluvia.

—¿Y Brand? —preguntó Gadren.

Namir sólo emitió un gruñido.

Charmer soltó su extraña risa parecida al hipo y habló. Balbuceó las palabras dos, tres, cuatro veces, medio tartamudeando, como lo había hecho desde la batalla de Backtar Cyst.

—Si sigues apilando cadáveres de esta forma —dijo—, tendremos el punto más ventajoso de la ciudad.

Señaló con un gesto al último blanco de Namir, que había caído directamente sobre uno de los civiles muertos.

—Estás enfermo, Charmer —le dijo Namir, rodeando sus hombros bruscamente con un brazo—. Te extrañaré cuando te hayan echado.

Detrás de ellos, Gadren gruñó y resopló. Pudo ser una muestra de tristeza, pero Namir prefirió pensar que era de alegría.

* * *

El nombre oficial de la ciudad era Centro Administrativo Uno de Haidoral, pero los lugareños la llamaban Glitter [brillante] por las montañas cristalinas que iluminaban el horizonte. Namir consideraba que, según el Imperio Galáctico, todo aquello cuyo nombre no había sido concebido para inspirar terror —como sus legiones de stormtroopers o sus destructores estelares— debía tener el nombre más insípido posible. Eso a Namir no le

preocupaba, porque él no residía en los planetas ni en las ciudades que recibían esos nombres.

Para cuando su equipo llegó a la plaza central, ya había ahí media docena de pelotones rebeldes. La lluvia se había condensado en una neblina, y las tiendas y toldos no ofrecían mucho refugio; no obstante, hombres y mujeres con armaduras destartaladas se apretujaban en los rincones más secos que podían encontrar, quejándose unos con otros, curándose heridas menores o arreglando el equipo dañado. Las celebraciones de la victoria eran más bien apagadas. Había sido una larga batalla por, apenas, la promesa de un poco de comida fresca.

—Dejen de vanagloriarse y hagan algo de provecho —ladró Namir, casi sin retrasar el paso—. A los equipos de apoyo les vendría bien una ayuda. ¿O creen que el trabajo de ayudantes es indigno de ustedes?

No se dio cuenta de que sus palabras provocaron agitación entre los pelotones. Su atención estaba centrada en una mujer que salía de las sombras de una plataforma para deslizadores. Era alta y de constitución robusta, y vestía unos pantalones gruesos y una abultada chamarra color guinda. Llevaba colgado al hombro un rifle con mira, y la máscara de malla de su armadura estaba retraída sobre su cuello y su barbilla. Su piel mostraba algunas arrugas de envejecimiento y su cabello, tan oscuro como podía ser el de un humano, estaba recortado a rape. Tan pronto como vio a Namir, lo alcanzó y comenzó a atravesar la plaza a su paso.

—¿Se puede saber en dónde estabas? —preguntó Namir.

—Se te escapó el segundo equipo de fuego. Tuve que encargarme de él —respondió Brand.

Namir mantuvo su voz inalterable.

—La próxima vez avísame.

—No quería distraerte.

Namir sonrió.

—Yo también te quiero.

Brand ladeó la cabeza. Si había entendido la broma, y Namir deseaba que sí, no parecía divertida.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—En ocho horas partiremos del sistema —dijo Namir, y se detuvo dándole la espalda a un quiosco derruido. Se recargó contra la estructura metálica y miró hacia la neblina—. A menos que las naves imperiales lleguen antes, o que las fuerzas de la gobernadora se reagrupen. Después de eso, nos repartiremos los suministros con el resto de la fuerza en operación. Probablemente llevemos una o dos naves de escolta para el *Thunderstrike*, antes de que las otras se separen.

—Y le dejaremos este sector al Imperio —dijo Brand.

Para ese momento, Charmer se había alejado y Gadren se había unido a Namir y a Brand.

—Volveremos —dijo Gadren, con gravedad.

—Sí —dijo Namir con una sonrisa de superioridad—. Estaré contando los días para volver.

Supo que aquellas habían sido las palabras equivocadas en el momento equivocado.

Dieciocho meses antes, la Compañía de Infantería Móvil Sesenta y Uno de la Alianza Rebelde, conocida comúnmente como Compañía Twilight, se había sumado a la ofensiva en el Borde Medio galáctico. La operación estaba entre las mayores que la Rebelión hubiera desplegado en contra del Imperio e involucraba a miles de naves espaciales, cientos de grupos de combate y docenas de planetas. Tras la victoria de los rebeldes sobre la devastadora estación de combate Estrella de la Muerte, el alto mando de la Rebelión creyó que era momento de avanzar desde la periferia del territorio imperial hacia sus centros de población.

La Compañía Twilight había luchado en los desiertos manufactureros de Phorsa Gedd y había tomado el palacio ducal de Bamayar. Había establecido puertos para los tanques rebeldes con motores de repulsión y construido bases con lonas y hojas de metal. Namir vio a varios soldados perder extremidades y sobrevivir durante semanas sin el tratamiento adecuado. Entrenó a sus equipos para improvisar bayonetas cuando escaseaban las celdas de energía para bláster. Incendió ciudades y vio al Imperio hacer lo mismo. Y dejó abandonados a sus amigos en planetas deteriorados, sabiendo que jamás volvería a verlos.

La Compañía Twilight luchaba sin cesar, en un planeta tras otro. Había ganado unas batallas y perdido otras; en algún momento Namir dejó de llevar la cuenta. Twilight se mantuvo a la vanguardia de la mayor parte de la armada, hasta que al cabo de nueve meses llegaron nuevas órdenes del alto mando: la flota debía detener su avance porque se había extendido demasiado. Tenía que concretarse a defender los territorios recién tomados.

Poco después comenzó la retirada.

La Compañía Twilight había quedado en la retaguardia de aquel repliegue descomunal. Fue desplegada en planetas que apenas unos meses antes había ayudado a conquistar para evacuar las bases que ella misma había construido. Recogió a los héroes y generales de la Rebelión y les señaló el camino a casa. Marchó sobre las tumbas de sus propios soldados muertos. Algunos miembros de la compañía perdieron las esperanzas. Otros estaban enojados.

Pero ninguno quería regresar.

* * *

Tan pronto como los civiles dejaron sus escondites y salieron a la plaza, empezó el reclutamiento abierto.

El pelotón del Sargento Zab, ese al que Namir había calificado en un momento de ira como «idiotas capaces de hacer explotar una llave hidráulica», había logrado introducir clandestinamente a un droide astromecánico en el centro de vigilancia de la ciudad. Desde ahí, habían accedido al sistema de altavoces y estaban transmitiendo el mensaje

del capitán: la Compañía Twilight pronto se marcharía de Haidoral Prime. Los habitantes de Haidoral que compartieran los ideales de libertad y democracia de la Rebelión podían quedarse a defender sus hogares, o podían alistarse en la compañía para luchar contra el enemigo, para ir a donde la Rebelión hiciera más falta, etcétera.

Cada vez que la compañía necesitaba engrosar sus filas, el capitán grababa un mensaje nuevo, confeccionado a partir de las necesidades y las circunstancias de los habitantes de cada localidad. Sin embargo, a Namir todos los mensajes le sonaban igual.

Técnicamente, los reclutamientos abiertos iban en contra de la política de seguridad de la Alianza Rebelde, pero eran una tradición de la Compañía Twilight. Y el capitán insistía en que siguieran llevándose a cabo. Mientras la Rebelión siguiera enviando la compañía a misiones suicidas y mientras Twilight sobreviviera a estas, la compañía compensaría sus pérdidas con las filas de voluntarios. Siete soldados habían muerto en Haidoral Prime. Namir aún no había visto sus nombres. Twilight necesitaría siete miembros nuevos para compensar aquellas pérdidas y otros más para suplir a los que habían muerto durante las últimas semanas.

Decenas de hombres y mujeres desfilaron hacia la plaza durante una hora. Los anfitriones de Twilight los cacheaban en busca de armas y explosivos ocultos. No todos los que habían acudido querían alistarse: mujeres de pies descalzos y manos callosas les rogaban a los miembros de la compañía que no se fueran; ancianos encorvados les exigían a gritos que se marcharan. Un desorganizado grupo de lugareños expresó su deseo de seguir luchando en Haidoral contra el Imperio; fueron ellos quienes recibieron las pocas armas de las que la compañía podía disponer, junto con encomios vacíos y alusiones a *la causa*.

Los verdaderos aspirantes eran una mezcolanza de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, mimados y desesperados. Namir caminó entre ellos, los miró a los ojos y comunicó sus conclusiones al oficial de reclutamiento. Un hombre barbado y desaliñado tenía la apariencia de un mendigo, pero el porte de un burócrata; Namir lo etiquetó como espía del Imperio. Una mujer de nariz chata buscó con la vista una ruta de escape cuando Namir pasó distraídamente su arma de una mano a otra; «una criminal de poca monta buscando una salida fácil del planeta», pensó él.

El oficial de reclutamiento en funciones aquel día, Hober —un intendente enjuto y achacoso, hábil con la baraja—, se encogió de hombros al escuchar las recomendaciones de Namir.

—Ya conoces las órdenes de Howl.

Namir las conocía. El capitán Evon, quien era llamado «Howl» a sus espaldas, tenía la filosofía de «más vale que sobren y no que falten» en lo relativo al reclutamiento. Él y Namir habían discutido largo y tendido sobre aquella política en particular.

—Mantente alerta —dijo Namir—. Sólo una clase particular de loco querría abordar una nave que está hundiéndose.

Hober resopló y meneó la cabeza.

—Repite eso más fuerte y podremos terminar temprano con esto.

Namir no lo repitió. Un poco de locura no siempre era algo malo. Aun así, necesitaba reclutas a quienes pudiera entrenar, no desertores ni asesinos psicópatas.

La cola avanzaba lentamente. Hober les preguntaba a los reclutas potenciales sobre sus pasatiempos y sus familias tanto como sobre su experiencia en combate. Él era bueno en su trabajo, bueno para determinar quién duraría y quién caería en pánico y provocaría la muerte de un compañero. Namir caminaba de un lado a otro tratando de no interferir; sabía lo que los reclutas estaban sintiendo, sabía que sería más fácil sacarles la verdad si estaban relajados. Él había estado en su posición hacía menos de tres años. Pero, en aquel momento, no era capaz de mostrar interés ni compasión.

Alguien en la fila gritó. Namir volteó y vio a tres lugareños peleando. Dos estaban insultando y golpeando a una tercera, una chica pálida y larguirucha con una franja de cabello rojo. La aparente víctima cayó al suelo cuatro veces en el mismo número de segundos, y se levantó después de cada caída, lista para seguir luchando. No era buena para pelear, pero Namir reconoció su perseverancia.

Él hizo tres disparos que pasaron sobre las cabezas de los tres revoltosos, los cuales quedaron paralizados. La chica del cabello rojo era apenas una adolescente; los otros dos no eran mucho mayores.

—¿Necesito saber qué está pasando aquí? —preguntó Namir. Luego calló a todos con un ademán, antes de que alguien pudiera responder—. Todos estaríamos más felices si la respuesta fuera «no».

Los tres jóvenes negaron con la cabeza.

—Si se pelean en mi nave, los encerraré en un clóset de mantenimiento hasta que mueran de hambre —dijo Namir—. No desperdiciaré cargas de bláster en ustedes. No desperdiciaré oxígeno para echarlos por una exclusa. Morirán lentamente y *no me importará*.

Namir carecía tanto de la crueldad como de la autoridad necesarias para cumplir esa amenaza, pero los reclutas potenciales no lo sabían. Uno de los dos mayores titubeó, se dio la vuelta y se alejó con actitud altiva. Los otros dos bajaron la mirada.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Namir a la chica de cabello rojo.

—Veinte —respondió ella, alzando rápidamente la cara.

Eso era poco creíble, pero no había tiempo para verificarlo. Tampoco sería la primera recluta de dieciséis años en unirse a la Alianza.

Namir volteó hacia Hober y mostró su aprobación con un gesto de cabeza. El viejo intendente parecía escéptico. Namir se preguntó si Hober admitiría a la chica en las filas de la compañía, pero sospechaba que, si lo hacía, sería a regañadientes.

No era que estuviera dispuesto a reclutar a cualquiera, pero en aquellos días la Compañía Twilight no podía darse el lujo de ponerse exigente.

* * *

Tres horas después de iniciado el reclutamiento, se requirió la presencia del pelotón de Namir frente a la mansión de la gobernadora. Aquella fue una distracción bien recibida.

La Compañía Twilight había sitiado la mansión durante el primer día de enfrentamientos. El conjunto de edificios multinivel terminados en cúpulas estaba en las afueras de la ciudad, una ubicación poco práctica, por lo lejos que quedaba del centro del poder imperial, pero tenía una vista impresionante de las montañas cristalinas. Después de la refriega inicial, el capitán Howl había dispuesto a media docena de pelotones rebeldes en su perímetro, a pocos metros de su chamuscada pero íntegra pared exterior. No se había intentado capturar a sus ocupantes; debido a que estos estaban confinados, se consideró que la mansión no tenía importancia estratégica.

Pero la situación había cambiado.

—Un droide de reparación salió por un acceso lateral hace media hora —dijo el Sargento Fektrin—. Supusimos que había sido programado para explotar, pero no fue así. Llevaba una nota manuscrita de un «simpatizante de la Rebelión» que se encuentra en el interior de la mansión.

Namir, Gadren, Charmer y Brand estaban frente a la pared de la mansión. Los otros revisaron su equipo, mientras Namir y Fektrin hablaban. De tanto en tanto, alguna de las ventanas de la mansión se abría, escupía una descarga de rayos rojos de partículas y volvía a cerrarse. El equipo de Fektrin prácticamente los ignoraba.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Namir.

—Que los hombres de la Gobernadora Chalis tienen capturados a varios soldados rebeldes en el interior. Nuestro soplón anónimo, cito: «teme por su seguridad».

Namir escupió y vio cómo su saliva chisporroteaba en el lugar donde habían impactado los rayos.

—Ya saben que hacemos recuento de nuestro personal, ¿no? ¿Creen que somos estúpidos?

—Es lo que le dije a Howl —dijo Fektrin—, más o menos. —Las arrugas de su cara se acentuaron formando una mueca de molestia, y los apéndices que colgaban de sus mejillas y barbilla parecieron enroscarse. Namir consideraba a esos apéndices una especie de barba, pero nunca había preguntado si las mujeres de la especie de Fektrin también los tenían—. Pero al capitán le preocupa que la gobernadora haya tomado como prisioneros a unos lugareños. Quiere que lo verifiquemos. Además… —continuó Fektrin—, si fuera una trampa, ¿qué objeto tendría? Aunque perdiéramos un pelotón ahí, eso no significa que perderíamos la guerra.

Namir miró a Fektrin con todo el escepticismo que pudo reunir.

—Así que la teoría del capitán —dijo— es que puede poner nuestras vidas en riesgo por la remota posibilidad de que salvemos a unos cuantos civiles. —Los apéndices de Fektrin se retorcieron, pero Namir siguió hablando—. ¿Lo entendí bien?

Gadren tenía el ceño fruncido. Fektrin lo tomó con calma. Namir nunca lo había visto sonreír, pero el alienígena se caracterizaba por su humor seco.

—¿Quieres discutirlo con Howl? —preguntó Fektrin.

Namir maldijo y rio amargamente.

—Está bien —dijo al fin—. Pero, si morimos, nos llevaremos entre las patas a la mansión entera.

* * *

Charmer ideó la estrategia del pelotón. Si treparan por la pared o cercaran la puerta, provocarían una respuesta demasiado enérgica; Fektrin estaba preparado para realizar un ataque frontal, pero sólo como último recurso. En vez de eso, Namir, Brand y Charmer subieron al jardín de azotea de una residencia vecina. Sus ocupantes se mostraron más que dispuestos a cooperar después de que Namir le hiciera tres agujeros con el bláster a su droide de vigilancia, y desaparecieron de la vista mientras Charmer instalaba una pistola de rezón magnética en un lecho de flores.

Brand contempló la mansión de la gobernadora a través del visor de su máscara blindada. A su señal, Charmer disparó la pistola y el rezón salió disparado a través de la lluvia, que se había reanudado. Fue a dar contra el muro aledaño a uno de los balcones más bajos de la mansión, se sujetó y tensó el cable. Namir fue el primero en cruzar: se deslizó por el cable y aterrizó con un impacto sobre la piedra mojada.

Charmer fue el siguiente, seguido de Brand. Esta cortó el cable con un cuchillo curvo que sacó de su chamarra. La electricidad de la hoja la hacía zumbar suavemente.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Namir.

—Lo confisqué —dijo Brand.

Namir volteó a ver a Charmer, quien tomó de su cinturón el mango de un bastón eléctrico y lo extendió. Parecía que se rompería en dos al ejercer la mínima fuerza. Se lo pasó a Namir, quien negó con la cabeza, hasta que Charmer presionó el arma contra la palma de su mano.

—Yo tengo mi propio cuchillo —dijo Charmer, tartamudeando—. Tú necesitas algo que te dé una ventaja.

Namir frunció el ceño, pero no alegó. Era verdad que él no tenía el alcance del hombre más alto.

—Vamos a entrar —dijo, después de manipular su comunicador—. Si escuchas gritos, ya sabes lo que tienes que hacer.

La voz profunda de Gadren se mezclaba con la estática.

—Lloraré en sus funerales y, después del luto de rigor, solicitaré un rezón que aguante mi peso. En el futuro podrán salvarse muchas vidas.

—¡Esa es la actitud! —dijo Namir.

Los tres entraron al mismo tiempo a la mansión. Las habitaciones eran oscuras y espaciosas, al estilo imperial, y estaban decoradas con lujosos tapetes y brillantes móviles holográficos que rotaban y vibraban con los movimientos del pelotón. Namir los guio por unas suites interconectadas hasta un corredor alto y estrecho, excavado en el cristal de la montaña. A lo largo de la pared había nichos con bustos y estatuillas de bronce.

La mayoría de los sujetos eran desconocidos para Namir. Casi todos los hombres y mujeres de las estatuillas lucían uniforme militar o togas de gobierno. El busto de un anciano con las mejillas como de cera derretida y el cabello ralo le recordó al Emperador Galáctico; Namir lo había visto en los videos de propaganda rebelde. Un personaje encornado probablemente era el veterano ministro del Emperador. Namir hizo un esfuerzo para recordar su nombre: Mas Amedda.

Charmer y Brand estaban más familiarizados con aquellos personajes. Charmer frunció el ceño al ver a un hombre de mediana edad, cuyos ojos bulbosos y alienígenas yacían en un rostro humano con un grueso collar de metal alrededor del cuello. El collar hacía que el busto pareciera una grotesca planta sembrada en una maceta. Brand se detuvo frente a la recreación de un deforme casco con curvas, ángulos y ojos como de calavera.

—¿Lo conoces? —preguntó Namir.

—Personalmente, no —respondió Brand.

—Darth Vader —dijo Charmer. Esta vez no tartamudeó.

El sicario personal del Emperador Galáctico, perseguidor de la Alianza Rebelde, nacido de las brasas de las Guerras Clones, perpetrador de todos los horrores y atrocidades conocidos por la civilización. O por lo menos eso era lo que decía la gente.

—Okey —susurró Namir—. ¿Podemos continuar?

Para su sorpresa, Brand lo miró fijamente y le habló con un tono de voz grave y sombrío.

—Deberías conocer a estas personas —dijo—. Darth Vader. El General Tulia. El Conde Vidian. Mira sus rostros. Memorízalos a todos.

Namir le mantuvo la mirada a Brand, impávido. Brand no cedió.

—Entiendo —dijo Namir en voz baja—. Los conozco.

—No los conoces —dijo Brand, y empezó a caminar otra vez.

Charmer, tres pasos por delante, les hizo una seña antes de llegar a la escalera que estaba al final del corredor. Tenía dos dedos alzados; movía el pulgar sobre la palma. Había dos guardias posicionados en la parte alta de la escalera; otro patrullaba.

Brand avanzó primero. Namir solía criticarle su falta de sigilo, pero no aquel día, sobre todo porque sus propias botas mojadas chillaban como ratas sobre el piso pulido. Él la siguió, oprimiendo con fuerza el bastón eléctrico que llevaba en la mano; Charmer iba tras él, tan cerca que podía sentir su calor corporal.

Subieron las escaleras. Dos guardias; ninguno llevaba armadura completa. Seguridad local. Brand salió de la boca de la escalera y Namir escuchó el chisporroteo del cuchillo eléctrico al encontrar a su primera víctima. Namir corrió hacia el frente, agachándose, en busca del guardia que hacía la ronda. Charmer sabría despachar al segundo guardia de aquellos.

El centinela que hacía la ronda estaba a menos de cinco metros de distancia. Namir sintió que sus entrañas se estrujaron cuando sus miradas se cruzaron. Era un stormtrooper del Imperio. El soldado todavía estaba girando hacia él; Namir tenía tiempo para cruzar la

distancia que los separaba, pero el bastón eléctrico sería inútil en contra de aquella armadura blanca.

Debió pedirle a Brand su cuchillo cuando tuvo la oportunidad.

Namir arremetió contra el soldado, golpeándolo con el hombro de tal manera que el soldado quedó de cara a la pared. Namir, a espaldas del soldado, se aferró a la fría superficie de la armadura tratando de inmovilizar los brazos del soldado, de evitar que hiciera siquiera un disparo con su bláster. El ruido alertaría a todos en la mansión, y su operación encubierta quedaría expuesta.

El soldado reaccionó de manera rápida, profesional. Lanzó la cabeza hacia atrás, rozando la cabeza de Namir en el área donde el casco que había desechado lo hubiera protegido. Si Namir no hubiese tenido las rodillas flexionadas en ese momento, habría recibido el golpe justo en medio de los ojos. Un instante después, Namir percibió el olor de metal y plastoide fundidos. De pronto, el cuerpo del soldado quedó inerte: Brand estaba retorciendo su cuchillo en el borde del casco.

Namir intentó hacer que el cuerpo del soldado se deslizara suavemente hacia el suelo, pero este se desplomó haciendo más ruido del que hubiera sido deseable. Charmer estaba de pie, en medio de los dos guardias de seguridad, ambos muertos en el piso. Cuando Namir ordenó que continuaran, Brand ya había limpiado su cuchillo.

El mensaje que había alertado a la Compañía Twilight sobre los prisioneros de la gobernadora incluía un croquis de la mansión. Según los cálculos de Namir, el pasillo en el que se encontraban en aquel momento estaba a menos de cincuenta metros de la supuesta ubicación de los prisioneros. Si les habían tendido una emboscada, muy pronto estarían enfrentándola. Namir sintió el peso reconfortante del rifle que llevaba colgado a la espalda, alegrándose por comprobar que no lo había perdido durante el forcejeo. La operación furtiva no duraría mucho más y quería estar preparado.

Charmer se puso a la vanguardia y Namir no lo amonestó. Charmer siempre se las arreglaba para colocarse al frente cuando parecía inminente una emboscada. Namir desconocía el porqué de este comportamiento y nunca se había animado a preguntar. Si la pérdida de su rostro no había logrado que Charmer abandonara ese hábito, seguramente Namir tampoco podría.

Continuaron avanzando a lo largo de un estrecho pasillo hasta llegar a una despensa que olía a cítricos. Namir pensó que el aroma era artificial, pero pronto vio que había frutas, frutas auténticas, almacenadas descuidadamente, igual que el resto de las riquezas inconmensurables de la gobernadora. Aspiró profundamente el aroma y volvió a concentrarse en la operación. Delante de la despensa estaba una cocina pulcra y metálica, llena de droides de largas extremidades recogidos en sus bases de recarga. Charmer se detuvo ante la estrecha puerta que daba acceso al resto de la mansión y encogió los hombros. El mapa indicaba que los prisioneros estaban en la habitación siguiente.

Namir vio cómo Brand se colocaba frente a Charmer, en el borde opuesto de la puerta.

—Si alguien ha estado guardando una bomba cegadora —dijo Namir—, ahora es el momento de decirlo.

Nadie lo hizo.

«Bueno…», pensó Namir, «sin cortina de humo, sin bomba cegadora… Entraremos a la antigua».

Esto no le preocupaba. Esos métodos a la antigua eran los que conocía mejor.

Aseguró el bastón eléctrico a su cinturón y agarró su rifle con ambas manos. Charmer y Brand hicieron lo mismo. Namir hizo un gesto de asentimiento; Charmer oprimió el teclado numérico que controlaba la puerta, y los tres entraron simultáneamente.

Lo que encontraron fue un amplio comedor, o más bien lo que había sido un comedor. Ahora estaba tan atestado de papeles, holoproyectores, mapas y pantallas portátiles, que parecía el interior de la cabeza de un burócrata. En medio de las estaciones de trabajo improvisadas estaba media docena de oficiales del Ejército Imperial, sin sus gorras, con los rostros cansados y los uniformes negros manchados de sudor, quienes estaban tan concentrados en su trabajo que tardaron un segundo en levantar la vista hacia Namir y su equipo. Namir le apuntó al primero que intentó desenfundar su arma, un coronel de nariz afilada que caminaba a lo largo de la mesa del comedor al momento de su llegada, y vio cómo el resto del grupo vacilaba.

Brand y Charmer barrieron la habitación con sus rifles, mientras Namir mantenía los ojos clavados en el coronel.

—Los prisioneros —dijo—. ¿Dónde están?

—¿Cuáles prisioneros? —preguntó el coronel.

Los músculos de Namir se tensaron, pero su voz se mantuvo inalterada.

—Los que capturaste —dijo—. O los que *afirmaste* haber capturado.

—No tengo idea de qué está diciendo —señaló el coronel. Su mano derecha empezó a moverse hacia su cinturón. Namir ladeó la cabeza. El coronel volvió a quedar petrificado.

—Dice la verdad —afirmó una voz cálida que resonó en el comedor. Namir quería voltear hacia la persona que habló, pero, si apartaba la vista del coronel, terminaría muerto. Permaneció con el arma apuntando a su oponente y el cuerpo orientado hacia la voz, confiado en que Brand o Charmer estaban cubriendo el resto de la habitación.

El nuevo hablante tomó forma lentamente en su visión periférica al salir de una de las entradas laterales del comedor: una humana de tez aceitunada, cuyas arrugas incipientes le conferían un aire de dignidad. En su cabello se entretejían el negro, el gris y el blanco; vestía un traje formal y oscuro, ribeteado de rojo y ceñido con botones plateados. Colgado del hombro, llevaba un morral sucio y desgastado que contrastaba con la elegancia de su atuendo y que parecía más propio de un soldado o de un vagabundo.

—Yo soy la prisionera —dijo con voz aburrida y desdeñosa—. El hecho de que el coronel no se haya dado cuenta…

Al decir esto, la mujer dejó que el morral resbalara por su hombro derecho y se desplomara pesadamente en el piso. Cuando el morral cayó, sacó una pistola bláster de su bolsillo izquierdo y continuó hablando con la misma voz monótona:

—… demuestra cuán poca atención pone.

La pistola emitió un destello rojo y el sujeto a quien Namir tenía encañonado cayó sobre la mesa del comedor, con un agujero entre los omóplatos.

Namir no supo quién hizo el siguiente disparo. A cada descarga le seguía otra y luego otra más. Se dejó caer de rodillas y se giró en búsqueda de un objetivo. Vio a un oficial que sostenía algo en las manos —tal vez un arma, tal vez un comunicador— y le disparó. Unos fragmentos de roca cayeron sobre su cabeza: el disparo había dado contra la pared, por encima de su cabeza.

Corrió a refugiarse bajo la mesa. Luego se enderezó, se apoyó sobre la superficie de esta y empezó a disparar salvajemente. Las piernas del coronel asesinado le impedían ver al otro lado de la habitación. Los disparos se espaciaron. Salió rodando de bajo la mesa y soltó una descarga contra la primera figura vestida de negro que vio.

Ya sólo quedaba un oficial más. En un primer momento, Namir no comprendió a qué estaba apuntándole el oficial: el hombre había retrocedido hacia una esquina y tenía su bláster apuntando al piso. Finalmente, Namir vio el bulto que estaba a los pies del oficial: era Charmer, arrodillado en el piso, gimiendo de dolor y oprimiéndose con las manos uno de sus costados a la altura de la cintura.

Namir encañonó con su rifle al oficial, pero la mujer del traje lo mató primero con su bláster. Namir no le prestó atención y corrió hacia Charmer.

Retiró cuidadosamente las manos de Charmer y examinó su cadera. La tela de sus pantalones estaba chamuscada y las fibras se habían fundido con la piel ennegrecida. No era una herida mortal, pero sí dolorosa, y Charmer no sería capaz de salir de ahí por su propio pie.

Namir hizo su mejor esfuerzo por simular una sonrisa.

—Deja de quejarte —dijo—. Ya se cauterizó. ¿También quieres que las vendas se pongan solas?

Charmer soltó una risa ronca y gimió una palabrota.

Mientras Bran revisaba metódicamente todos los accesos al comedor, Namir se puso de pie y volteó hacia la mujer que aseguraba ser la «prisionera». Estaba cerca de la mesa y vertía el agua de una jarra sobre sus manos para limpiarlas, no de sangre, como pensó Namir al principio, sino de algo parecido a barro. Su arma estaba al lado de la jarra.

—¿Quién eres? —preguntó Namir.

La mujer se secó las manos en las caderas; apenas miró a Namir cuando le contestó:

—Me llamo Everi Chalis —dijo—. Gobernadora de Haidoral Prime, embajadora del Consejo Imperial Regente y, por supuesto… —En ese momento sus labios se curvaron hacia arriba, como si recordara una broma privada— artista local en residencia. —Empezó a caminar entre los cadáveres, dándoles empujoncitos con la punta de su bota como para confirmar que estuvieran muertos—. Tal vez fue una exageración declararme «prisionera» —continuó—, pero necesitaba obtener la atención de ustedes. —Cuando llegó a donde estaba el coronel, que seguía espatarrado sobre la mesa, se inclinó, le levantó la cara jalándolo del cabello y escupió en medio de aquellos ojos cegados.

—Me alegra que sea tan cordial con su personal —dijo Namir, lenta y cautelosamente. Cuando Chalis se dio la vuelta, el rifle de Namir estaba apuntando a su pecho.

Ella no pareció alterarse.

—Ellos no eran mi personal —dijo con amargura—. A mis consejeros, mis guardaespaldas, mi chef, se los llevaron hace meses. Estos hombres estaban aquí para vigilarme, por órdenes del Emperador.

Charmer tartamudeó algo; Namir sólo escuchó la palabra «chef». La mirada de Brand pasó de uno de los accesos laterales a Namir y, de este, a la gobernadora.

—Mátala —dijo Brand—. Hazlo por Haidoral.

Namir frunció el ceño. Aquella situación no tenía sentido, pero de repente sintió el peso de los días sin dormir, de las treinta horas continuas de combate.

—¿Por qué quería obtener nuestra atención?

—Gracias a la Rebelión, mis días con el Imperio están contados. —La gobernadora sonrió, pero su voz era mordaz—. Escuché que ustedes están reclutando gente. Quiero unirme a su compañía a cambio de asilo.

Namir apuntó con su rifle. Se preguntó cuántos guardias más habría en la mansión y cuánto faltaría para que aparecieran. Intentó calcular cuánto retrasaría la salida del pelotón la herida de Charmer. No tenía tiempo para ponerse a analizar mentiras.

En ese momento percibió un gorjeo eléctrico y grave, y un destello oscilante de luz azul. Los labios de la gobernadora se abrieron, pero no dijo nada. Sus extremidades se pusieron rígidas y ella cayó al piso a un lado de su morral.

Namir se giró. Frente al acceso más alejado estaba Gadren, sosteniendo con dos de sus manos un arma que apuntaba hacia el lugar donde había estado la gobernadora. Respiraba agitadamente; sus enormes hombros subían y bajaban.

—Perdimos contacto —dijo él—. Pensé que estarían en problemas. Me alegra ver que mi reacción fue exagerada.

Brand contempló a la gobernadora, derribada.

—Todavía respira —dijo—. ¿Por qué usaste el rayo aturdidor?

Gadren se acercó lentamente a Charmer y evaluó sus heridas; luego lo levantó en brazos. Una vez que el hombre de las cicatrices estuvo seguro, Gadren respondió:

—Me preocupaban los prisioneros. No quería matar alguno con un disparo de bláster.

—No hay prisioneros —dijo Brand. Gadren asintió con la cabeza, pero no como señal de que entendiera la situación, sino de que comprendía que no era el momento de hacer preguntas.

Namir se acercó sigilosamente a la gobernadora y revisó el cuerpo. Respiraba con normalidad. No presentaba espasmos, señales de ahogamiento ni ritmo cardiaco irregular. Los rayos aturdidores no eran muy confiables, pero al parecer este había cumplido su propósito. Por lo mismo, la gobernadora seguía siendo un problema que Namir debía resolver.

—Se la llevaremos a Howl… —dijo, haciéndole un gesto a Gadren—, si tienes espacio para uno más. No hace falta que actúes con delicadeza.

Gadren levantó toscamente a la gobernadora del cuello de la ropa y la echó sobre uno de sus hombros, manteniéndola asegurada con una mano. Namir se preguntó si Brand se opondría, pero esta recogió el morral de la gobernadora y dijo:

—Dicen que secuestrar a un funcionario del Imperio es de mala suerte.

Namir no supo si Brand estaba bromeando.

—«Los hombres duros buscan la mala suerte» —replicó él. Era un dicho que había escuchado hacía mucho tiempo, en un planeta más primitivo—. Ahora, ¿podríamos largarnos de este planeta?

Estaba harto de la lluvia. Quería dormir. Quería olvidar los montones de civiles muertos y la opulenta mansión llena de frutas aromáticas y estatuas de asesinos. El ataque a Haidoral Prime no había sido un fracaso, pero había estado colmado de problemas.

Y ahora se estaba llevando a casa uno de esos problemas.



CAPÍTULO 3

PLANETA SULLUST
Día ochenta y cinco de la retirada del Borde Medio

Caía la noche en Pinyumb. La obsidiana del techo de la caverna perdió lentamente su iridiscencia refractada. Las grandes torres de la ciudad, que se alzaban como estalagmitas desde el piso de la caverna, atenuaron sus luces superiores hasta que el domo desapareció en la oscuridad. El azufre amarillo adherido a las paredes de la caverna adquirió un tono pálido y enfermizo. Se escuchó el aleteo de los ángeles de ceniza que regresaban a sus nidos después de buscar alimento.

Y junto con los ángeles de ceniza aparecieron los habitantes de Pinyumb, que volvían de las fábricas de la superficie a bordo de elevadores o lanzaderas, o que salían de sus viviendas para el turno de la noche. Había humanos de piel clara y de piel oscura, sullustanos de piel grisácea y otras especies más raras. Pinyumb era cosmopolita a su manera: quienes estaban dispuestos a trabajar duro eran bienvenidos, todos los demás eran marginados.

Thara Nyende no se detuvo a merodear por las calles ni a pasear a lo largo de los arroyos color turquesa que bordeaban las vías peatonales de Pinyumb, tampoco a buscar rostros conocidos entre los transeúntes. Al igual que los demás, tenía cosas que hacer antes del toque de queda. Sin embargo, sí se dio el tiempo para saludar enérgicamente con un movimiento de cabeza a los stormtroopers apostados en cada lanzadera y en cada intersección. Sólo en dos ocasiones las mujeres o los hombres que permanecían bajo la armadura le devolvieron el saludo.

Thara pasó frente a unos edificios bajos color gris metálico que carecían de letreros, pero que ella conocía bien: un baño público, un hospital, un café. Luego, bajó por un corto tramo de escaleras talladas en la roca de la caverna hasta llegar a una puerta sin señal. Se colgó su bolsa de cuero al hombro y empujó la puerta para entrar. Sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la tenue iluminación de la taberna. No había más de una docena de comensales, casi todos varones y casi todos viejos, sin importar de qué especie

fueran. Eran de hombros anchos y rostro arrugado, fornidos y llenos de cicatrices, debidas a años de trabajo en las instalaciones para procesamiento de minerales de Inyusu Tor. La mayoría estaba apiñada alrededor de una mesa holográfica que proyectaba un evento deportivo de otro planeta, pero el volumen de su conversación ahogaba el sonido de la débil transmisión holográfica.

—¡Tío! —gritó Thara en dirección a la barra—. Vengo a consentirte.

El hombre que apartó la vista de las llaves colocadas tras la barra y que caminó hacia Thara era tan mayor que, más que su tío, parecía su abuelo. Y si su cabello había sido alguna vez tan rubio como el de ella, el color había desaparecido hacía mucho. Él le dio unas palmaditas en la espalda al tiempo que otras cabezas volteaban a verla y unos labios longevos le sonreían.

Las voces de quienes rodeaban la mesa holográfica se atenuaron.

—La única consentida aquí eres tú —dijo el tío de Thara, mientras ella le entregaba la bolsa de cuero—. ¡Trabajas la mitad de lo que nosotros y cobras el doble! Pero veamos qué traes hoy.

Colocó la bolsa sobre una mesa vacía y empezó a hurgar en ella. Primero, sacó un tubo de gel de ocre. El tío de Thara lo examinó dándole vueltas y luego gritó:

—¡Myan! Tengo otro tubo de pomada para quemaduras. ¿Los chicos del dormitorio cuatro todavía lo necesitan?

Thara recordó el accidente de los trabajadores del dormitorio cuatro. Habían sufrido quemaduras graves al romperse unos tubos de vapor en los extractores de magma. Algunos de ellos aún no regresaban al trabajo; pronto serían desalojados de sus viviendas.

Myan, un sullustano diminuto, se acercó cojeando a la mesa. Habló en su lengua natal —demasiado rápido para que Thara lo entendiera a cabalidad, pero, por el tono de voz, parecía agradecido— y se llevó la pomada.

—Buen comienzo —dijo el tío de Thara. Ella le sonrió irónicamente y casi sorprende a su tío devolviéndole la sonrisa. El hombre fue sacando de la bolsa, uno a uno, los donativos de Thara: créditos de comida, tabletas para el resfriado, filtros de máscara para los hombres que trabajaban en los procesadores de mena más profundos. Luego, convocó a sus clientes alrededor de la mesa y distribuyó los regalos. Algunos de ellos estrechaban las manos de Thara, elogiándola a ella y a su familia. Otros se rehusaban a mirarla.

Mientras su tío continuaba repartiendo el contenido de la bolsa, ella se alejó y observó las llaves montadas en la pared, tras la barra. Notó que su tío había estado reparándolas y que había reemplazado una válvula. Había dejado sus herramientas en el piso. Ella las levantó y empezó a trabajar, tal como lo hacía cuando era adolescente.

—Mi hijo me mostró un volante el otro día. Dice que está pensando en unirse.

Thara estaba cerca de la mesa holográfica y podía escuchar los susurros de los trabajadores. No había querido escuchar. No había tenido la intención de escuchar a escondidas, pero tampoco tenía intención de alejarse.

—Después del accidente de las emanaciones de magma, dijo que tal vez el Frente Cobalto tiene razón. Tal vez necesitamos alzar la voz y defendernos.

—El Frente Cobalto de los Trabajadores para la Reforma —dijo otra voz en tono despectivo— es una banda de terroristas. Probablemente fueron ellos mismos quienes causaron el accidente.

Se escucharon murmullos, los presentes asentían con reticencia.

—Las protestas son una cosa. Las revueltas son otra.

Thara enroscó la válvula nueva en su lugar. Según el decreto imperial, los miembros del Frente Cobalto eran terroristas. Thara lamentó que no se hubieran limitado a hablar sobre procedimientos de seguridad y sobre las condiciones laborales en las fábricas, porque, siendo así, quizás hubieran logrado algo.

—¿Y es culpa nuestra? —preguntó el primer hablante—. Yo protegí al mío. No le conté a mi hijo lo que vimos en las Guerras Clones.

—¡Claro que no! —dijo un tercer sujeto, riendo—. Tus hijos jamás habrían dormido si lo hubieras hecho.

El primer hablante continuó:

—Pero así lo sabrían. Comprenderían por qué una paz dura es mejor que… mejor que la alternativa.

—Recen por que la Alianza Rebelde no ponga los ojos en Sullust. Si la situación es difícil ahora…

Thara probó la llave nueva y atrapó en la palma de su mano unas gotas de lago verde y de aroma dulce.

—No —dijo en sullustano un nuevo hablante con voz lenta, ronca e intencionalmente fuerte. Thara reconoció la ronquera característica de los pulmones afectados por las toxinas, un problema cada vez más común entre los trabajadores.

Alguien intentó acallar al nuevo hablante, mientras Thara se enderezaba detrás de la barra. El hombre de la voz ronca, un sullustano de orejas y mejillas caídas, continuó:

—Esto no es paz. Somos esclavos, todos nosotros. Y cada año el Emperador forja cadenas más fuertes.

El tío de Thara caminó apresuradamente hacia la mesa holográfica. Oprimió el brazo del anciano, pero este se apoyó en la mesa y siguió hablando.

—No me importa si me escuchan —dijo bruscamente el anciano—. Nunb dijo la verdad: dimos nuestras vidas a cambio de mil años de oscuridad. ¡El Imperio corre por las venas de nuestros nietos!

El tío de Thara obligó al hombre a sentarse de nuevo. Thara miró en torno a la mesa. Todos los trabajadores la miraban en silencio.

—Regresaré la próxima semana —dijo ella en voz baja—. Si necesitan algo, díganle a mi tío. Haré lo que pueda.

Salió del bar sin que nadie dijera ni una palabra.

Atravesó las calles dando pasos enérgicos, como si pudiera incrustar sus frustraciones en la piedra, exudarlas por las plantas de sus pies. Intentó sacar de su mente lo que había escuchado, concentrarse en las actividades que tenía por delante aquella noche. Ya de por sí iba con retraso al trabajo; no podía estar distraída durante su guardia.

Caminó con paso decidido hacia la puerta de un edificio industrial y miró el ojo mecánico del escáner para que la identificara. Pasó por dos puntos de control más, antes de llegar a su casillero, donde finalmente empezó a relajarse.

Ponerse el uniforme era algo que siempre la tranquilizaba. Había aprendido a vestirse y a colocarse los componentes en menos de un minuto, pero prefería hacerlo lentamente, empezando por quitarse, una a una, las prendas de Thara Nyende de Sullust para guardarlas en el casillero. A continuación, se ponía su nueva piel, un traje negro y grueso que se ceñía solo conforme se lo ponía y que la acaloraba, hasta que el material inteligente se ajustaba a su calor corporal y a la temperatura ambiente.

Introdujo sus pies en las botas blancas de cuero sintético y luego ajustó las grebas de plastoide a las piernas: primero la izquierda, luego la derecha, como lo hacía invariablemente. Los suaves clics y zumbidos del mecanismo demostraban que había colocado las piezas correctamente, y el entallado perfecto le daba una sensación más natural que cualquier cosa que pudiera comprar como civil. Siguió con el cinturón, la concha para la entrepierna y el peto, que al asegurarse al cinturón le daba la sensación de estar completamente vestida.

Seguían las hombreras, los guardabrazos y los guantes. Por lo general, para este momento ya había olvidado todos los problemas cotidianos. A veces notaba que su respiración se estabilizaba y su tensión muscular desaparecía gracias al apoyo de la armadura y el plastoide. Podría colocarse las piezas correspondientes a los brazos con ayuda de un droide o de un colega, pero aquel era su ritual. Le gustaba realizarlo a solas.

Finalmente, el casco.

Lo tomó de su lugar en el casillero y lo colocó sobre su cabeza. Por un breve instante se quedó a oscuras. Luego, el casco de lentes polarizados se acopló con un clic y la pantalla de datos cobró vida con un parpadeo. La función de diagnóstico de objetivos corrió sobre su perspectiva de los vestidores, y las lecturas de niveles de energía y factores ambientales parpadearon en los extremos de su campo de visión.

En un abrir y cerrar de ojos, Thara Nyende había pasado a segundo plano. Una mujer más fuerte, una mejor mujer, había tomado su lugar y estaba lista para el cumplimiento del deber.

Ella era SP-475, de la Legión Noventa y Siete de stormtroopers del Imperio.



CAPÍTULO 4

SECTOR KONTAHR

Día ochenta y cinco de la retirada del Borde Medio

—Ustedes no tienen idea de cómo trabaja el Imperio.

El *Thunderstrike,* transporte militar de la Alianza Rebelde, no había sido diseñado para ser cómodo. Los corredores estaban revestidos de tubos y paneles; sus puertas, forjadas con el pesado duracero, eran voluminosas y difíciles de mover.

A lo largo de los años, la Compañía Twilight desmontó y reconfiguró la antigua corbeta corelliana, dividiendo una y otra vez los pocos espacios abiertos de la nave, hasta que no quedó ni un metro cuadrado sin utilizar.

Por ello, cuando Howl ordenó que llevaran a la prisionera a su bodega-oficina para interrogarla, la reunión fue por fuerza de carácter íntimo. De un lado del frágil escritorio plegable de Howl estaba el propio capitán, flanqueado por el Teniente Sairgon y el Director médico Von Geiz; Sairgon permanecía de pie con su rigidez característica, como un árbol viejo y retorcido, y Von Geiz estaba sentado sobre un proyector holográfico apagado. De frente a Howl y recargada en el respaldo de su silla, con exagerada ecuanimidad, estaba la gobernadora Chalis, sonriendo como una emperatriz. Atrás, Namir vigilaba las manos de la gobernadora, como si esta estuviera a punto de lanzarse sobre el escritorio para estrangular al capitán.

—No lo digo con intención de insultar —continuó Chalis—. Pero, si ustedes creen que Haidoral Prime era algo más que un planeta perdido, están basando sus operaciones sobre premisas sumamente equivocadas. Mi asignación a ese lugar fue un castigo, no una promoción.

Habló suavemente, con una voz en la que se mezclaban la certidumbre y el hastío. Dentro de la seguridad de la nave, su acento coruscano —el de la elite imperial y las transmisiones de propaganda, blanco de las burlas rebeldes— le pareció a Namir exageradamente articulado.

—¿Y a qué se debió el castigo? —preguntó el capitán.

Chalis ladeó la cabeza, como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa.

—Cuando su rebelión empezó a esparcirse por el Borde Medio, el Emperador soltó a sus perros. ¿Supieron de las muertes de Moff Coovern y del Ministro Khemt?

—Trágicos accidentes, según recuerdo —dijo Howl.

—Según mis informantes, ambos murieron a manos de Darth Vader. El Emperador Palpatine juzgó que la destrucción de su Estrella de la Muerte se debió a la incompetencia de los rangos más altos, por eso empezó una matanza selectiva.

—Ha habido otras muertes menos difundidas —añadió ella, encogiendo los hombros—. Conmigo fueron benevolentes, gracias a las aportaciones que hice en el pasado y a que tuve la precaución de no involucrarme demasiado con la estación de combate. El exilio en Haidoral Prime fue de lo mejor que podía esperar, dadas las circunstancias.

Von Geiz observó a Chalis como inspeccionando la piel de su frente.

—¿Y fue entonces cuando decidió desertar? —preguntó.

Namir sospechaba que la presencia de Von Geiz tenía como objetivo conferirle un rostro amable a la compañía. Este había comenzado la reunión revisando a Chalis y preguntándole sobre los efectos secundarios del disparo aturdidor, ante la tolerancia de Howl y la exasperación del Teniente Sairgon. Von Geiz era inteligente y conocía el papel que debía desempeñar: el de un hombre amable, paternal, comprensivo. Pero Chalis prácticamente no miró a nadie más que al capitán.

—No diga tonterías —respondió Chalis—. En Haidoral todavía tuve tiempo para leer, para esculpir… tenía dinero para darme algún lujo de vez en cuando. —Se giró y se agachó para recoger su morral de donde Namir lo había dejado. Él ya había verificado que no contuviera armas, pero aún así lo llevó a la oficina sólo bajo protesta.

A diferencia de Von Geiz, Namir no estaba en el recinto para formular preguntas ni para manipular a la gobernadora. Howl no había dicho nada, por supuesto, pero Namir sabía que estaba ahí para intimidar. La captura de Chalis era todavía un secreto; en su calidad de sargento primero, Namir cumplía el papel del militar de alto rango autorizado para presenciar las asambleas de los directivos y obligado a no hacer nada respecto a ellas.

—Y a propósito de lujos —dijo Chalis—, ustedes han sido más que hospitalarios y yo he sido descortés. —Del morral sacó una botella de vidrio que contenía un líquido translúcido color violeta y estaba cubierta de finas telarañas. Le dio vuelta en sus manos y la puso pesadamente sobre el escritorio. Luego sacó un puñado de frutos amarillos que colocó junto a la botella—. Un regalo de Haidoral para mis anfitriones: *brandy* del lugar e higos autóctonos. Algo para celebrar nuestra nueva relación.

El teniente miró inquisitivamente a Howl. Este tomó una fruta y, sonriendo, empezó a pelarla mientras Chalis destapaba la botella.

—Normalmente, cuando un soldado mete alcohol de contrabando evita compartirlo con el alto mando —dijo Howl, con voz afable.

—Entonces debería considerar los buenos modales en el proceso de selección —replicó Chalis—. ¿Vasos? —Como no había ninguno, Chalis se encogió de hombros y tomó un sorbo directamente de la botella. Cuando apartó el *brandy* de sus labios y lo deslizó sobre el escritorio hacia Howl, ladeó la cabeza para ver a Namir—. Es perfectamente seguro —agregó.

Namir había considerado la posibilidad de que la bebida estuviera envenenada. Se maldijo por ser tan transparente como para que ella lo notara y la maldijo a ella por haber leído sus pensamientos.

Los demás se pasaron la botella de *brandy*. Chalis empezó a comer de la fruta y continuó hablando entre bocados.

—Como dije, el exilio en Haidoral no fue lo peor que pudo pasarme. Pero, entonces, llegaron ustedes a mi planeta y me di cuenta de que estaba acabada.

—Su mansión no era uno de nuestros objetivos.

Chalis rio con amargura.

—No me preocupaba que me mataran unos *rebeldes*. ¿A quién creen que culparían por el fracaso de las defensas de Haidoral? ¿A quién responsabilizarían del asalto a la ciudad y del robo de las reservas imperiales? Yo podría argüir que obré *milagros*, que contuve a los rebeldes con una sola legión de stormtroopers distribuida a lo largo de tres continentes; podría argüir que Haidoral era un blanco obvio desde meses antes de que yo llegara y que hice todo lo que pude para apuntalar sus defensas… Pero a Darth Vader… —continuó Chalis, fijando de nuevo la mirada en Howl, después de pasearla de un lado a otro del recinto; la intensidad de su arenga también empezó a disminuir— no le interesan los argumentos racionales, *razonados.* Mi reputación ya estaba mancillada. Cuando ustedes entraron en órbita, supe que mi vida en el Imperio había terminado.

—Es una lástima que no haya desertado en ese momento —dijo el teniente—. Nos habría evitado bastantes problemas.

Namir contuvo una risa. Howl le dio una mordida a su fruta sin decir nada.

—Hay personas que se la pasan engañándose toda su vida —dijo Chalis—. A mí no me avergüenza tomarme veinticuatro horas para asumir la realidad. Lo que pasó, pasó. Ahora es momento de hablar de nuestro futuro, *juntos*. —Nadie dijo nada. Chalis interpretó ese silencio como una invitación a que continuara—. Ofrezco mi plena cooperación con la Rebelión. A cambio, espero que se reconozca mi valentía al volverme contra nuestros terribles opresores imperiales.

Von Geiz se aclaró la garganta para intervenir, pero Howl habló primero.

—Ya hablaremos de eso —dijo—. Pero, hasta ahora, no hemos escuchado qué es lo que tiene que ofrecer en realidad.

Namir sintió que algo se estrujaba en su pecho, no porque la pregunta fuera inapropiada, sino porque sabía que era lo que Chalis estaba esperando.

—No soy una almirante —dijo inclinándose al frente, con los hombros bajos como si se preparara para abalanzarse—. No estoy aquí para hablarles del algún punto débil en las defensas de una Estrella de la Muerte. Mi conocimiento gira en torno a la sangre del

Imperio: todo lo que corre por sus venas, todo lo que lo nutre. Alimentos, materias primas, mano de obra… Sé por qué un levantamiento de esclavos en Kashyyyk representaría la perdición para los puestos de avanzada ubicados a lo largo de la Falla Kathol y por qué el General Veers no puede darse el lujo de quedarse otra vez sin thorilidio en el Rimma. Conozco el monstruo en el que se ha convertido el Imperio. Entiendo su biología. Cada hiperruta lleva oxígeno a sus extremidades. Yo sé dónde apretar para sofocarlo.

Howl asintió y dio un golpecito en el escritorio con sus nudillos.

—Es una experta en logística.

—Antes de ser gobernadora, ¿a qué se dedicaba? —preguntó en voz baja el teniente—. ¿Administraba campos de trabajos forzados? ¿Privaba de comida a los planetas que no cubrían sus cuotas?

Chalis seguía con la mirada clavada en Howl e inclinada hacia delante. Sonrió al escuchar la pregunta.

—Era asesora. *Asesoraba*. Mi antecesor, el conde Vidian, era a quien le gustaba hacer el trabajo sucio. Yo procuro tener una perspectiva más amplia. Pero, por supuesto, nada de eso tiene importancia, mientras ustedes sigan huyendo. La Rebelión necesita poner tierra de por medio entre su flota y el Borde Medio, ahora que lo abandonaron. De otro modo, se arriesgan a que los aventajen. También puedo aconsejarlos respecto a eso.

En ese momento se movió. Namir no pudo detenerla. Si la oficina hubiera sido de mayor tamaño, si el escritorio no hubiera hecho de barrera, Chalis no habría podido impulsarse e inclinarse hasta colocar su cabeza a un lado de la del capitán. La botella de *brandy* se volcó y cayó al suelo. Namir vio que los labios de Chalis se movían al susurrar algo que no logró escuchar.

Al cabo de un segundo, Namir puso una mano sobre el hombro de ella y la jaló de vuelta a la silla. Chalis reía. Howl permaneció impávido, claramente ileso, reflexionando con los ojos entrecerrados. Von Geiz y el teniente lo contemplaron con amargura y preocupación.

—Creo… —dijo Howl, mientras los dedos de Namir permanecían hundidos en el traje de la gobernadora— que debemos terminar ahora. Todos tenemos mucho en qué pensar. Hablaré con usted más tarde, gobernadora.

Chalis sonrió e hizo una reverencia con la cabeza.

Si el trabajo de Namir había sido proteger al capitán o a la compañía durante la reunión, tenía la certeza de que había fracasado.

* * *

Después de que se distribuyeron entre las tropas las provisiones robadas en Haidoral, el *Thunderstrike* se puso en marcha junto con una aeronave de combate dorneana, llamada *Apailana's Promise.* El *Promise* era compacto, ágil y peligroso; ya había volado con la Compañía Twilight. Su tripulación, conformada por unas cuantas decenas de veteranos

de la Alianza, les debía a los soldados de la compañía más de cincuenta mil créditos, según un cómputo registrado en la puerta de los barracones ubicados a estribor. Asimismo, el *Promise* llevaba un par de cazas X-Wing en su parte inferior. Los soldados tenían la fama de rehusarse a poner un pie a bordo del *Thunderstrike*.

Howl no había dado a conocer la nueva misión de la Compañía Twilight al salir de Haidoral; la tripulación del puente de mando y los oficiales de alto rango mantenían una discreción absoluta respecto al destino de la nave. Y aunque ninguna situación era inédita, en ausencia de información concreta, los rumores tomaban el lugar de los hechos. El equipo técnico analizó el curso del *Thunderstrike* y concluyó que se dirigía al Espacio Salvaje: se sumergiría en lo desconocido para huir cuanto antes del territorio imperial. Los veteranos de la campaña Chargona murmuraban acerca de una última ofensiva en contra de un bloqueo de destructores estelares, en los límites del Borde Medio. Para Namir, era significativo que nadie difundía rumores de una victoria inminente.

En todo caso, el chismorreo era una distracción tan buena como cualquiera para aquellos soldados apretujados en una caja de metal sin nada que hacer más que esperar. Los rumores no habrían molestado a Namir si no fuera por la presencia de los nuevos reclutas: la idea de ir camino a su perdición no fomentaba la concentración de los novatos.

La Compañía Twilight había enrolado a veintiocho voluntarios de Haidoral Prime. Era una buena cosecha, aunque una tercera parte no eran combatientes; trabajarían como médicos, técnicos o tripulación para el *Thunderstrike,* y no eran problema de Namir. A los otros tendría que ponerlos a prueba repetidamente antes de asignarlos a los pelotones. En su calidad de sargento primero, Namir tenía este privilegio, lo cual le resultaba muy placentero.

—¿Ya todos saben cómo usar un bláster? —preguntó, después de entrar con paso decidido al comedor, donde había convocado a los nuevos reclutas. Llevaba colgado del hombro un rifle cargado a su máxima capacidad.

Los diecinueve reclutas ahí reunidos estaban sentados en torno a las mesas de acero; no había nadie más en el comedor. Los hombres y mujeres se miraron unos a otros y asintieron nerviosamente a la pregunta de Namir.

—Bien —continuó Namir—. No estoy aquí para apapacharlos. Busquen algún amigo que los lleve al área de prácticas de tiro, aprendan a usar el DLT-20A. Un rifle no es lo mismo que una pistola. El culatazo es más fuerte y puede chamuscarles la cara si lo sostienen demasiado cerca. Los modelos veinte tienen dos modalidades extra, pero no quiero que anden disparando a lo loco sin antes aprender a dar en el blanco. —Mientras decía esto, alzó su rifle con una mano y con la otra desacopló la celda de energía. Era un movimiento que realizaba de manera automática, así que tuvo que esforzarse para hacerlo lentamente, en atención a su público—. Consigan la recomendación de uno de los soldados de la compañía: alguien que me diga que ustedes ya dominan lo básico. Eso es todo lo que necesito.

Todos asintieron nerviosamente otra vez. Namir caminó enérgicamente hacia una de las mesas ocupadas, puso el rifle encima y lo giró en dirección a los reclutas que estaban en el extremo opuesto.

—Pero no todo se reduce a saber disparar. Si no logran que alguno de mis soldados les confíe su vida, no me importa lo buen tiradores que sean ni qué calificaciones hayan sacado en la Academia Dirtrag. Nadie pone un pie en un planeta, mientras alguien no le dé el visto bueno. Si les da pena acercarse a alguien para hacer equipo, no hay problema: vengan conmigo, yo les asignaré un compañero.

Ya había dado aquel discurso más de diez veces. Al principio intentó entrenar personalmente a cada uno de los reclutas. Era una idea arrogante y tonta —señal de que no había aprendido a confiar en la capacidad de los veteranos de la compañía—; le gustaba pensar que ya la había dejado atrás. Cruzó el comedor haciendo contacto visual con todos los reclutas y finalmente mostró media sonrisa.

—Y algo más: es muy probable que sean asignados al mismo pelotón de la persona que les dé el visto bueno. Procuren elegir a alguien a quien no quieran estrangular.

Risas nerviosas. Eso era bueno: significaba que estaban prestándole atención. O por lo menos la mayoría.

En la esquina de una de las mesas estaba la chica pelirroja a la que Namir había visto pelear en la plaza de Haidoral. Permanecía con la vista clavada en la pared y las manos temblando sobre la mesa. Namir la rodeó y le dio una palmada en el hombro. Ella encogió violentamente el cuerpo; parecía lista para saltar y soltar un puñetazo. Que no fuera tan tonta como para hacerlo era un punto a su favor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

La chica se recorrió en su asiento hasta que pudo alzar la cara y mirarlo a los ojos.

—Roach —respondió. Namir la contempló. Su mandíbula estaba quieta; ya no mostraba aquel tic.

—¿Así quieres que te llamemos? —preguntó él.

—Sí.

Namir rio más fuerte de lo que hubiera querido.

—Otro consejo —dijo en voz alta, dirigiéndose a todos—. Si en su planeta tienen amigos a los que quieran proteger o si simplemente quieren empezar de cero, ahora es un buen momento para asumir una nueva identidad. Aquí a nadie le importa quiénes hayan sido, pero una vez que nos hayan hecho aprender su nombre, más les vale que lo mantengan.

«Por lo menos no es otra Leia».

La mitad de los nuevos reclutas tomaba el nombre de algún héroe rebelde, aunque más temprano que tarde sus compañeros los rebautizaban. La mayor parte moría al poco tiempo, víctima de su propio entusiasmo.

Namir volvió a dirigirse a la chica.

—Roach —dijo—. Dime algo: ¿ya leíste tu guía de campo, el *Libro blanco*?

Roach alzó la vista y lo miró a los ojos:

—Sí, sargento —respondió.

Namir ladeó la cabeza. No esperaba esa respuesta.

—Entonces, ¿puedes hablarme de las cuatro fases del programa de entrenamiento?

A Roach le castañeteaban los dientes, pero respondió sin titubear.

—Las dos primeras fases son las mismas para todos. Hay dos tipos de fase tres: una para la infantería y otra para las fuerzas aéreas. La fase cuatro es para las unidades especiales.

—¿Y qué dice el *Libro blanco* sobre los reclutas que no aprueban el entrenamiento al momento del despliegue?

Roach tardó unos instantes en responder.

—Comienzan de nuevo por la fase uno —respondió—. ¿A menos que un oficial lo prohíba? —Esta había sido una pregunta, no una afirmación.

Namir no ocultó su contento.

—No tengo idea —dijo—. Te felicito por haber leído todo eso, pero lamento decirte que fue una pérdida de tiempo. Tienen que comprender que el *Libro blanco,* todos esos procedimientos y regulaciones que el alto mando vomita sobre nosotros, lo inventaron generales que creen que están administrando un gobierno, no una rebelión. —Namir se encogió de hombros, recogió su rifle y volvió a colgárselo del hombro—. Tal vez las Fuerzas Especiales de la Alianza se lo tomen en serio; no lo sé. Cuando alguien te da una orden allá afuera, tú obedeces. Cuando alguien intenta enseñarte algo, tú prestas atención. Cuando alguien te dispara, tú le disparas. No traigan alcohol ni especias de contrabando: no hagan tonterías. Y si tienen algún problema con otro soldado, acudan con el Teniente Sairgon o conmigo. Nosotros resolveremos la situación. En resumen: la Compañía Twilight se cuida sola. Mientras tengan eso presente, no necesitarán los reglamentos de los altos mandos.

Los reclutas de mayor edad asintieron con la cabeza. Los más jóvenes, que aún no comprendían a cabalidad a qué estaban renunciando, parecían menos confiados. Muchos habían crecido en un Imperio bajo el que todo era reglas y orden. Pero estaba bien; con el tiempo, lo comprenderían.

Namir concluyó la reunión rápidamente; mencionó qué secciones del *Thunderstrike* estaban vedadas y respondió las preguntas habituales acerca de la paga:

—Guarden bajo la almohada lo que tengan y recen por que el Clan Bancario se una a la Alianza.

Y, del acceso a la red de comunicaciones, dijo:

—Hagan una solicitud, pero no se hagan muchas ilusiones.

Para ese momento ya había memorizado el nombre de aproximadamente la mitad de los reclutas. Si los otros sobrevivían, también aprendería los suyos.

Namir fue el primero en salir del recinto. Los demás se dispersaron a sus espaldas; unos se dirigieron a los barracones que les habían asignado y otros a la sección de práctica de tiro.

Notó que Roach lo seguía, pero no volteó, sino hasta que ella lo llamó.

—¿Sargento?

—¿Qué se te ofrece?

Roach lo alcanzó. Las botas de Namir producían un fuerte sonido al dar contra el suelo. La chica caminaba con pasos silenciosos, y él vio que usaba un tipo de calzado apropiado para las inundadas calles de Haidoral, pero para nada más. Namir se propuso pedirle a Hober que le buscara algo, lo que fuera, más apropiado para el combate.

—Mentí —dijo Roach.

Namir se detuvo, giró hacia ella y esperó a que se explicara.

—No sé usar un bláster.

Namir negó con la cabeza e hizo un esfuerzo por no sonreír.

—En dos horas —dijo— te veo en el depósito de armas. Veremos qué podemos hacer.

Luego, continuó su camino sin esperar una respuesta. Tampoco esperaba un «gracias». Él había votado por Roach en Haidoral. Lo menos que podía hacer era tratar de mantenerla con vida.

* * *

El calabozo improvisado del *Thunderstrike* era un compartimiento hermético secundario, ubicado en la popa de la nave; estaba blindado con el fin de rechazar abordajes y se controlaba por completo desde el puente de mando. Los paneles internos de acceso estaban clausurados con soldadura. La puerta exterior seguía funcionando; en teoría, un prisionero podía ser lanzado al espacio con sólo oprimir un botón, aunque Howl dejó en claro que tal cosa nunca se haría. Namir también había dejado claro —muchos meses antes, ante miembros selectos de la tripulación— que los prisioneros no tenían por qué saber que Howl era así de quisquilloso. La cárcel de la Compañía Twilight era intimidante por naturaleza; ¿por qué no aprovechar esa ventaja?

Namir dudaba que la Gobernadora Chalis se sintiera intimidada, pero guardaba la esperanza de que así fuera.

Sólo el capitán y sus asesores más cercanos podían ver a Chalis, quien permanecía en el compartimiento hermético veintitrés horas al día. De vez en cuando, la gobernadora se reunía en privado con Howl. El director médico Von Geiz le llevaba personalmente a Chalis sus alimentos y le proporcionaba lo que requiriera para sentirse cómoda, o al menos lo que podía conseguir. De esta manera, Howl pudo mantener en secreto la identidad de la prisionera por dos largos días.

Namir no supo cómo se corrió la voz, pero el hecho no lo sorprendió ni lo molestó. La presencia de un prisionero era un misterio demasiado tentador como para que durara mucho. Además, parecía una saludable distracción de las especulaciones constantes acerca de la retirada del Borde Medio: en vez de preguntarse si alguna vez volverían a pisar un planeta, los soldados debatían sobre el significado de la presencia de Chalis. Los reclutas de Haidoral contaban historias acerca de los gustos caprichosos de la

gobernadora: cómo convocaba chefs y artistas a su mansión, sólo para echarlos a la calle horas, días o meses después. Los renegados —soldados de la Compañía Twilight que, como Charmer, se entrenaron para ser cadetes imperiales, pero cambiaron de bando tan pronto se vieron armados y libres— recordaban antiguos rumores acerca de una mujer que se secreteaba con los ministros del Emperador y cuyo mayor talento era manipular a sus enemigos para transformarlos en aliados.

Sólo en una ocasión el interés por la compañía de Chalis fue demasiado lejos. Corbo, un hombre bajo y musculoso, con una marca de nacimiento roja que le cubría media cara, logró llegar al compartimiento hermético, asiendo un cuchillo de cocina con ambas manos. Corbo no mostró resistencia cuando un técnico que pasaba por ahí lo instó a retirarse. Namir lo confrontó después en privado.

—¿Alguna razón en especial por la que querías verla?

—Mató a mi felinx —respondió Corbo.

—No sé qué es eso.

Corbo encogió los hombros.

—Mi mascota. No importa. La gobernadora pensó que muchas estaban regresando a su estado salvaje y que le daban mal aspecto a la ciudad.

—¿Eso es lo peor que hizo?

—No —respondió Corbo—, pero es lo que no puedo perdonarle.

Ambos guardaron silencio por un instante.

—No iba a hacerle nada, creo —agregó Corbo—. Sólo quería verla. —Apretó un puño y luego lo relajó—. Me iré de la compañía si eso es lo que usted necesita.

Namir suspiró.

—¿Puedo confiar en que no volverás a hacerlo? —preguntó, y creyó saber cuál sería la respuesta.

«No seas tonto», pensó. «Sólo miénteme».

—No lo sé —respondió Corbo.

Namir maldijo en su mente.

—Voy a poner a un guardia —dijo—. Y le pediré que te mate si ve que te acercas al calabozo. ¿Te parece justo?

—Me parece justo.

—Excelente, porque tengo muchos soldados muertos que reemplazar. Necesito que todos ustedes se entrenen para pelear, no que estén pensando en abandonar la nave.

En lo que concernía a Namir, aquello zanjaba el incidente. Asimismo, se abstuvo de informarle del asunto al capitán.

* * *

Otros no fueron tan discretos.

—No me agrada en absoluto el Consejo Imperial Regente —declaró Gadren a propósito del fallido ataque de Corbo contra Chalis—. Y no soy el único. Pero una mujer despojada de todo poder merece compasión e indiferencia, no rencor.

Namir, Gadren y media docena más estaban reunidos en el Clubhouse, un túnel de servicio estrecho y oscuro ubicado sobre el área de máquinas de la nave, que daba un salto con cada pulsación del sistema de hiperpropulsión. En medio de los tubos metálicos que se elevaban del piso al techo había contenedores acojinados con mantas y una mesa abollada que alguien había robado de algún comedor bombardeado. Namir estaba revisando el inventario de suministros que se levantaba después de cada combate y que podía resumirse en la frase «armas insuficientes». Gadren, Ajax, Brand y Twitch estaban jugando baraja. Roach se encontraba observando cerca de los jugadores, en el sitio favorito de Charmer, pues este permanecía en el área de atención médica. Namir no sabía cómo Roach había dado con el Clubhouse; normalmente, a los nuevos reclutas les tomaba meses obtener una invitación. Le quedaba claro que él no la había invitado.

—Ella ya se echó al bolsillo al capitán —musitó Twitch—. A mí no me parece tan indefensa.

Ajax ignoró a Twitch y miró a Gadren.

—¿O sea que tú no le darías su merecido a nuestra prisionera si tuvieras la oportunidad?

—Ya le disparé una vez —dijo Gadren.

Brand estuvo con el ceño fruncido hasta que todos tomaron de la baraja. Roach había dejado de ver las cartas y ahora miraba los dedos de sus manos, que entrelazaba y luego separaba con movimientos rápidos y torpes.

Ajax miró a Roach y sonrió maliciosamente.

—Tal vez nuestra novata piense que ella debería tener una oportunidad. Después de todo, la prisionera gobernaba su país.

Ajax se había unido a la Compañía Twilight cuando el Treinta y Dos de Infantería de la Rebelión fue aniquilado. Había sido uno de los cinco sobrevivientes de los cuatrocientos que formaban la compañía; todavía portaba orgullosamente la insignia de los Matones Sangrantes del Treinta y Dos. Era un tipo insoportable, así como un granadero con mejor puntería que la mayoría de los francotiradores. Namir sólo lo toleraba en pequeñas dosis.

Roach seguía contemplando sus dedos. Gadren le habló a Ajax pero con la mirada clavada en la chica.

—La novata sabe que no está sola. *Todos* tenemos cicatrices, y las sobrellevamos juntos.

Roach apretó sus manos entrelazadas hasta que su piel rosada se tornó blanca. Finalmente miró a Gadren a los ojos.

—¿Tú tienes cicatrices? —preguntó ella.

Twitch tiró una carta que fue recibida con muecas de desagrado por parte de los demás jugadores. Gadren continuó hablando mientras barajaba las cartas. Su voz era serena, natural, como si hubiese respondido esa pregunta miles de veces.

—El Imperio se llevó a mis familiares —dijo— y los vendió como esclavos a un clan de los Hutt.

Roach maldijo en voz baja.

Brand miró sus cartas, como para no inmiscuirse en aquella conversación íntima.

—Si no hubiera hallado a la Compañía Twilight —dijo Gadren, encogiendo los hombros—, habría muerto hace mucho tiempo. Es bueno hablar de los agravios que hemos sufrido y de nuestro dolor, cuando enfrentamos a un enemigo tan oscuro. El Imperio es una fuerza sin precedentes, dispuesta a poner fin a la historia misma. Nadie debe enfrentarla solo.

Ajax miró el reparto, lanzó un crédito y sonrió.

—Es la historia más corta que le he escuchado contar a un besalisk. Bien por ti, Gadren.

El primer impulso de Namir fue lanzarle el datapad a Ajax, pero, como aún no terminaba de revisar el inventario, prefirió decir en voz alta, sin alzar la vista:

—En primer lugar, no seas pesado; en segundo, él es corelliano, no besalisk. Si vas a insultarlo, hazlo bien.

Ajax empezó a carcajearse. Namir no entendió por qué, sino hasta que vio a Gadren sonriendo también. Incluso Roach y Brand daban la impresión de estar conteniendo la risa. Twitch no apartó la vista de sus cartas.

—Corellia es un planeta humano —dijo Gadren pacientemente—, y yo viví ahí durante mucho tiempo. Lo considero mi hogar. Pero pertenezco a la especie besalisk.

Ajax le dio una palmadita a la mano izquierda de Roach.

—Nuestro sargento… —dijo a la chica en un susurro burlón— no es tan educado y culto como nosotros.

Namir maldijo a Ajax con una voz fría y forzada. Los otros rieron, y el sargento no quiso que aquella humillación pasara a más. Darle más vueltas sólo empeoraría las cosas.

Los jugadores reanudaron su partida. Twitch ganó la siguiente ronda, tal como todos esperaban. Roach parecía estar debatiéndose con algo: miraba alternadamente a Gadren y a los otros, abriendo la boca de cuando en cuando, como si quisiera decir algo. Brand fue la única de los jugadores que se daba cuenta, pero se mantuvo en silencio, como siempre.

—Seis meses —dijo Roach finalmente—, en un centro de detención imperial.

Todos voltearon a verla, perplejos. Ella se encogió de hombros.

—Es mi resentimiento —explicó.

Gadren palmeó bruscamente la espalda de Roach. Twitch alzó una ceja inquisitivamente, pero se abstuvo de pedirle más detalles a Roach.

Ajax sonrió.

—Parece que es la hora de contar historias. —Agarró la baraja que tenía Gadren y empezó a repartir—. El ganador de esta ronda elige quién sigue.

Namir observó detenidamente a Ajax pero no pudo determinar si estaba haciendo trampa. Lo único que supo fue que, dos minutos después, este guiñó un ojo al reclamar la victoria y señaló a Brand.

Brand lo tomó con calma.

—No estoy aquí porque tenga algún resentimiento —dijo.

Ajax la presionó.

—¿Entonces por qué?

—Quería cobrar una recompensa por atrapar al capitán —dijo Brand.

Gadren negó con la cabeza. Namir comprendió que ya conocía aquella historia. Todos se habían concentrado de repente en Brand.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Roach.

—Cambié de opinión —respondió Brand—. Va tu historia, Ajax.

Ajax estaba impaciente por contarla; Namir decidió retirarse aprovechando que los demás estaban ocupados. No quería volver a escuchar la historia de Ajax y sus amantes, ni las aventuras que todos ellos habían corrido en su expedición de caza. Además, no quería estar ahí para cuando le llegara el turno de hablar. No estaba de humor para discutir ni estaba de humor para mentir.

Por el estrecho túnel, subió una escalera que llevaba a la popa, donde estaban los alojamientos para la tripulación. Se detuvo al llegar a la parte más alta, cerró los ojos y se recargó contra la suave curva de la pared. Le alegraba que Roach estuviera encontrando su lugar en la compañía. Le alegraba que la gobernadora Chalis distrajera los rumores acerca de su perdición inminente. Él también necesitaba un descanso.

O necesitaba volver al combate.

* * *

Cuando iba a mitad del camino hacia los barracones, Namir se dio cuenta de que Brand caminaba a su lado. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí ni en qué parte del trayecto lo había alcanzado. Ni siquiera podía precisar el momento exacto en que había notado su presencia; ella se apareció sigilosamente en la conciencia de Namir igual que las estrellas en el cielo nocturno.

Cuando él volteó hacia ella, Brand habló con toda naturalidad, como si hubieran estado platicando durante horas.

—¿Cómo crees que les vaya?

A Namir le costó trabajo comprender el sentido de aquellas palabras.

—¿A los nuevos reclutas?

Brand asintió con la cabeza.

—Roach está esforzándose. Los otros no tienen ni idea de lo que es luchar en un pelotón, pero saben disparar y seguir órdenes. Hemos tenido peores.

—¿Les diste la plática del molino de carne?

—Me pareció que ya no venía al caso. Nos vieron en Haidoral; saben que esta vida es todo menos glamurosa.

Brand contrajo las comisuras de sus labios.

—Pero no saben que el alto mando nos envía constantemente a misiones suicidas.

—*Howl* nos envía a misiones suicidas.

—Howl nos mantiene con vida.

—Sí, también eso.

Brand resopló.

—¿No crees que a veces eres demasiado duro con él?

Namir miró hacia el corredor. Había muchas cosas que no le gustaría que le escucharan decir acerca de Howl, especialmente los reclutas.

—Howl es un genio —dijo—. Tú ganaste esa discusión en Blacktar Cyst. Sólo me gustaría que no estuviera tan loco como un adicto al brillestim, interpretando presagios rodeado de porquería.

Caminaron lado a lado y en silencio, hasta que la puerta del barracón de Namir quedó a la vista.

—Ya sabes que las cosas van a empeorar con ella a bordo, ¿verdad? —dijo Brand.

—¿Con Roach? —preguntó Namir.

—No vayas a hacer una tontería.

Namir observó el rostro de Brand e intentó interpretar su expresión. Como siempre, era como un libro cerrado.

—¿Sabes algo? ¿Sabes qué se trae el capitán con Chalis?

Brand se dio la vuelta y empezó a alejarse antes de responder.

—No sé nada —dijo—. Pero, a veces, mis suposiciones resultan correctas.

* * *

El ataque se produjo tres días después, a la mitad del turno de la noche. Namir saltó de su litera, gruñendo de cansancio y frustración al oír la sirena de la nave, pero al cabo de treinta segundos ya tenía la camisa y las botas puestas. Sus compañeros de dormitorio también batallaban para vestirse. Roja le preguntó a Namir si sabía qué estaba pasando.

—¿Es broma? —dijo Namir. Estaba demasiado cansado como para decir algo más.

El primer estruendo y el subsecuente eco del metal desgarrándose dejaron claro que el *Thunderstrike* había entrado en combate. Los corredores de la nave estaban llenos de soldados de la compañía que corrían a refugiarse, mientras la tripulación se apresuraba a llegar a sus puestos de combate. Si el enemigo no había enviado un destacamento de abordaje, la infantería no tenía nada que hacer en un enfrentamiento entre naves espaciales; lo mejor que podían hacer los pelotones de tierra de la Compañía Twilight era no estorbar y mantenerse alejados del casco. Por su parte, la tripulación del puente, los técnicos y el personal de armamento, así como la nave de combate *Apailana's Promise*

—si es que no había sido destruida en un ataque sorpresa—, intentarían mantener a todos con vida.

Namir reconoció la energía y el empeño de los miembros de la tripulación aunque sintió desprecio por cada uno de ellos. Claro que no tenían la culpa, pero no había nada peor que sentirse estúpido e inútil durante un combate.

El refugio que le correspondía a Namir era el comedor. A su llegada encontró a los soldados de la Compañía Twilight apretujados unos contra otros. El recinto apestaba a sudor. Alguien que estaba cerca de la entrada lo llamó por su nombre y lo llamó con un ademán de la mano. Era el Sargento Fektrin, que tenía una mano ahuecada sobre un oído, mientras con la otra sostenía y manipulaba su comunicador.

Namir se acercó a él, abriéndose paso a empujones. Cuando Fektrin terminó de hablar por su comunicador se escuchó otro estruendo.

—Todos los grupos ya se reportaron —dijo Fektrin—. Faltan algunos soldados, pero suponemos que sólo están rezagados.

—Tomen sus nombres cuando aparezcan, repórtenme a todos los novatos —dijo Namir—. ¿Sabemos quiénes son los atacantes?

—Algo más grande que una nave pirata y más pequeño que un destructor estelar.

La cubierta se sacudió y derribó a varios soldados, que cayeron sobre sus compañeros. Namir luchaba por mantenerse de pie, mientras Fektrin ahuecaba de nuevo su mano y gritaba:

—Sección diez. Probable fisura en el casco.

Namir maldijo en un acto reflejo. Que hubiera daños de tal magnitud en tan poco tiempo no era nada bueno. Pero la diez no era una sección primaria, no había mucho ahí aparte de…

Maldijo de nuevo.

—¿Y el calabozo? ¿Está intacto?

Fektrin parecía confuso, pero luego hizo una mueca al entender la preocupación de Namir.

—El guardia no ha reportado nada, pero tal vez los comunicadores no funcionen o…

Namir ya iba de salida del comedor.

Sabía que lo más probable era que la prisionera estuviera segura en el compartimiento hermético. Quizás incluso ya la habían reubicado. Pero al menos había encontrado una excusa para hacer algo aparte de sentarse a esperar, y quiso aprovecharla.

Cuando estuvo cerca de la sección diez encontró una puerta blindada. Alguien había acordonado el área. Revisó las lecturas del panel, vio que todavía había soporte vital más allá de la barricada y decidió jugársela. El compartimiento hermético estaba a menos de cincuenta metros. ¿Qué tan arriesgado podía ser?

Namir tecleó un código. Cuando la puerta se abrió, de manera similar a un iris, sintió en la cara una exhalación de calor. El corredor aullaba como una tormenta. Los conductos de aire y algunos tubos fracturados escupían llamas de color naranja que iban a estrellarse

al techo, provocando que los paneles metálicos se retorcieran y crujieran. Namir dio un traspié, y luego cayó al suelo cuando la nave volvió a sacudirse.

Maldijo otra vez y deseó haber llevado su casco.

Se levantó la camisa hasta taparse la cara y envolvió las manos en las mangas. En teoría, la tela era resistente al fuego; en el campo de batalla había visto aquellas prendas para combate pegarse a la piel de los soldados sin prenderse en llamas. No es que fuera la situación más cómoda del mundo, pero sí daba fe de la resistencia de las prendas. Se detuvo a evaluar la temperatura del fuego. «¿Se estará alimentando de las sustancias químicas de las tuberías?». Pero luego desechó la pregunta. Ni aún sabiendo la respuesta, habría tenido la capacidad de hacer algo para solucionar el problema.

Namir resistió el impulso de avanzar corriendo. No podía arriesgarse a tropezar ni a caer si la nave recibía otro impacto, así que avanzó a paso moderado, con las rodillas flexionadas para mejorar su equilibrio. El calor era abrasador, pero al cabo de un rato el nivel del dolor se estancó: el tormento hacía estragos en su piel, pero no aumentaba ni disminuía. Así que no percibió ninguna diferencia cuando atravesó una cortina de llamas ni cuando la dejó atrás.

Finalmente, llegó al compartimiento hermético, que estaba cerrado. Al pie de la puerta yacía la guardia encargada de vigilarlo; parecía como si una de las sacudidas la hubiera azotado contra la puerta, dejándola inconsciente. Namir no supo si la mujer seguía respirando, pero las llamas no la habían alcanzado. Al asomarse por una ventanilla vio que la gobernadora seguía dentro, sentada con las piernas cruzadas, en el extremo más alejado del recinto.

Namir se rio de repente. No tenía idea de si estaba autorizado para abrir el compartimiento, de si sus códigos abrirían la puerta.

Probablemente moriría quemado por nada.

Al menos no estaba sentado esperando en el comedor.

Se volvió a acomodar la camisa y tecleó su código de acceso en la cerradura. El mecanismo de la puerta crujió y se removió.

«Supongo que el capitán tiene algo de fe en mí», pensó.

El interior del compartimiento estaba amueblado con todo lo que los almacenes del *Thunderstrike* podían ofrecer, aunque eso no era mucho más que un baúl, un catre, una bandeja manchada para los alimentos y un sanitario portátil. Varios datapad estaban apilados sobre el catre. Frente a la gobernadora flotaba un droide holográfico miniatura, proyectando una red azul de esferas y líneas. Las manos de Chalis se movían a través de la imagen, extendiendo y rotando las líneas, remodelando la red con la precisión de una experta.

Para cuando la puerta terminó de abrirse, Chalis ya estaba de pie y la red había desaparecido.

—Veo que no quisiste dejar que me sofocara —dijo.

Namir se arrodilló y revisó el cuerpo de la guardia, mientras el aire fresco del compartimiento lo envolvía. Seguía con vida. Reconoció su rostro, pero no pudo recordar su nombre; era de los reclutas que la compañía había alistado en Thession.

Namir deslizó las manos bajo los brazos de la mujer y la levantó unos centímetros del suelo. Él quiso gritar al sentir el roce en sus manos quemadas, pero en vez de eso apretó los dientes y logró preguntar:

—¿En verdad crees que la sofocación era tu mayor problema?

Chalis sonrió y avanzó altivamente, pero se detuvo e hizo una mueca al sentir el calor proveniente del corredor. Namir sintió una sombría satisfacción al ver cómo la gobernadora se paraba en seco.

—El sistema de circulación de aire no funciona —dijo Chalis—, así es que sí, esa era mi prioridad. Yo estaba a salvo del fuego, hasta que abriste la puerta.

Namir gruñó y arrastró a la guardia hacia el compartimiento, mientras Chalis contemplaba la puerta.

—¿Podemos salir corriendo? —preguntó. Su voz había bajado una octava y todo rastro de burla había desaparecido.

—Yo tal vez podría. —Namir dejó a la guardia en el piso. Intentaba recuperar el aliento e ignorar el dolor que se adhería a su piel como si fuera lodo—. Mi ropa me protege. Pero tú te rostizarías viva.

Chalis cerró los ojos y bajó la cabeza. Luego la alzó de súbito y miró a Namir.

—Entonces abriremos la puerta exterior del compartimiento. Haremos un vacío. Y cuando todo el oxígeno se haya escapado y las llamas se hayan extinguido en esta sección, la cerraremos y estaremos a salvo.

Namir tardó unos instantes en procesar la sugerencia. Luego rio roncamente, al tiempo que retrocedía hacia la puerta.

—Al parecer ya lo resolviste todo. —Retrocedió por el corredor hasta dar un golpe en el panel de control, y luego, agachándose, regresó al compartimiento hermético.

La puerta interior se cerró con un zumbido. Chalis lo fulminó con la mirada y le habló en tono áspero.

—¿Qué estás haciendo?

Namir señaló a la guardia con la punta de una bota, al tiempo que la puerta se cerraba haciendo un sonido metálico.

—No podemos abrir y dejar expuesta esta sección al espacio; ella no está en condiciones de sujetarse.

El rostro de Chalis pareció contraerse. Namir estaba seguro de que se encontraba a punto de gritar, de tener un arranque de cólera. Se preguntó si tendría que defenderse de ella.

Pero Chalis simplemente dijo con resignación:

—Así que nos encierras aquí adentro.

—Nos encierro aquí adentro —confirmó Namir—, confiando en que todo saldrá bien.

* * *

Namir perdió la noción del tiempo dentro del compartimiento hermético. El oxígeno le ardía en la piel quemada. Sentía que la cabeza le palpitaba, que cada latido de su corazón se amplificaba dentro de su cráneo. Trató de contar el número de bombazos que recibía el *Thunderstrike*, pero incluso eso resultó difícil porque no podía diferenciar entre los impactos nuevos y las secuelas de los anteriores.

Chalis se sentó frente a él:

—¿Sabes algo? Esta es la segunda vez que vienes a mi rescate.

—Siéntete agradecida —dijo Namir— y guarda silencio.

—No has hecho ningún mérito —replicó Chalis, con voz monótona—. La primera vez creíste que era otra persona, y luego me disparaste. Ahora no estoy mejor que antes de que llegaras. De hecho, estoy peor, porque ahora somos tres los que consumimos el poco aire que queda. —Miró de reojo a la guardia, que seguía inconsciente.

Namir emitió un siseo al exhalar. El oxígeno se agotaba y el aire olía a humo. Estaba dispuesto a fulminar a Chalis con la mirada, a ignorar su propia visión borrosa y a ponerla en su lugar.

Mientras él se erguía, ella sonrió con amargura, como una mujer satisfecha con su propio humor negro. No era una mujer digna de salvar, pero tampoco una que pareciera temerle a la muerte.

Namir vio cómo el pecho de la guardia ascendía y descendía lentamente.

—Tal vez tú no estés mejor, pero ella sí —dijo.

La gobernadora se encogió de hombros, como si no entendiera qué tanto podía importar eso.

Namir cerró los ojos y se recargó contra una mampara.

—¿Alguna idea de quién nos atacó? Tú eres la experta…

Un estruendo en la parte inferior de la nave precedió una sacudida del puente. Namir salió volando un metro por encima del suelo, y no pudo contener un gemido cuando cayó violentamente sobre su coxis. Chalis no gritó, y Namir no se molestó en abrir los ojos para ver cómo estaba.

Ella esperó para contestar hasta que la nave se estabilizó.

—Yo diría que mis antiguos colegas han venido por mí —dijo con cierta tensión en la voz—. No podrían permitir que los secretos imperiales cayeran en manos de los rebeldes. No podrían permitirse otro Tseebo u otro *incidente* como el de la Estrella de la Muerte. Darth Vader ya debe de estar buscándome. No puedo asegurar que la nave que está allá afuera sea la suya, pero, si no lo es, quizás nos perdonen la vida para que él pueda matarme personalmente.

Namir resopló.

—¿Por qué todos le temen tanto a Vader? —preguntó—. No puede ser por el casco. Los stormtroopers también tienen uno.

Chalis respondió con una voz que denotaba curiosidad.

—La mayoría de los rebeldes palidecen cuando escuchan su nombre —dijo—. Puede que lo hayan mitificado; como sea, se ha ganado su reputación a pulso. Podría contarte sobre las matanzas de niños que ha llevado a cabo, de los genocidios en Dhen-Moh…

—Evítamelo —dijo Namir—. Ese es mi último deseo. Evítame escuchar los relatos sobre los terroríficos triunfos del *gran* Lord Vader sobre la *Rebelión*.

Namir se arrepintió de haber usado un tono burlón al pronunciar la palabra «Rebelión». Abrió los ojos apenas lo suficiente para asegurarse de que la guardia seguía inconsciente. Chalis lo miraba con atención.

—No te consideras uno de ellos, ¿verdad?

Namir cerró los ojos de nuevo e hizo una seña obscena en dirección a Chalis. Había aprendido el gesto de la extinta técnica de comunicación en la compañía mucho tiempo atrás, pero no estaba seguro de qué tan conocido era. Sin embargo, a juzgar por la risa de Chalis, ella había comprendido su significado.

Los dos se mantuvieron en silencio. Al cabo de un rato, Namir se dio cuenta de que las vibraciones del puente habían cesado. Aparentemente, la batalla había llegado a su fin. Lo mejor era que el dolor que le producían las quemaduras se había reducido a unas punzadas leves, aunque constantes. Esto probablemente era señal de que había entrado en *shock*, pero no estaba en condiciones de preocuparse.

Namir sabía que estaba perdiendo y recuperando la consciencia alternadamente. Cuando escuchó el silbido de los ductos de ventilación, que volvían a funcionar, dejó de resistirse a la atracción que la oscuridad ejercía sobre él. Su último pensamiento fue acerca de la guardia, la nueva recluta de Thession.

«Se llama Maediyu. Y nunca hacía caso durante los entrenamientos».

Namir deseó que la guardia sobreviviera.

* * *

Durante su periodo de servicio en la Compañía Twilight, Namir había pasado una buena cantidad de tiempo en la enfermería. Se había fracturado huesos, había recibido disparos de bláster y se le habían incrustado fragmentos de bombas en la piel. Por lo que vio, los médicos de la compañía ofrecían dos tipos de tratamiento:

El primero consistía en poner al paciente en un estado de beatífica inconsciencia, sumergido en un tanque de líquido bacta. El tanque era un refugio contra el dolor y las carencias, un hogar acogedor durante las horas o días que los médicos consideraran necesario o, en circunstancias menos favorables, hasta que durara el suministro de bacta. El paciente flotaba en una sustancia viscosa de *salud pura* hasta que recuperaba gradualmente la consciencia. Los dolores que se presentaban en los días siguientes siempre parecían peores, debido a la privación del placentero bacta, pero pronto pasaban.

En el segundo tipo de tratamiento, el paciente permanecía acostado en un catre duro que apestaba a líquido de limpieza, temblando a causa del aire frío de la ventilación, siguiendo un ciclo irregular de sueño y vigilia. Durante sus momentos de mediana

lucidez, se veía acosado por visiones de médicos empapados de sangre que hacían sus rondas y aplicaban inyecciones o bálsamos. Al dormir, sufría sueños febriles sin secuencia narrativa ni lógica: series interminables de imágenes, rostros conocidos y desconocidos, combinados con sentimientos inexplicables de terror y aislamiento, como si el sujeto estuviera solo en un mundo en el que todos los objetos que alguna vez le resultaron familiares ocultaran algún horror.

El tratamiento de las quemaduras de Namir correspondió al segundo tipo. Horas después de que había sido trasladado al área de atención médica, durante un odioso momento de lucidez, vio que a Maediyu la habían colocado en un tanque de bacta. «Suertuda», pensó.

Namir se puso en pie al cabo de dos días. Sus brazos cicatrizados le dolían, pero en general su cuerpo se había recuperado. Von Geiz le sugirió que descansara un par de días más, cosa que Namir hizo, dado que no había señales de que a la Compañía Twilight le fueran a asignar alguna nueva misión.

El ataque en contra del *Thunderstrike* había sido, aparentemente, casual; un encuentro fortuito con un pelotón imperial de reconocimiento, el cual produjo la muerte de tres tripulantes del *Apailana's Promise,* media docena de heridos en el *Thunderstrike* y daños menores en ambas naves. Nada indicaba que los atacantes estuvieran buscando a la gobernadora Chalis, a quien habían encontrado ilesa en el compartimiento hermético, en compañía de Namir y Maediyu. La mujer había sido muy afortunada.

Un día después de que Namir fuera dado de alta, cuando hubo revisado los últimos reportes y reunido el valor necesario, concertó una cita con Howl. Encontró al capitán en el despacho que estaba cerca del centro de operaciones, caminando de un lado a otro entre pantallas verticales y una mesa holográfica; esta proyectaba imágenes topográficas de un planeta donde abundaban las vías pluviales y las selvas. Howl hablaba en voz baja para sí y golpeteaba el aire con una mano, como marcando el ritmo de sus palabras.

El capitán Micha Evon era un hombre alto, de piel morena y cabello entrecano que se enmarañaba con su cerrada barba. Namir sabía poco acerca de su pasado y le costaba trabajo imaginar su vida previa a Twilight; él había fundado la compañía (según le contaron a Namir) y resultaba inconcebible que alguna vez la dejara. Rara vez salía de su madriguera; las tropas dejaban de verlo por días enteros, durante los cuales los oficiales superiores transmitían sus órdenes.

Namir tenía la certeza de que *Howling Mad* Evon era el hombre más inteligente con quien había peleado. También creía que Howl era responsable de la muerte de decenas de sus amigos —muertes que pudieron evitarse— y que el capitán sería capaz de sacrificarlo sin miramientos si con ello obtenía alguna victoria para la Alianza Rebelde.

Howl se rio de algo, mientras Namir esperaba, en el quicio de la puerta, a que lo reconociera. Cuando finalmente el capitán le indicó con un gesto que se acercara, miró a Namir de arriba a abajo con gran intensidad, casi con fiereza.

—Sargento —dijo—. ¿Qué sabe del monte Arakeirkos?

—No estoy familiarizado con él —respondió Namir, mientras Howl señalaba distraídamente una silla. Namir caminó hacia ella, pero no se sentó.

—Yo tampoco —dijo Howl—. Pero en la cima hay un reloj engastado en la roca, construido por los monjes arakein hace casi dos mil años estándar. Dice la leyenda que, a quien mire la oscilación del péndulo durante un día entero, se le revelará la duración del universo.

—Había empezado a caminar de nuevo mientras hablaba, puntualizando sus palabras con pequeños gestos; finalmente, miró de nuevo a Namir. Y este negó con la cabeza.

—Te creo. Las órdenes religiosas no son lo mío.

Las conversaciones en privado con Howl eran como la exhumación de un cadáver: tenías que cavar y cavar, y al final lo que hallabas no era agradable. Pero Namir había aprendido que, cuando el capitán tenía una idea en la cabeza, era inútil tratar de apremiarlo.

—El tiempo no es un tema exclusivo de los filósofos —dijo Howl, como corrigiendo el error de un niño—. Vivimos en un artefacto que vuela gracias a energía; esto rompe la ley de causa y efecto, del principio y el fin… El hiperespacio es un misterio más profundo que los dioses y los demonios. —Howl se dejó caer en una silla frente a Namir, extendió las manos y agachó la cabeza—. Y, sin embargo, utilizamos la energía para la guerra… —dijo—. Y aquí estamos. Dime qué te preocupa.

—La gobernadora Chalis —dijo Namir—. ¿Fue ella la causa de que nos atacaran?

Lo que quedaba de la efervescencia de Howl desapareció como consumido por una llamarada.

—No lo sabemos. Chalis asegura que sí, pero su opinión no es imparcial.

—Quiere convencernos de que es valiosa para el Imperio con el fin de pedirnos más a cambio de su ayuda. Eso me queda claro —dijo Namir—. Pero tú has hablado con ella. ¿Crees que diga la verdad?

—Es posible.

—Porque, si es así… —insistió Namir. Se daba cuenta de que estaba pasándose de la raya; él era sargento primero, no el estratega del capitán ni el segundo al mando. Su trabajo era ejecutar órdenes, no cuestionarlas—, es como si la compañía tuviera un blanco colgado en la espalda. Podrían ocurrir cosas peores.

—Vader —dijo Howl—. Chalis también me lo dijo.

Namir encogió los hombros.

—Vader o cualquier otro. No importa quién venga si tienen el respaldo de una flota. Lo más conveniente para nosotros sería deshacernos de ella.

Howl negó con la cabeza y golpeteó sobre la mesa holográfica con un ritmo largo y lento.

—No puedo —dijo—. Nosotros la encontramos y es nuestra responsabilidad.

—Entrégala a otra compañía. Alguien de la Rebelión debe de estar equipado para esto.

—¿Equipado para qué? —preguntó Howl, sin rastro de impaciencia—. Ni siquiera sabemos qué es lo que tenemos. Además, todavía estamos tratando de salir del territorio imperial, que está a diez mil años luz de la seguridad. No hay nadie cerca que pueda vigilarla o protegerla mejor que nosotros. Y no estoy en posición de tomar alguna medida drástica.

Namir observó detenidamente a su capitán. No dudaba que Howl era capaz de mentirle; un buen comandante engañaba con frecuencia a sus tropas. Sin embargo, sus argumentos le parecieron convincentes.

El problema era que no estaban completos.

—Crees que es una trampa —dijo Namir; era una suposición—. Ella es una doble agente o alguien la está manipulando.

—Es una posibilidad —dijo Howl.

—Y crees saber cómo descubrirlo —dijo Namir.

Howl sonrió, pero no respondió. Se puso de pie, dio unos cuantos pasos, miró hacia la puerta del despacho y alzó una mano como pidiendo silencio.

—La Alianza Rebelde está desmoronándose —dijo—. Las cosas siguen tan mal como estaban cuando…, bueno, desde antes de que llegaras. Si el Imperio gana, su triunfo será definitivo. Necesitamos algo que nos dé una ventaja; puede que ella sea un arma. Voy a probar esta arma. Si corta, la afilaré. Ya estamos trabajando en eso. Chalis prometió elaborar un mapa holográfico de la red logística del Imperio, en el que detallaría todas sus fortalezas y debilidades. Si es capaz de hacerlo, esa información puede cambiar el curso de la guerra. Pero primero debemos comprobar que podemos confiar en ella.

Namir asintió lentamente con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es nuestra siguiente misión? —preguntó—. ¿Qué te dijo durante su primer encuentro?

Howl no respondió. Se concretó a abrir la puerta que daba al corredor y sonrió tristemente a Namir.

La reunión había terminado.



CAPÍTULO 5

SISTEMA CARIDA

Día noventa y uno de la retirada del Borde Medio

El Capitán Tabor Seitaron tenía una sensación de pesadez en el estómago cuando bajó de la lanzadera en el hangar del *Herald*, un destructor estelar del Imperio. Sentía como si sus botas estuvieran adheridas al lustroso piso y como si sus intestinos estuvieran bajo el peso de una roca. No podía recordar la última vez que había experimentado la fuerza de la gravitación artificial (quizás cuatro años atrás, durante el vuelo de prueba del *Rueful Confession*), pero sí sabía que nunca le había afectado tanto.

Se sentía *viejo*. Debería estar en Carida, enseñando historia militar a los cadetes que habían dominado el arte de aparentar interés en el salón de clases. Sin embargo, aquella mañana lo habían transportado de la Academia al puerto espacial y, de este, al hangar, sin que él tuviera la menor idea del porqué.

—¡Capitán Seitaron, bienvenido a bordo!

Tabor contempló al alférez, que permanecía rígido, en posición de firmes. Su postura era la adecuada y su uniforme estaba bien planchado, pero tenía los ojos rojos y hundidos. El chico («el hombre», supuso Tabor, aunque todos los oficiales menores parecían chicos en aquellos días) venía acompañado por dos stormtroopers que mantenían sus armas inmóviles en sus costados.

«Al menos siguen el protocolo», pensó Tabor.

—En descanso —dijo. Los tres relajaron los hombros tan sólo un poco.

—Le agradecemos que haya podido venir —dijo el alférez, guiándolo hacia la salida del hangar, con paso enérgico al principio, aunque luego lo redujo abruptamente para ajustarse a la marcha de Tabor—. Si tiene algo guardado en la lanzadera…

—Nada —dijo Tabor—. Me dijeron que el prelado quería verme.

—Lo recibirá en breve —aseguró el alférez—. Por aquí, por favor.

Los soldados caminaban en formación tras de Tabor y del alférez, quienes se internaron en las profundidades de la nave.

Tabor había servido en destructores estelares, incluso antes de que las naves se ganaran ese nombre, durante los días más oscuros de la República, cuando los constructores abandonaron la fabricación de naves comerciales y *jets* lujosos para concentrarse en el arte de la guerra. Vio cómo las naves habían evolucionado de enormes armatostes, incapaces de desplazar su propia estructura, a las armas más letales de la flota imperial; cada una era capaz de transportar a miles de soldados o de aniquilar continentes o plataformas orbitales.

El *Herald* era uno de los modelos más recientes, posterior al servicio activo de Tabor. Aunque este estaba al tanto de sus características técnicas, no reconoció el agudo zumbido de su motor, ni a los droides que corrían de una terminal de datos a otra.

Tampoco reconoció el camino que siguió el alférez a través de cavernosos pasillos y salas de operaciones. Durante su recorrido, el alférez mantuvo un monólogo cortés pero incesante, durante el que señaló las características de la nave —sus caminadores de apoyo, sus sistemas mejorados de puntería turboláser—, así como la ubicación del comedor para oficiales, de los dormitorios para la tripulación y del puente de mando. Habló también de las mejoras de la nave en relación con las victorias que Tabor había obtenido a lo largo de su carrera.

«¡Estoy seguro de que ese diez por ciento extra de eficiencia hubiera sido útil durante la Batalla de Foerost!». Tabor le seguía la corriente: asentía con la cabeza y planteaba algunas preguntas obvias. Pero su mente estaba en otra parte. «No sé para qué me da un *tour* de toda la maldita nave. ¿Cuánto tiempo cree que estaré aquí?».

—¿Cuándo lo asignaron aquí? —Tabor apenas escuchó su propia pregunta, mientras marchaban frente a las áreas de trabajo.

—Hace cuatro meses, junto con la mayor parte de la tripulación.

¿Cuatro meses? La respuesta lo tomó por sorpresa. El alférez no era el único que parecía agotado. Los oficiales se crispaban al paso de Tabor y empezaban a teclear frenéticamente sus consolas. Algunos dejaban caer los hombros cuando creían que él ya no los veía. Tabor percibió esa mezcla de diligencia, fatiga y terror reprimido, típica de quienes habían pasado *años* tras las líneas enemigas.

Podría hacer discretas averiguaciones: preguntar por las misiones más recientes de la nave y por los antecedentes de los oficiales a bordo. Tal vez lo haría en el futuro (a Tabor le preocupaba que la moral de la tripulación estuviera tan baja), pero eso podía esperar a que regresara a casa. El *Herald* no era su nave ni su responsabilidad.

Para alivio de Tabor, el *tour* terminó cuando el alférez lo dejó en la sala de conferencias, asegurándole que el prelado se reuniría pronto con él. Tabor aprovechó la oportunidad para limpiarse la frente y tomar una tableta que los médicos le habían prescrito para asentarle el estómago. Consultó la hora en una consola cercana; en la Academia era la hora del almuerzo.

El Prelado Verge llegó casi una hora después.

Si el alférez parecía un muchacho, el prelado era prácticamente un niño: tendría unos veinte años, cuando mucho; de ojos relucientes color azul zafiro y cabello negro, largo y

suelto. Vestía uniforme de tela gris oscuro, una capa al estilo de los nobles de Serenno y un broche enjoyado. A Tabor le pareció una persona que se sentiría en su elemento en el Senado de la República: extravagante, refinado y distante, todo a la vez. Sin embargo, en medio del orden obligado de un destructor estelar, el prelado era el caos en persona: un hombre ajeno a las normas, una personalidad única entre aquella uniformidad diligentemente impuesta.

Tabor había escuchado algo acerca del prelado. Antes de que lo convocaran al *Herald,* aunque no mucho antes, era el miembro más joven del Consejo Imperial Regente, una estrella en ascenso entre los ministros y consejeros que chismorreaban y jugaban a la política en Coruscant. Se decía que el Emperador Palpatine lo había envestido personalmente con el título, aunque Tabor no tenía idea de qué podía significar el título de *prelado*.

El prelado Verge, en la sala de conferencias, daba pasos largos y mostraba una amplia sonrisa. De un momento a otro, le dio a Tabor unas palmaditas en la espalda con un entusiasmo que resultaba tosco.

—Capitán —dijo—, bienvenido a mi nave.

«¿Tu nave?», pensó Tabor. «No has estado ni siquiera un día en la Armada Imperial». Sin embargo, asintió cortésmente con la cabeza y dijo:

—Gracias, prelado. Es una nave impresionante. —Verge soltó los hombros de Tabor, quien continuó antes de que el prelado pudiera decir algo más—. Pero aún no comprendo por qué me ha traído aquí.

Las comisuras de los labios del prelado temblaron ligeramente. Luego sonrió abiertamente y se hizo hacia atrás.

—Por supuesto —dijo—. Ha hecho un largo viaje y debe de estar impaciente por comenzar.

Tabor se preguntó qué sería exactamente lo que tenía que comenzar, pero en esa ocasión se abstuvo de apremiar a Verge.

—Nuestro benévolo Emperador me ha encomendado una tarea —dijo Verge—: capturar a Everi Chalis, exembajadora del Consejo Imperial Regente y arquitecta honoraria del Nuevo Orden, hoy desertora y partidaria de la Alianza Rebelde. Tengo entendido que usted conoce a la traidora. Necesito a mi lado a alguien que conozca su manera de pensar. —Volvió a sonreír y agregó—: En la medida en que un miembro auténtico del Imperio pueda comprender los procesos mentales de una traidora.

Tabor intentó ocultar su confusión. Consideraba a Chalis una persona capaz, aunque de una manera muy particular, y apta para suceder al conde Vidian; alguien hábil para la autopromoción y para imponerse a sus enemigos políticos, pero no para algo realmente excepcional. Si alguien le hubiera preguntado a Tabor si consideraba posible que Chalis traicionara al Imperio, él lo habría negado vehementemente: aquella mujer no tenía ni la valentía ni la voluntad para volverse contra sus superiores.

—Con el debido respeto —dijo Tabor—, no conozco a esa mujer tanto como usted cree. No he hablado con ella en años. —Recordó aquellas innumerables juntas y

recepciones en Coruscant e intentó precisar quiénes habían trabajado con Chalis y quiénes de estos no estaban retirados o habían muerto—. Probablemente Tiaan Jerjerrod o Kenth Leesha le sean de mayor utilidad —dijo, intentando excusarse.

La boca del prelado volvió a temblar.

—Lo elijo a usted —dijo—, tal como el Emperador me eligió a mí. Chalis es peligrosa, y este no es momento para falsas modestias. —Sus dedos infantiles se cerraron formando un puño y volvieron a abrirse. Su voz se redujo a un susurro; Tabor tuvo que esforzarse para escucharlo—. Usted fue un gran hombre: sirvió con excelencia a nuestro Emperador y a nuestra era. Ahora desperdicia sus talentos en la Academia. Yo le ofrezco la oportunidad de prestar un servicio auténtico una vez más. —Su voz volvió a elevarse, pero su tono era frío e impersonal—. Renunciar a este privilegio sería tan incomprensible como las acciones de Chalis.

Tabor mantuvo la vista fija en el prelado, mientras analizaba el sentido de sus palabras.

Había permanecido por tanto tiempo en su propio mundo que había olvidado el lenguaje de la corte, la manera en que los hombres educados se acusaban mutuamente de traición. Sintió cómo el impulso de desafiar al prelado iba subiendo por su garganta, pero lo contuvo tal como había hecho con el malestar del estómago.

—Le ruego me disculpe —dijo—. No era mi intención ofender al Emperador. Me siento honrado de servir a su lado.

Tabor recordó de golpe algunas historias que había escuchado, relatos sobre el hijo de un ministro del Emperador Palpatine, educado desde pequeño para ocupar un lugar en el Consejo Regente, dedicado al servicio del Emperador con exclusión de todo lo demás. Ese mismo niño había adoptado con gran fervor la doctrina de Palpatine y se consideraba la personificación del Nuevo Orden del Emperador.

Quienes le habían hablado a Tabor sobre Verge se *burlaban* de él, llamándolo iluso y engreído. Decían que había construido un palacete en Naboo, planeta natal del Emperador, con un altar privado dedicado a las glorias de Palpatine. Decían que una vez se había hecho una herida en la cara, para emular aquella con que el jedi castigó al Emperador. Tal vez decían la verdad.

En cualquier caso, el prelado Verge era un devoto creyente.

Verge asintió con movimientos rígidos de la cabeza, orgulloso.

—Bien —dijo—. Usted y yo haremos grandes cosas. Estoy seguro de ello.

Tabor ofreció una sonrisa que le pareció más una mueca y se preguntó cuándo volvería a ver su hogar, en Carida.



CAPÍTULO 6

PLANETA COYERTI

Día noventa y siete de la retirada del Borde Medio

Franjas verdes, cafés y amarillas pasaban a toda velocidad, bajo las compuertas abiertas de la nave de desembarco que dirigía Namir. El rugir del viento y la furia del motor se combinaban en un aullido inexorable, que ahogaba todos los demás sonidos. Con la vista fija al frente, Namir se sentía solo en el interior de un huracán.

Alguien lo llamó dándole unos golpecitos en el hombro. Al girarse, vio a Brand, quien le mostraba dos dedos. Detrás de ella, estaban Gadren y, más allá, Roach, agarrada de una barandilla y balanceándose con el movimiento de la nave. En la parte posterior de la plataforma había unas bancas estrechas, donde se apretujaban otros dos pelotones de la Compañía Twilight, los cuales revisaban sus blásteres y sus armaduras.

Faltaban dos minutos para desembarcar.

Namir asintió con la cabeza y regresó a las compuertas. La velocidad de las franjas de color disminuyó con la de la nave; poco a poco se convirtieron en bloques de árboles de grandes hojas, manchados y marchitos, a causa de las enfermedades. El aire húmedo estaba cargado de un olor espeso, vegetal, así como de otro aroma acre que Namir no pudo identificar. No era el planeta más apestoso que había visitado, pero supuso que el hedor empeoraría muy pronto.

Se ciñó la correa del rifle y se ajustó el casco. Con el descenso de la nave, los bloques selváticos se transformaban en árboles perfectamente diferenciables. Faltaba un minuto para el desembarco.

Brand le gritó al oído, pero él sólo escuchó una vocecita débil y distante:

—Se acerca un caza TIE. Hazlo rápido.

—Namir volvió a asentir.

El descenso continuó, hasta que las ramas y las hojas húmedas de los árboles empezaron a azotar la parte inferior de la nave. Una rama se metió por las compuertas de

la plataforma, se quebró y cayó al vacío. Finalmente, el follaje quedó atrás; Namir pudo ver el lodo negro que conformaba la superficie de Coyerti.

Sonriendo con fiereza, saltó.

La caída era de menos de cinco metros, lo bastante corta como para sobrevivir o lo bastante larga como para matarse, dependiendo de cómo cayera uno. Al saltar, Namir sintió el calor de los motores de la nave, mismo que desapareció tan pronto tocó el suelo con los pies. Flexionó las rodillas conforme la tierra oscura se comprimía. Sus botas se hundieron. Luego, cayó hacia adelante y empezó a rodar. Al cabo de unos instantes, ya estaba en pie, sucio y adolorido, pero sin heridas.

Escudriñó el claro. Brand ya estaba de pie, cubierta de lodo, al igual que él. Gadren se levantaba a unos pasos de distancia. Roach estaba en el suelo, de espaldas. Namir se preocupó por un instante, hasta que ella se puso en pie de un salto, jadeando y sonriendo.

—No estés tan contenta —le dijo Namir—. Si intentaras un aterrizaje asistido por cohete, te romperías un tobillo.

—Suponiendo —intervino Gadren— que continúes con nosotros cuando Charmer se haya recuperado.

«Suponiendo que sigas con vida», pensó Namir, y se contuvo para no decirlo. No era buena idea desmoralizar a la nueva recluta.

A Namir le pareció escuchar, de más allá, el sonido de cañones láser, en la dirección hacia la que había volado la nave de desembarco. Hizo una mueca: si derribaban la nave, los pelotones que iban a bordo caerían con ella. Pero no había nada que él pudiera hacer en ese momento.

Sacó un datapad y revisó su ubicación; luego le hizo una seña al pelotón para que se acercara.

—Vamos —dijo—. Estamos a cinco kilómetros de nuestro objetivo. Con esta selva será una larga caminata.

Según la información que Howl había proporcionado, Coyerti albergaba una de las bases militares de investigación pertenecientes al Imperio. Era un planeta cuya riqueza vegetal y animal lo hacía el sitio perfecto para probar y desarrollar armas biológicas. El Imperio experimentaba regularmente con toda clase de sustancias, desde neurotoxinas hasta defoliadores, y fabricaba los venenos más agresivos para su distribución en toda la galaxia. Estaba dejando al propio Coyerti como una ciénaga putrefacta de árboles medio muertos y detritus putrefactos.

No obstante, estas actividades del Imperio no habían carecido de oposición. En Coyerti vivía una especie autóctona e inteligente que rechazaba la ocupación y se había resistido a la aniquilación. Aquella biodiversidad que hacía del planeta un práctico laboratorio también protegía a sus pobladores de las plagas artificiales del Imperio. Podían combatir aquello a lo que, por naturaleza, no eran inmunes o resistentes. Pero cada atentado contra su vida hacía que se enojaran más y más. Si hubieran tenido una población más numerosa o una tecnología más avanzada, habrían podido recuperar su

planeta; en vez de ello, pasaron la última década obligando al Imperio a gastar recursos en una guerrita interminable sobre los límites del Borde Medio.

Sin negociación formal de por medio, los coyertianos se habían convertido *de facto* en aliados de la Alianza Rebelde.

No obstante, ahora los coyertianos estaban en verdad al borde de la aniquilación. Tres semanas antes, el alto mando había recibido un mensaje en clave, mediante el cual se anunciaba el inicio de la temporada de reproducción de los coyertianos, una época durante la cual, debido a sus características biológicas peculiares, estarían indefensos durante una fase entera de la luna del planeta. Por órdenes de la Alianza Rebelde, la Compañía Twilight estaba ahí para combatir las fuerzas del enemigo y proteger al pueblo coyertiano, hasta que este pudiera defenderse de nuevo por sí mismo.

La misión había suscitado burlas entre los miembros de la compañía. El propio Namir había hecho su aportación de comentarios vulgares. Sin embargo, al proteger a Coyerti, la Compañía Twilight fortalecería la frontera invisible que dividía los territorios del Borde Medio controlados por el Imperio y las regiones libres del exterior. Si la compañía lograba centrar la batalla en Coyerti y obligaba al Imperio a seguir consumiendo sus recursos ahí, protegería a las demás fuerzas en retirada de la Rebelión. Si todo salía bien, sería la última misión de la retirada del Borde Medio.

Esa era la explicación oficial. La realidad era más complicada, y Namir sospechaba que sólo conocía una parte de ella. Pero su trabajo no era ganar la guerra de la Rebelión ni entender a los coyertianos; su trabajo era lograr que la Compañía Twilight saliera intacta de su nueva misión.

Ese reto era ya bastante complicado.

* * *

Gadren estuvo a punto de morir durante el primer minuto de la primera batalla; habría muerto, *debió* haber muerto, si no fuera por un golpe de suerte. Había irrumpido en el campamento imperial, llevando en brazos el cañón de su bláster y disparando salvajemente, mientras empujaba a los stormtroopers con sus dos manos libres. No vio la granada que cayó a sus pies, sino hasta que fue demasiado tarde para cubrirse.

Inexplicablemente, la granada no detonó. Ya sea por un defecto de fabricación, por el efecto corrosivo de la atmósfera de Coyerti o por la incompetencia del granadero, Gadren sobrevivió.

Después de eso, el ataque siguió como estaba previsto.

Antes del desembarco, el pelotón de Namir había coordinado su plan de ataque con el equipo del sargento Zab. El objetivo era un conjunto de carpas y sensores perimetrales manejado por el personal mínimo necesario; un puesto establecido durante la última campaña del Imperio contra el pueblo de Coyerti, incapaz de resistir el asalto de fuerzas rebeldes bien alimentadas, descansadas y fuertemente armadas. Los dos pelotones

atacaron desde direcciones opuestas sin preocuparse por sutilezas. *Sorpresa* y no *sigilo* fue la divisa del día.

Namir se mantuvo cerca de Roach; los dos se refugiaron detrás de un árbol caído y dispararon para cubrir a los demás. La chica sudaba y pasaba una mitad del tiempo apuntando diligente pero infructuosamente y la otra mitad disparando al azar. Namir dudaba que le diera a alguien, pero eso no le molestaba, siempre y cuando ella lo siguiera.

Brand había comunicado su intención de emboscar a quienes intentaran huir en deslizadores. Namir no la había visto desde que ella se había internado en la jungla, pero consideró que eso era una buena señal.

Gadren y dos de los hombres de Zab se abrieron paso al centro del campamento para evitar que el enemigo se reagrupara y montara una acción defensiva. Su trabajo era el más riesgoso; Namir los habría acompañado si Charmer hubiera estado presente para trabajar con Roach. En vez de ello, escudriñó el campo de batalla y procuró que la atención de los stormtroopers se centrara en él, no en los soldados rebeldes que iban por sus cabezas.

El tiroteo terminó al cabo de diez minutos. Cuando los miembros de los escuadrones indicaron mediante señas que todo estaba despejado, los equipos convergieron cuidadosamente en el campamento y empezaron a montar todos los explosivos que llevaban consigo.

El olor acre del aire resultaba casi doloroso. Roach le preguntó a Namir qué era; este se encogió de hombros.

—Los disparos del bláster rasgan la atmósfera —dijo—. Con cada disparo, *algo* se vaporiza. Cada planeta huele un poco diferente.

Roach asintió con movimientos rápidos y erráticos de la cabeza. Estaba sudando más que durante el combate.

Luego de cinco minutos, ambos pelotones marcharon hacia la jungla. Zab quería robar los deslizadores, pero Namir lo disuadió: seguramente estaban equipados con dispositivos de seguimiento y nadie en ninguno de los equipos estaba capacitado para retirarlos con la rapidez necesaria. La velocidad era crucial: en cuestión de minutos habría bombarderos TIE sobrevolando el campamento para aniquilar a cualquier rebelde que hubiera quedado rezagado.

Ese fue el comienzo de la guerra en Coyerti.

* * *

Al segundo día de la campaña de Coyerti, Namir y sus compañeros pasaron la mañana sumergidos hasta la cintura en un pantano estancado. Se habían embarrado un camuflaje improvisado en las cabezas y los hombros, y estaban esperando el paso de un convoy imperial. Namir tuvo que pedirle a Roach que guardara su rifle, cuando ella empezó a

apuntar a ruidos imaginarios. Roach había estado inquieta desde el tiroteo del primer día; el aburrimiento no parecía sentarle bien.

Luego de cinco horas llegó un mensaje del teniente Sairgon; el convoy había cambiado de ruta durante la madrugada. Namir maldijo tan ruidosamente que espantó a las lagartijas del pantano, que salieron corriendo. Sentía frío, tenía los muslos entumidos y dudaba que alguna vez terminara de limpiarse el lodo… aunque, por otra parte, no le molestaba que hubieran cambiado los planes. El aburrimiento había llegado a su fin y el pelotón podría seguir adelante.

Aquella tarde, Brand y Namir rellenaron sus cantimploras en un arroyo turbio, mientras Gadren y Roach hacían guardia. Las píldoras esterilizadoras harían el agua segura para beber, pero sólo después de que las cantimploras filtraran todos los sólidos. Namir contempló el recipiente que tenía en la mano, esperando el clic que indicaba que estaba listo.

—¿Esto te recuerda algo? —preguntó Brand.

—Kor-Lahvan —dijo Namir—. Lo recuerdo.

—Creí que harías que nos mataran.

—También recuerdo eso.

Brand levantó un puño a la altura de sus ojos y observó a un insecto de cuatro alas caminar entre sus nudillos.

—Todavía eras un escuincle —dijo ella—. Un niño de un planeta perdido que se creía con más experiencia en combate que todos nosotros juntos.

Namir se mordió los labios para contener una sonrisa.

—Era la verdad.

Brand encogió los hombros.

—Sí, pero nadie te iba a creer.

La cantimplora emitió un suave clic. Namir rio, sacudió el filtro para quitarle el lodo y aseguró el recipiente en su cinturón.

Al atardecer, unos destellos verdes y anaranjados iluminaron el horizonte hacia el norte. Namir sabía que una docena de pelotones de la Compañía Twilight estaban atacando un fuerte imperial. Así se había planeado desde el principio, y aquel era el primer combate a gran escala de la campaña. A treinta kilómetros de distancia, todo lo que Namir podía hacer era revisar en busca de señales y ver cómo los colores se derramaban sobre el follaje de la selva.

Cuando la tarde dio paso a la noche, los colores se volvieron más intensos y aparecieron unos puntos negros: ceniza o cazas TIE. Namir no alcanzaba a identificarlos, pero salpicaban el cielo. De vez en cuando se escuchaba entre los árboles un eco parecido a un trueno lejano.

Gadren mantuvo a Roach ocupada. Primero, le mostró paso a paso el procedimiento para revisar su equipo y quitar la humedad a su rifle. Luego, organizaron una docena de raciones alimenticias en función de sus sabores oficiales (los indicados por la etiqueta) y de sus sabores reales (determinados por la experiencia). Cuando le ofrecieron a Namir

una barra alimenticia que sabía a mucílago adicionado con químicos, él no replicó y la comió en silencio.

Namir continuó mirando incluso después de que los destellos más coloridos se habían apagado y fueron remplazados por un anaranjado mortecino. Cuando Roach y Gadren se envolvieron en sus sacos de dormir y empezó el zumbido de los insectos, Brand se detuvo un momento donde estaba Namir, antes de comenzar su guardia.

—¿Mañana? —preguntó ella.

—Puede ser —respondió él—. Puede que tome otro día.

Brand ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algún sonido lejano. Sin embargo, la expresión de su cara permaneció impasible.

—¿Crees que lo hayan logrado? —preguntó Namir.

—El fuerte está destruido —respondió Brand; parecía muy segura de lo que decía—, aunque quién sabe a qué costo. Carver es bueno, pero ya sabes cómo se pone.

Namir hizo un gesto de asentimiento. Cuando Brand empezó a alejarse, Namir preguntó abruptamente:

—¿Segura de que no preferirías estar con ellos?

Brand negó con la cabeza.

—Tengo mis razones para estar aquí —respondió—. Con eso me basta.

Namir volvió a mirar el fuego que ardía en el norte.

—Duerme un poco —dijo Brand.

* * *

Durante la tercera mañana de la campaña de Coyerti, Namir revisó su comunicador satelital portátil para ver si había novedades del frente. Recibió una serie de coordenadas y un mensaje de cuatro letras que, una vez decodificado, decía: «AT-ST, LOCALIZAR Y ELIMINAR».

Gadren hizo un inventario del armamento del pelotón, mientras Roach y Namir levantaban el campamento y Brand hacía guardia.

—Tres granadas —le dijo Gadren a Namir—. Utilizadas en conjunto, podrían derribar a un caminante.

—No hay mucho margen de error —dijo Namir.

Gadren asintió gravemente.

—Estoy de acuerdo. Podemos usar los detonadores. Con uno sería suficiente, y nos quedarían bastantes para…

—No —dijo Namir—. Esos ya están apartados. Ya nos las arreglaremos.

Su objetivo había dejado un rastro de ramas quebradas y árboles calcinados; lo alcanzaron poco antes del mediodía. Era un transporte de exploración todoterreno, bípedo y de cabeza cúbica, que marchaba a través de la selva disparando sus cañones bláster contra cualquier obstáculo que encontrara en su camino.

El primer ataque del pelotón resultó un desastre. Gadren arrojó su granada con tanta fuerza que rebotó en el armazón del vehículo. Roach casi muere aplastada por un árbol, cuyo tronco fue carbonizado por los cañones del caminante. Brand intentó trepar a la cabina del vehículo, pero cayó y se torció un tobillo.

El atardecer estuvo marcado por una sucesión de ataques y rápidas retiradas. Al obligar a los pilotos a perseguirlo, el pelotón de Namir impidió que continuaran con su misión. Gadren chamuscó los costados metálicos del caminante con disparos continuos. Roach logró lanzar una granada lo suficientemente cerca de las larguiruchas patas para dañar visiblemente su mecanismo.

No obstante, la máquina continuó caminando e incinerando árboles. Si la selva no hubiera estado tan húmeda, todo se habría incendiado.

Hacia el ocaso, Namir había concebido un nuevo plan. El pelotón siguió atacando y escondiéndose para que la máquina lo siguiera. A lo largo del camino, el terreno fue cambiando gradualmente de lodo a agua. Se requirieron horas de maniobras, pero para el anochecer los cuatro miembros del pelotón estaban empapados y el caminador yacía en el fondo de un pantano, con sus pilotos atrapados en la cabina sin aire e inundada.

Namir se sentía adolorido después pasar el día entero corriendo; en el campamento, se quitó las prendas hasta quedar en ropa interior con la intención de secarse. Brand atendió su torcedura y se untó en el tobillo un menjurje no autorizado del que hablaba maravillas. Roach trató de echar a andar el calentador para quitarse el frío que le había dejado la humedad, mientras fingía no ver las marcas de los hombros de Namir ni los tatuajes de sus piernas. Gadren permanecía de pie en la orilla del campamento, mirando hacia la selva.

Namir le dio a Gadren unas palmadas enérgicas en la espalda.

—Fue un buen día —dijo—. Creo que ganamos.

Gadren levantó una mano para acallarlo.

—Escucha… —dijo.

Al principio Namir no escuchó nada más que una leve brisa y el zumbido de los insectos. Sin embargo, poco a poco percibió un tamborileo grave a la distancia. No era un ritmo de tambores ni un canturreo, sino algo intermedio, algo inequívocamente vivo, con la resonancia de cientos de voces profundas. Cuando Namir identificó el tamborileo empezó a escuchar otros sonidos: agudos repiqueteos como campanadas o cantos de aves y chasquidos como madera chocando con madera.

—Son los coyertianos —dijo Gadren.

Roach y Brand se acercaron y miraron también en la dirección de donde provenían los sonidos, los cánticos o lo que sea que fueran. Namir notó que sus compañeros parecían fascinados, pero él sintió frío de repente y percibió su oloroso sudor y la suciedad del agua en su cabello.

—Ahora sí es un día bueno —dijo Gadren—. Le hemos prestado un servicio a este planeta. Atesoren este momento y dejen que el recuerdo les brinde consuelo cuando enfrenten una auténtica maldad.

Namir les dio la espalda y se acomodó en su saco de dormir, cerca del calentador.

—No se entretengan demasiado —les ordenó—. Mañana será un día difícil.

* * *

Al cuarto día de la campaña de Coyerti llegó finalmente la orden que Namir había estado esperando. Guio al pelotón hacia las montañas, lejos de los pantanos, donde los árboles putrefactos tenían la tonalidad enfermiza del pus.

Gadren se encargó de la navegación; los condujo a través de valles oscuros y estrechos que serpenteaban entre las colinas. De vez en cuando se detenía a examinar algún árbol entero y lleno de vida, pasando sus enormes dedos sobre la corteza cubierta de polen color bermellón, como si hubiera encontrado una gema en medio de la escoria del planeta. En tres ocasiones Namir estuvo a punto de reprenderlo por estas paradas, pero Gadren nunca se detuvo demasiado tiempo.

A la hora del ocaso se detuvieron para comer, aunque Namir les advirtió que el descanso sería breve. Brand cojeaba ligeramente. Roach estaba empapada en sudor. Namir mantuvo su atención en Gadren.

—¿Cuándo? —preguntó Namir.

—¿Suponiendo que no nos hayan mentido? —preguntó Gadren.

—Sin suponer nada —dijo Namir—. Pregunté cuándo llegaremos al lugar indicado por las coordenadas, no qué encontraremos ahí.

Gadren sonrió, mostrando sus dientes capaces de cortar el cuello de una persona.

—Según el mapa, si caminamos durante la noche llegaremos al amanecer.

—Caminaremos hasta la medianoche —dijo Namir—. Si estamos medio muertos al llegar, no tendremos muchas oportunidades.

—¿Suponiendo que nos hayan mentido? —preguntó Gadren.

Namir sonrió con desdén.

—Si nos mintieron, moriremos de cualquier forma.

Mucho tiempo después de que había oscurecido, Namir comprendió que Brand había escuchado aquella conversación. Ella lo alcanzó pese a su cojera y le dijo en voz baja:

—Si es una trampa, la mataré.

Namir miró a Brand, pero la oscuridad le impidió ver la expresión de su rostro. Quiso preguntarle: «¿Por qué estás tan segura de que vas a sobrevivir?», pero ya había combatido junto a ella el tiempo suficiente como para conocer la respuesta. Había convivido con Brand las horas suficientes como para saber lo que significaba para ella decir algo así.

Prefirió decirle:

—Mejor no prometas eso.

—Claro que sí —replicó Brand—. Lo juro: si Everi Chalis mintió, te vengaré.

* * *

Durante el quinto día de la campaña en Coyerti, Namir y su pelotón llegaron a la cima de una pendiente rocosa cubierta de helechos rojos y carnosos, desde donde vieron lo que Everi Chalis había llamado amorosamente «la Destilería».

Al pie de la pendiente había un triángulo formado por tres búnkeres blancos conectados mediante estrechos corredores. De cada uno salía una columna de humo que depositaba una fina neblina en el aire húmedo. La vegetación cubría los techos de los búnkeres, ocultándolos de cualquier satélite que penetrara el velo de niebla. Tres patrullas de stormtroopers avanzaban entre las estructuras sin separarse mucho de sus muros, ya fuera porque no les interesaba vigilar un perímetro amplio o porque ya se habían retraído en preparación para el combate.

Howl le había informado a Namir sobre aquel complejo el día anterior al desembarco. Le comentó que la gobernadora Chalis había dicho que la Destilería era la principal planta procesadora de armas biológicas en Coyerti. En sus instalaciones se refinaban y mezclaban sustancias químicas y toxinas que luego se enviaban a los puertos espaciales para su distribución a otros planetas.

Chalis le había asegurado que la destrucción de la Destilería atrasaría años enteros las operaciones en Coyerti. Y, así, mientras el resto de la Compañía Twilight —incluyendo a doce reclutas de Haidoral que con trabajos habían obtenido el visto bueno para combatir y que entorpecían las acciones de sus compañeros tanto como las de los enemigos— luchaba para garantizar la supervivencia de una especie en peligro, Namir y su pelotón arriesgarían sus vidas atendiendo el pitazo de una traidora.

El pelotón permaneció toda la mañana en la parte alta de la pendiente, identificando las pautas de patrullaje y localizando las entradas de los búnkeres. Nadie volvió a mencionar la posibilidad de que aquello fuera una trampa. Namir concluyó que la posibilidad de que lo fuera era lo *único* en lo que todos estaban pensando.

Alrededor del mediodía, un deslizador de transporte medianamente blindado voló sobre las copas de los árboles y aterrizó frente a la entrada de carga del complejo. Brand, que había estado tendida boca abajo en el piso, se puso en cuclillas. Luego empezó a bajar por la pendiente y desapareció sin decir palabra. Namir no alcanzó a ver si seguía cojeando.

—¿Nos acercamos…? —preguntó Roach. Las manos le temblaban, pero habló con voz firme—. ¿Por si alguien la ve?

Gadren le ahorró a Namir la molestia de responderle.

—Si alguien la ve —dijo—, todos estaremos muertos. Dale espacio para trabajar.

Namir sacó unos macrobinoculares e intentó seguir los pasos de Brand, pero el sistema de rastreo inteligente del aparato sólo logró percibir algún movimiento ocasional entre los árboles. Nada indicaba que los stormtroopers la hubieran visto; estaban ocupados llevando unos toneles amarillos, rojos y azules, del deslizador al interior del complejo. Sólo dos de ellos estaban vigilando.

Cuando Namir volvió a ver a Brand, los soldados ya casi terminaban de descargar el transporte; ella ya estaba a medio camino de regreso. Subió la pronunciada pendiente con rapidez, pero aparentemente sin alguna urgencia especial.

—Listo —anunció cuando llegó a la cima y volvió a acuclillarse entre los helechos—. Programé el temporizador a treinta minutos, tiempo suficiente para que bajemos, pero no para que descubran el dispositivo.

—¿Será suficiente? —preguntó Gadren—. ¿Cuál elegiste?

Brand miró a Gadren como si estuviera diciendo disparates.

—Uno color azul —dijo—. Era el que estaba más cerca.

Gadren gruñó.

—Entonces debemos esperar que el *color azul* sea lo bastante mortífero para consumar nuestro plan… pero no para que nos mate también.

—En el próximo reclutamiento abierto —dijo Namir, mientras veía a los soldados asegurar la entrada de carga del complejo—, voy a integrar a un médico al pelotón y no lo voy a compartir con ninguno de ustedes.

* * *

Treinta minutos después, en algún lugar de la Destilería, un microdetonador adherido a la base de un tonel azul hizo una explosión.

Namir no la vio cuando ocurrió. La detonación fue demasiado pequeña como para que se percibiera fuera de los muros del búnker. Pero supo que el dispositivo se había activado cuando las sirenas del complejo empezaron a aullar y todas las puertas se abrieron simultáneamente. Supo que el plan estaba funcionando cuando una oleada de laboratoristas y personal de seguridad se precipitó al exterior. Parecían más fastidiados que aterrorizados. Se formaron en filas de manera automática; era evidente que habían hecho cientos de simulacros.

El pelotón bajó por la pendiente, haciendo un rodeo para evadir el punto de reunión de los trabajadores. Namir señaló una de las entradas posteriores del complejo, que estaba abierta y vigilada por un solo soldado. El guardia no hizo ruido alguno cuando Brand insertó su cuchillo entre la unión de su casco y su peto.

En el interior, una espesa neblina blanca salía de los ventiladores.

—Gas neutralizante —dijo Brand—. Lo he visto antes. Apaga fuegos químicos y licua gases tóxicos. Prácticamente es inofensivo. Procuren no inhalarlo demasiado.

Gadren asintió con la cabeza. Namir miró a Roach, pero le pareció que ella no estaba escuchando: miraba fijamente hacia el pasillo que tenían al frente, con la boca abierta y los dientes castañeteando.

Si se trataba de una trampa, pensó Namir, aquella era la última oportunidad de los aliados de Chalis para echarla a andar. Era demasiado tarde para que él y sus compañeros dieran marcha atrás.

Los cuatro miembros del pelotón atravesaron el complejo con todo el cuidado que pudieron poner, sabiendo que los trabajadores podrían regresar en cualquier momento. Rápidamente desarrollaron un método: en cada compartimiento en el que encontraban equipo de laboratorio o toneles zumbadores, Gadren y Bran colocaban explosivos, mientras Namir y Roach vigilaban la entrada. Cuando terminaban con un compartimiento, se desplazaban juntos al siguiente. Brand seguía con su máscara puesta, pero nadie se molestó en utilizar los guantes de seguridad ni los recicladores de aire que el intendente Hober les proporcionó antes del desembarco. Si las toxinas de la Destilería se liberaban, aquellas medidas rudimentarias no les servirían de nada.

Cuando iban a la mitad del segundo búnker, Namir y Roach entraron juntos en una bodega. No se veía nada, debido al gas neutralizante, pero un grito de alarma dejó en claro que la habitación estaba ocupada. Antes de que Namir pudiera localizar el origen de la voz, Roach se dio la vuelta y disparó; hizo cinco descargas, una provocó que una borrosa silueta se derrumbara en el piso y las otras sacaron chispas al alcanzar un contenedor. Namir se pegó a la pared y prestó atención para ver si escuchaba pisadas; como no escuchó ninguna, fue a revisar a la víctima de Roach.

Sobre en el piso yacía un humano de mediana edad con uniforme de trabajador manual. El gas ya había extinguido el fuego del bláster de Roach, y en el torso del hombre sólo se veían dos agujeros chamuscados. No llevaba armas ni ampolletas de toxinas que pudiera arrojarle a algún intruso. No obstante, era un miembro del Imperio y estaba muerto.

—Despejado —dijo Namir—. Sigan trabajando.

Namir no detuvo a Roach cuando ella se acercó a ver el cadáver. No se arrodilló a inspeccionar su trabajo. Se mantuvo a un metro de distancia, retorciendo las manos alrededor de su rifle, como si quisiera estrangular y observar al hombre a la vez.

Namir le dio unos segundos y después gritó.

—Vuelve a tu guardia. Aún no hemos terminado.

Roach no se movió. Brand estaba mirándola. Namir empezó a dar zancadas hacia ella, pero Brand llegó a su lado primero y la llevó consigo, jalándola del hombro.

* * *

El pelotón ya se encontraba a medio kilómetro de distancia cuando el complejo estalló con el sonido de un trueno. Aunque Brand aseguraba que los estaban siguiendo, Namir le dio a su equipo unos instantes para contemplar el humo negro que se elevaba al cielo. Si alguien los seguía, también se detendría. Luego siguieron avanzando juntos hacia las montañas. El único que parecía jubiloso por el triunfo era Gadren; los otros caminaban cabizbajos, sin decir nada, como si la operación les hubiera confirmado que habían caído en la trampa de la gobernadora Chalis.

Pero no hubo ninguna trampa.

Probablemente habían salvado a innumerables soldados de que se desangraran por las orejas o de que la piel se les desprendiera de los huesos, de cualquier cosa que provocaran las armas biológicas fabricadas por el Imperio.

«Entonces ¿por qué nos sentimos como si nos hubieran derrotado?», se preguntó Namir.

El ascensor los llevó por encima de las copas de los árboles hasta una serie de mesetas rocosas cada vez más grandes y con vegetación más rala. Les habían ordenado encontrarse al anochecer con una nave de desembarco que los llevaría ya fuera al frente de batalla o al *Thunderstrike,* dependiendo de los avances de la campaña. Namir deseó que fuera lo segundo, debido al dolor de cabeza que parecía extenderse tras sus ojos.

«Tal vez me está afectando la humedad o tal vez el cambio de altitud ha sido muy brusco».

En dos ocasiones, Namir sorprendió a Roach rezagándose y trotando al compás de un ritmo inaudible, con las manos apretadas alrededor del rifle. La primera vez perdió los estribos.

—¡Debes permanecer con tu equipo! —le gritó, después de una larga serie de palabrotas—. No me interesa si estás recogiendo flores o llorando por la muerte de no sé quien… Tu obligación es continuar aunque te sangren los pies, porque entonces gatearás. ¿Entendido?

Roach asintió nerviosamente con la cabeza y volvió a unirse a la formación.

La segunda vez que se rezagó, Namir sintió cómo la ira se acumulaba en su interior, con más intensidad que antes, pero no tuvo fuerzas para gritar. En vez de ello, le hizo una señal al grupo para que tomara un descanso.

«Que nos alcancen», pensó, mientras bebía de su cantimplora. «Las cosas no podrán empeorar».

Entonces miró a sus compañeros.

Brand respiraba trabajosamente y su frente relucía por el sudor. Sus fosas nasales se ensanchaban cada vez que respiraba. Se había sentado en el suelo con las piernas estiradas y estaba ajustando la bota del tobillo lastimado. Roach ni siquiera se había molestado en sentarse; simplemente había cruzado los brazos frente al pecho y temblaba con la cabeza baja.

Gadren seguía erguido, como siempre, y vigilaba.

Namir escupió una palabrota, se quitó bruscamente el casco, se remangó la camisa y empezó a inspeccionar su piel. Buscó algún tipo de erupción, ampolla o mancha, pero no encontró nada. Frustrado, azotó las palmas de las manos en el suelo.

Los otros estaban mirándolo. Él intentó controlar su respiración, calmarse.

—¿Qué tan mal nos vemos? —le preguntó a Gadren, con voz grave y monótona.

Gadren no contestó, sólo bajó la cabeza.

—¿Alguien sabe qué ocurrió? —preguntó—. ¿Inhalamos algo? ¿Nos rociaron alguna biotoxina sin que nos diéramos cuenta?

Roach no alzó la cara. Brand habló con voz lánguida:

—No se requiere mucho para producir efectos. Tal vez rompimos algún contenedor.

«O tal vez», pensó Namir, «no debiste elegir el tonel azul», pero de inmediato se recriminó por pensar eso. Brand no tenía la culpa.

—En cualquier caso —dijo Gadren—, parece que soy inmune.

—Tal vez —dijo Brand—. O tal vez te afecte más lentamente.

—También es posible —concedió Gadren.

Namir cerró los ojos con fuerza y ajustó la correa de su rifle. Evaluó la intensidad de sus molestias y de su dolor de cabeza.

—Bueno —dijo al fin—, ¿alguien siente que está a punto de morir? ¿Alguien no se cree capaz de caminar una o dos horas más?

Nadie dijo nada.

—Entonces sigamos adelante —dijo Namir—. No hay mucho que podamos hacer aquí, así que aguanten hasta que lleguemos con un médico.

Cuando finalmente llegaron al punto de reunión, no había ninguna nave esperándolos.

* * *

Namir no tenía un plan «B». Si la nave de desembarco no se presentaba, todos morirían. Incluso Gadren, que aún no mostraba señales de estar enfermo; incluso Brand, que sobrevivía a todo.

Namir no le dijo esto a su pelotón. Al amanecer, mientras mordisqueaban raciones de alimento que nadie tenía ganas de comer, les dijo que esperarían la nave el mayor tiempo posible. No habría intentos de comunicación; si trataban de enviar mensajes a través del comunicador satelital, el Imperio podría detectarlas. Además, no creía que su transporte simplemente se hubiera olvidado de recogerlos. Si la nave tenía la posibilidad de llegar, llegaría.

—En el peor de los casos —les explicó Namir—, caminaremos al frente de batalla. Veremos si logramos reunirnos con el resto de la compañía. —Lo que no les dijo fue que tal acción sería un suicidio y que no tenía intenciones de llevarla a cabo.

De cualquier forma, no pensaba que le hubieran creído.

Roach palideció de la noche a la mañana. Si antes tenía la piel ligeramente húmeda, ahora chorreaba sudor. Brand se conducía con mayor decoro, pero Namir la sorprendió alejándose del campamento para vomitar entre los arbustos. El dolor de cabeza de Namir iba y venía, lo cual era de agradecerse; durante los peores momentos veía manchas de colores y sentía vértigo.

Después del desayuno empezaron a realizar actividades de rutina para matar el tiempo. Hicieron patrullajes. Revisaron el equipo. Buscaron alimentos y agua. Ubicaron las rutas de escape del campamento. Escucharon estática en busca de comunicaciones imperiales no codificadas. Escucharon estática en busca de comunicaciones coyertianas no codificadas. Dieron mantenimiento al equipo. Retocaron el camuflaje. Inspeccionaron heridas. Enseñaron a Roach a usar el comunicador. Enseñaron a Roach a desmontar y

reparar el comunicador, por si se presentaba una emergencia. Borraron el rastro dejado al hacer patrullaje. Borraron el rastro dejado al borrar el rastro del patrullaje.

Namir mantuvo a su gente ocupada hasta el anochecer. Entonces se apiñaron en torno al calentador, mientras Gadren hacía guardia. Ninguno pudo conciliar el sueño.

* * *

Roach se había metido en su saco de dormir. Estaba abrazando sus rodillas, así que había usado el tramo restante del saco para envolverse. Seguía temblando. Cuando su dolor de cabeza se desvaneció lo suficiente para dejarlo pensar, Namir cayó en la cuenta de que Roach prácticamente no había dicho palabra desde la Destilería.

Se preguntó si estaría cuestionando su decisión de dejar Haidoral Prime o pensando sobre el hombre al que había matado. Pero Namir no tenía nada que decir para consolarla. A su edad, él había vivido cosas mucho peores. Si Roach sobrevivía, sería una mejor persona gracias a ello; sería un mejor soldado, un mejor miembro de la Compañía Twilight.

Si moría, ¿de qué servirían unas pocas horas de consuelo?

—Roach.

Brand habló con voz pastosa pero sonora. Estaba sentada y recargada contra una roca, erguida a pesar del dolor.

Roach volteó a verla sin decir nada.

—¿Quieres saber cómo me uní a la Compañía Twilight?

Las palabras de Brand tomaron por sorpresa a Namir. Si no se hubiera sentido tan mal, lo habría demostrado. Roach se mordió los labios y asintió con la cabeza. Parecía una niña asustada. Esto es precisamente lo que era, según las conclusiones de Namir.

—No lo voy a repetir —dijo Brand—. Además deberás respetar mi privacidad. —Era una afirmación, no una pregunta.

Roach asintió de nuevo. Brand escupió flemas en el suelo y comenzó.

—Yo era cazadora de recompensas —dijo—. Eso ya lo sabes. Esto fue hace casi veinte años, poco después de que el Emperador tomara el poder. Poco después de la muerte del jedi.

Roach hizo un gesto de asentimiento y frunció el ceño, confundida.

Namir ya había escuchado a otros rebeldes mencionar la palabra «jedi». Pero sólo sabía que se trataba de una especie de guerreros religiosos pertenecientes a la época anterior al Imperio. Al parecer, Roach estaba igualmente desinformada.

—Olvídalo —dijo Brand—. El caso es que las cosas eran mejores entonces. Mejores que ahora. Mejores de lo que habían sido durante las Guerras Clones. La gente respetaba las leyes. El Imperio garantizaba su seguridad.

»Pero las guerras ya habían hecho mucho daño. Trabajé principalmente en Tangenine. Ahí los separatistas habían causado estragos en la infraestructura, así que los sindicatos empezaron a extorsionar a la gente a cambio de comida, transporte o servicios

básicos. El ejército imperial hizo lo mejor que pudo, pero las pandillas y los extorsionadores seguían controlando todo por debajo de la mesa.

»Por eso, el Imperio contrataba a gente como yo. No es que le agradaran los cazarrecompensas, pero había muchos asesinos y contrabandistas que atrapar en Tangenine.

»Me sentía satisfecha con el trabajo que hacía.

Brand dejó caer la cabeza hacia delante, y Namir temió que se hubiera desmayado. Sin embargo, al cabo de un instante ella se enderezó, miró a la distancia y siguió hablando:

—No sé en qué momento cambió todo, pero, cuando se restableció la ley en Tangenine, el Imperio cambió y se convirtió en… lo que sea que es ahora. Llevé a un hombre que había robado convertidores de energía; lo encerraron de por vida. Encontré al líder de una pandilla, un traficante de especias, lo peor de lo peor, pero salió libre porque sobornó a un magistrado.

Brand hablaba con palabras simples y voz monótona, como si describiera horrores que no quisiera revivir. A Namir le pareció que Roach quería hacer preguntas, indagar más detalles, pero la chica estaba conteniéndose. Tal vez le preocupaba cómo reaccionaría Brand si intentaba inmiscuirse.

Sin embargo, el dolor y la náusea habían desaparecido del rostro de Roach.

Al parecer, Brand no había notado la inquietud de la chica por preguntar.

—Hace unos años —continuó—, decidí tomarme un descanso. Acabábamos de desmantelar a uno de los últimos grandes sindicatos y yo ya estaba harta de tanta sangre. Muchos simplemente se rehusaban a rendirse, sabiendo lo que les esperaba en las cárceles…

—Su voz se fue apagando, luego empezó a hablar otra vez.

—Necesitaba un descanso, así que para mi siguiente asignación elegí un objetivo que me permitiera salir de Tangenine, salir de los Mundos del Núcleo, estar lejos de las ciudades, del crimen y de los burócratas.

—¿Y el capitán Evon? —preguntó Roach.

—Sobre el capitán Evon… —respondió Brand—. Yo no había hecho muchas búsquedas de rebeldes, pero supuse que me mantendría ocupada por un tiempo. —Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Tardé un tiempo en rastrear a la Compañía Twilight —dijo Brand—, pero cuando los soldados están de licencia hacen muchas tonterías: hablan con la persona equivocada…

—Que eso te sirva de lección —mascculló Namir, en dirección a Roach, pero no supo si ella lo escuchó.

—Bajan la guardia, platican sobre sus próximas asignaciones. Sólo habían pasado cuatro meses, cuando me presenté en un reclutamiento abierto en Veron y me ofrecí como voluntaria.

»No voy a entrar en detalles, pero el caso es que mentí. Pasé mis armas de contrabando y esperé una oportunidad para matar a Howl y poder escapar. Cuando esa oportunidad se presentó, yo ya había llegado a conocer a las tropas y pensaba que tal vez tenían razón.

—¿Cambiaste de parecer? —preguntó Roach.

Brand negó con la cabeza, casi imperceptiblemente, como si un movimiento más brusco pudiera hacerle perder el sentido.

—Eso fue hasta que tuve mi arma contra la cabeza de Howl. El hombre no parecía asustado. Empezamos a hablar. Me ofreció un empleo. Yo lo acepté. —Roach hizo un gesto de asentimiento, aunque no miró a Brand a los ojos—. No me arrepiento de nada —dijo Brand—. Ni de unirme a la compañía ni de mi vida anterior.

Namir se hundió en su saco de dormir, intentando contener la risa.

* * *

Bajo las luces aún tenues del amanecer, Namir fue a un barranco cercano al campamento para hacer sus necesidades. Luego regresó con sus compañeros. Cuando iba a medio camino, encontró a Brand, quien estaba sentada sobre una roca y limpiaba su cuchillo. Se sentó junto a ella.

Namir estuvo contemplando un rato cómo la luz del sol empezaba a delinear la oscuridad. Finalmente, preguntó:

—¿Por qué no le contaste todo?

Brand se encogió de hombros.

—Es demasiado joven —respondió—. Además, todos estaremos muertos en un par de días. Unas cuantas mentiras no le harán daño.

Namir asintió con la cabeza y rascó el suelo con la punta de sus botas. Luego esbozó una sonrisa.

—Si todos morimos, ¿quién se va a vengar de Chalis?

Brand encogió los hombros de nuevo.

—Según mi manera de ver las cosas, la información que dio era correcta. Tal vez salvamos a muchas personas de… —Brand titubeó. Luego, extendió una mano y observó la palma. Tenía una erupción que se extendía hacia la muñeca— esto. No es su culpa que hayamos sido descuidados.

A Namir también le había salido una erupción en el cuello. La descubrió mientras se rasuraba.

—Howl no sabe que nos equivocamos —dijo él—. Si tenemos suerte, culparán a Chalis de todos modos. Puede que las tropas la apedreen.

Brand hizo girar su cuchillo y se lo enfundó.

—Eres perverso, sargento —dijo, sin sonreír. El comentario le arrancó a Namir una risa.

—Cuando estemos muertos —dijo él—, extrañaré estas conversaciones.

—Yo también —replicó Brand. Seguía sin sonreír, pero cuando Namir extendió una mano, ella la tomó y la estrechó.

* * *

A los dos días llegó la nave de desembarco.

Namir no recordaría mucho de lo que ocurrió después. Recordaba a Gadren gritando y a Brand disparando su bláster hacia el cielo para señalar la posición del pelotón. Recordaba haber salido del saco de dormir y arrastrarse hacia la nave cuando esta aterrizó lanzando oleadas de polvo y calor en su dirección. Recordaba no haber logrado su objetivo; estaba seguro de que Gadren lo había levantado y llevado en brazos a la nave.

Estaba bastante seguro de haberle dicho cosas imperdonables a quienquiera que lo hubiera asegurado a su asiento. Halló la fuerza para ajustarse él mismo el arnés y se obligó a mantenerse consciente mientras las turbulencias lo azotaban contra la pared. Aunque estaba medio muerto, se rehusó a ser el soldado que se desmayara durante el despegue; tal privilegio correspondería a Roach, en su papel de nueva recluta.

Ya a bordo del *Thunderstrike* intentó reportar la destrucción de la Destilería a todos los médicos con quienes tuvo contacto, pero luego comprendió que Gadren estaba consciente y que podía hacer ese trabajo tan bien como él. Fueron días de pruebas interminables, aunque luego le aseguraron que habían sido sólo unas horas. Recordó haber escuchado que estuvo expuesto a una cantidad mínima y sin refinar de biotoxinas. Los efectos eran fácilmente tratables.

Namir y su equipo iban a estar bien.

La campaña de Coyerti había terminado.

* * *

—El caminante nos miraba desde lo alto. Los X-Wing no podían bajar lo suficiente para disparar. Entonces empezamos a oír algo como tambores. —Ajax dio un manotazo sobre la abollada mesa, produciendo un tañido hueco.

—Juega tus cartas —dijo Brand.

Ajax la ignoró.

—Pero no eran tambores, sino todo un ejército de coyertianos. Nosotros nunca los habíamos visto, pero supuse que aquello de la temporada de reproducción había terminado, porque empezaron a pulular por todas partes. Diez minutos después, el fuerte estaba ardiendo en llamas y el teniente nos pedía que dejáramos de lanzar granadas: «¡Ganamos, ganamos! ¡Guárdenlas para su próxima misión!».

La mitad del Clubhouse rio con Ajax, mientras la otra mitad hacía bromas. Gadren le dio a Ajax unas entusiastas palmadas en la espalda:

—Tal vez los coyertianos te inviten a ti, su héroe, a las próximas festividades. —Pero su voz se hizo más solemne, al decir—: Ojalá continúen su lucha con destreza y buena fortuna.

—Y sin nosotros —gritó alguien. Namir no supo quién. Aunque no estaba en desacuerdo con ese sentimiento, él no lo hubiera expresado frente a los presentes. Gadren frunció el ceño y, para sorpresa de Namir, Brand también.

—Me conformo con haber salido de la selva —prefirió decir Namir—. Todavía percibo su olor en todos ustedes. Y podría jurar que hay mosquitos en los dormitorios.

Los presentes expresaron ruidosamente su aprobación y el juego de cartas continuó. Namir estaba con un ojo en el juego y con el otro en los reportes sobre el conflicto. Hacía el recuento de muertos y heridos. A los relativamente pocos que habían caído en el frente de batalla, donde había combatido la mayor parte de la Compañía Twilight, ya se les había rendido homenaje. Nadie los mencionaría estando sobrio, al menos por un tiempo. El cómputo de heridos era mucho más grave. Namir odiaba la tarea de reasignar miembros del pelotón para compensar las pérdidas.

Los trece nuevos reclutas asignados al combate en tierra habían sobrevivido. En general, su desempeño fue adecuado. Corbo, a quien se sorprendió con un cuchillo cerca de la celda de Chalis, acumuló media docena de presas. Un hombre desaliñado, de quien Namir sospechaba que era un espía en potencia, había recibido el rozón de una descarga de bláster al proteger a un coyertiano. Sólo hubo dos reportes de reclutas que se quedaron completamente paralizados. La verdad es que las noticias eran mejores que de costumbre y una buena señal de que la compañía podría recomponerse a tiempo para su siguiente misión.

—Y entonces, sargento —dijo Ajax, mientras le acercaba a Gadren una pila de créditos—, ¿qué noticias hay de la Compañía Fisheye?

Namir frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver la Fisheye aquí? —Fisheye era la compañía de infantería número sesenta y ocho de la Alianza Rebelde, una unidad acuática. En cierta ocasión, los caminos de ambas compañías se cruzaron, pero Namir no había escuchado de la sesenta y ocho en meses. Por supuesto, apenas estaba poniéndose al tanto de los rumores del día.

—Parece que entre las vomitonas y las alucinaciones se perdió del gran anuncio —dijo Twitch entre dientes, sonriendo burlonamente.

Ajax rio.

—Resulta que los coyertianos no fueron el único objetivo de esta semana. Hubo varias operaciones de retaguardia… La veintiuno estuvo en Bestine. La compañía de Bitter Pill estuvo en no sé qué planeta mugroso; perdió su transporte de tropas, pero consiguió un remplazo.

—Entonces, ¿fueron operaciones coordinadas? —preguntó Gadren—. ¿Un esfuerzo final para que la flota pudiera completar la retirada del Borde Medio?

Twitch siguió farfullando.

—¿Tus naves no están avanzado lo suficientemente rápido? Entonces echa al asador a tus tropas de infantería. Eso solucionará el problema.

La noticia de las operaciones coordinadas no sorprendió a Namir. No las había previsto, pero debió hacerlo: una sola compañía en un solo planeta no bastaría para distraer a toda la flota imperial. Aun así, había algo que lo irritaba acerca de la noticia, aunque no podía identificar qué.

—Le preguntaré al capitán acerca de la Fisheye —dijo, y se levantó haciendo un gruñido—. Tengo cita con Howl en una hora. Estoy seguro de que se sentirá feliz de contármelo todo.

* * *

La reunión de Namir era con el teniente Sairgon, no con Howl, pero de igual manera se abrió paso hasta la oficina del capitán a fuerza de bravuconería para presentar su reporte sobre el progreso de los nuevos reclutas. Fue una presentación breve. Howl mostró interés en todo momento. Por otra parte, Howl trataba a todo aquel con quien hablaba como si fuera una fuente infinita de sabiduría, digno de paciencia y consideración, sin importar la sarta de idioteces que estuviera profiriendo.

—¿Y tu equipo? —preguntó Howl, cuando Namir terminó—. ¿Ya te sientes mejor?

—Bastante bien —dijo Namir—. Aunque nos hubiera gustado saber en aras de qué estábamos muriendo.

Eso no era lo que había querido decir. Ni siquiera era lo que le molestaba, aunque se le acercaba.

—¿A qué te refieres?

Ahora podía dar rienda suelta a sus palabras.

—¿Vamos a cubrir la retirada de la flota? ¿Vamos a salvar a los coyertianos? ¿Vamos a verificar la información de la gobernadora sobre la Destilería? Todos esos parámetros están muy bien, pero no son iguales. Ahora volvemos a casa y nos enteramos de que la primera explicación era la verdadera. Aunque no completamente, porque resulta que sólo éramos parte de una operación mayor.

»Tú sabes que no soy de los que ponen en tela de juicio las estrategias de los altos mandos. Yo lucho porque la Compañía Twilight lucha. Pero tampoco me gusta sentirme usado.

Howl mantuvo su mirada tolerante y dijo:

—¿No podemos tener más de una razón para hacer lo que hacemos?

—No, si lo que quieres es ganar —dijo Namir—. Tú eliges un objetivo y tus tropas lo llevan a cabo.

Howl empezaba a rebatir, pero luego alzó un dedo como para acallarse. Cerró los ojos apretando mucho los párpados, los abrió y comenzó de nuevo:

—Lo que buscamos no es la conquista, sino la alquimia —dijo—. La transmutación de la galaxia. Nosotros somos un catalizador: cuando la Rebelión entra en contacto con el

Imperio, se produce un cambio. La sustancia de la opresión se convierte en la sustancia de la libertad. Y, como con todos los cambios de esa magnitud, se liberan energías terribles: guerra, victoria, derrota…

»Pero el interés del alquimista no está en esas energías. Estas son un producto secundario, no el agente de la transmutación. El interés del alquimista es la pureza del catalizador. Lo demás se resolverá por sí solo. —Encogió los hombros y sonrió—. O al menos la mayor parte. Si mantenemos la fuerza de nuestros principios, el resto se dará por añadidura.

»Su muerte en Coyerti no habría detenido el proceso. Si toda la Compañía Twilight hubiera fallecido, ¿habría sido imposible la huida de la flota? ¿Se habría eliminado a los coyertianos? ¿Se habría reducido nuestro conocimiento sobre las intenciones de la gobernadora Chalis?

Nada de esto tenía sentido para Namir, quien negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Sólo quiero darle a mi gente una misión clara y sólida, no una filosofía de guerra, sino algo que los ayude a mantenerse concentrados.

Howl sonrió.

—Creo que subestimas a tu gente. Pero ya hemos discutido esto.

Así era. La discusión inició en Blackstar Cyst y había continuado de manera intermitente desde entonces. Nunca tomaba un giro satisfactorio, pero durante algunos días la locura de Howl, su disposición a sacrificar a la Compañía Twilight con tal de concretar su peculiar definición de victoria, perturbaba a Namir más que de costumbre.

* * *

Aquella noche, Namir fue a buscar a Roach. Ella no había ido al Clubhouse. Y él no la había visto desde que salieron de Coyerti, aunque los médicos le aseguraron que gozaba de buena salud.

Uno de los hombres del sargento Fektrin le indicó dónde estaba. Namir finalmente la encontró, agazapada en una estrecha plataforma de carga, recargada contra una mampara y con los brazos alrededor de las rodillas. Estaba temblando y meciéndose lentamente. Lo miró con resentimiento cuando entró.

—¿Todavía te sientes mal? —preguntó Namir.

—No —dijo Roach.

Namir logró acercarse, caminando entre el tiradero de contenedores y partes de motor. Se recargó en la mampara, a un lado de Roach, aunque permaneció de pie. Roach alzó la mirada hacia él y luego la llevó de regreso a sus rodillas.

—Es por el combate —dijo ella—. Fue mi primer enfrentamiento. La primera vez que maté a alguien.

—¿Y te sientes destrozada porque mataste a alguien?

—Sí —respondió Roach.

Namir resopló.

—Basura.

Roach volvió a alzar la vista. Namir negó con la cabeza.

—A muchas personas les puede afectar el matar a otros —dijo—. Pero a ti, no. Tal vez después, pero ahora tienes problemas más apremiantes.

Roach seguía con la vista clavada en él.

Namir se deslizó por la pared, hasta quedar sentado junto a Roach. Entonces, estiró las piernas. Hizo chocar un talón contra el piso metálico y escuchó el sonido sordo que produjo.

—¿Desde hace cuánto estás sobria? —le preguntó.

Roach miraba el pie de Namir. Él vio cómo su rostro hacía muecas, cómo la indecisión aparecía y desaparecía de su rostro.

Finalmente contestó en un susurró:

—Desde Haidoral. No mucho antes.

—¿Es por eso que estabas en un centro de detención? —preguntó Namir—. ¿Por adicción a las especias?

Roach asintió con la cabeza.

—Básicamente.

Namir siguió hablando con un tono espontáneo.

—Cualquiera diría que a estas alturas yo ya sabría la diferencia entre estar sudoroso y nervioso y sufrir síndrome de abstinencia.

Hubo otro largo silencio.

Cuando Roach finalmente habló, sus palabras sonaron forzadas, como si le costara trabajo sacarlas.

—Ya estoy sobria. Estoy aquí para pelear. No voy a echar a perder las cosas.

—Oh, claro que lo harás —dijo Namir—. Pero está bien. Todos tenemos nuestros problemas.

Roach sonrió débilmente. Era una sonrisa insegura, más bien obligatoria ante el humor negro de su comandante.

Namir estiró un brazo y tomó la barbilla de Roach con una mano. Su piel se sentía fría y húmeda. La miró directamente a los ojos.

—Todos en la compañía nos protegemos entre nosotros, ¿entiendes?

Ella dijo que sí con la cabeza y Namir la soltó. No lo entendía.

Roach seguía temblando. Tenía los nudillos blancos de tanto sujetar sus piernas, como si sus manos fueran lo único que mantuviera a su cuerpo en una pieza, como si temiera disolverse y desparramarse en el piso si se relajaba. Namir permaneció sentado, escuchando los crujidos metálicos de la nave y el ronroneo grave y estático de los motores. Luego, se acercó más a Roach y la rodeó con un brazo. Sintió la humedad de su camisa, percibió el olor de su sudor, escuchó su respiración acelerada, como la de un animalito atrapado. La abrazó sin apretarla. Ella se puso tensa, pero luego de unos instantes se acurrucó a su lado.

Permanecieron en silencio el resto de la noche.



CAPÍTULO 7

PLANETA CRUCIVAL
Día cuatrocientos de la afrenta de la Cultura Tripartita
Quince años después de las Guerras Clones

Ahora se llamaba Umu Seven: Umu en honor del segundo hijo del Hieropríncipe y Seven por los otros seis Umus que habían servido al Credo Opalino. Al chico le habría gustado un nombre distintivo, pero el Credo tenía reglas estrictas, y había cosas peores que tener para siempre el nombre de Umu Seven.

Ocultas bajo una capa de piel de bantha, todavía llevaba las marcas de sus antiguas filiaciones. Con la muerte del caudillo Malkhan sus votos de obediencia perdieron su razón de ser. Había sido afortunado de encontrar al Credo tan pronto como lo había hecho. Ahora, mientras caminaba vigorosamente por las estrechas calles de arenisca, veía las mismas marcas en los rostros de los ancianos agazapados en las escaleras de entrada de las tiendas, hundidos en el sopor inducido por las especias; en las muñecas de las mujeres que comían sobras en los callejones; en todos los guerreros de Malkhan que se habían quedado sin ejército y cuyos triunfos grabados en la piel ahora los señalaban como parias.

Umu llevaba la capucha puesta y evitaba la vista de los malkhanis perdidos. No temía por su seguridad, pero el Credo le había asignado una tarea. No podía flaquear ni fallar.

Cuando llegó al mercado se abrió paso a codazos entre la multitud para llegar con los comerciantes que, según le habían dicho, podían ayudarlo. A algunos no les decía nada: estiraba una mano, depositaba un puñado de peggats de oro en sus palmas como recompensa por los servicios prestados al Credo y se alejaba. Con otros regateaba. Durante una hora estuvo llenando su costal con baterías de otros planetas, cables, fusibles… Aparatos y partes de aparatos.

Si bien el Credo tenía alimentos, agua y oro en abundancia, carecía de tecnología. Para sobrevivir a sus batallas contra los clanes heréticos necesitaba armas equiparables a las de sus enemigos. Necesitaba soldados que supieran manejar blásteres y lanzallamas.

Umu Seven había luchado en las huestes de Malkhan y sabía manejar muchas de las armas que había en la galaxia.

Cuando terminó su asunto en el mercado, Umu volvió a internarse en las callejuelas. No siguió el mismo camino. Sabía que podían estar siguiéndolo; sabía que los objetos que llevaba podrían servir para dar techo y sustento a una familia durante un año, o saciar a un adicto a las especias durante un mes. Las primeras ocasiones en que el Credo le había hecho encargos, él había estado tentado a robarle para obtener su libertad y forjarse una nueva vida. Su sentimiento de lealtad hacia sus superiores era limitado, a pesar de la recitación comunitaria de votos que se realizaba mañana y noche, a pesar de las constantes lecturas del Libro del Hieropríncipe. A veces se alojaba en su estómago una sensación de culpa, cruda y pesada, debido a su falta de fe. No obstante, con el paso de las semanas y con las responsabilidades cada vez mayores que le confiaban, había encontrado nuevas razones para mantenerse fiel al Credo.

—¡Hazram!

Al escuchar la voz sintió también un apretón en el hombro; era una mano grande, masculina, con uñas que se hundieron en la tela de su capa. También escuchó el nombre, pero no lo reconoció como propio, sino hasta después de lanzar un codo hacia atrás, percibir el contacto con algo y sentir cómo la mano se alejaba de su cuerpo. Oyó el sonido de unos pies resbalando sobre el polvo, mientras su asaltante trastabillaba, tosiendo áspera y dolorosamente.

Umu se dio la vuelta. De pie en el callejón había un individuo alto, ancho de hombros, calvo y de rostro marchito y curtido. Era evidente que había sido un hombre fuerte, pero ahora parecía como si hubieran puesto a curtir su piel en un armazón de huesos. Su camisa y su chaleco tenían agujeros, algunos de los cuales habían sido parchados con cuero. Miraba a Umu con los ojos muy abiertos, ansiosos.

—Estás vivo —dijo—. Yo sabía que estabas vivo.

—Debes irte —fue la respuesta cortante y resentida de Umu—. El Credo está esperándome.

Umu no había visto a su padre en casi tres años.

El pecho del hombre subía y bajaba como si hubiera estado corriendo. Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, parecían más lúcidos, concentrados, pero sin aquella intensidad maniática.

—Caminaré contigo —dijo el padre de Umu con mesura y contrición, como un prisionero negociando su liberación después de una batalla—. El Credo está en Templemarch, ¿no? Vigilaré que no te molesten camino a allá.

Umu le dio la espalda a su padre y reanudó su marcha. Su padre caminó tras él.

—¿Estuviste ahí? —preguntó su padre, después de unos minutos de caminar en silencio—. ¿Cuando los malkhanis se separaron?

—Sí —susurró Umu.

Cada uno de los lugartenientes del caudillo había reclamado para sí el arsenal de armas de Malkhan, proveniente de toda la galaxia. La masacre que se desató fue peor que cualquier otra cosa que Umu hubiera visto antes.

—Te advertí que ocurriría —dijo su padre—. Siempre pasa lo mismo.

Umu no dijo nada.

—También ocurrió en mi guerra. Cuando nuestros enemigos nos vencieron, empezaron a pelear entre ellos.

—Tal vez debiste pelear mejor —dijo Umu, con voz fría y monótona—. Tal vez, si tu bando hubiera ganado, hubieras sabido qué hacer.

Umu apretó el paso y escuchó la respiración agitada de su padre, que se esforzaba por no quedarse a la zaga.

El chico esperaba que su padre empezara a discutir. Siempre había sido fácil incitarlo a discutir sobre su guerra. Una palabra equivocada bastaba para echarlo a andar, para que se pusiera a defender sus decisiones y su causa frente a… Bueno, Umu nunca entendió con quién pensaba su padre que estaba discutiendo. En Crucival, a nadie le importaban las Guerras Clones.

—Todavía puedes regresar —dijo su padre, cambiando el tema. Su voz se hizo más aguda—. Hay espacio suficiente, comida suficiente. Puedo ocultarte del Credo… Sé que puedo hacerlo.

Umu hizo una mueca y plantó los pies en el polvo.

—El Credo nos sirve carne, miel y vino todas las noches —dijo, sin voltear a ver a su padre—. Al despertar, percibo el olor de la fruta y no el de los excrementos que alguien dejó en la calle. He realizado votos de obediencia. ¿Por qué razón volvería contigo?

Su padre no respondió. Probablemente ya se había ido.

Daba igual. Todo lo que Umu había dicho era verdad, aunque esas no eran las razones por las que pertenecía al Credo. No quería hablar con su padre acerca del Credo, ni de los malkhanis, ni de la persona en que se había convertido desde que salió de casa.

No era Hazram. No era Donin. Era Umu Seven.

Una parte de él, algún instinto residual, quería aventar el costal y correr tras su padre, buscarlo y…

Pero hasta ahí llegaba la fantasía. No había ningún «y». No había una infancia feliz que reclamar, sólo el temor de una oportunidad desperdiciada.

Ya era de noche cuando llegó a Templemarch y al antiguo claustro donde residía el Credo. Había llegado tarde para el juramento de lealtad vespertino; tendría que estar despierto a medianoche para reparar la falta. Pero nadie lo regañó; sus compañeros lo saludaron calurosamente mientras distribuía sus adquisiciones entre los técnicos, armeros y maestros de oficios.

Mientras rebuscaba en su saco se sorprendió al encontrar una frutita magullada, una pera dulce de espinas, como las que crecían obstinadamente en los callejones. Casi se le cayó al suelo cuando comprendió que, de alguna manera, su padre había logrado dejarla

ahí para él. Su padre siempre había sido astuto y era capaz de tomarle el pelo a quien quisiera si se lo proponía.

Umu no quiso la fruta y fue a dejarla en la alacena del claustro. Las manos le temblaban un poco. Después se dirigió al área para dormir.

Ahí, rodeado por los muros del claustro, otro centenar de seguidores del Credo yacía acostado sobre sábanas o sobre el pasto amarillo. Alumbrándose sólo con la luz de las estrellas, Umu caminó trabajosamente entre los durmientes espatarrados para llegar a su esquina. Entre las sombras, arrancando una tras otra brizna, lo esperaba una chica tal vez uno o dos años mayor que él. Al verlo se enderezó gimiendo de cansancio y sonriendo.

—Regresaste —dijo Pira Ten.

—Regresé —dijo Umu. Se sentó en el suelo junto a la chica y sonrió—. Vi a un alienígena en el mercado.

—No es cierto —exclamó Pira, luciendo una amplia sonrisa—. Estás mintiendo. —Le puso en las manos un trozo de pan con pescado ahumado—. La cena. ¿Estás mintiendo? ¿Qué era?

Umu rio y le contó a Pira acerca del alienígena: piel amarilla, cuernos, ojos negros, como el demonio de algún mito. Estaba mintiendo, por supuesto, pero a Pira le gustaban los alienígenas. Umu concibió la historia desde el momento en que le asignaron la tarea y la aderezó después de salir del claustro. Durante la mayor parte del día estuvo deseando contar la mentira.

No sabía si Pira le estaba creyendo o no, pero no importaba.

—Entonces, ¿no tuviste problemas? —preguntó ella, cuando Umu concluyó su historia. Estaba recogiendo y comiendo las migajas restantes de la cena de Umu. Su voz se tornó más seria—. La última vez asaltaron a Keffan saliendo del mercado. Todavía no puede mover los dedos.

—No tuve problemas —dijo Umu—. De hecho, fue bastante aburrido.

Pira asintió con la cabeza.

—Lo aburrido puede ser bueno —dijo—. Sé que ansías una guerra con disparos y todo, pero… lo aburrido es bueno. Una pausa puede ser buena.

—Yo no… —empezó a decir Umu. Pira contuvo la risa; esperaba que él mordiera el anzuelo. Umu se mordió los labios, frunció el entrecejo y comenzó de nuevo—. ¿Cuándo van a comenzar los disparos? —preguntó—. A *alguien* lo van a acuchillar por la espalda.

Pira se carcajeó con fuerza, aunque logró fingir arrepentimiento cuando algunos de los que intentaban dormir la fulminaron con la mirada. Umu se recostó sobre el pasto; le pareció que los encuentros previos del día escapaban de su cuerpo y se hundían en la tierra, en las profundidades de Crucival.

Había cosas peores que ser Umu Seven. Había cosas peores que estar entre los del Credo.

Había encontrado a su familia y se sentía feliz.



CAPÍTULO 8

SECTOR METATESSU
Día ciento nueve de la retirada del Borde Medio
Siete años después

El primer ataque se produjo a medianoche, tres días después de que la Compañía Twilight saliera de Coyerti. El *Thunderstrike* flotaba con su escolta en el borde de un sistema carente de vida, dominado por un sol carmesí. El turno de mantenimiento estaba terminando y la nave continuaba su huida del territorio enemigo.

Cuando un Destructor Imperial salió del hiperespacio y se acercó lo suficiente para alcanzar al *Thunderstrike* con sus armas, el *Apailana's Promise* y sus dos X-Wing respondieron rápidamente y evitaron que la nave recibiera daños mayores. Las fuerzas rebeldes pudieron escapar a la velocidad de la luz de la frenética batalla, aunque uno de los X-Wing fue alcanzado de refilón por un disparo de turboláser.

El segundo ataque ocurrió treinta horas después. En esa ocasión, el *Thunderstrike* cayó en una emboscada al llegar al sistema Enrivi, donde Howl esperaba hacer reparaciones adicionales. Las fuerzas agresoras consistían en un crucero ligero y un escuadrón de cazas TIE. Incluso con un X-Wing fuera de servicio, la compañía logró destruir sin dificultad al enemigo.

La onda provocada por el choque de los estertores finales del crucero, al igual que la explosión espectacular de sus motores y armamento, destruyeron las cápsulas de escape de la nave. Howl diría después que las bajas imperiales habían sido «profundamente lamentables y accidentales». El comentario no impidió que se desatara una ruidosa celebración en la que los soldados de la compañía sacaron sus bebidas de contrabando y brindaron por sus pilotos y artilleros.

Sin embargo, los pilotos y artilleros no participaron. Temían que sus servicios fueran requeridos de nuevo y pronto.

El tercer ataque se produjo diecinueve horas después, pese a que el *Thunderstrike* cambió de rumbo dos veces para desorientar a sus perseguidores. Con un ataque

fulminante realizado en el sistema Chonsetta, un grupo de interceptores TIE oculto en la cola de un cometa destruyó el estribor del transporte de tropas antes de que la Compañía Twilight pudiera escapar.

Para ese momento, hasta los miembros más escépticos de la compañía estaban convencidos de que el Imperio los estaba rastreando a través de las infinitas profundidades del espacio. Aquello era algo inédito: incluso ignorando el hecho de que era prácticamente imposible rastrear una nave en el hiperespacio, a la Compañía Twilight nunca se le había atribuido la suficiente importancia estratégica como para ganarse la animadversión directa del Imperio. Si la totalidad de la Rebelión estaba huyendo, ¿por qué razón alguien haría tantos esfuerzos, sacrificando recursos y vidas, para desgastar a una simple unidad de infantería?

Sólo había una explicación plausible.

A manera de precaución, Namir aumentó la seguridad alrededor de la celda de Everi Chalis. Dudaba que alguien quisiera matarla —por más gratificante que resultara la idea, ni siquiera Corbo parecía tan temerario—, pero cuando las personas están asustadas hacen muchas tonterías.

* * *

—Oí que tres grupos de combate imperiales han abandonado enfrentamientos con rebeldes con la finalidad de perseguirnos. ¿Puedes confirmar o desmentir esta información?

La voz del droide sonaba como un ruido estridente, chirriante, eléctrico, que le hacía rechinar los dientes a Namir. O tal vez era la pinza izquierda de M2-M5 lo que lo ponía de malas: los picos metálicos dentados y otras herramientas mecánicas que zumbaban, se extendían y se retraían de su «muñeca»; aquella cosa parecía la caja de juguetes de un torturador.

A Namir no le agradaban los droides. Nunca le había agradado la tecnología capaz de pensar. Sin embargo, M2-M5 era la mejor máquina de la Compañía Twilight, y a Namir le habían advertido, con palabras más o palabras menos, que superara su recelo y confiara en el montón de chatarra parlante.

—¿Es esa la razón por la que tenemos problemas con los motores? —preguntó Namir—. ¿Porque te la pasas escuchando a escondidas las comunicaciones del puente de mando, cuando deberías estar trabajando?

—Tenemos problemas con los motores —dijo el droide— porque mi nave sigue sufriendo ataques. Y mi nave sigue sufriendo ataques porque tenemos problemas con los motores.

Namir frunció el ceño.

—¿O sea?

El droide rodó a través del atestado compartimiento de motores. Namir tuvo que seguirlo de cerca para escuchar su voz en medio del ruido del hiperpropulsor.

—¿Recuerdas el ataque que recibimos poco después de que trajiste a bordo a tu amiga imperial?

—Casi me quemo vivo. Lo recuerdo. Y yo no traje a Chalis a bordo. Howl decidió que…

M2-M5 estaba blandiendo su pinza frente a una escotilla cerrada. La luz verde del droide se hizo roja.

—¿Lo ves? —dijo—. Eso indica una fuga de partículas de hipermateria. El daño es de nivel microscópico y muy probablemente esté en uno de los cientos de refractores de radiación del *Thunderstrike.* No es tan grave como para afectar el funcionamiento de la nave, pero podría dejar un rastro fácil de seguir para Darth Vader.

—No sabemos si Vader tiene algo que ver con todo esto. Tampoco escuches a escondidas a Chalis.

La luz roja parpadeó rápidamente. Namir supuso que para el droide eso equivalía a encoger los hombros. O a un gesto obsceno.

—¿Crees que el daño se produjo en ese primer ataque? —preguntó Namir.

—Es probable. Incluso creo que el Imperio no identificó nuestro rastro, sino hasta Coyerti. Sin embargo, no cuento con el equipo necesario para hacer reparaciones.

—Entonces usa tus propias piezas como repuestos —dijo Namir, y se marchó hacia la salida más cercana del compartimiento—. Envía un reporte completo al capitán —agregó—. Esto va a ser un problema.

* * *

Howl llamó a reunión a los altos mandos una hora más tarde. Namir estaba en la parte trasera de la sala de conferencias, junto al Director médico Von Geiz y al Intendente Hober. Era el lugar reservado para los miembros de la Compañía Twilight, a quienes por cortesía se invitaba a estar presentes, aunque no a participar en la discusión. En torno a la mesa estaban el Teniente Sairgon, varios oficiales (tanto del *Thunderstrike* como del *Apailana's Promise*) y Everi Chalis, quien había ocupado el asiento del capitán y bebía té en una taza de hojalata, mientras Howl caminaba alrededor de la mesa.

El primero que propuso abandonar a Chalis fue el Teniente Sairgon, tan pronto como Howl terminó de hacer el recuento de la situación.

—Hasta ahora hemos tenido suerte —dijo Sairgon—. Las fuerzas que el Imperio ha podido utilizar no han hecho más que hostigarnos. Pero están pisándonos los talones, y no podríamos sobrevivir al ataque de un destructor estelar.

—Un superdestructor estelar —lo corrigió Chalis, sonriendo amargamente—. Vader tiene una nueva nave insignia. Pero continúe, por favor.

Sairgon ni siquiera volteó a ver a Chalis.

—Si enviamos a la gobernadora en una lanzadera es probable que no sobreviva… pero el Imperio dejará de perseguirnos con todo lo que tiene. No es que el plan me guste, pero no veo de qué manera podríamos mantenerla aquí y sobrevivir.

Chalis asintió con aire de sabiduría, como si hubiera previsto la situación.

—No —dijo Howl, mirando a los ojos a un oficial y a otro—. Pedí sus opiniones y agradezco su sinceridad, teniente. Pero no abandonaremos a esta mujer. Talrezan Four, Hope Station, Unroola Dawn… —Iba dando puñetazos en la mesa al decir cada nombre—. En todos fuimos derrotados mientras escoltábamos a la flota en su salida del Borde Medio. El General Amrashad está muerto. Y ni siquiera el Comandante Skywalker puede destruir una Estrella de la Muerte cada mes. La destrucción del programa de armas biológicas de Coyerti es la única victoria real que ha obtenido recientemente la Alianza. Chalis nos dio esa oportunidad, y está por terminar su reporte en el que detalla toda la red logística del Imperio. Cuando lo tengamos, todo cambiará.

Entonces, se le dibujó una amplia sonrisa, enderezó la espalda y extendió los brazos hacia los lados.

—¿Alguna otra sugerencia?

En ese momento empezaron formalmente las discusiones y argumentaciones. Dos miembros de la tripulación del *Apailana's Promise* querían ir al territorio de los Piratas Baskron y negociar con ellos para obtener los materiales necesarios para reparar el *Thunderstrike*. El viaje sería pavoroso, por decir lo menos, y eso suponiendo que los piratas estuvieran dispuestos a comerciar. El comandante Paonu, capitán naval del *Thunderstrike*, explicó su plan de transferir a Chalis y a parte del personal al *Apailana's Promise* y de que cada nave siguiera caminos distintos; el Imperio iría tras la Compañía Twilight y tal vez la destruiría, pero Chalis y otras figuras clave podrían salvarse. Incluso Von Geiz dio su opinión: preguntó si la compañía podría mantener un perfil discreto durante unos días o unas semanas en una nebulosa o en la atmósfera de un gigante de gas, en algún lugar que confundiera a los sensores del Imperio, mientras esperaba a que los destacamentos de búsqueda se dispersaran.

Namir escuchaba y trataba de seguir el hilo de las conversaciones. Al principio se esforzó por recordar lo poco que sabía acerca del mapa de sectores y de la mecánica del hiperpropulsor, aunque su conocimiento era demasiado superficial e incluso la terminología estaba fuera de su alcance. Sus habilidades estaban en el terreno de guerra y se limitaban a las armas y a las personas que llevaban las armas. Cuando su atención empezó a dispersarse, fijó la vista en Howl, quien asentía con la cabeza y formulaba preguntas a sus oficiales sin mostrar señales de impaciencia. Aparentaba estar perfectamente tranquilo, con todo bajo control.

«No tienes ni idea de qué hacer», pensó Namir.

—Tu nave está en peligro —dijo Chalis—. La idea del comandante Paonu es la más adecuada.

Todos voltearon a ver a la gobernadora, algunos con interés y muchos otros con desconfianza. Sairgon empezó a hablar, pero Chalis lo acalló con un ademán de la mano.

—Yo propongo localizar un transporte imperial de carga. Yo puedo acercarlos al radio de alcance. Entonces tus soldados… —al pronunciar esta palabra ladeó la cabeza y miró directamente a Namir— podrían abordarla. Cuando el carguero esté bajo nuestro

control y hayamos transferido a todo el personal, abandonamos esta chatarra y continuamos nuestro viaje.

Sairgon negó con la cabeza.

—Y cuando entremos en el radio de alcance, ¿cómo evitaremos dañar al carguero? Si la idea es que se convierta en nuestro nuevo hogar, no podemos darnos el lujo de dañar alguna parte importante. Y eso suponiendo que su capitán no borre las computadoras o lo programe para autodestruirse en cuanto se dé cuenta de que…

—¿Quiere que yo planee el ataque en su lugar? —preguntó Chalis, inclinándose súbitamente hacia el frente, con mirada penetrante—. Pensé que les gustaban los desafíos.

La conferencia degeneró a partir de aquel momento y todos alzaron la voz, hasta que Howl dio un puñetazo en la mesa. Sin embargo, no interrumpió la discusión; empezó a señalar a los oficiales, aparentemente al azar, para pedirles sus opiniones o contraargumentos. Era evidente que la idea de Chalis no carecía de méritos, pese a que aparentemente era imposible.

El dedo errabundo de Howl señaló a Namir.

—Sargento, ¿se puede llevar a cabo?

«¿Se puede llevar a cabo *qué*?», quiso preguntar Namir. Se mordió el labio inferior, mientras evaluaba diversos escenarios.

—Si usted puede llevar destacamentos de abordaje allá —dijo—, probablemente podamos apoderarnos de un carguero pequeño. Pero no creo que convenga conservarlo con imperiales ocultos en cada clóset tendiendo trampas.

Howl asintió con movimientos pausados y se dio la vuelta. Aquella no era una solución, pero era la verdad. ¿Cuál sería entonces la razón de que la gobernadora Chalis estuviera mirando expectantemente a Namir, como si él hubiera callado algo fundamental?

—Lo que sí podríamos hacer es entrar y salir. —Namir empezó a hablar antes de tener consciencia plena de lo que estaba proponiendo—. Apoderarnos de una sección de la nave, abrir un acceso e introducir a un equipo técnico. —Miró al intendente y luego a Howl—. ¿Podríamos desmontar un motor imperial y usar sus partes para reparar al *Thunderstrike*?

Una sonrisa se formó en los labios de Howl.

—No lo sé, pero sin duda es una idea interesante.

Chalis hizo el ademán de aplaudir y se recargó en su asiento. Nadie más pareció notarlo, pero Namir comprendió lentamente que él había dicho exactamente lo que ella había querido.

* * *

—Ya no vas a visitarme, sargento.

La reunión estratégica había concluido. La mitad de los oficiales se quedó en la sala de conferencias para hablar con Howl o con sus pares y afinar los detalles de la incursión. Namir creyó que Chalis se quedaría con ellos, pero en vez de eso lo siguió por el corredor que llevaba al comedor.

—Tal vez porque cada vez que abres la boca pones en riesgo a mi gente —replicó Namir, sin voltear atrás—. Charmer recibió un disparo. Maediyu estuvo inhalando humo. En Coyerti… Eres una maldición para la compañía.

Chalis profirió un sonido evasivo y, sin negar la acusación, respondió:

—Una maldición para la compañía… Sí que vienes de un planeta primitivo, ¿no? —Namir jamás le había mencionado nada acerca de su pasado a Chalis. Ella siguió hablando antes de que él pudiera intervenir—: Si te sirve de consuelo —dijo—, en verdad quería que sobrevivieras a la Destilería. Habría sido malo para mi deserción que tu equipo regresara cubierto de pústulas.

En ese momento Namir se detuvo y se giró para enfrentarla. Evaluó qué tan fuerte podría golpearla sin dejar marcas. No sería la primera prisionera de guerra a la que hubiera lastimado, sólo la primera que pertenecía a la Compañía Twilight.

«Las cosas que habría hecho el Credo contigo…».

Chalis hizo un sonido de exasperación y negó con la cabeza.

—Como es obvio que me detestas, iré al grano: si en verdad vamos a incursionar en un carguero imperial, vas a necesitar que lo aborde contigo. Con mis códigos de autorización, tus droides obtendrán acceso a la computadora de la nave en la mitad del tiempo, así que en esta ocasión me arriesgaré también.

Aquel razonamiento tenía sentido. Namir se preguntó qué estaría pasando por alto. La gobernadora no parecía del tipo de personas que se ofrecen como voluntarios.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—Quiero que me mantengas con vida. —Chalis tenía la mirada clavada en Namir. La arrogancia y el desdén de su voz se habían convertido en amargura—. Te nombro mi escolta de seguridad para cuando estemos a bordo.

Eso también tomó por sorpresa a Namir, quien trató de mantener una expresión neutral. Quería decirle que ella no tenía facultad para nombrar a nadie. Quería preguntarle qué creía haber logrado al utilizarlo. Ella lo había embaucado en la reunión estratégica, instándolo a proponer la idea que, él podía asegurarlo, ella había tenido primero. Chalis sabía que capturar un carguero era imposible y que la idea de la incursión sonaría mejor viniendo de alguien que no fuera ella.

Namir estaba harto de cumplir sus expectativas, así que prefirió decirle con voz grave:

—No deberías confiar en mí.

—Todos en esta nave, con excepción del Capitán Evon, quieren verme muerta —dijo Chalis—. Mis opciones son limitadas. Mis estándares de confianza ya no son lo que solían ser.

* * *

El sistema Redhurne era un osario de planetas muertos. Su sol se había transformado en supernova siglos atrás y había reducido sus planetas a cenizas. Toda señal de vida y civilización había desaparecido de las superficies devastadas de aquellos mundos. Los restos de la estrella Redhurne, un fragmento post-nova colapsado que irradiaba una agresiva luz blanca, emitían una radiación mortal para cualquier criatura sin protección.

No obstante, el sistema de Redhurne no estaba vacío. Cuando los planetas del sistema inmediato se partieron por la mitad, sus núcleos quedaron expuestos a los rayos tóxicos de la estrella, que los transformaron en materiales nuevos y exóticos: materia prima para el combustible de hipermateria.

Fue así como, durante el ocaso de la República, Redhurne se había llenado de parásitos: drones chatarreros que se arrastraban sobre sus planetas y llevaban su carga de minerales volátiles y gases a las estaciones mineras orbitales, operadas por el personal mínimo necesario.

Esas estaciones seguían ahí para abastecer al Imperio. Pero no eran el objetivo de la Compañía Twilight.

El *Thunderstrike* y su escolta permanecían al acecho en los límites del sistema Redhurne, alojados en el cuarto creciente de una luna destrozada, donde ni los escáneres ni las inspecciones visuales podrían detectarlos con facilidad. Estaban a la espera del transporte sobre el que la gobernadora Chalis aseguró que vendría: un carguero que recogería lo acumulado en las estaciones mineras y llevaría el producto del día a climas galácticos más acogedores.

La pregunta que prevalecía en la mente de toda la compañía era ¿quién llegará primero: la presa del *Thunderstrike* o sus perseguidores?

Ya había pasado un día desde el último ataque. Arrinconado como estaba en el radio de alcance de la gravedad de la luna, el *Thunderstrike* era vulnerable: no sería capaz de saltar al hiperespacio sin antes maniobrar en el espacio abierto. Howl había estado de acuerdo con tardar cuatro horas para montar la emboscada, pero no más; terminado ese tiempo, la compañía tendría que buscar presas en otra parte.

Namir odiaba el plan y el papel que jugaba en él.

Durante las últimas horas había trabajado con los líderes de los pelotones, trazando estrategias y adiestrando a las tropas. Los destacamentos de abordaje tenían experiencia en combate a gravedad cero, en procedimientos EVA y en el uso de trajes espaciales y máscaras de oxígeno: todo lo que se requeriría en caso de que las cosas salieran horriblemente mal. No era un día para poner a prueba a los nuevos reclutas, sino para poner a trabajar a los veteranos, a los ex-stormtroopers y a los piratas. El pelotón de Namir no estaría presente, con excepción de Charmer, quien había participado en más operaciones de abordaje de las que Namir había visto jamás. Cuando Namir le dijo que no dejara que le dispararan otra vez, Charmer sólo mostró su horrible sonrisa enmarcada por cicatrices.

Con esto, Namir se quedó solo en el puente de mando del *Thunderstrike*, muriéndose de calor bajo los kilos de armadura y equipo, mientras los demás soldados se agrupaban varios pisos más abajo. Él no participaría en la incursión inicial.

Howl había aprobado la solicitud de Chalis. Namir fungiría aquel día como su guardaespaldas.

Así que Namir esperó. Vio cómo Chalis, el capitán y el Comandante Paonu hablaban en voz baja entre ellos, y cómo la tripulación del puente oprimía botones y ajustaba palancas en las consolas. Nunca le había gustado estar en el puente; cuando estaba en otras secciones de la nave no tenía que pensar sobre su funcionamiento, sobre los mecanismos en juego, sobre los oficiales navales que habían aprendido la diferencia entre los compensadores de aceleración y los generadores del campo cuántico nulo… los oficiales cuyos conocimientos marcaban la diferencia entre la vida y la muerte en un vacío que los succionaba.

A Namir no le molestaban los viajes espaciales, pero recelaba de cuanto le recordara su propia ignorancia. La sola existencia del puente de mando lo irritaba.

El *Thunderstrike* había estado al acecho durante dos horas cuando las alarmas se activaron y la tripulación del puente corrió a ver qué había salido del hiperespacio. Las voces nerviosas y embelesadas de los oficiales anunciaron la presencia de lo que parecía ser un carguero imperial, lento y poco armado. El capitán esbozó una sonrisa tensa, pero no mostró más señales de contento.

La nave imperial era un sólido cilindro de duracero, de medio kilómetro de largo, cubierto de cápsulas desmontables de almacenaje y propulsores para maniobrar. Probablemente había sido una nave de guerra, antes de que décadas de uso la volvieran obsoleta y cientos de trabajos de modernización la despojaran de su poderío.

—A las naves —dijo Chalis en voz baja, como recordando a alguien—, al igual que a los hombres, hay que utilizarlos hasta que se caigan a pedazos.

La segunda estación de escaneo reportó que el carguero no pasaría cerca de la luna del *Thunderstrike* si mantenía su rumbo actual. Aquello era de esperarse. Chalis ocupó la terminal de comunicaciones e introdujo rápidamente una serie de códigos de autorización que le permitieron abrir un canal.

—Carguero imperial —dijo—, hemos detectado una tormenta de iones en este sistema. Por su propia seguridad, por favor modifique su vector de aproximación como se indica a continuación.

Chalis leyó una serie de números. Namir observó a la tripulación.

El carguero no cambió de ruta.

—Si supieran quiénes somos —murmuró el capitán—, ya habrían activado sus escudos o huido. Pero, en vez de eso, nos ignoran.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Namir.

—Entonces estaríamos perdidos sin importar nada —dijo Howl.

Chalis repitió enfáticamente su mensaje, pero el carguero no respondió ni cambió su curso.

«Debemos irnos», pensó Namir, «… o arriesgarnos a atacar. Tenemos que hacer *algo*».

No dijo nada. No estaba en el puente para darle consejos al capitán.

Chalis dio un manotazo en la consola de comunicaciones; su voz, súbitamente más alta, proyectaba una magnífica arrogancia.

—Carguero imperial —dijo—, les habla la gobernadora Everi Chalis. Si no ajustan su curso en menos de quince segundos, lidiaré con ustedes tal como lo hice con la tripulación del *Mandible* durante las Insurrecciones de Belnar. Ese será mi regalo para su superior, el Comodoro Krovis, antes de hacerlo enjuiciar por incompetencia.

Chalis cortó la señal y, con la misma presteza, la mueca de desdén de su rostro desapareció. Su arrogancia cayó como una máscara, y Chalis clavó la vista en los escáneres con toda la inquietud propia de un soldado a la espera de la batalla.

—Está cambiando de curso —dijo un alférez.

—¡Preparen las cápsulas de abordaje! —gritó Howl, y todo el puente se puso en acción.

* * *

El *Apailana's Promise* y el *Thunderstrike* emergieron al mismo tiempo: este de su escondite en las sobras de la luna facturada, aquel de la parte trasera de un asteroide que alguna vez había formado parte de un planeta. Flanqueado por dos enemigos, el carguero tomó la decisión más previsible: volar hacia el *Thunderstrike* para alejarse de la nave de combate mejor armada.

Sus escudos y armas ya estaban completamente cargados cuando el *Thunderstrike* entró en su radio de alcance. Pero eso no representaba un problema; a pesar de los daños que el *Thunderstrike* había sufrido en los días pasados, aún podía hacerle frente a un carguero.

El escuadrón de cazas TIE que salió del carguero resultaba un poco más problemático. El *Apailana's Promise* tenía la capacidad de derribar uno a uno a los cazas… siempre y cuando se le presentaran oportunidades claras de tiro.

Unos rayos color verde pálido resplandecieron en el espacio entre las naves y fueron a estrellarse en los escudos protectores del *Thunderstrike* como gotas de lluvia sobre aceite iridiscente. La nave rebelde devolvió el fuego en descargas regulares de color carmesí, provocando destellos en los deflectores del carguero. El *Thunderstrike* se acercó y el carguero empezó a retroceder, pero para entonces era demasiado tarde, además de que la velocidad estaba del lado de los atacantes.

Como si una cuenta regresiva hubiera llegado a cero, las cápsulas de abordaje del *Thunderstrike* salieron disparadas hacia el carguero. Se trataba de cápsulas de escape modificadas: vehículos diseñados originalmente para salvar vidas y cuya maniobrabilidad y capacidad de almacenamiento de combustible se habían sacrificado a cambio de resistencia y eficacia en el lanzamiento. Asimismo, estaban reforzados y equipados con

rezones magnéticos y taladros láser. A bordo de cada cápsula iba un pelotón de la Compañía Twilight, apretujado y traqueteando, con aire para sólo unos pocos minutos.

Mientras las cápsulas volaban a toda velocidad hacia su objetivo, el *Thunderstrike* asumió la tarea de protegerlas de los cazas TIE. La destrucción de una sola cápsula representaría una pérdida de personal y de equipo que la Compañía Twilight no podía permitirse. La pérdida de más de una cápsula podría frustrar la operación de abordaje y obligarlos a replegarse.

Pero las cápsulas alcanzaron su objetivo. Sus taladros cobraron vida echando chispas e iniciaron el procedimiento de abrir el casco del carguero.

* * *

Namir estiró un brazo, apretó el cuello de Chalis con su mano enguantada y le ajustó la máscara del reciclador de aire.

—No te la quites —dijo—. Si el vacío nos succiona, no tendré tiempo de ayudarte.

—Por supuesto —dijo Chalis, con la voz amortiguada—. ¿Algo más?

La cápsula de abordaje se sacudía y azotaba a Namir contra la puerta mientras el taladro láser se abría camino hacia dentro del carguero. Chalis estaba a no más de veinte centímetros. Detrás de ella, dos soldados esperaban con rifles en mano.

Namir desenfundó una pistola bláster que llevaba en el cinturón y se la tendió a Chalis con ambas manos.

—Es una DH-17 —dijo—. Deja la configuración como está y ni se te ocurra ponerla en automático. Si llegara a darse el caso, apunta y dispara.

Chalis hizo girar el arma y sonrió.

—Sé usar un bláster. Ya me has visto hacerlo.

—También has eliminado naves completas —dijo Namir—. No por eso voy a dejar que comandes la mía.

—No tengo idea de qué estás hablando.

Namir puso la palma de la mano en la puerta, evaluando el movimiento de la cápsula.

—«Lidiaré con ustedes» —repitió las palabras de Chalis—, «tal como lo hice con la tripulación del *Mandible*».

Chalis rio y negó con la cabeza.

—Lo del *Mandible* fue un accidente —dijo—. Un carguero inestable al mando de un capitán borracho. Yo me llevé el crédito porque… Bueno… si tú fueras el Imperio, ¿qué rumor preferirías correr: que uno de tus capitanes fue sumamente negligente y que mató a su tripulación por accidente o que una oficial de alto rango fue testigo de incompetencia durante su guardia y ejecutó a los responsables?

La cápsula dejó de sacudirse. El sonido que producían los cortes en el metal produjo eco en el vehículo.

—He visto cómo tratas a los nuevos reclutas —dijo Chalis, encogiendo los hombros—. No me digas que no los asustarías igual, suponiendo que pudieras salirte con la tuya.

Namir soltó una risotada y alzó su rifle.

—Haría muchas cosas si pudiera salirme con la mía. Da gracias de que no puedo y apártate de la puerta.

Chalis obedeció lo mejor que pudo en aquel espacio tan reducido. Namir oprimió con el codo el teclado numérico de la puerta; dos semicírculos de metal sólido se deslizaron a los lados y dieron paso hacia dentro del carguero.

En el corredor predominaban dos sonidos: el eco lejano de los disparos de bláster y el rugido del aire que arrasaba el pasillo. La cápsula de Namir fue la última en partir del *Thunderstrike*; seguramente uno de los primeros vehículos en llegar había cortado más de lo debido el casco del carguero y había provocado la infiltración del espacio. El corredor era muy reducido, las paredes estaban cubiertas de tubos y el piso era de rejilla negra. No era el lugar ideal para un combate.

Pero esa era precisamente la razón por la que Namir había partido al último con Chalis. Los primeros soldados en realizar el abordaje de una nave enemiga siempre eran carne de cañón.

Namir le indicó con una seña a su destacamento de abordaje que bajara de la cápsula. Los dos soldados tomaron posiciones en direcciones opuestas del corredor mientras Namir informaba de su llegada por el comunicador. Una serie de respuestas cortantes le indicaron que los demás pelotones estaban activos, junto con el equipo técnico. Una de las estaciones de mando de popa ya estaba asegurada, al menos temporalmente. Ahí era donde se requería primero la presencia de la gobernadora Chalis.

Namir le indicó con un gesto a Chalis que la siguiera. Ella asintió con la cabeza y apagó sus audífonos. Los soldados permanecieron atrás para proteger la cápsula.

El aire que soplaba era tibio, casi caliente, como si saliera de un horno. Namir empezó a sudar mientras avanzaba por el corredor; sentía las axilas húmedas y los guantes adheridos a los dedos. Se mantenía delante de Chalis de manera que él fuera el primer blanco en caso de que los descubrieran. Tuvo que resistir el impulso de acatar su entrenamiento y correr a resguardarse; ya había fungido como escolta de civiles y había logrado someter sus instintos, pero ¿por Chalis? Hacer de guardaespaldas le parecía *antinatural*.

—Son los generadores del escudo.

—¿Qué? —Namir sacudió la cabeza, confundido.

—Los generadores del escudo —dijo Chalis—. Están junto a las unidades de oxígeno y se sobrecalientan cuando se les exige demasiado. Por eso parece que es verano aquí.

—¿Cómo lo sabes? —Namir dio vuelta en una esquina y revisó el pasillo; no había enemigos. Los disparos de bláster se escuchaban cada vez más fuertes.

—Serví en una nave como esta hace mucho tiempo. Parte de mi formación. —De nuevo, su voz reflejaba amargura más que arrogancia. Luego agregó con voz monótona—

: ¿Sabías que la armadura de los stormtroopers tiene control de temperatura y una función de enfriamiento interno?

Más adelante se veían tres stormtroopers muertos y esparcidos sobre el piso de rejilla.

Chalis continuó hablando.

—Claro que es cómodo, pero el enfriamiento consume energía. Su uso en situaciones no críticas está penalizado, pero muchos cadetes lo utilizan de todos modos, creyendo que no los van a descubrir…

Namir le dio unos empujones con el pie a uno de los cadáveres y luego pasó sobre él. Relajó un poco los hombros y se mordió los labios para contener una sonrisa.

—¿La famosa disciplina del Imperio cede ante el calor?

—Esa es la diferencia entre nuestras tropas —dijo Chalis—. Todos los soldados imperiales cometen los mismos errores y nunca los cometen más de una vez. Supongo que las tropas de la Alianza son más creativas y menos dóciles.

Namir resopló.

—¿Creativas? Es la misma basura con cada nueva tanda de reclutas. Podría contarte algunas historias.

Hizo una mueca al caer en cuenta de lo que acababa de decir: aquella mujer era buena para hacer bajar la guardia a los demás.

—Te tomo la palabra… —comenzó a decir Chalis. Entonces se escuchó otro disparo, y un rayo de partículas rojo atravesó por una bifurcación que estaba más adelante—. En otra ocasión —terminó, y levantó su bláster.

* * *

Dos descargas rápidas del rifle. Namir disparó hacia el final corredor, pero sin apuntar a un blanco en particular. Sólo quería disuadir a los stormtroopers de dar vuelta por la esquina y ametrallar el pasillo con plasma. No había espacio para ocultarse. Él no tenía la artillería necesaria para vencerlos. Si el enemigo avanzaba en esa dirección, la única opción era huir.

Namir retrocedió, con Chalis a poca distancia de él. Perdieron casi diez minutos en recorrer la nave esquivando las zonas más álgidas de combate. Las frecuentes llamadas a los otros equipos de abordaje habían resultado de poca ayuda: la tripulación del carguero interfería a ratos las transmisiones, y los pelotones con los que Namir lograba comunicarse estaban muy ocupados. Por esa razón, Chalis y él tuvieron que recorrer solos el largo camino hacia la estación de mando. La paranoia de Chalis tampoco ayudó.

—¡La mitad de las áreas de esta nave —gritó— pueden abrirse al espacio o inundarse con gas tóxico! Preferiría evitar una muerte prevenible.

Namir había estado de acuerdo, pero aun así no estaba contento con el retraso.

Una figura blanca apareció al final del pasillo. El rifle de Namir dio un salto al expulsar una descarga. Su oponente cayó al suelo. Namir retrocedió otro metro, sintió que

su hombro rozaba algo metálico y se escabulló. La pared, chamuscada por disparos perdidos, estaba caliente.

—¿Estás bien? —preguntó Chalis. Estaba pegada a la pared opuesta, manipulando el teclado numérico de una puerta blindada.

—Bien. —Namir respondió bruscamente y señaló con un gesto de frustración el portal—. ¿Seguimos adelante?

Continuaron corriendo por pasillos distintos hasta llegar al punto de reunión en la estación de mando. Ahí estaban el Sargento Fektrin, tres técnicos, un droide astromecánico y dos soldados. A Namir no le salieron las cuentas: comprendió que Fektrin había perdido a un miembro de su batallón.

Fektrin quitó de una silla el cadáver de una joven imperial y, con un movimiento amplio de la mano, les indicó a Chalis y al droide astromecánico que se acercaran. Chalis frunció el entrecejo cuando aquel droide pequeño y cuadrado empezó a pitar de manera incoherente, pero fue con él a la terminal de la joven muerta.

Fektrin condujo a Namir hacia la puerta y se apostó en posición de guardia frente a él. Tan pronto como se apartó de Chalis, Namir se sintió más ligero, como si su sola presencia hubiera sido opresiva.

«No, no es eso».

Chalis no era opresiva. Era cruel y manipuladora, pero Namir nunca se sintió amenazado por ella. Lo que le pesaba era el hecho de ser *responsable* de ella, de su vida y de su seguridad.

«¿Por qué estuvo de acuerdo Howl con todo esto?».

—¿Los tuyos están en la cápsula?

Le tomó unos momentos a Namir comprender.

—Custodiando la vía de escape. ¿Y los tuyos?

—Cappandar recibió media docena de tiros antes de caer.

Namir conocía a Cappandar de nombre y por su reputación, pero el alienígena no hablaba básico, debido a algo relacionado con cómo funcionaban sus pulmones, por lo que nunca habían tenido la oportunidad de hablar. Era uno de los miembros más antiguos de la compañía. En parte por eso, Namir le había dado el visto bueno para participar en esta misión.

—Uno más por quién brindar cuando estemos de vuelta —dijo Namir.

Fektrin habló en voz más baja.

—¿Puede conseguirnos lo que necesitamos?

Namir echó un vistazo hacia Chalis. Estaba en la terminal, discutiendo con el droide y mostrándoles a los técnicos algo en la pantalla.

—Ella quiere salir viva de aquí —dijo Namir—. Si te sirve de consuelo, hará su mejor esfuerzo.

Fektrin hizo un gesto de asentimiento. No parecía muy contento; Namir no podía culparlo.

Mientras esperaban, Namir escuchó las comunicaciones entre los demás pelotones. Por lo que alcanzaba a oír, los equipos estaban tratando de asegurar posiciones clave en su ruta al cuarto de máquinas, abriéndole camino al equipo técnico de Fektrin. Los hombres de Ajax habían establecido un embudo en uno de los pasillos principales. Charmer realizaba ataques rápidos en puestos de guardia, tratando de desestabilizar al enemigo y de velar por el objetivo de la compañía. Los equipos de artillería pesada de Carver y Zab iban a la vanguardia, destruyendo puertas blindadas a su paso.

—Listo —dijo Chalis—. Los técnicos pueden sacar las partes que necesitan de uno de los compartimientos superiores de propulsión. Hemos desviado la energía para que no se calcinen.

Fektrin transmitió las instrucciones por su comunicador. Namir sintió cómo sus entrañas se estrujaban al pensar en lo que vendría después. Prefirió revisar el medidor de energía de su rifle para no decirlo en voz alta. Aún tenía el setenta por ciento.

—Aquí termina tu trabajo. —Namir estaba mirando a Chalis—. Regresaremos a la cápsula y volveremos a la nave. Será más fácil ahora que los imperiales están distraídos.

Chalis miró alrededor de la habitación y señaló con un movimiento de cabeza una esquina apartada. Cuando Namir la alcanzó ahí, ella le dijo en voz baja:

—No tengo intenciones de morir tan heroicamente como Cappandar, pero no estaré más segura a bordo del *Thunderstrike* si fracasamos aquí.

Namir intentó analizar la expresión de la gobernadora, leerla, pero no pudo. Miró de reojo a Fektrin, que estaba organizando a los demás, e imaginó cientos de formas en que la misión podría terminar en desastre.

—Mantente cerca de los técnicos —le dijo a Fektrin—. Nosotros te seguiremos y evitaremos que los ataquen desde atrás.

Fektrin asintió con calma, luego se acercó al cadáver de un stormtrooper y pateó el rifle del hombre en dirección a Chalis. El arma se deslizó sobre el piso haciendo un siseo. Sin decir palabra, Fektrin salió de la habitación seguido de los técnicos.

* * *

Siempre que Namir debía instruir a antiguos stormtroopers —soldados que habían abandonado sus unidades, su sentido común y sus ingresos regulares, para convertirse en nuevos reclutas de la Compañía Twilight; soldados que, en nueve de cada diez casos, soñaban con ser héroes de la democracia y salvadores de los débiles, en vez de cadáveres abandonados en el campo de batalla— debía enseñarles a pelear solos. O prácticamente solos, porque incluso un equipo de dos artilleros o un pelotón de cuatro podía sentirse solo cuando el enemigo era cien veces más numeroso.

Luchar a solas implicaba valerse de tácticas de guerrilla y trucos sucios, en vez de formaciones, domos de defensa y apoyo aéreo. Implicaba montar trampas mortales, dispararle a la gente por la espalda y cortarle la garganta mientras dormía. Implicaba,

como le dijo una recluta a Namir días antes de renunciar a la compañía, realizar actos más parecidos al asesinato que a la guerra.

A él no le sorprendió que Chalis no tuviera reparos en utilizar tácticas de guerrilla; le sorprendió que fuera muy buena con ellas.

Cuando Fektrin y los técnicos bajaron a las cubiertas inferiores, Chalis identificó una tubería de gas refrigerante que corría por el pasillo hacia el turboascensor. Con expresión de aburrimiento ajustó sobre su boca el reciclador de aire e hizo tres disparos a lo largo del tubo. Sólo falló uno de los tiros.

El gas refrigerante, invisible e inodoro, se dispersó gracias al viento que se arremolinaba dentro de la nave. Para cuando el equipo imperial de seguridad llegó marchando por el pasillo, los oficiales (no eran stormtroopers sino, a juzgar por su apariencia, bobalicones de dieciocho años que habían sido asignados a un carguero oxidado para mantenerlos fuera de peligro) ya caminaban dando trompicones. No podían apuntar sus armas ni eludir los disparos de su enemigo. Namir se atrincheró en el marco de una puerta, revisó la mira de su arma, preparó sus disparos y calcinó el pecho de cada uno de sus objetivos. Los primeros tiros de Chalis fueron un poco retrasados, un poco desviados, pero pronto corrigió la sujeción de su arma y su puntería.

La emboscada cumplió bien su trabajo. Namir y Chalis eliminaron a un segundo equipo y luego a un tercero, a todos aquellos que lograron traspasar el bloqueo de Ajax y su equipo. Namir escuchó a través de su comunicador cómo Fektrin y los técnicos se afanaban en obtener las piezas que necesitaban; los otros pelotones luchaban desesperadamente por mantener abierta la ruta de escape. La Compañía Twilight la estaba pasando difícil, pero se sostenía.

En dos ocasiones, el *Thunderstrike* le disparó al carguero; su intención era inhabilitar sistemas fundamentales y contener el flujo de soldados imperiales hacia la zona de combate. Mientras más ocupada estuviera la tripulación del carguero en tratar de sobrevivir, mientras más dedicada estuviera a reparar los sistemas de soporte vital, tanto mejor. Pero no había mucho que el *Thunderstrike* pudiera hacer sin matar a su propia gente, y Namir y los demás lo sabían.

Cuando Fektrin y los técnicos anunciaron la conclusión de su trabajo, los pelotones cambiaron su estrategia. Los equipos se habían extendido como ligas, desde las cápsulas de abordaje hasta dentro del carguero, dejando tropas a su paso en sitios clave y distanciándose cada vez más. Había llegado el momento de que las ligas se contrajeran; los equipos debían retroceder gradualmente hacia su punto de partida una vez que el equipo técnico hubiera pasado. Namir se mantuvo cerca de Chalis, escudándola con su cuerpo. Dejaron que el equipo técnico los rebasara, pero lo siguieron a poca distancia, fuera del alcance de su vista, aunque lo suficientemente cerca para interceptar a posibles perseguidores.

Al llegar al casco de la nave, los técnicos se separaron y se dirigieron a cápsulas diferentes. Fektrin ordenó a través de su comunicador la retirada definitiva. Los líderes de

cada pelotón confirmaron la recepción del mensaje y se retrajeron, contrayendo las ligas aún más.

Chalis iba sonriendo mientras seguía a Namir en dirección a su cápsula de abordaje.

—Ahora sólo queda esperar que sus técnicos hayan tenido razón en cuanto a lo que necesitaban.

Namir gruñó.

—Por supuesto. Tan pronto como estemos libres y lejos del Borde Medio podremos dejar esta mugrosa retirada en el pasado y lamer nuestras heridas antes de la siguiente masacre.

—Esa es la ventaja con que cuentan al tenerme a bordo: la Rebelión ya no tendrá que depender de victorias obtenidas mediante una santurronería petulante.

Una vez más, Namir no pudo contener una sonrisa.

—Mira quién habla de petulancia.

Y, sin embargo, era satisfactorio escuchar a alguien decir las cosas que él no podía decir en compañía de sus colegas.

Chalis rio, y su risa no fue fingida ni reprimida: fue un sonido de alegría genuina que hizo eco mientras recorrían juntos la vía de escape.

Estaban a punto de llegar a la cápsula, cuando recibieron una advertencia del *Thunderstrike*: los refuerzos del enemigo habían llegado.

* * *

Un crucero imperial clase Gozanti había salido del hiperespacio y fijado rumbo hacia la batalla. Howl les dio a los equipos de abordaje cinco minutos para completar su evacuación; al cabo de ese tiempo, el crucero entraría en el radio de alcance y sus turboláseres y torpedos de protones podrían empezar a convertir al *Thunderstrike* en una masa de metal fundido perdida en el espacio.

Cinco minutos eran más que suficientes para Chalis y Namir, pero éste sabía que la mitad de los pelotones de abordaje no llegaría a tiempo a sus cápsulas por seguir bajo el fuego de los equipos de seguridad del carguero. Si le dieran la espalda al enemigo, este los mataría enseguida. El alboroto de voces en el comunicador después del anuncio del *Thunderstrike* confirmó las sospechas de Namir, al tiempo que Ajax, Charmer, Fektrin, Zab y Carver, tensos e irritados pero nunca quejumbrosos, les ordenaban a sus equipos hacer lo imposible.

Namir permaneció inmóvil sólo un instante. Luego se dio la vuelta y se alejó del pasillo que lo llevaría a su cápsula de abordaje. Chalis estaba entre él y el resto interior del carguero.

—Cinco minutos —dijo Namir.

La alegría se borró de la cara de Chalis. Daba la impresión de que las arrugas se habían hundido más profundamente en sus mejillas, y Namir notó que estaba sudando. Tenía el cabello pegado a la frente. Chalis lo miró con gravedad y negó con la cabeza.

—Nos vamos ahora.

Alguien estaba disparando un bláster a poca distancia. Namir apuntó su rifle por encima del hombro de Chalis.

—Tú ofreciste tu apoyo —dijo él—. Tuviste la oportunidad de irte y dijiste que…

—Dije que quería que esta misión tuviera éxito. Y lo tuvo. Tus amigos conocían los riesgos.

Quedaban cuatro minutos y medio. No había tiempo para discutir.

—Ya sabes dónde está la cápsula —dijo Namir y, apartando a Chalis del camino, se dirigió a donde estaban los demás pelotones. La gobernadora gritó algo más, pero él no escuchó qué.

Cuando restaban cuatro minutos, Namir localizó el pelotón de Ajax. En su prisa por evacuar, se había replegado a una esquina. Namir disparó salvajemente hacia un grupo de stormtroopers hasta que su rifle empezó a relumbrar con luces de advertencia, pero él continuó exprimiendo desesperadamente su arma hasta que el pelotón de Ajax logró liberarse. Ajax murió gritando palabrotas y sosteniendo una granada en una mano.

Cuando restaban tres minutos, Namir se separó de lo que quedaba del pelotón de Ajax, escuchando a Fektrin anunciar por el comunicador que su equipo había sido dividido. Los técnicos estaban a salvo, pero el resto del grupo se había dispersado. A los hombres de Fektrin los estaban superando uno a uno.

Cuando restaban dos minutos, Namir encontró el cadáver de Fektrin. Por alguna razón, la piel del alienígena ya estaba fría. Namir cayó en cuenta de que nunca antes había tocado a Fektrin.

Cuando restaba un minuto, Namir escuchó el tartamudeo de Charmer anunciando por el comunicador que su equipo había llegado a una de las cápsulas de abordaje. Namir nunca había sentido tanto afecto por Charmer como en ese momento.

Cuando no restaba ni un minuto, Namir selló la puerta dentro de la cápsula de Fektrin y la lanzó hacia el *Thunderstrike.* Estaba solo.

* * *

—Ocho muertos. No parece mucho, hasta que ves a quiénes perdimos.

El Teniente Sairgon habló lentamente, como si evaluara cada palabra antes de pronunciarla. Le dio la vuelta a un datapad que tenía en las manos, sin mirarlo; se refería al espacio vacío que había entre Namir y Howl en la estrecha oficina del capitán.

El *Thunderstrike* y el *Apailana's Promise* habían dado el salto al hiperespacio bajo una lluvia de fuego. Ambas naves lucían las cicatrices de la batalla. El *Promise* había perdido su escudo por bloquear los disparos contra el *Thunderstrike,* mientras que este se había visto obligado a sellar dos cubiertas debido a fisuras en el casco. No obstante, el equipo técnico aseguraba que la incursión había valido la pena: ya nadie podría rastrear al *Thunderstrike*.

Chalis había regresado a salvo con los soldados que resguardaban su cápsula. Si Howl sabía que Namir había llegado por su cuenta, no lo mencionó.

—¿Qué hay de los nuevos reclutas?

Howl estaba mirando a Namir.

—Coyerti los fortaleció, al menos a los que fueron. Los otros están prácticamente listos. Reforzarán las filas, pero no es que podamos sacarnos de la manga a un nuevo Ajax…

—Por ahora me basta con que estén dispuestos a luchar y a aprender —dijo Howl—. Ya tendrán tiempo de entrenar en la flotilla.

Namir fijó la mirada en Sairgon. Su expresión no había cambiado, aunque rara vez lo hacía. Sairgon parecía hecho de granito.

—¿Nos detendremos para hacer reparaciones?

—Sí y no —dijo Howl.

Sairgon tomó la palabra para explicar:

—El *Thunderstrike* y el *Promise* se encontrarán con otros tres grupos de combate en el espacio profundo. Hemos programado un mes para poner en forma a ambas naves y permitir que el personal se recupere. Al cabo de ese tiempo, seguramente el alto mando de la Alianza tendrá nuevas órdenes para toda la flotilla.

Namir frunció el ceño. Por una parte, un mes de descanso y entrenamiento moderado serían benéficos para la compañía. Los soldados asignados a pelotones nuevos tendrían tiempo de adaptarse. Namir tenía listas de soldados con heridas menores (quemaduras, laceraciones, torceduras) a los que no se había prestado la atención debida desde antes de Haidoral. Por otra parte, un mes en el espacio profundo resultaría soporífero. A Namir no le sorprendería que, en ese tiempo, incluso los droides estuvieran disparando contra las paredes con tal de vencer el aburrimiento.

—De acuerdo. Eso parece un *sí*. ¿Cuál es el *no*?

—Ah. —Howl sonrió. La suya era una sonrisa cálida, triste, que hizo que Namir quisiera abofetearlo—. Como les había dicho, la gobernadora Chalis está trabajando en un mapa…

Namir lo interrumpió:

—«Con toda la logística del Imperio: cada ruta de comercio, cada fábrica, cada neurona de su cerebro». Ya escuché su discurso.

Howl inclinó la cabeza, se giró hacia su holoproyector y oprimió un botón. Las luces superiores se atenuaron, y una reluciente imagen azul llenó la habitación: una intricada maraña que a Namir le parecía más una planta flotando en medio de una fina neblina que una máquina o un monstruo. Se veían gotitas relucientes deslizándose a lo largo de miles de tallos y botones esféricos que se expandían y contraían. Con un movimiento de cabeza de Howl, la imagen giró mostrando cientos de etiquetas. Namir reconoció los nombres de algunos lugares que conocía (Coruscant, Corellia, Mandalore), pero eso no le ayudó a comprender.

—En verdad tiene vena de artista —dijo Howl—. No puedo analizarlo todo yo solo, pero ya he consultado algunas partes con el alto mando. Hace dos semanas, nuestros espías descubrieron la explotación de tibanna en el Ojo Pantrosiano. Gracias a ella, el Imperio incrementó su producción de blásteres el año pasado. Chalis no podía saber que nosotros estábamos enterados… pero está ahí, en su obra maestra.

—Así que es útil —dijo Namir—. ¿Qué implica eso para nosotros?

—*Nosotros* —dijo Howl— hemos recibido una invitación de la base secreta del alto mando, por orden directa de la princesa Leia. Mientras se repara el *Thunderstrike*, Chalis y yo, junto con una escolta, nos ausentaremos de la compañía para analizar la siguiente fase de la guerra.

Namir asintió con movimientos lentos de cabeza. De repente sintió los músculos cansados, como si hubiera estado de pie durante horas. La ausencia de Howl suscitaría molestia entre las tropas, pero, ¿librarse de Chalis? Ya era justo. Eso sólo podía ser una buena señal.

Howl se inclinó hacia delante, sobre su escritorio, sonriendo y con los ojos relucientes.

—Felicidades —dijo—. Formas parte de la escolta.

«Qué sorpresa», pensó Namir, reprimiendo una risa amarga. Chalis era portadora de la mala suerte. Y él la había llevado consigo como un amuleto.

PARTE II

REAGRUPAMIENTO





CAPÍTULO 9

PLANETA SULLUST
Quince días antes del plan Ka Uno Cero

SP-475 estaba erguida y rígida dentro de su armadura blanca, mirando al teniente caminar de un lado a otro frente a la formación. El hombre se detenía periódicamente para revisar a alguno de los stormtroopers de arriba a abajo: buscaba raspaduras o manchas en su traje, verificaba que su equipo y sus accesorios estuvieran completos. En el peor de los casos, llamaba la atención de quien estuviera distraído.

Cuando SP-475 había comenzado como cadete hacía sólo un año, cuando era Thara Nyende, y nada más, le tenía pavor a las inspecciones. Cada vez que le llamaban la atención por cometer algún error, ella lo tomaba como un insulto. La ira y la vergüenza solían arder en sus entrañas durante horas después del incidente. Sin embargo, con el paso de las semanas comprendía gradualmente que aquellos uniformes sin rostro y designaciones alfanuméricas servían para que *nadie* recibiera un trato individualizado. Si el teniente te regañaba, no era porque tuviera algo personal contra ti, sino porque habías hecho algo que representaba un riesgo para ti o para tus compañeros.

Entonces corregías tu error y al día siguiente todo quedaba olvidado. Esa era una de las razones por las que a Thara le encantaba pertenecer a la legión de stormtroopers.

Se había enrolado con la intención de trabajar en un solo turno de servicio; ganaría más dinero del que podría obtener en cualquier otro lugar y apoyaría a su madre, a sus primos y a su tío. Luego volvería a su vida como civil. Pero ahora podía verse quedándose ahí para siempre.

—El alto mando ha emitido una advertencia acerca del Frente de Reforma de los Trabajadores Cobalto —estaba diciendo el teniente. A cierta distancia de la formación, se había colocado al frente de la pequeña sala de conferencias—. Es fácil reírse, lo sé… El Frente apenas era capaz de organizar una manifestación. Calculamos que ochenta por ciento de sus miembros está bajo custodia. Unos cuantos trabajadores descontentos y armados con bombas de tubo no representan un peligro para las fábricas, para Pinyumb ni para Sullust.

SP-475 resistió el impulso de proyectar información sobre el Frente Cobalto en la pantalla de su casco.

«Concéntrate en el teniente», se dijo. «Él dirá todo lo que necesitas saber».

A una señal del teniente, un droide manipuló obedientemente los controles del proyector holográfico de foso que estaba en el centro del recinto. De la concavidad poco profunda, surgieron luces e imágenes alternadas de rostros humanos y sullustanos.

—Pero hemos observado señales alarmantes de que el Frente Cobalto intenta establecer vínculos con la Alianza Rebelde —continuó el teniente—. Y si la Rebelión llega a Sullust, habremos fracasado en nuestra misión más importante: cuidar y mantener el orden.

»Memoricen los nombres que se muestran. Nien Nunb, Sian Tevv, Corjentain Malaqua… Estos son los rebeldes que, se sabe, tienen lazos con Sullust. Son los infiltradores potenciales. Podrían estar contrabandeando armas y equipo para una revolución en forma.

Esa era la parte que SP-475 odiaba de su trabajo. Miró fijamente los hologramas tratando de grabar en su memoria la forma de los ojos, las barbillas, las orejas. Pero en la calle se vería obligada a tomar decisiones, como poner en custodia durante horas o días a hombres y mujeres porque se parecían *bastante* a sus blancos o malgastar su tiempo y el de los oficiales en interrogatorios…

Ella confiaba en la legión de stormtroopers, confiaba en el teniente. Pero todavía no confiaba en su propio criterio.

El teniente empezó a decir otra cosa, pero algo lo hizo titubear. Se alejó de los soldados y colocó su mano ahuecada sobre sus audífonos.

Entonces empezaron a sonar las alarmas del cuartel.

La disciplina de los soldados evitó que rompieran filas, pero SP-475 notó que sus compañeros se movían y miraban nerviosamente alrededor. Finalmente, el teniente volvió con ellos; todos se irguieron al unísono.

—¡Soldados! —gritó con la voz áspera y los hombros rígidos—. La situación cambió. El enemigo atacó.

* * *

La ciudad cavernaria de Pinyumb yacía oculta bajo la superficie desolada de Sullust, en la ladera sur de Inyusu Tor (una cima volcánica recubierta de obsidiana negra). Había líneas de ferrocarril chispeantes y siseantes elevadores industriales que corrían de la ciudad a la cima y que pasaban frente a los cuarteles y frente a las defensas aéreas, en su camino hacia la planta de procesamiento que coronaba la montaña. Utilizando los transportes terrestres o aéreos, cada día, miles de habitantes de Pinyumb acudían a la planta para trabajar en las máquinas que extraían el magma del núcleo de la montaña: filtraban, tamizaban y purificaban la roca fundida, separando los valiosos metales que fortalecerían a la flota imperial.

A pesar de la docena de medidas de seguridad —desde puestos de control operados por stormtroopers hasta análisis psicológicos de los trabajadores y escaneos biométricos—, la maquinaria de la planta era vulnerable por naturaleza. Bastaría una persona para llenar la tubería equivocada con telas empapadas en un coctel químico y provocar que los extractores se detuvieran y que los separadores magnéticos se hundieran en el flujo de magma.

Bastaría un solo hombre, pero mientras ese individuo no fuera identificado, SP-475 tendría que asumir lo peor.

Otros equipos con más experiencia habían acordonado la planta. SP-475 había sido asignada para cercar Pinyumb, bloquear calles y registrar a civiles seleccionándolos aleatoriamente. Media hora después de iniciadas estas tareas, recibió a través de su visualizador de avisos la autorización para detener a cualquiera que considerara sospechoso, una facultad que deseó no tener que utilizar.

Durante las primeras horas de la tarde empezó a recibir órdenes de cateo por parte del Buró de Seguridad. Cuando llegaba una señal, ella corría hacia un conjunto habitacional, un baño público o un mercado, lo rodeaba en coordinación con los demás soldados asignados y buscaba objetos incriminadores. Los ocupantes que cooperaban podían observar; quienquiera que ofreciera resistencia estaba sujeto a que lo arrestaran. SP-475 no encontró armas ni bombas; sólo especias, holovideos de contrabando y panfletos del Frente Cobalto. Suficiente para unas cuantas detenciones. Ella se preguntó si los cateos eran aleatorios o si el buró tenía pistas sobre los terroristas que ella no estaba autorizada a conocer.

No se presentaron más ataques.

Hacia el final de su turno la asignaron como guardia en una estación de tranvía. Tuvo como compañero a SP-156. No era la primera vez que trabajaban juntos, y confiaba en él, aunque desconocía su nombre verdadero.

—¿Crees que haya habido muertos? —preguntó él—. En la planta.

SP-475 hizo una mueca dentro de su casco. Las normas prohibían las conversaciones triviales, y los uniformes grababan todo.

Aún así, se arriesgó a dar una respuesta breve, esperando que los supervisores fueran indulgentes.

—Según los reportes, no —dijo—. Probablemente no.

SP-156 asintió con la cabeza y cambió de posición el rifle que llevaba en las manos.

—¿Crees que los nuestros hayan matado a alguien? ¿Aquí abajo?

Ella no estaba segura de por qué lo preguntaba, pero esta vez le pareció más seguro permanecer en silencio.

* * *

Cuando finalmente terminó su turno, Thara se sentía exhausta. Quería irse a casa, desplomarse sobre su catre y dormir, sin comer ni bañarse. Sentía como si su armadura la

hubiera mantenido en una pieza, como si fuera a desbordarse de su ropa de civil para deshacerse en las calles de Pinyumb.

Pero le había prometido a su tío otra entrega de alimentos, medicinas, jabón y algunos lujos sencillos. Había hecho compras a lo largo de la semana, las cuales había almacenado en su casillero. Los ancianos contaban con ella. Así que se obligó a ir a la taberna, dejando a un lado los pensamientos del día.

Dentro, había una multitud que se apiñaba alrededor de las mesas tenuemente iluminadas y se desparramaba hacia el piso. Thara se sorprendió de momento, hasta que recordó los cateos en los conjuntos habitacionales. Los trabajadores estaban ahí porque no tenían a dónde ir mientras el Buró de Seguridad no los autorizara a regresar. Thara hizo una mueca de molestia y deseó haber sido más previsora; podía haber llevado más alimentos, un calentador portátil, ropa limpia… Eso fue lo que le dijo a su tío cuando él se acercó a recibirla.

—Está bien, Thara —dijo él, con una sonrisa incómoda—. No hace falta que gastes todos tus créditos en nosotros.

Ella le entregó el morral sin dejar de disculparse. Él lo tomó con ambas manos y lo mantuvo a cierta distancia de su cuerpo, como si la bolsa pudiera morderlo. Thara se dio cuenta de que los ancianos estaban mirándola otra vez.

Estaban asustados. Ella lo comprendía, pero no había nada que pudiera hacer.

—Ya me voy —dijo. Su tío asintió con la cabeza e hizo el ademán de abrazarla, hasta que recordó que aún tenía el morral en las manos.

No tenía la intención de escrutar el recinto mientras desandaba el camino hacia la puerta, pero había pasado las últimas doce horas analizando rostros en busca de infiltrados y tratando de localizar cuchillos o blásteres ocultos. Sus ojos saltaban de un lado a otro. Vio las manos grises de los sullustanos deslizarse discretamente debajo de las mesas, asiendo con firmeza sus raciones alimenticias de color plateado. Vio a un niño humano ocultarse detrás de una mujer corpulenta y esconder el vendaje que cubría su brazo. Vio un morral de lona vacío bajo una de las mesas de la esquina.

Thara estaba temblando cuando cruzó la puerta y subió los escalones de piedra que la llevaron de nuevo a la caverna. Nada de lo que había visto constituía una evidencia… no todavía, no *realmente*. Además, ella ya no estaba en servicio. Incluso podía vivir con el hecho de que los trabajadores sintieran odio hacia ella en ese momento, sin un motivo real, pero podía asumir la culpa y seguir ayudando a su familia.

Pero, si alguien más estaba abasteciendo a los trabajadores de Pinyumb, alguien con el dinero y los recursos que los trabajadores no tenían, entonces Thara no podría ignorarlo por siempre.



CAPÍTULO 10

A TRES AÑOS LUZ ESPACIALES DE LA HIPERVÍA DE LA ESPINA COMERCIAL CORELLIANA

Catorce días antes del plan Ka Uno Cero

En los funerales de la Compañía Twilight generalmente no había cadáveres. A veces era porque los cuerpos desaparecían; los ataques aéreos y las desintegraciones solían tener ese efecto. Sobre todo, era así porque la Compañía Twilight era una unidad de infantería móvil, mientras que los muertos eran incuestionablemente inmóviles, demasiado voluminosos como para llevarlos al avanzar o retroceder.

Por tal razón, la compañía había desarrollado, a lo largo de los años, sus propios recursos para homenajear a los compañeros caídos. Para conmemorar a los ocho muertos durante la incursión al carguero, el intendente Hober leyó el nombre de cada uno de los caídos en la plataforma para vehículos. Aquellos más cercanos a cada difunto; amigos, compañeros de pelotón y, esporádicamente, amantes, se apiñaban entre deslizadores y naves de desembarco, olorosos a grasa y a sudor. Los demás esperaban fuera y escuchaban la voz de Hober a través de los altavoces de la nave.

—Sargento Maximian Ajax —proclamó Hober.

Twitch se abrió paso hacia el frente y se colocó delante de Hober.

—Matón Sangrante hasta el final —dijo con amargura.

Con una mano temblorosa levantó una celda de energía bláster. Estaba oxidada y abollada, lista para desecharse o reciclarse. Hober la tomó solemnemente, la insertó en la estación de carga de vehículos y drenó sus chispas mortecinas; finalmente, la colocó en un pequeño estuche metálico. Twitch volvió a mezclarse con la concurrencia.

La ceremonia no se prolongó mucho, pues la tradición de la compañía mandaba que los panegíricos fueran breves. No importaba si eras un respetado veterano o un nuevo recluta, te correspondía un amigo y unas pocas palabras, eso era todo.

Al morir, todos los soldados eran iguales.

* * *

El Clubhouse siempre se llenaba después de un funeral. Las apuestas eran más fuertes y las bebidas de contrabando, más abundantes. No era un lugar para penar a solas; era un lugar para distraerse. La mitad de las veces aquellos velatorios improvisados terminaban en peleas.

Namir también necesitaba una distracción, pero el Clubhouse no se la estaba proporcionando. Se encontraba sentado con su pelotón y se forzó a sonreír cuando Roach le preguntó cuándo se iría.

—Mañana en la mañana —dijo—. Iremos Howl, Chalis, Roja, Beak y yo. Deséenme suerte para el viaje en lanzadera.

—Beak es un buen soldado —dijo Gadren— y Roja es… Roja. Podrías llevar peores compañeros.

Namir resopló.

—No son ellos quienes me preocupan.

—¿Vas a conocer a la princesa? —preguntó Roach. Su voz era más débil que de costumbre.

Charmer rio. Brand negó con la cabeza. Gadren, por su parte, impuso silencio con un brusco ademán.

—Se burlan —dijo—, pero, ¿quién de nosotros no se ha sentido inspirado por alguno de los grandes héroes de la Rebelión; si no de la Rebelión, por héroes del pasado?

Charmer agachó la cabeza, sonriendo.

—Ojalá yo hubiera sido… —dijo tartamudeando, pero sin dejar de sonreír— lo suficientemente bueno para destruir una Estrella de la Muerte en mi juventud. Pero estoy… demasiado viejo para tener ídolos.

—Sólo era una pregunta —musitó Roach—. Yo la vi una vez en un holvideo pirata.

La sonrisa forzada de Namir estaba convirtiéndose en una mueca. Brand volteó hacia él y le ofreció lo que parecía ser una mirada de compasión.

—A mí —dijo Gadren con voz conciliadora—, me alegra que la Alianza vea un futuro, aunque yo no pueda verlo. Si la gobernadora Chalis puede proporcionar los medios para cambiar el curso de esta guerra…

Esa fue la pauta de las conversaciones de aquella noche. Uno a uno, los soldados de la Compañía Twilight se despidieron de Namir, le desearon que llegara con bien a su destino y le preguntaron qué esperaba encontrar en el cuartel general de la Alianza. Hombres a los que apenas conocía especularon sobre la ubicación de la base, le contaron rumores sobre una fortaleza en un asteroide y sobre una ciudad submarina, y finalmente le compartieron sus ilusiones con respecto al futuro.

Namir sintió la desesperanza que subyacía a sus preguntas. Aquellos soldados acababan de ver morir a sus amigos y habían perdido durante los últimos meses todos los territorios que ganaron. Era natural que quisieran esperanza, que buscaran inspiración en el alto mando de la Alianza.

Namir no podía transmitir esa esperanza, pero tampoco ensombrecer aún más el ánimo de sus compañeros, sobre todo cuando todas las demás conversaciones giraban en

torno a Fektrin, Ajax o Cappandar, personas que habían sacrificado sus vidas para salvar a la compañía. Además, lo apartaban de la compañía cuando esta más lo necesitaba. La base rebelde tendría un lugar para Howl, un lugar para Chalis, quizás incluso uno para Roja y para Beak, pero no para Namir.

Maediyu le pasó a Namir una botella de algo fuerte (ella se había mostrado especialmente atenta desde que la salvó de morir quemada, fuera del compartimiento hermético de Chalis), y eso le ayudó a sobrellevar la velada. Ya bien entrada la noche, el tono de la reunión empezó a cambiar, pues salieron a la luz algunos resentimientos con los muertos. Cuando Twitch escuchó que alguien culpaba a Ajax de la muerte de Fektrin, ella soltó el primer puñetazo de la noche.

A Namir no le sorprendió que Twitch iniciara una pelea, pero sí que quien intentó refrenarla y calmarla fue Roach, aunque tal vez no debió sorprenderse. Roach era una peleonera.

Después de la pelea, cuando el Clubhouse estaba prácticamente vacío, Namir quedó sentado en una esquina con Brand. No recordaba en qué momento había llegado con él, pero lo miró a los ojos con seriedad y le dijo:

—Compórtate cuando estés allá. No hagas tonterías.

—No me tienes en muy buen concepto, ¿verdad? —preguntó Namir, con voz ronca de cansancio.

—Nunca lo hice —dijo Brand.

—¿Ese esa la razón por la que nos llevamos bien?

—No, es porque yo soy tolerante y tú no haces preguntas tontas. Usualmente.

Increíblemente, Namir la sorprendió riendo, o haciendo algo parecido.

—Necesito que cuides de esta gente —dijo Namir—. Cuando yo no esté. Tú tienes un *criterio* del que ellos carecen.

—No puedo prometerlo.

—Sí puedes —dijo Namir con voz baja pero intensa.

—No de la manera en que quieres —dijo Brand. Hablaba sin mirarlo, con mesura y calma—. Le di la espalda al *criterio* cuando conocí a Howl. Hay cosas más importantes que la supervivencia. —Entonces titubeó. Namir buscó algo que argumentar, pero ella lo interrumpió—: Lo intentaré. Eso lo sabes.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Cuídalos —insistió en un murmuro.

Brand rebuscó en su bolsillo y sacó un delgado rectángulo de metal que sostuvo bajo la luz tenue del Clubhouse. Un chip de datos. Se lo dio a Namir, quien lo analizó con curiosidad.

—Para un caso de emergencia —dijo ella.

Sin decir otra palabra, dejó a Namir.

* * *

Namir durmió una hora aquella noche. Luego se despertó y empacó sus cosas en medio de la oscuridad de los dormitorios. Había aprendido desde niño a dormir sin importar el lugar en donde estaba ni su situación emocional, si bien el sueño nunca era garantía de *descanso*.

El turno matutino aún no entraba en funciones y los pasillos del *Thunderstrike* estaban casi vacíos. Namir caminó pesadamente hacia el comedor. Comer era otra cosa que había aprendido a hacer independientemente de las circunstancias; además, en la lanzadera que lo llevaría a la base rebelde los suministros estarían limitados. No le sorprendió ver otro rostro al entrar en el comedor, pero no esperaba encontrar a tan temprana hora a la gobernadora Chalis. Estaba sentada frente a una mesa, bebiendo de un humeante tazón metálico. No lo vio entrar.

Por Namir no había problema. No estaba buscando con quién conversar.

Luego de que llenó una charola con las sobras que el droide de cocina pudo ofrecerle —la carne y las verduras que habían robado de Haidoral se habían acabado hacía mucho tiempo, por lo que Namir tuvo que conformarse con un desayuno de granos machacados que nadaban en especias artificiales y con una bebida nutritiva que tenía la textura y el sabor de la grava— se sentó en una mesa contigua a la de Chalis y se dispuso a comer. No había dado ni un bocado cuando la escuchó decir:

—No debiste hacerle caso.

Namir exhaló entre dientes y se puso rígido en la banca de la mesa.

—¿A quién?

Chalis tomó otro sorbo de su tazón y luego señaló sus bordes.

—Al droide —dijo—. Ese amasijo que estás comiendo es una desgracia. Es mejor sumergir los granos en agua caliente hasta que se hinchen. La sopa es un gusto adquirido, pero es mejor que lo que tienes ahí. —Miró hacia donde estaba la cocina—. También hace que los suministros rindan más, cosa que al parecer te preocupa.

—¿No se supone que deberías estar bajo vigilancia? —preguntó Namir.

Chalis encogió los hombros.

—Partiremos hacia la base en tres horas —dijo—. Y, para citar al capitán Evon: «¿Qué tanto daño *puedo* hacer?».

Namir gruñó y tragó una cucharada de la pasta. Era horrible, tal como lo esperaba.

—¿Qué sería de ti sin su apoyo? —preguntó.

—Ni lo digas —replicó ella.

Luego de un rato en el que comieron en silencio, Chalis volvió a hablar.

—No fue idea mía, ¿sabes? Que vinieras a este viaje. A mí no me beneficia. Y no le dije a tu capitán que me abandonaste en el carguero.

—¿Debo sentirme agradecido?

—No, pero tampoco debes guardarme rencor.

Namir rio y tosió con la boca llena de pasta.

—Cuando estés a salvo y lejos de la compañía, no planeo pensar en ti ni de una manera ni de otra. Ya hiciste bastante daño.

Chalis bajó la vista hacia su plato y sonrió. El silencio se prolongó por más tiempo esta vez.

—*Yo* pienso —dijo ella— que tu capitán cree que puedes aprender algo de este viaje. Quiere que veas la mejor cara de la Rebelión, para que te sirva de inspiración.

Eso era algo que no se le había ocurrido a Namir. Sentía la pasta como un peso en el estómago. Siguió comiendo.

Chalis se puso de pie y llevó su tazón al fregadero. Namir mantuvo los ojos en su comida, pero no pudo evitar seguirla con su visión periférica. Ella volvió a acercarse y se sentó en la esquina opuesta de su mesa.

—Voy a darte un consejo, sargento, porque has sido de utilidad para mí y porque creo que lo necesitas. Puedes seguirlo o no.

En esta ocasión no fueron las palabras lo que llamó la atención de Namir. La voz de Chalis se transformó mientras hablaba: se hizo más aguda y perdió aquella enunciación extraña, artificial. Asumió un acento nuevo, ni completamente extraño ni completamente familiar, que le trajo a Namir recuerdos de un planeta que no había visto en años.

Chalis se encogió de hombros. Cuando habló de nuevo, el acento había desaparecido.

—¿Eres de Khuteb? ¿Promencius Four? De alguna de esas remotas colonias tionesas, supongo, aunque no logro ubicar el dialecto.

—De una —dijo Namir. Su voz apenas se escuchaba.

—Bueno —dijo Chalis—. Tienes como diez años y nunca en tu vida has visto una estación sanitaria funcional. Llega la Rebelión y te inspira. Te da *comida*. —Pronunció la palabra con cierto desdén, acentuado por un ademán con el que señaló la charola de Namir—. Y techo. Nada extraordinario, pero es una mejoría. Naturalmente, juras lealtad a tus salvadores. ¿Voy bien hasta aquí?

—¿Y bajo qué concepto es eso un consejo?

Chalis rio.

—Dame algo de crédito, sargento. Ya nos vamos acercando.

Namir esperó.

Chalis continuó.

—La cuestión es que sobreviviste y escapaste de un hoyo de mala muerte del que la mayoría nunca logra salir. Todo eso está muy bien, pero estás tan agradecido por las sobras que tienes ahora que dejaste de buscar algo mejor.

—¿*Mejor* como ser gobernador? ¿O *mejor* como vivir en un compartimiento hermético?

Chalis volvió a encogerse de hombros, imperturbable.

—No voy a decir que este ha sido el mejor año de mi vida. Incluso Haidoral fue un castigo, pero no estuvo tan mal. Tenía respeto, comodidades, tiempo para esculpir. En realidad, era todo lo que siempre quise. Si Vader no hubiera estado esperando un pretexto para ejecutarme…

Namir notó que la pronunciación de Chalis cambió otra vez, pero no para imitar algo conocido para él, sino que se hizo más lenta, como alargando las vocales. Su postura

también cambió: sus hombros rígidos se relajaron hasta formar un arco, pero su cabeza y sus manos se movían con más naturalidad.

Namir sintió por primera vez que la gobernadora no estaba tratando de manipularlo.

—Ya conoces el resto —dijo ella—. Ahora estoy aquí. Y si necesito derrocar al Imperio para recuperar mi vida, pues que así sea.

—¿Eso es lo que piensas decirle al alto mando de la Alianza?

Chalis arrugó la nariz.

—Por favor… hay cosas que necesitan escuchar acerca de la «opresión imperial», y yo las voy a decir. Es lo que se conoce como *diplomacia*. —Hizo una pausa—. Irónicamente, no creo que estén equivocados del todo. —Se inclinó hacia delante y apoyó distraídamente un codo sobre la mesa—. Ellos piensan que el Imperio exprime cada vez más a los ciudadanos en favor de una élite cada vez más reducida… que privan de *libertad* y de *comodidad* a las masas, para satisfacer el apetito insaciable del Emperador y del Consejo Regente.

»Todo eso es verdad. Puedo probarlo con números. Pero la Rebelión se engaña al pensar que esa tendencia no perderá fuerza o no se detendrá, que el final inevitable es… —Su voz adoptó un tono de falsa solemnidad— la desolación y la desesperanza para todo ser viviente, con excepción del Emperador. —Para este momento, Chalis estaba divirtiéndose; se veía energizada—. Están tan convencidos de su propia *virtud* que no se dan cuenta de lo irrealizable que es su escenario de pesadilla —agregó—. El Consejo Regente no necesita stormtroopers vigilando cada granja de humedad ni cada mundo habitable convertido en un planeta fundidor. En cierto momento, incluso el propio Palpatine verá el Imperio y dirá: «Suficiente».

Chalis negó con la cabeza y suspiró. Luego, puso una sonrisa que reflejaba exasperación. Namir la contempló y se dio cuenta no sólo de que aquel discurso no tenía la intención de manipularlo, sino también de que aquella era la primera conversación que había tenido en mucho tiempo con alguien que no veía a la galaxia como un campo de batalla ideológico. Eso no hacía que la postura de la gobernadora fuera menos terrible, pero, comparada con la enredada filosofía de Howl y el fervoroso compromiso de Gadren, perecía reconfortantemente honesto.

O probablemente no.

Las piezas de un rompecabezas empezaron a unirse en la mente de Namir, quien rio de nuevo.

—Estás mintiendo —dijo.

Chalis no parecía ofendida.

—¿Sobre qué?

—Sobre derrocar al Imperio —dijo Namir—. Tú *necesitabas* a la Compañía Twilight para escapar de Haidoral. Has tenido que estar con la Rebelión desde entonces, pero la abandonarás a la primera oportunidad que se te presente.

—Es posible —dijo Chalis—. Pero, mientras tanto, le pertenezco a la Alianza. —Se puso de pie, dio unos golpecitos en la mesa con los nudillos y se dirigió a la puerta del comedor—. Por lo menos yo tengo un *objetivo*. Algo en qué pensar.

Namir se quedó a solas en el comedor. La sensación de bienestar se disipó. Apartó de su mente la conversación e intentó olvidar las despedidas de sus colegas en el Clubhouse. Haría sus rondas y supervisaría a sus soldados una vez más antes de abandonar el *Thunderstrike*.

«No pienses en la base rebelde», se dijo. «Estarás de vuelta en menos de lo que crees».



CAPÍTULO 11

SECTOR METATESSU
Trece días antes del plan Ka Uno Cero

El capitán Tabor Seitaron llevaba prácticamente un mes a bordo del *Herald,* observando a la tripulación del destructor estelar dar caza a la gobernadora Chalis bajo la guía del prelado Verge. Se daba cuenta de que su primera apreciación acerca de ellos había sido injusta.

Tratándose de una tripulación joven que había salido del puerto espacial hacía menos de medio año, la mejor manera de combatir la fatiga y la neurosis de guerra era a través del orden y la disciplina. Para los soldados, a quienes les costaba trabajo cumplir con sus responsabilidades, los turnos cortos y frecuentes fomentaban la concentración. Y el respeto riguroso de las normas constituía un incentivo para quienes se rehusaban a concentrarse.

Sin embargo, Tabor se había resistido a implementar cambios a bordo del *Herald*. En muchas ocasiones había visto cómo los comandantes perturbaban la funcionalidad de sus equipos con muy pocos resultados. Por ello, dedicó varios días a recorrer la nave de proa a popa (una caminata de un kilómetro), para conocer a los oficiales superiores y a los especialistas técnicos. Durante estas rondas, los interrogaba sistemáticamente acerca de sus tareas. Una vez a la semana incluso los visitaba en el comedor para conversar sobre temas triviales, como sus familias o sus planetas de origen. Por las noches leía los expedientes del personal y hacía anotaciones para futuros análisis. No ignoraba ni aceptaba ciegamente las apreciaciones de Verge acerca de las tropas, apreciaciones que iban de lo esplendoroso a lo sombrío, con poco entre ambos extremos.

Lo que halló al cabo de todo esto fue una tripulación esmerada que había perdido el rumbo. Se trataba de hombres y mujeres leales y capaces que ya no sabían en qué creer. Eso era suficiente para destruir a cualquier soldado, pero era poco lo que Tabor podía hacer para remediarlo. Y según sus conclusiones, la culpa recaía única y exclusivamente en prelado Verge.

Tabor también había juzgado mal a Verge. El chico era un fanático servil del Emperador (de eso no había duda) y carecía de experiencia militar, pero era brillante y enormemente carismático, a su manera. Cuando le preguntó al Teniente Kourterel por su hijo y luego le prometió que un destacamento de stormtroopers se ocuparía de proteger a su familia de los rebeldes en Vanzeist, la buena fe de Verge quedó manifiesta. Luego de concebir, ante la pantalla de la sala de planeamiento estratégico, una docena de rutas que los rebeldes de Chalis podrían seguir desde Haidoral Prime, analizó y desechó escenarios con tanta rapidez que a Tabor no le quedó más que asentir con la cabeza y fingir que seguía su tren de pensamiento.

No obstante, la idiosincrasia de Verge contrarrestaba sus mejores rasgos. Tabor lo comprobó durante su sexta noche a bordo del *Herald*, en una fiesta improvisada por el prelado.

El evento había desconcertado a Tabor desde el principio. Por órdenes del prelado, una plataforma de embarque había sido transformada en sala de conciertos, donde músicos holográficos tocaban himnos de estilo neoclásico, al Nuevo Orden, y droides astromecánicos servían aperitivos preparados en la cocina para oficiales.

Los invitados, una mescolanza de miembros de la tripulación que, hasta donde Tabor podía discernir, habían sido seleccionados al azar, se veían bastante entusiasmados y dispuestos a celebrar y bailar al compás que les marcaba el prelado.

Transcurrida una hora del evento, Verge se puso de pie para anunciar el propósito de la reunión. Aquella mañana, según explicó, se había enterado de que un oficial no le había reportado de manera oportuna cierta información vital.

—No se atrevió a despertarme durante la noche —dijo Verge— por dudar de la confiabilidad de la información: un avistamiento de los rebeldes de la gobernadora Chalis en el planeta Coyerti.

Mientras Verge hablaba, un par de soldados condujeron el oficial en cuestión al centro de la plataforma. A Tabor le sorprendió que el rostro del oficial no reflejaba pánico, pero sí desesperanza.

—Su desconfianza con respecto a la información es comprensible —continuó Verge—, pero al no comunicármela impuso su juicio por encima del de sus superiores. Tal comportamiento es inaceptable e imperdonable.

Uno de los soldados mostró un delgado cilindro metálico. A una señal de Verge, el cilindro se extendió mecánicamente hasta formar una vara en cuya punta chisporroteaba electricidad.

—He decidido concederle el privilegio de recibir un castigo —dijo Verge—. Si sobrevive, volverá a su puesto después de haber escarmentado y será una mejor persona.

En ese momento Verge abandonó la fiesta. Los asistentes harían lo que se esperaba de ellos. Y Tabor durmió mal aquella noche.

* * *

La edad había hecho mella en la complexión de Tabor. A pesar de que estaba acostumbrándose a la gravedad del destructor estelar, todavía despertaba adolorido y acalambrado. Extrañaba la selección de tés de la Academia Carida y se veía obligado a aumentar el tamaño del texto en los datapads que le mostraban oficiales más jóvenes.

Sin embargo, su fortaleza mental era la de siempre. Había visto cosas mucho peores que los instrumentos de tortura del prelado, y él mismo había infligido tormentos peores en más de una ocasión. Pero ¿cómo podría funcionar una tripulación cuando su comandante actuaba de manera impredecible? En un momento, Verge citaba al Emperador ante una audiencia cautivada bajo el puente de mando; al siguiente, ordenaba despojar de su rango a un técnico debido a los errores cometidos por un droide descompuesto.

Cada noche, a partir de la fiesta, el deseo de Tabor de regresar a su casa se hizo más fuerte. Y, por lo mismo, cada día se esforzaba en afinar su comunicación con las tropas y en prepararlas lo mejor posible para la persecución de la gobernadora Chalis. Mientras más pronto concluyera la misión, más pronto podría volver a su rutina.

Verge le brindó a Tabor todo el apoyo que necesitaba. Cuando este le pidió permiso para que media docena de oficiales trabajara en una operación de enlace con otras naves imperiales en el sector Metatessu, Verge lo autorizó. Al saber que la nave de Chalis iba dejando un sutil rastro de partículas, Verge alentó a Tabor para supervisar al equipo de científicos que analizaban el rastro.

En los días siguientes, Tabor llegó a convencerse de que el éxito estaba cerca. Había pocas naves imperiales posicionadas para interceptar de un momento a otro a Chalis, pero mientras su nave siguiera dejando un rastro, no tendría posibilidades de escapar. En unos pocos días, el propio *Herald* estaría en posición.

Fue entonces cuando llegaron las noticias de la incursión.

* * *

—¡Uno de nuestros cargueros! ¡Era un blanco obvio! ¡Debimos estar preparados!

Tabor hizo una mueca ante el sonido de su propia voz. Teniendo el reporte en la mano, fulminó con la mirada a los oficiales de enlace reunidos en el puente de mando. Sin embargo, había docenas de naves aliadas en el sector. Predecir a cuál de ellas atacaría Chalis, incluso si hubieran sabido con certeza que ella intentaría ocultar de esa manera su rastro, habría sido casi imposible.

Uno de los oficiales de enlace empezó a balbucear una disculpa. Tabor lo acalló con un ademán e intentó mostrar con su expresión que estaba ventilando su frustración sin culpar a nadie. Este equipo ya había sido testigo de muchas inculpaciones.

El prelado estaba frente a la ventana, contemplando las estrellas. Tabor caminó enérgicamente al lado de las estaciones de trabajo, preguntándose cómo reaccionaría el chico. Pero cuando Verge se dio la vuelta estaba sonriendo. Parecía casi divertido, como si disfrutara de un giro del destino que no lo perjudicaba en lo absoluto.

—Fuimos afortunados —dijo el muchacho—. Ese rastro fue un golpe de suerte, pero las guerras no se ganan gracias a la suerte, ¿verdad?

Tabor sintió que su ira se disipaba.

—Tiene razón —dijo. Estaba ansioso por hacer el trabajo y volver a casa, como si el simple hecho de *desearlo* fuera suficiente. Era un error digno de un niño. Una vez más, había juzgado mal a Verge.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó Verge—. Obviamente, Chalis sacará ventaja de esto.

«Concéntrate, Tabor».

—La nave rebelde —dijo Tabor—. Sufrió daños considerables durante la última semana. Necesitan detenerse para hacer reparaciones.

—De acuerdo —dijo Verge—. Para eso necesitan alguna clase de base o al menos una flotilla reparadora.

La conversación pronto se trasladó del puente de mando a la sala de planeamiento estratégico. Algunos de los oficiales preferidos de Tabor lo acompañaban, recopilando información y reportes de las otras naves del sector, mientras él analizaba las cartas de navegación en compañía de Verge y se rompía la cabeza tratando de recordar algo útil relacionado con Chalis. Al cabo de una hora delimitaron el área por la que la gobernadora podría moverse, pero no identificaron ningún puerto en particular. Se trataba de un *avance,* en el sentido puramente técnico de la palabra.

—Estamos utilizando un enfoque equivocado —declaró finalmente Tabor—. Si la teoría militar pura permitiera encontrar una base de inteligencia, ya la habría hallado.

Verge se reclinó sobre una consola; tenía los ojos cerrados.

—Ya descartamos la posibilidad de encontrar la nave. ¿Qué nos queda entonces?

—No podemos encontrar la nave ni podemos ubicar directamente la base —dijo Tabor—. Pero debemos considerar que nuestro ejército acaba de expulsar del Borde Medio a la mitad de la Alianza. ¿Cuántas naves rebeldes lograron escapar de este sector, después de recibir daños durante, digamos, la última semana? ¿De estas, cuántas requieren arreglos?

Los oficiales empezaron a hablar en voz baja a través de sus comunicadores y a teclear en sus consolas. En la pantalla principal apareció una lista de varias docenas de naves rebeldes en sus denominaciones oficiales.

Tabor sonrió cruelmente, satisfecho, e hizo un gesto hacia Verge.

—Es su cacería.

Verge se enderezó apoyándose en la consola y le dio a Tabor unas palmadas en el hombro.

—Es *nuestra* cacería. —Se giró y extendió los brazos, abarcando al resto de los oficiales—. ¡De todos nosotros! —exclamó, y rio. Era evidente que había entendido los planes de Tabor.

Los hombres rieron con Verge. Algunos no podían ocultar su nerviosismo; otros parecían felices y orgullosos de compartir aquel momento con su comandante. Tabor los contempló y se preguntó: «¿Pero qué será de ellos cuando la cacería termine?».



CAPÍTULO 12

PLANETA HOTH
Once días antes del plan Ka Uno Cero

Namir no iba preparado para el frío. Lamentó su selección de ropa tan pronto como la rampa descendió y una corriente helada sopló hacia el interior de la lanzadera. En el extremo de la rampa se arremolinaban copos de hielo que se fundían lentamente al contacto con el metal, y el corredor que llevaba al hangar estaba cubierto de nieve, nieve verdadera, blanca, de la que Namir sólo había visto dos veces en su vida.

—Cancelen mi deserción. Prefiero que me lleve Darth Vader —murmuró Chalis. Al mirarla, Namir notó que su oscuro cabello estaba cubierto de copos blancos. Tenía las manos a la espalda, donde Namir las había asegurado con esposas aturdidoras, por exigencia del alto mando de la Alianza.

En compañía del capitán, de Roja y de Beak, bajaron por la rampa hacia la Base Eco.

El viaje fue dolorosamente largo, pero no tuvo incidentes. Ni el mismo Howl conocía la ubicación secreta de la base; su labor se redujo a programar en la lanzadera las rutas que la Alianza le comunicaba sucesivamente mediante mensajes codificados. Dichas rutas los habían llevado hasta las desoladas inmensidades del Borde Exterior y a las profundidades del sector Anoat; cuando Howl trazó la ruta hacia el sistema Hoth, los viajantes desconocían si ahí encontrarían su destino final o simplemente un mensaje más.

Chalis había pasado el tiempo leyendo ficción clásica de la biblioteca informática de Howl y refinando su esquema holográfico. Howl había encontrado en Beak un compañero para jugar holoajedrez, aunque durante el segundo día Namir les exigió que silenciaran sus piezas. Roja resultó el parlanchín del grupo: aprovechó cualquier descuido de los demás para contarles anécdotas de su época como estibador.

Namir intentó ocuparse convirtiendo el cuarto de máquinas en gimnasio y ejercitándose hasta extenuarse. Hacia el final de trayecto, se sentía más que ansioso de abandonar la lanzadera. Había dado por hecho que la base de la Alianza sería más cómoda que la nave, pero ahora tenía sus dudas.

Más allá de la rampa, a unos cinco metros sobre el corredor que llevaba al hangar, los esperaba un reducido grupo de rebeldes. Todos vestían de manera apropiada para el clima. Tenían gruesas chamarras a juego, acolchadas y con capucha. Tres de ellos llevaban rifles bláster preparados.

«Bien», pensó Namir. «Al menos no se confían».

Uno de los del grupo dio un paso al frente, un hombre pálido, de grueso bigote y pelo entrecano que lucía la insignia de general rebelde. Las insignias oficiales, al igual que la nieve, eran algo que Namir rara vez había visto.

El hombre se presentó como Thilap Bygar y saludó de mano a cada uno de los miembros de la Compañía Twilight, según Howl los presentaba por nombre y puesto. Cuando Chalis, temblando de frío, dio un paso adelante, Howl puso una sonrisa tensa.

—La gobernadora Everi Chalis —dijo—. Artista extraordinaria y huésped distinguida de la Compañía de Infantería Móvil Sesenta y Uno. Exembajadora del Consejo Imperial Regente.

—Estrecharía su mano —dijo Chalis—, pero no quiero que la situación se vuelva incómoda. —Luego, se encogió de hombros y levantó sus muñecas esposadas a la espalda.

El general Bygar asintió lentamente con la cabeza y alzó una mano en señal de saludo.

—La Alianza Rebelde cree en la redención, gobernadora —dijo—. No deje que nuestra prudencia la convenza de lo contrario.

—La cautela no es algo de lo que haya que avergonzarse —dijo Chalis. Bygar dio un paso atrás y observó cuidadosamente al grupo. Namir sintió que los dedos se le entumían mientras el hombre hablaba.

—Si yo pudiera agradecer personalmente a todos los miembros de la compañía sesenta y uno, lo haría —dijo Bygar—. Han debido realizar algunas misiones infernales a lo largo de estos últimos años y han sobrevivido a cosas que pocas compañías lograrían superar.

»Tienen una reputación de la que pueden estar orgullosos, pero que no ha sido fácil ganar, en especial cuando la recompensa son misiones aún peores. No se equivocan al pensar que el alto mando conoce lo que han enfrentado y que los enviará por más. Nadie más *merecía* ser enviado a Praktin o a Backtar Cyst.

Las alabanzas de Bygar tomaron por sorpresa a Namir. Dadas las circunstancias, no eran en absoluto necesarias: el general no tenía que ganarse la simpatía de Howl, por lo que Namir tuvo que concluir que eran, en parte, sinceras. Sintió como si una desagradable mezcla de gratitud y resentimiento se revolviera en su estómago.

El general continuó:

—Lo que sí puedo decirles es que *sabemos* qué les estamos pidiendo y el precio que ustedes pagan todos los días. *Yo* lo sé. Y les agradezco que estén allá fuera luchando por nuestra causa.

Roja y Beak permanecían con los brazos pegados a los costados, tratando de conservar su calor corporal, aunque tenían las barbillas levantadas y los ojos centrados en el capitán. Howl mostraba una expresión sombría; asintió rígidamente con la cabeza cuando Bygar concluyó su discurso. Las miradas de Chalis y Namir se cruzaron, mientras este contemplaba a sus colegas. Ella sonrió o hizo un guiño.

—Ahora vamos a que se calienten y luego a trabajar —dijo el general. Su voz perdió el tono solemne—. Aquí nunca es cómodo y uno no llega a acostumbrarse del todo, pero hay maneras de hacerlo llevadero.

Namir pensó que eso era lo más que podía esperar, al igual que una estancia muy breve. Ya extrañaba la lanzadera, pero mucho más al *Thunderstrike*.

* * *

«Incómodo pero llevadero» es una frase que Namir recordó con frecuencia a lo largo de los días siguientes. A Howl y Chalis se los llevaron casi inmediatamente a una importante conferencia estratégica con el alto mando de la Alianza; Namir sólo los veía pasar esporádicamente por los corredores de la base. A Roja y a Beak los asignaron, con autorización de Namir, a otros equipos, según sus aptitudes; quedaron bajo el mando de comandantes de la Base Eco. Namir también aceptó una reasignación, con el fin de mantenerse ocupado.

La base estaba excavada en el hielo de un glaciar enorme, cuyas cavernas naturales se habían reforzado con soportes estructurales y unido mediante pasillos artificiales. Los cables de energía y las torres de iluminación parecían colocados al azar. Un droide de mantenimiento le aseguró a Namir que un solo elemento defectuoso podría dejar sin calefacción a la mitad de la base. La construcción de la Base Eco era, pues, reconfortantemente caprichosa y reflejaba las virtudes que Namir conocía de la Rebelión.

Los hombres y mujeres asignados a la base le resultaron menos familiares. Sus vestiduras y equipo de combate estaban por encima de cualquier cosa que la Compañía Twilight hubiera tenido jamás, tanto en calidad como en uniformidad. Cuando el intendente le entregó a Namir un rifle de combate A280 antes de una ronda de vigilancia, Namir acarició el pesado cañón casi con reverencia. Ataviado con una chamarra térmica de seguridad y anteojos protectores polarizados, Namir resultaba casi tan irreconocible y anónimo, como un stormtrooper. La uniformidad y el orden conllevaban un énfasis en el rango y la jerarquía. Namir recordó las historias que Charmer le había contado acerca de la Academia Imperial. Durante su segundo día ahí, comprendió por qué.

—Probablemente una tercera parte del personal que labora aquí es de cadetes imperiales que desertaron —le explicó un joven. Namir creyó recordar que el chico se había presentado como Kryndal, aunque no había prestado mucha atención.

Estaban en el cobertizo para herramientas, calentando con sopletes unos convertidores de energía. Los convertidores ya estaban descompuestos, debido a congelamientos internos, pero si lograban revivirlos, volverían a usarlos en la base. Era

un trabajo monótono, más adecuado para un droide que para un humano, pero había que hacerlo, aunque Namir carecía de la especialización técnica que tenían Roja o Beak.

Kryndal continuó hablando.

—Otro tercio de nosotros, y algunos cadetes, seguimos el entrenamiento de las Fuerzas Especiales de la Alianza. Fueron cuatro meses terribles, pero también los más importantes de mi vida. Si quieres aprender a usar uno de esos antiguos lanzaproyectiles, a desactivar una mina de proximidad o a bajar en rapel por un escudo de rayos, te lo recomiendo.

Namir oprimió el interruptor de su convertidor. No hubo sonidos ni luces. Continuó calentándolo.

—He usado lanzaproyectiles —dijo—. Nunca me he topado con los otros dos.

Kryndal encogió los hombros.

—Es algo para pensar. No es fácil clasificar, pero supongo que no estarías aquí si tu capitán…

—No vine a recibir entrenamiento —dijo Namir, y Kryndal dejó el tema por la paz.

Al tercer día de la estancia de Namir, llegaron dos naves a la Base Eco. La identidad de los pasajeros era confidencial. Los rumores entre las tropas aseguraban que se trataba de un importante espía bothano, pero todos concordaban en que los visitantes venían a la conferencia estratégica.

Aquella conferencia se iba convirtiendo día a día en el tema predominante en toda la base. Cuando Namir caminó hacia los puestos avanzados de la periferia, entre vendavales que lanzaban esquirlas de hielo como metralla, escuchó por los comunicadores un chismorreo de los guardias acerca de los asistentes: el General Rieekan, el Comandante Chiffonage, la Princesa Leia Organa. Cuando Namir estaba en el comedor, los pilotos le preguntaban qué sabía de la gobernadora Chalis, luego le contaban historias sobre el mentor de ella, el conde Vidian. Roja, quien había hecho amistad sorprendentemente rápido con los técnicos de los deslizadores para nieve, se acercó más de una vez a Namir para comunicarle las últimas especulaciones: Chalis era la última pieza de un rompecabezas en el que la Alianza había trabajado durante meses, y ahora había una estrategia de cinco años, o de cuatro años, o de *un año,* que les permitiría por fin ganar la guerra.

Sin embargo, sólo se hacían ilusiones. Incluso los propios soldados lo sabían, aunque esperaban que bajo sus sueños hubiera algo de verdad.

Namir los entendía. Él había albergado ilusiones similares en otro tiempo, en otras guerras. Pero ya no tenía paciencia para ensoñaciones.

No volvió a hablar con Chalis, sino hasta finalizar su primera semana en Hoth. Él iba saliendo del centro de comando, después de entregar una evaluación estratégica del Puesto Delta (un trabajo improductivo tal vez, pero le habían dicho que unos ojos frescos resultarían «valiosos»), cuando la vio en el helado corredor.

La dirección y la velocidad de ambos los hicieron coincidir. Chalis no llevaba escolta ni esposas. Namir señaló con un gesto sus muñecas.

—¿Haciendo nuevos amigos?

—Me tomó un par de días —respondió ella, sin voltear a verlo—, pero llegamos a un acuerdo. La Alianza me concede amnistía a cambio de no aspirar a puestos oficiales en ningún gobierno de posguerra.

—¿Tampoco quieren tenerte cerca?

—Pareces tan sorprendido como yo.

Namir soltó una risotada. Llegando a una intersección de los túneles, ambos titubearon por un segundo antes de tomar direcciones distintas.

—Si eso te mantiene lejos de la Compañía Twilight —dijo Namir—, tienes todo mi apoyo.

—Gracias, sargento. —Chalis empezó a alejarse incluso antes de terminar de pronunciar aquellas palabras.

* * *

El comedor del *Thunderstrike* ofrecía alimentos básicos y de fácil almacenamiento en combinaciones casi comestibles, acompañados ocasionalmente de verduras, fruta o carne obtenidas en alguna incursión. Las raciones alimenticias se reservaban para las campañas en tierra. Por su utilidad, en el ámbito militar eran consideradas un lujo; la Compañía Twilight carecía de medios seguros para conseguir más.

En la superficie de Hoth, helada y abollada por los meteoritos, no crecía nada digno de cultivarse. Y los cornudos, apestosos y huraños tauntauns que domesticaba la Alianza eran más valiosos como montura que como alimento. Eso hacía que las raciones militares, transportadas en contenedores enormes y obtenidas por medios que Namir ignoraba, fueran el alimento principal de cada comida.

Sentado a la mesa con Kryndal y otros trabajadores de la base, Namir disfrutó el dudoso placer de un sobre de cubos proteínicos que flotaban en un menjurje anaranjado y viscoso; era lo suficientemente desabrido para resultar inofensivo, pero tan gelatinoso que se adhería al paladar. Prefería comer a solas o con Roja y Beak, a pesar de sus exasperantes elogios de las virtudes de la base —el vínculo de Roja con los técnicos se había vuelto casi familiar, mientras que Beak había expresado sus intenciones de unirse a las Fuerzas Especiales de la Alianza—, pero no los había encontrado. Y tampoco había encontrado mesas desocupadas.

Kryndal trazaba círculos sobre la mesa, mencionando planetas y urdiendo un escenario en el cual los mundos del núcleo se entregaban uno a uno a la Rebelión. Una mujer rubia y un alienígena discutían animadamente con él y ofrecían planes alternativos, como el asesinato del Emperador o la liberación de planetas esclavizados para engrosar las filas rebeldes.

—Dirán que estoy loco —afirmó Kryndal—, pero siento que estamos por lograr algo importante. Podemos llegar a Coruscant. El Imperio no estaría luchando con tanta vehemencia si no estuviera atemorizado.

Namir sabía que lo mejor que podía hacer era mantenerse fuera de la conversación. Pero era el final de un día largo y tedioso, durante el cual caminó entre las trincheras e hizo oídos sordos ante conversaciones iguales a la que estaba escuchando en ese momento. Además, Kryndal era tan petulante…

—¿Y qué hay en Coruscant? —preguntó Namir.

—¿A qué te refieres? —replicó Kryndal. Los otros también se giraron hacia Namir, expectantes.

—Para empezar —respondió Namir—, tienes un planeta capital con… ¿cuántos? ¿Diez mil millones de habitantes? ¿Más?

La mujer mostró una sonrisa divertida pero no burlona.

—Muchos más.

—Bien. Y de esos «muchos más», ¿cuántos crees que quieran derrocar al Imperio?

Kryndal respondió enfáticamente pero sin alzar la voz.

—No hace falta vivir mucho tiempo en Coruscant para darse cuenta de que…

Namir lo interrumpió.

—No he terminado. Supongo que no lo querrán tantos como crees. De hecho, *sé* que no son tantos, pues, si los hubiera, habría en este momento una guerra civil, no sólo unas cuantas células rebeldes ocultas.

—No es tan sencillo —dijo la mujer.

Namir la ignoró y siguió hablando:

—Pero supón que el grueso de la población no se adhiere a ningún bando. Simplemente no le interesa luchar. Bueno, todavía tienes a un grupo de seguidores acérrimos que lucharán contra la Rebelión tan pronto como empieces a bombardear. No sólo lo harán los partidarios del Imperio, también todo aquel que no confíe en la autoridad de la Alianza. ¿Vas a enviar escuadrones a las calles para que se hagan cargo de ellos? ¿Vas a empezar a eliminar civiles? De cualquier manera va a correr la sangre, y no se va a detener por un largo tiempo.

La voz de Kryndal no se alteró, pero su rostro estaba paralizado en una mueca.

—La Alianza cuenta con un plan de transición. Las elecciones democráticas…

—No convencerán a nadie —refutó Namir—. Y eso es en el mejor de los casos. Tal vez la Alianza decida no invadir Coruscant. Habría demasiadas complicaciones. Es mucho más sencillo contener a los bastiones del Imperio que intentar una victoria definitiva. Pero ¿sabes qué creo que pasará en realidad?

El alienígena dijo algo al tiempo que jalaba a Kryndal del brazo. Namir no logró distinguir las palabras debido al acento de la criatura, pero su significado era evidente. No obstante, Kryndal siguió sentado. Namir se levantó de su asiento, se inclinó sobre la mesa y clavó la vista en el hombre.

—Creo —dijo Namir— que, en el momento en que haya una victoria real a la vista, la Alianza se desmoronará. ¿Supones que hay alguien en esa conferencia estratégica que no esté buscando quedarse con el poder? ¿Piensas que, cuando su enemigo común esté debilitado, no verás a media docena de facciones rebeldes volverse unas contra otras?

¿Cómo supones que acabaste en este lío, por principio de cuentas? Después de que ustedes ganaron las Guerras Clones, el Emperador se apropió del poder; los otros líderes perdieron su oportunidad, así que iniciaron una rebelión. La victoria siempre trae luchas internas.

—Eso no fue lo que ocurrió. —La mujer habló de nuevo—. Tú nunca has hablado con la princesa ni trabajado con el General Rieekan. A ellos no les interesa quedarse con el poder.

Kryndal frunció el ceño en silencio. Namir vio cómo sus manos se crispaban sobre la superficie de la mesa. No haría falta mucho más. Namir sabía que aún podía dar media vuelta e irse, pero necesitaba *aquello*.

—Si en verdad creen que esas personas son héroes —dijo Namir, aludiendo a lo que había dicho la mujer, pero con la vista puesta en Kryndal—, están engañándose. Los stormtroopers alaban de la misma manera a Darth Vader.

Fue Kryndal quien soltó el primer puñetazo. No había sido un golpe debilitante. Namir estaba expuesto y Kryndal fácilmente pudo darle en los ojos o en la mandíbula. En vez de ello, lo golpeó con fuerza en el pecho, lanzándolo hacia atrás y sacándole el aire de los pulmones.

Namir agarró el puño del Kryndal antes de que este pudiera apartarlo. No se molestó en detener su caída; prefirió jalar a Kryndal sobre la mesa y después utilizarlo como contrapeso para mantenerse de pie. Kryndal perdió el equilibrio sólo un instante; tan pronto como volvió a apoyar los pies en el piso, saltó hacia Namir.

Mientras forcejeaba con Kryndal, Namir sintió que alguien se le acercaba por la espalda. Lanzó un codo hacia atrás y sintió cómo se hundía en las capas de una chamarra térmica. Impulsó una rodilla al frente, hacia el estómago de Kryndal. Su mundo se oscureció por un instante cuando una mano enguantada lo golpeó en la cara.

Se escuchaban gritos. Más cuerpos con chamarras y anteojos protectores se sumaron a la refriega. Consciente de que no podía ganar, Namir luchaba y reía.

* * *

El daño más grave fue la fractura de la nariz: ahora, los anteojos protectores polarizados de los rebeldes le producían náuseas por la presión que ejercían sobre su puente nasal. El lado derecho de su cadera, que había recibido el impacto cuando lo arrojaron sobre una de las bancas del comedor, se había vuelto color púrpura de la noche a la mañana. También le dolían los nudillos de la mano izquierda, aunque esa era una marca de guerra de la que podía enorgullecerse.

No recordaba los detalles de la pelea aparte de cómo había comenzado. No había durado más de uno o dos minutos, lo suficiente para que alguien lo separara de los otros combatientes y lo arrastrara bajo custodia al centro de atención médica. Ahí pasó la noche. Por la mañana recibió la visita del general Bygar, quien utilizó la palabra «decepcionante» en más de una ocasión.

Bygar le explicó a Namir que Howl se encontraba en la conferencia estratégica y que por esa razón no había sido informado de su comportamiento. Al menos podía sentirse agradecido por eso.

Con la aprobación del personal médico, Namir fue asignado a la tarea más humillante que se le pudo ocurrir a Bygar a manera de castigo: pasó la mañana arrastrando contenedores de embarque —a veces con la ayuda de una máquina cargadora, pero no la mayoría— desde las plataformas del hangar al interior de la Base Eco, siempre dando pasitos cortitos para evitar resbalar en el hielo. Los droides del hangar le indicaban a dónde debía ir. Pocas veces tuvo que hablar con otro ser vivo.

Nada de esto resultó molesto para Namir. Había hecho trabajos mucho peores.

Un capitán de las naves rebeldes miró a Namir mientras este se echaba al hombro un contenedor de bacta y pasaba por debajo de un carguero ligero. Fue una mirada de carácter territorial, que reflejaba el recelo de quien ve invadidos sus dominios.

—¿Y a ti qué te pasó? —peguntó el hombre, mientras sacaba cables quemados y fundidos de un conducto de la rampa. En su voz no había preocupación. Namir sintió que su puente nasal palpitaba, como si una ojeada fuera suficiente para irritarlo.

Namir miró al hombre. Cabello castaño, piel clara; probablemente tenía diez años más que Namir. No llevaba insignias de rango, pero eso era más frecuente entre la tripulación de las naves que entre el personal permanente de la base.

—¿Conoces a esos bobos de las Fuerzas Especiales? —preguntó a su vez Namir, con rostro de palo—. Resulta que se toman en serio esta rebelión.

El capitán sonrió, negó con la cabeza y continuó con sus reparaciones.

A Namir le dio por insultar a los droides cada vez que estos le solicitaban algo, hacia el final de la tarde lo hacía sistemáticamente. Los droides se quejaban, pero no les quedaba más remedio que tolerar los ataques verbales. Para Namir, la experiencia resultaba extrañamente satisfactoria. Por la noche, después de que había descargado la mayor parte de las mercancías del día, los droides lo enviaron al interior de la base para que sacara al hangar suministros y equipo de mantenimiento. Namir no sabía si esto se trataba de un acto de venganza o si era parte del castigo ideado por el general.

El trabajo adicional no le molestó. No tenía ningún lugar mejor a dónde ir; tampoco ansiaba volver al comedor ni dormir en los barracones de la base, con el personal. Consideró la posibilidad de ir a dormir en la lanzadera de la Compañía Twilight, pero eso aparentaría cobardía, el recurso de alguien que se avergonzaba de sus actos.

Volvió a encontrarse con el capitán mientras llevaba al carguero un bote de partes mecánicas. Ignoraba para qué servían aquellos componentes, pero cuando abordó la nave, el capitán, quien estaba desmontando un panel del techo, profirió un gruñido y señaló el piso.

Namir bajó el contenedor. El capitán se puso en cuclillas, rebuscó entre cables, barras y cilindros y sacó un pequeño disco dorado.

—¿Puedes sostener esto? —dijo, mientras señalaba un panel secundario dentro del compartimiento del techo.

Namir tuvo que pararse de puntillas para hacerlo. El capitán empezó a enroscar el disco en un enchufe, ignorando el chisporroteo que producía el panel. A Namir le agradó sentir el calor en sus manos entumidas por el frío.

—¿Y con quién fue el altercado? —preguntó el hombre, sin apartar la vista de su trabajo.

—Kryndal —respondió Namir—. No sé su apellido. O tal vez es ese.

—¿Y se lo merecía?

Namir encogió los hombros.

—Prefiero pensar que ambos nos lo merecíamos.

La reparación se prolongó diez, veinte, treinta minutos, pero Namir no reclamó. Cuando le preguntó al capitán rebelde por su tripulación, el hombre sólo negó con la cabeza.

—Están fuera, en otros asuntos —dijo—. No preguntes.

Cuando el capitán terminó su tarea, o cuando se dio por vencido, sacó una botella de *whisky* corelliano y se dejó caer en la rampa de abordaje. Namir entendió aquel acto como una invitación tácita. A partir de ese momento su conversación siguió un curso sinuoso, lubricado por la bebida. El capitán despotricó contra su nave y relató una historia difícil de creer y salpicada de groserías, por el origen de los daños que había sufrido. Namir, por su parte, le contó con lujo de detalles cómo había terminado de cargador.

Cuando Namir terminó de describir la reyerta en el comedor, el capitán negó con la cabeza y le dirigió una mirada de fingido reproche.

—No puedes ir por ahí diciéndole a la gente que está condenada al fracaso. Si algún día se espabilaran, yo me quedaría sin trabajo.

—¿Eres mercenario? —preguntó Namir.

—Algo así.

—Seguro que alguna vez tuviste ganas de darles una tunda.

El capitán rio.

—Yo no muerdo la mano que me da de comer. Tampoco necesito empezar peleas que no puedo ganar.

—Pude haber ganado —dijo Namir.

—Entonces, no te esforzaste lo suficiente. —El capitán sonrió, tomó otro trago de la botella y se la pasó a Namir. No era un *whisky* muy bueno que digamos, pero era potente. Ambos habían coincidido en eso desde el primer sorbo. Namir sospechaba que sería la única bebida de su tipo en Hoth.

—Eres muy joven para ser tan cínico —dijo el capitán—. ¿De dónde viene esa actitud?

—Larga historia —dijo Namir—. Fue casi por accidente. En todo caso, no fue por la *causa*.

—Entiendo —dijo el hombre.

Bebieron en silencio por un rato, hasta que el capitán volvió a tomar la palabra. Habló más suavemente, arrastrando ligeramente las palabras. Las luces del hangar se habían

atenuado con el ocaso. A pesar de que las puertas de la plataforma estaban cerradas, el frío se colaba al interior.

—¿Recuerdas cuando explotó aquella estación de combate?

—Fue antes de que me enrolara —dijo Namir—, pero escuché sobre ella.

El capitán hizo un gesto de asentimiento.

—Después de eso… al principio no lo noté, pero hubo un momento en que pareció que podríamos ponerle fin a esta guerra. Veíamos a todos esos chicos que iban a morir… Si te ponías a pensarlo, nada tenía sentido, pero *parecía* que estábamos logrando algo.

—Todos son iguales —dijo Namir—. Los nuevos reclutas.

—No sólo ellos —dijo el hombre—. Y no todos ellos.

Se hizo otro silencio. Un droide astromecánico, rojo y blanco, cruzó rodando el hangar, graznándole a un interlocutor invisible.

—Al menos esto nos mantiene ocupados —dijo el hombre.

—Guerras malas, negocios buenos.

—Al diablo con eso… Ni siquiera yo soy tan cínico. —El hombre sacudió enérgicamente la cabeza—. Pero si la guerra terminara… ¿Ya ves cómo los toleramos aún cuando se comportan de manera completamente insoportable? ¿Cuánto tiempo crees que ellos nos tolerarían a nosotros después?

Namir asintió con la cabeza muy lentamente.

—No mucho. —El capitán no dijo más. Namir alzó la botella de *whisky* y vio el líquido ambarino chapotear contra el vidrio. Rio suavemente y agregó—: Si tú no lo dices, lo diré yo: la guerra es mejor para mí. Si ganamos, me quedo sin nada. ¿Que la guerra se prolongará por siempre? Eso sería un alivio.

«En verdad es un alivio», se dijo.

Percibió una sensación de calidez conforme la idea de una guerra indefinida, jamás ganada y jamás perdida, penetraba en sus huesos de manera continua y agradable. Aun el pensamiento más efímero acerca de una posible victoria rebelde le revolvía el estómago.

Así había sido por años, aunque nunca antes lo había dicho en voz alta: nunca lo había pensado de manera tan consciente.

El capitán, por otra parte, pareció turbado al arrebatarle la botella a Namir y beber con una mueca.

—Si ellos supieran lo que piensas… —empezó a decir el capitán, pero su voz se fue apagando.

Namir encogió los hombros.

—No lo saben.

—¿Y eso no te aflige?

—Estoy aquí para protegerlos. No importa lo que crean.

El capitán volvió a llevarse la botella a los labios, pero no bebió. Únicamente aspiró el aroma del *whisky*, bajó la botella y, sin girar la cabeza, la colocó enérgicamente en las manos de Namir.

—Si es sólo un trabajo —dijo el capitán—, entonces no importa, y ellos tampoco. Haces lo que es bueno para ti, les dices lo que quieren escuchar y sigues adelante cuando el trabajo está hecho. Pero si no… —El hombre parecía batallar con las palabras, como si estuviera pescándolas en las profundidades de su mente nublada—. Pero si no, si es algo más que un trabajo, entonces se merecen algo mejor. Si no puedes respaldar aquello en lo que creen, tal vez sea momento de marcharse.

Namir sostuvo el *whisky* contra su pecho y sintió cómo la boca de la botella rozaba su cuerpo. Algo en lo profundo de su cerebro le advirtió que la humedad que dejaba la botella podría cristalizarse por el frío.

—No soy un rebelde —concluyó.

El capitán dijo algo mientras se ponía de pie y subía bamboleándose por la rampa de abordaje, pero Namir no lo escuchó.

Con la botella en una mano, Namir bajó hacia el hangar y se dirigió a la salida que llevaba a la estructura principal de la Base Eco. Pensó en Brand, Charmer y Gadren, Roach, en Ajax y Fektrin, en la mujer de comunicaciones que había muerto en Asyrphus, la mujer cuyo nombre Namir se había prometido olvidar. Incluso pensó en Roja y en Beak; hablando entre dientes, los acusó de traidores. Eran soldados de la Compañía Twilight, por eso deberían aborrecer a la Base Eco tanto como él.

Pero no lo hacían, porque también eran soldados rebeldes. Al igual que Brand, Charmer, Gadren y Roach. Y también, en el fondo, la mujer técnica en comunicaciones.

El capitán del carguero tenía razón. Se merecían algo mejor.

* * *

Namir despertó al día siguiente en una bodega, con una botella de *whisky* abrazada contra el pecho, un dolor de cabeza mortal, las mejillas entumecidas por el frío y un sabor en la boca que le recordaba las biotoxinas de Coyerti. Sin embargo, cuando logró levantarse y localizar la lista de asignaciones, descubrió que su castigo había terminado y que se le había reasignado para patrullar los puestos avanzados.

Un día a la intemperie no significaba una gran mejora, pero el resto del personal asignado a los puestos avanzados mantuvo su distancia. Namir tuvo tiempo para pensar. Dos horas en labores de escaneo, otras dos escudriñando la cegadora blancura del horizonte y otras tantas de patrullaje. Finalmente, volvió a la base para descongelarse. Si hubiera podido usar los anteojos protectores polarizados sobre su nariz fracturada, la experiencia habría resultado casi relajante. Sin embargo, aun con los párpados cubiertos de escarcha, tuvo la oportunidad de reflexionar sobre los asuntos de la noche anterior, que seguían dándole vueltas en la cabeza.

«Se merecen algo mejor».

Por la noche, lo encontraron Roja y Beak, quienes le contaron historias sobre la incompetencia y la arrogancia de los soldados de la base e hicieron burla de las Fuerzas Especiales de la Alianza. No ofrecieron ninguna explicación ni justificación sobre su

cambio de parecer. Luego, estuvieron rememorando las campañas de la Compañía Twilight en Mygeeto y en Phorsa Gedd, previas al alistamiento de Namir y que este recordaba vívidamente. Él habría preferido despachar a Roja y a Beak, pero, aunque no estaba gozando de su compañía, valoraba sus buenas intenciones. Bien podía sonreír y disfrutar las mentiras una noche más.

Así pasaron los días. Namir ya había adoptado una rutina, hasta que una mañana lo convocaron para una reunión con Howl y Chalis. No había visto a ninguno de los dos desde antes del incidente del comedor, pero supo inmediatamente lo que significaba reunión: la conferencia estratégica había concluido.

Se reunieron en una sala secundaria de control, apartada de la base de operaciones principal. Tanto Howl como Chalis se veían cansados pero energizados. Howl saludó afectuosamente a Namir, como si fuera un viejo amigo al que no había visto en mucho tiempo. Chalis no dijo nada; sólo sonrió y permaneció sentada, sosteniendo un termo humeante de metal bajo su barbilla.

—¿Todo salió como estaba planeado? —preguntó Namir, cuando Howl le señaló una silla para que se sentara.

—Tenemos un objetivo y los medios para lograrlo —dijo Howl—. La gobernadora Chalis fue la estrella del espectáculo. La información que proporcionó resultó invaluable.

Chalis resopló e hizo un gesto de desdén con su termo.

—Lo único que hice fue destruir todos los sueños de Rieekan.

—Pero —dijo Howl alegremente— lo hiciste con mucha autoridad.

Chalis rio, pero no dijo nada más. La voz de Howl se ensombreció.

—Hemos estado en retirada por tanto tiempo que cuesta trabajo pensar en atacar de nuevo. Pero la Alianza está casi lista. Podemos ganar esta guerra.

Namir hizo una mueca al oír aquellas palabras. Resultaban demasiado familiares.

Howl continuó hablando.

—Todavía hay mucho que hacer aquí, pero mi participación terminó. Otras mentes mejores que esta —dijo, señalando su sien— resolverán los detalles. Yo necesito preparar a la Compañía Twilight. Quisiera partir en la lanzadera mañana en la mañana; Chalis se quedará para asesorar al alto mando.

—Revisaré la nave esta tarde —dijo Namir—, para verificar que no se haya congelado nada.

Era de esperarse que la idea de dejar Hoth lo alegrara, pero en vez de eso le produjo un espasmo en el estómago.

«Se merecen algo mejor».

—Hay algo más —dijo Howl—. ¿Chalis?

—El capitán Evon dijo que esto puede ser una petición pero no una orden —dijo Chalis—. Así que tú decides. —Su piel relucía en las partes donde el vapor la tocaba; parecía como si estuviera sudando—. Como voy a permanecer con el alto mando de la Alianza, ya sea en Hoth o en dondequiera que vaya, voy a requerir mi propio equipo. Esto incluye personal de seguridad. Y como ya habíamos establecido antes, no hay

muchas personas acerca de las que crea que no van a apuñalarme por la espalda. El trabajo es tuyo si lo quieres, sargento. Tienes hasta mañana para decidir.

Su expresión lindaba con el aburrimiento. Namir intentó leer su rostro, ver si aquella oferta entrañaba algo más, pero no encontró nada. Por su parte, el rostro de Howl parecía tallado en piedra.

De alguna manera, la oferta resultaba tentadora. Trabajar con Chalis sería sencillo: sin deudas ni expectativas sobreentendidas.

Cuando Namir iba a hablar sin saber aún con seguridad qué respondería, una soldado entró precipitadamente al recinto, jadeando. Howl y Chalis voltearon a verla, mientras ella se erguía, haciendo un saludo militar.

—El Imperio nos encontró —dijo—. Se está ejecutando el plan Ka Uno Cero. *Evacuación completa*.



CAPÍTULO 13

SECTOR ELOCHAR
Dos días antes del plan Ka Uno Cero

Brand estaba intranquila.

El *Thunderstrike* y el *Apailana's Promise* habían llegado hacía diez días al punto de encuentro con la flotilla rebelde, sumándose a decenas de naves en los abismos del espacio profundo. Desde entonces, la tripulación del *Thunderstrike* había estado trabajando sin parar bajo las órdenes del comandante Paonu, reparando y reacondicionando, metro a metro, la maltrecha nave. Diariamente, cargueros de la flotilla repartían refacciones y equipo. Los pasillos se aislaron herméticamente, se les retiró el piso de rejilla y se les expuso al vacío. Droides y técnicos se arrastraban como ratas a través de ductos y tubos, soldando paneles y arrancando cables.

Ante tanta actividad de la tripulación, los soldados de la Compañía Twilight sólo podían ser un estorbo. En ausencia de Howl, el teniente Sairgon hizo cuanto pudo para mantener ocupados a los soldados: diseñó ejercicios y juegos de guerra. Además concedió permisos para «bajar a tierra», pues algunos querían visitar otras naves de la flotilla, aunque sin tierra donde atracar; simplemente no había espacio suficiente ni para el trabajo ni para la recreación.

Si bien la mayoría de los soldados de la Compañía Twilight había desarrollado tolerancia al aburrimiento, Brand era la excepción.

Y no es que para ella el aburrimiento representara un problema en sí. Había sido cazarrecompensas. Cierta vez pasó ocho días en la parte trasera de un deslizador terrestre abandonado, que el sindicato Black Sun utilizaba como depósito clandestino. Usó un traje espacial equipado con alimentación intravenosa y eliminación de excrementos, se ejercitó tensando los músculos sin cambiar de posición y previno las alucinaciones recitando poesías que recordaba a medias. Cuando su blanco finalmente fue a recoger un paquete de varitas de la muerte, ella casi se va de boca al ponerse de pie para aturdirlo y esposarlo. Sin embargo, había cumplido con su tarea.

Todo lo que necesitaba para combatir el aburrimiento era un objetivo, algo en qué concentrarse, pero a bordo del *Thunderstrike* no había nada de eso. Sairgon le pidió que actuara como blanco de una cacería humana de práctica. Ella aceptó, pero incluso eso terminó cuando ella le dio a uno de los reclutas un codazo demasiado fuerte en las costillas.

—Podrías hablar con ellos —le dijo Gadren una noche. Brand había ido al Clubhouse con la vaga intención de ganarle a Twitch su reserva de créditos, mediante apuestas en juegos de cartas, pero encontró el lugar atestado de reclutas. Al darse media vuelta, se encontró con Gadren.

—No creo que sea buena idea.

—Tienes conocimientos que podrías impartir, experiencia que compartir…

Ella lo interrumpió.

—Estamos en una flotilla. Hay soldados más que suficientes para entrenarlos mejor que yo.

—Es probable —aceptó Gadren—. Entonces ven con Roach y conmigo. El capitán So-Hem, del *Sixmoon*, invitó a la Compañía Twilight a visitar su nave.

Brand miró fijamente al besalisk que esperaba pacientemente una respuesta. Ella ya había decidido rechazar la oferta, pero estaba buscando un motivo, una mentira verosímil, un compromiso que pudiera usar como excusa. No tenía intenciones de pasar la noche socializando con desconocidos.

Hasta Gadren debía saberlo a esas alturas.

—No necesito compañía —dijo ella—. Necesito trabajo.

Brand esperó una respuesta lo más que pudo: uno o dos segundos. Luego se alejó por el corredor, hacia la bahía para cápsulas de abordaje. La sección estaba en trabajos de reconstrucción, por lo que pudo sentarse en la orilla del andamiaje tanto como se lo permitió el oxígeno de su traje, a solas, únicamente con los droides que corrían de un lado a otro.

Sentía un enorme respeto por Gadren, en lo personal y en lo profesional. No por nada estaba en su pelotón, el pelotón de Namir. Pero siempre procuraba la *intimidad* con sus compañeros y se interesaba en los problemas personales que imaginaba que tenían. Por lo general, la Compañía Twilight estaba bastante ocupada tratando de sobrevivir como para que eso la molestara. Y por lo general, Gadren dirigía sus atenciones a Namir, quien las toleraba más.

Pero ahora no había ni dónde esconderse.

«¿Cuánto tiempo más pasará antes de que la flotilla reciba nuevas órdenes?», se preguntó ella.

* * *

Brand mantuvo la cordura mediante una rutina estricta. Por las mañanas se despertaba en el clóset de herramientas que usaba como dormitorio privado y hacía dos horas de

ejercicio: primero corría a lo largo de la nave, y luego levantaba pesas en el gimnasio. Después, el desayuno, la práctica de tiro, el mantenimiento de equipo… Una actividad tras otra, productiva o no, sólo para mantener ocupados las manos y el cerebro. Ese era un truco que había aprendido durante los cuatro meses que permaneció en un centro de detención.

Brand estaba negociando con el intendente Hober la requisición de unas granadas de brillo y estruendo de otra nave, cuando las alarmas del *Thunderstrike* empezaron a sonar. Apenas iba a mitad de camino, rumbo al refugio que le correspondía, cuando la alarma dejó de sonar, pero el *Thunderstrike* estaba en movimiento: la vibración del puente indicaba que los propulsores se habían activado.

Brand avanzó con paso decidido hacia uno de los turboascensores centrales, buscando a miembros de la tripulación u oficiales de la Compañía Twilight, a quienquiera que pudiera saber qué estaba pasando. Cuando vio a Von Geiz subir, botiquín en mano, al elevador, Brand entró detrás de él.

Von Geiz la miró con curiosidad.

—¿La situación? —preguntó ella.

Von Geiz se mordió los labios, como debatiéndose qué tanto decir. Brand le clavó la mirada hasta que él cedió.

—Llegó una nave. Acaba de estar en batalla. Perdió los sistemas de soporte vital. Vamos a traer a los supervivientes a bordo.

Brand hizo un gesto de asentimiento. Las naves seguían llegando al punto de encuentro cada pocos días. No era extraordinario que una de ellas por poco no lograra llegar.

Aún así, más valía ser precavidos. Cuando Von Geiz bajó del ascensor y se dirigió a uno de los compartimientos herméticos superiores, Brand fue tras él. Desenfundó su arma de mano, una pistola disruptora DX-2, prohibida por las normas de la Alianza y que no podía llevar abiertamente a bordo del *Thunderstrike*, e imaginó diversas situaciones de emergencia que podrían presentarse.

Algo se acopló al *Thunderstrike* produciendo un ruido sordo. Mientras Brand y Von Geiz llegaban al compartimiento hermético, ya estaban ahí los equipos de seguridad y de atención médica, jalando a los heridos hacia el corredor sobre camillas flotantes. Brand observó el paso de los lesionados. Una joven con costras de sangre en la nariz y la barbilla temblando la miraba al pasar; había una mujer con las palmas de las manos ennegrecidas y los ojos muy abiertos, resoplando de dolor; un rodiano de piel verde, cuyo torcido cuello parecía fracturado, permanecía inmóvil.

Los cuerpos siguieron llegando durante los siguientes quince minutos. Eran casi veinte lesionados, más los muertos que seguían a bordo de la nave destruida. Luego de una señal proveniente del puente, el equipo de seguridad cerró el compartimiento hermético. Los médicos que restaban siguieron a las últimas camillas que iban hacia el área de atención médica.

Brand permaneció en el corredor contemplando el compartimiento hermético. Mantenía la pistola disruptora en la mano.

Sabía que algo andaba mal, pero no sabía qué.

Ahora tenía algo en qué concentrarse.



CAPÍTULO 14

PLANETA HOTH
Cero días antes del plan Ka Uno Cero

Los preparativos para la evacuación marcharon sobre ruedas. La Base Eco se había construido para abandonarse. Quienes la diseñaron sabían que el Imperio la descubriría tarde o temprano, tal como lo había hecho con las bases de Yavin 4 y de Dantooine. Todo el personal tenía asignados sus transportes de emergencia desde mucho tiempo atrás. Las tropas rebeldes empezaron a cargar las máquinas y a purgar la información con gran eficacia, ganada por cientos de simulacros.

Lo único que alertó a los rebeldes fue un droide sonda imperial. Los centinelas habían encontrado la máquina flotando en los helados páramos, transmitiendo información a sus remotos propietarios. Era imposible saber si el Imperio atacaría inmediatamente o si primero enviaría otras sondas, pero el hecho es que la base era vulnerable y que la ofensiva era inevitable.

La victoria se mediría en el número se supervivientes.

Namir estaba revisando la lanzadera de la Compañía Twilight, cuando escuchó que Chalis entraba por la parte trasera.

—Me programaron para salir en el primer transporte —dijo, mientras Namir leía la información de diagnóstico en la terminal de puente—. La oferta sigue en pie: puedes venir conmigo si lo deseas.

—No puedo —dijo Namir—. Primero tengo que sacar a Howl de aquí.

Howl se había ofrecido como voluntario para coordinar la infantería de Hoth, en caso de que la base fuera asediada antes de que la evacuación hubiera concluido. Eso facilitaba la decisión de Namir: independientemente de lo que pudiera estar preocupándolo, su prioridad seguía siendo la protección de la Compañía Twilight. El deber eclipsaba cualquier otra idea.

—Es posible que no haya enfrentamientos —dijo Chalis—. Hoth está muy lejos del cuartel imperial más cercano. Además, el capitán Evon puede cuidarse solo.

—¿En serio crees que el Imperio no vendrá? —preguntó Namir, con recelo. Ojeó el reporte de diagnóstico, buscando cualquier cosa con la etiqueta de «precaución». Todo lo demás carecía de sentido para él.

—Prefiero no averiguarlo. Ya sabes dónde encontrarme. Y por si no te vuelvo a ver, buena suerte, sargento.

* * *

El puesto perimetral Delta se localizaba al noroeste de la Base Eco, a cien metros del escudo deflector de la base y en los límites del rango de alcance de los comunicadores, siempre que las condiciones climáticas fueran favorables. Constaba de una torreta láser para tres personas, una trinchera excavada manualmente en la nieve y unas cuantas plataformas con artillería ligera. Era la clase de puesto que la Compañía Twilight podría devastar en menos de un minuto durante una incursión bien planificada. Frente a las fuerzas del Imperio, el puesto estaba destinado a la aniquilación.

Sin embargo, lo que no podía detenerse podía retrasarse.

Namir, Roja y Beak estaban a unos pasos de la trinchera, apiñados para darse calor. A poca distancia, dos soldados de la Base Eco ajustaban el tripié de un cañón, mientras otros tres disfrutaban del cobijo que brindaba el interior de la torreta. Nevaba, pero no tanto como para reducir la visibilidad o interferir con las transmisiones. Namir no sabía si esto era buena o mala suerte.

Escuchó el chisporroteo de la estática en sus audífonos.

—Flota de destructores estelares saliendo del hiperespacio —anunció una voz—. Mantenga los ojos bien abiertos, puesto Delta.

¿Una *flota* de destructores estelares? Namir ya había visto aquellas naves acorazadas, cuneiformes y colosales, que parecían empequeñecer al *Thunderstrike*, pero nunca más de una a la vez. Había observado cómo un solo destructor estelar convertía una ciudad entera en un cráter de fango humeante; había observado cómo derretía rascacielos y fundía la roca. Un destructor estelar habría sido razón suficiente para que la Compañía Twilight huyera de un planeta.

Roja volteó hacia Namir y empezó a hacerle preguntas. ¿En cuánto tiempo llegarían los destructores a Hoth? ¿Cuánto más tardarían los transportes en despegar? Namir sólo escuchaba a medias y negaba con la cabeza. Tal vez Howl sabría las respuestas, pero él no.

Beak salió a su rescate: le dio unas palmaditas a Roja en la espalda y señaló hacia el sur. Unos instantes después, el cielo refulgió como un espejismo. De inmediato, el efecto desapareció.

—Escudo deflector a máxima potencia —dijo Beak—. Esta cosa es capaz de protegernos un buen rato contra bombardeos. Ahora al ejército imperial no le quedará más remedio que bajar.

Un combate terrestre era preferible ante un bombardeo orbital, pero de ninguna manera alentador.

Con ayuda de unos macrobinoculares que se pasaban entre ellos, Namir, Roja y Beak escudriñaron el horizonte más allá de los lomos de nieve y del cielo tachonado de nubes. Roja fue el primero que vio las naves: apenas unos puntos negros en el cielo, cayendo como copos de nieve. A través de los macrobinoculares, Namir vio que cada nave llevaba en la parte baja del casco un enorme objeto metálico.

—Cruceros Gozanti —dijo Beak cuando le tocó el turno de usar los macrobinoculares—. Traen caminadores.

—¿Estás seguro? —preguntó Namir.

—En las abrazaderas de la parte baja. No podrían ser otra cosa.

—Pasa el reporte —dijo Namir. Y Beak empezó a manipular su comunicador.

El puesto Beta fue el primero en confirmar la presencia de soldados en tierra. Tal como había anunciado Beak, el Imperio llevó caminadores: transportes acorazados todoterreno, gigantes cuadrúpedos que hacían que la máquina que Namir y su pelotón habían enfrentado en Coyerti pareciera pequeña. Aquel había sido un AT-ST de exploración, mortal para la infantería, pero vulnerable a la artillería ligera y a las tácticas ingeniosas. Sin embargo, el AT-AT no tenía estas limitaciones.

—Si una de esas cosas viene por nosotros, nos aplastará de un pisotón, sin importar cuánto disparemos. —Roja dijo esto negando con la cabeza, pero su voz no reflejaba temor; simplemente estaba exponiendo una realidad.

—La Base Eco prometió apoyo aéreo —dijo Namir—. Si sólo son caminadores, nos retiramos, pero si hay otro tipo de ataque…

Algo brilló en el cielo, pero tan rápido que Namir no pudo ubicar su origen. Probablemente fue un disparo láser, pero ¿de dónde?

A diez metros de distancia, una soldado de la Base Eco empezó a vitorear. Le hacía señales a Namir, mientras le hablaba por el comunicador.

—Ese fue el cañón de iones. La base de operaciones dice que el primer transporte ya partió.

Roja sonrió.

—Después de unos cuantos más, quizás hasta nosotros podamos ir a casa, ¿no?

Namir sonrió lentamente y miró hacia el cielo como si pudiera ver al transporte dar el salto a la velocidad de la luz.

—Es aún mejor que eso —dijo.

Beak empezó a reír. Roja estaba confundido. Namir puso un brazo sobre los hombros de Roja y lo estrechó con fuerza. Luego lo soltó, provocando que se tambaleara.

—La gobernadora Chalis estaba en ese transporte —dijo Namir—. Ya podemos olvidarnos de Coyerti y de la maldita conferencia estratégica. Esa mujer era una maldición. Su partida es la mejor noticia que he recibido en meses.

* * *

El puesto Beta fue el primero en caer, destruido por media docena de descargas láser, disparadas por las mandíbulas de un caminador imperial. Namir vio las llamas con los macrobinoculares, rojas y anaranjadas, en contraste con la nieve blanca. Cuando el caminador continuó su trayecto, se vieron destellos azules bajo sus pisadas: minas de proximidad plantadas por el personal del puesto Beta. Resultaron inofensivas ante el volumen del caminador.

La situación tendría que haber sido horripilante. En cierto sentido, lo era. El enemigo superaba a los rebeldes en número y en tecnología. Según Roja, ninguna de las armas de artillería terrestre de los rebeldes era capaz de penetrar la armadura del caminador. Lo más a lo que podían aspirar era a inhabilitar sus armas mediante disparos precisos, aunque sus pisotones seguirían siendo letales.

Pero, aparte del horror, Namir percibía una sensación de calidez en su interior. Había pasado las últimas semanas sin un propósito, deambulando por un polvoso laberinto mental del que aún no lograba escapar. Era posible que la batalla de Hoth resultara en derrota; era posible que terminara con su muerte. Pero él era un tipo de batalla, sabía cómo pelear.

Los caminadores se dirigieron hacia los generadores de energía de la Base Eco. Si lograban destruirlos, desactivarían el escudo deflector. Sin éste, la base y los transportes que aún no había partido quedarían a merced de los destructores estelares.

—Protejan los generadores —fue la orden de arriba. Y tal fue la prioridad de las tropas rebeldes—. Protejan los generadores. Resistan lo más posible. Y, en caso necesario, emprendan la retirada.

El puesto Delta quedaba hacia el límite occidental de la trayectoria prevista de los caminadores. Ahí había posibilidades. Si los caminadores ignoraban la amenaza del puesto, las tropas de Namir podrían flanquear las máquinas a su paso. El sargento proyectó diversas situaciones hipotéticas, mientras contemplaba el vaho de su propia respiración. ¿Habría alguna grieta en el blindaje del caminador, en sus costados, en las partes posterior o inferior? ¿Sería posible que su pelotón fungiera como observador o que proporcionara fuego de cobertura al apoyo aéreo?

—¡Sargento!

Una de los soldados de la Base Eco, la mujer que había vitoreado al transporte, le pedía con gestos que se acercara. Namir avanzó trabajosamente por la nieve hasta llegar a su lado.

—¿Qué ocurre?

—El alto mando dice que hay deslizadores de nieve enfrentando a los caminadores. Todavía no han logrado infligir daño, pero los caminadores están reduciendo su velocidad.

Namir hizo un gesto de asentimiento y miró hacia el noreste, tratando de divisar la batalla. No alcanzó a ver nada más que manchas negras en el horizonte.

La mujer aún no terminaba.

—La mala noticia, señor, es que el Imperio envió tropas de reconocimiento a cubrir la zona. Hay soldados avanzando en esta dirección.

«Por supuesto».

Los comandantes del Imperio no eran tontos. No iban a permitir que nadie flanqueara a sus caminadores.

Namir quiso ordenar a los soldados del puesto Delta que se dispersaran. Quiso utilizar la torreta, la trinchera y la artillería como señuelos y esconderse para planear una emboscada. Pero un combate frontal contra una fuerza superior iba en contra de todos sus instintos.

—Prepárense entonces —dijo. Y se introdujo en la trinchera.

Las órdenes habían sido resistir lo más posible, y eso era justamente lo que él iba a hacer.

* * *

Las tropas de reconocimiento del enemigo constaban de dos plataformas flotantes de artillería, acompañadas de un AT-ST como escolta. Cada plataforma transportaba a media docena de stormtroopers con una armadura que Namir nunca había visto: completamente blanca y casi invisible en la nieve. No eran esqueletos, eran fantasmas, aunque seguramente estaban mejor equipados que él para el clima.

—Quiero que la torreta y la artillería se concentren en las plataformas —dijo a través de su comunicador—. Ellos esperan que ataquemos al caminador para poder acercarse, desembarcar a los soldados y liquidarnos. No les den la oportunidad.

El personal de la Base Eco no cuestionó las órdenes. Roja y Beak se agazaparon en la trinchera. Namir revisó su rifle, un A280 que le habían asignado junto con un uniforme para climas fríos y que nunca antes había usado en combate, y clavó la mirada en el horizonte.

El plan duró menos de diez segundos después de que el enemigo entrara en el rango de alcance. Siguiendo las órdenes, los artilleros de la torreta continuaron disparándole a una de las plataformas aún cuando el AT-ST empezó a avanzar hacia ellos, levantando nieve con sus delgadas patas. La primera plataforma estalló en una bola de fuego que envolvió a todos sus pasajeros. Pero la artillería rebelde no acertó a darle a la segunda plataforma; sus disparos estuvieron desviados por varios metros. Los soldados de ese vehículo saltaron a la nieve y enfilaron hacia el puesto.

Namir, Roja y Beak le dispararon al AT-ST desde sus distintas posiciones en la trinchera. Su objetivo era distraer al piloto de la máquina, forzar al caminador a cambiar de objetivo y darle a la torreta una segunda oportunidad. Pero el caminador no se distrajo: se empinó y disparó hacia la torreta, esparciendo fragmentos metálicos, cenizas y llamas sobre la nieve. Namir estaba seguro de que los artilleros que permanecían en el interior habían muerto al instante, incinerados por el plasma o aplastados por los muros de la torreta.

Después de eso, la batalla continuó en dos frentes. Namir les ordenó a Roja y a Beak que permaneciera en la trinchera y se encargaran de los stormtroopers que se acercaban. Los miembros sobrevivientes de la Base Eco continuaron en las estaciones de artillería, tratando de encañonar al caminador, mientras este los derribaba uno a uno. Namir escuchaba los gritos de los soldados y veía los destellos rojos de los rayos de partículas, pero mantuvo su posición: el pecho contra la nieve compacta, la cabeza y los hombros asomándose sobre el nivel del suelo.

Sabía que en cualquier momento el caminador podría elegirlo como blanco, pero si los stormtroopers llegaban a la trinchera, moriría de todos modos, al igual que sus compañeros. Así que agarró con fuerza su rifle y apuntó. Les disparó a los stormtroopers, uno por uno. Disparaba metódicamente, ubicando un nuevo objetivo tan pronto veía que las llamas lamían la armadura del anterior.

Cuando ya no había más stormtroopers al alcance de su arma, echó un vistazo alrededor. Las estaciones de artillería estaban en ruinas. De manera inesperada, el caminador había cruzado la trinchera. Ahora estaba en el lado sur. Tenía algo adherido a una de sus patas, que colgaba como un fragmento de escombro. Namir pensó que era una parte de la torreta, hasta que reconoció la forma de la mujer que había vitoreado a los transportes, la mujer que lo había alertado sobre las tropas de reconocimiento.

Uno de sus brazos se extendía por el tobillo de la máquina, y su mano estaba atrapada en los engranajes. Sus piernas estaban inmóviles, pero de alguna manera había logrado mantenerse con vida: tenía la cabeza erguida. A Namir le pareció verla sonreír cuando alzó una granada con su mano libre. Quiso gritarle, pero desapareció en medio de una explosión brutal. Entonces, el caminador cayó de bruces. Namir no supo el nombre de la mujer.

Volteó hacia el lado norte de la trinchera. Vio cómo Beak y Roja mataban a los stormtroopers que seguían en pie, aquel desde la trinchera y este avanzando trabajosamente entre los cadáveres esparcidos sobre el hielo. La segunda plataforma de artillería se había retirado, seguramente para regresar a la ruta de los AT-AT.

La retirada no sorprendió a Namir. El puesto Delta había perdido su torreta y a la mayor parte de su pelotón. Ya no constituía un obstáculo para la invadir Hoth.

* * *

Los deslizadores para nieve de los rebeldes apenas representaban un obstáculo para los caminadores. Para el momento en que terminó la batalla en el puesto Delta, ninguno de los AT-AT había sido inhabilitado y la mayor parte del contingente imperial ya había superado la posición del puesto en su camino hacia la Base Eco. El único vehículo asignado al puesto Delta fue destruido durante el enfrentamiento; además, los tauntauns se habían dispersado, por lo que Namir, Roja y Beak tenían una larga caminata por delante.

Mientras subían a la cima de un montículo de nieve, los tres vieron más transportes rebeldes atravesar por el cielo, zumbando. Según Namir, si el personal de la base terminaba la evacuación, tal vez las pérdidas sufridas durante la batalla no resultaran fatales para la Alianza.

Ninguno de los tres habló mucho durante la travesía. Roja iba cargando uno de sus brazos de manera extraña, como acunándolo; probablemente estaba herido. Beak iba con los hombros encorvados, pero con la barbilla en alto: daba una imagen de determinación absoluta. Namir escrutó el horizonte, tratando de calcular la distancia que los separaba de los caminadores. Las titánicas máquinas eran puntos de referencia móviles que, mientras más avanzaban hacia el sur, parecían más imparables.

Habiendo recorrido un kilómetro de distancia desde el puesto, encontraron un transporte de ruedas imperial, aparentemente abandonado en la nieve. Las marcas de quemaduras en sus costados sugerían que había sido alcanzado por descargas de cañón o por deslizadores para nieve, pero Roja sólo tardó unos minutos en echarlo a andar. Namir no sabía adónde habrían ido sus ocupantes, pero tampoco le preocupaba. El transporte era un medio para llegar a la Base Eco antes de que todo terminara.

Roja y Beak condujeron el vehículo. Namir se sentó en la parte más alta de la enorme máquina, haciendo gestos ante el doloroso embate del viento, mientras observaba los restos que habían dejado los caminadores a su paso. Vio deslizadores para nieve chocados que despedían humo negro, vio torretas en llamas y cadáveres carbonizados en otros puestos de vigilancia periféricos. El transporte de ruedas, al que Roja llamaba Juggernaut, pasaba sobre las trincheras desoladas dando tumbos, impávido, inexpugnable.

En dos ocasiones, Namir les ordenó que se detuvieran al ver a otros soldados rebeldes varados en las planicies heladas. No había tiempo de detenerse para atender a los moribundos ni para buscar supervivientes en cada una de las zonas de destrucción, pero sí podían ayudar a quienes seguían caminando.

Los pasajeros del Juggernaut sumaban casi una docena cuando el primer AT-AT fue derribado. Namir no alcanzó a ver cómo había sucedido todo (el caminante caído tenía el tamaño de un puño en el lejano horizonte), pero le dio la impresión de que había tropezado mientras unos deslizadores para nieve revoloteaban entre sus piernas. Sus articulaciones se habían flexionado hacia adelante antes de que todo su cuerpo cayera de cabeza sobre la nieve, produciendo un estruendo que hasta Namir alcanzó a oír, un rumor grave que, más que una explosión, parecía una avalancha. Uno de los rebeldes que habían subido a la parte superior del transporte con Namir sujetó los hombros de este por atrás y hundió los dedos en su chamarra.

—Un maldito caminador… —dijo el hombre para sí o para Namir; este no estaba seguro—. Si pudimos derribar uno, podemos derribar todos.

Namir no estaba de acuerdo con el hombre, pero no lo corrigió. Si quienes estaban muriendo y evacuando fueran soldados de la Compañía Twilight, probablemente él habría proclamado la misma mentira.

* * *

Los últimos quinientos metros del camino hacia la Base Eco fueron los peores del trayecto. El Juggernaut usurpado tuvo que pasar entre dos caminadores para llegar a la entrada norte. La mole de las máquinas era tal que bloqueaba el cielo. Luego, una última embestida contra una línea de soldados imperiales casi acaba con la vida de todos los pasajeros. Namir y los soldados rescatados se echaron sobre el helado techo metálico del vehículo y dispararon un torrente de descargas para abrirse camino. Uno de los soldados cayó del Juggernaut; Namir no volvió a verlo. Otro se puso en cuclillas para lanzar una granada y recibió un disparo en el pecho.

Sin embargo, el blindaje del vehículo aguantó el tiempo suficiente para que el Juggenaut llegara a territorio amigo. Una vez ahí, los pasajeros desembarcaron para sumarse a la última línea de defensa de la Base Eco.

Los soldados que quedaban en el campo de batalla habían empezado a abandonar las torretas y las plataformas de artillería en grupos de dos o de tres. Namir se refugió en una trinchera y agarró a un hombre que llevaba la insignia de coronel.

—Acabamos de llegar del Delta —dijo Namir. Tenía los labios partidos y la garganta en carne viva por el frío, pero sudaba bajo la chamarra—. ¿Cuál es la situación?

El hombre se paró de puntillas para asomarse sobre la pared de la trinchera e hizo varios disparos antes de contestar.

—La mayoría de los transportes lograron salir, pero el escudo se desactivará en cualquier momento. La última instrucción del centro de comando para todos los soldados y todos los puestos fue emprender retirada y terminar la evacuación.

«Sería insensato quedarse a luchar en una batalla perdida», pensó Namir. Pero había algo que lo inquietaba.

—¿Qué significa eso de «la última instrucción»?

—Un caminador recibió unos disparos de la base. Creemos que el centro de comando fue atacado.

Namir maldijo. Luego les hizo una señal a Roja y a Beak para que lo siguieran, dejando atrás al coronel. Los otros pasajeros del Juggernaut ya se habían dispersado, con la convicción y la disciplina de los soldados profesionales.

El interior de la Base Eco era tan caótico como el campo de batalla. Había luces titilando y alarmas que sonaban y se callaban de manera aleatoria. Los túneles estaban parcialmente derrumbados; había fragmentos de piedra y hielo apilados sobre generadores, tubos y, en algunos casos, cadáveres. El crujido de la nieve asentándose auguraba más derrumbes. Y aunque la base estaba más vacía de lo que Namir había creído, por todas partes seguían escuchándose pasos y disparos de bláster.

Namir abrió camino hacia el centro de comando, entre los escombros, donde podía; volvía sobre sus pasos para buscar rutas alternativas cuando no quedaba más remedio. Cuando el grupo llegó a una intersección que llevaba a los hangares, Roja titubeó y

preguntó si no convendría que alguno fuera a preparar la lanzadera. Namir lo pensó unos instantes, pero luego negó con la cabeza.

—Si nos dividimos en medio de este caos es muy probable que no podamos encontrarnos otra vez. Iremos por Howl y saldremos de este planeta, juntos.

Roja asintió sombríamente. Beak profirió una aclamación soez. Namir sólo deseó no estar condenándolos a todos.

El corredor principal que llevaba al centro de mando estuvo reforzado en su momento con vigas metálicas. Ahora, las vigas y buena parte del techo obstruían el corredor, dejando sólo una abertura en un ángulo superior. Ninguna de las lámparas funcionaba. Namir escudriñó la oscuridad, hizo una señal a Roja y a Beak para que mantuvieran sus posiciones y empezó a avanzar trepando por los escombros. Tan pronto como salió del otro lado de la montaña de cascajo, se estrelló con una persona: una mujer, a juzgar por la voz que profirió las palabrotas. La mujer quedó de espaldas a Namir, estaba medio agachada y caminaba hacia atrás, arrastrando algo.

La mujer miró sobre su hombro sólo un instante. Namir reconoció el ángulo de su mandíbula, su entretejido cabello negro, gris y blanco.

—Me vendría bien un poco de ayuda, sargento —vociferó Chalis.

Namir se sintió enfadado por razones que no acertaba a justificar.

—¿Qué haces? —Él rodeó a Chalis, raspándose la espalda contra la pared, para observar lo que estaba arrastrando: era el capitán Micha Evon, quien yacía inconsciente en el suelo. Sangraba de la sien y tenía la cara manchada de tierra y el pecho cubierto de nieve.

—¿Qué parece que hago? —replicó Chalis. Frunció el ceño e intentó levantar a Howl, tomándolo de las axilas—. No iba a dejar morir a Micha.

Cuando Namir comprendió cabalmente el sentido de las palabras ya estaba levantando a Howl de la cintura para que Chalis pudiera seguir arrastrándolo por el corredor. Tal vez la gobernadora no era tan desalmada después de todo.

O tal vez sólo quería que alguien estuviera en deuda con ella.

Roja y Beak cargaron entre los dos a Howl cuando Namir y Chalis salieron del túnel. Mientras se encaminaban hacia el hangar, Roja hizo la pregunta obvia, pero Beak lo acalló. Namir tomó la delantera con el rifle preparado. Chalis iba muy cerca de él. Su frente brillaba y tenía los ojos muy abiertos; parecía muy ansiosa. Cuando se escuchó un disparo de bláster, Namir la vio crisparse.

—Podemos rodear por el extremo oriental —dijo Chalis—. No estamos en condiciones de pelear.

Namir llevó la mirada a Roja, Beak y Howl, y luego de nuevo al frente, hacia la intersección más cercana. Se escuchó otro disparo de bláster. Namir no pudo determinar qué tan lejos estaban de la fuente.

—Quédense aquí. Denme dos minutos para sondear —dijo—. Podemos vencer a un pelotón de stormtroopers si nos preparamos.

Chalis soltó una desagradable risotada. Namir había escuchado a los nuevos reclutas hacer ese mismo sonido antes de una batalla. Era el sonido del pánico, de la más completa incertidumbre.

Tal actitud no era característica de Chalis. Durante la incursión en el carguero había actuado con serenidad y fiereza, incluso ante los combates. En Haidoral Prime había escupido sobre el cuerpo de los muertos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Namir.

Chalis negó con la cabeza. Namir repitió la pregunta inclinándose hacia ella, reclamando su atención. Finalmente, Chalis alzó la vista; sus labios formaban una sonrisa triste.

—Esos que están ahí no son stormtroopers comunes —dijo—. Pertenecen a la Legión Quinientos Uno. La legión personal de Darth Vader.

—¿Y eso qué significa? ¿Que Vader está aquí?

Chalis cerró los ojos con fuerza y asintió con la cabeza.

—Su lanzadera aterrizó hace diez minutos. Viene por mí.

Roja dijo algo, pero Namir lo ignoró. Luego, se mordió los labios, volvió a mirar hacia el corredor y se irguió.

—Si nos encontramos con Vader, lo matamos, pero tenemos que seguir moviéndonos.

Beak empezó a protestar también. Namir se escurrió por el corredor, con el cuerpo pegado a la pared y el rifle cerca del pecho. No tenía tiempo ni paciencia para supersticiones rebeldes o imperiales. Mientras más tiempo permanecieran en Hoth, más difícil les sería escapar de la base, por no hablar de los bloqueos que el Imperio estuviera montando en el espacio.

Pese a todas sus desavenencias con Howl, estaba seguro de que el capitán estaría de acuerdo con él.

La base parecía casi embrujada. Los corredores estaban desiertos, pero el sonido de movimientos, blásteres y hielo derrumbándose acechaban a Namir cada vez que daba vuelta en una esquina, buscando alguna pista sobre la ubicación de los atacantes. No conocía la base lo suficiente como para anticipar el camino que pudiera seguir el enemigo, ni sabía dónde habría paredes delgadas que permitieran el acceso de los equipos de demolición. Todo lo que podía hacer era grabarse de memoria los túneles en su estado actual (no como eran antes de la batalla) e intentar trazar una ruta hacia el hangar.

Cuando llegó a un pasillo completamente obscuro que seguramente los llevaría a su destino, decidió dar media vuelta y reunirse con su equipo. Una corriente de aire helado lo convenció de que las puertas del hangar estaban abiertas. Al girarse, la punta de su bota chocó contra una obstáculo blando en el piso, y casi se cae. Se puso en cuclillas para recuperar el equilibrio, entonces vio que el obstáculo en cuestión era el alienígena que acompañaba a Kryndal en el comedor.

El alienígena estaba muerto, y su cuerpo se enfriaba rápidamente. Namir le dio la vuelta sobre el hielo y notó que una descarga de bláster le había abierto un agujero en el

pecho. Sin embargo, eso no le decía nada que no supiera ya: los imperiales estaban en la Base Eco.

Namir se abstuvo de mencionar al alienígena muerto cuando llegó a donde estaban sus compañeros y les hizo señas para que lo siguieran. Mientras avanzaban escuchó que Roja le decía a Chalis:

—Si ocurre algo, tu trabajo es proteger a Howl. Nosotros les cuidaremos las espaldas a ustedes dos.

De vuelta al pasillo oscuro, Namir oprimió un interruptor de su rifle para encender la luz montada bajo el cañón. El lóbrego arco se pobló de motas de polvo y escarcha que se arremolinaban con el viento. A su paso habrían de encontrar más escombros y otros tres cadáveres.

Namir no reconoció dos de los cuerpos, pero le pareció que el tercero correspondía a Kryndal. Sin embargo, no se detuvo a comprobarlo.

—Por aquí ya pasaron —dijo Roja.

—Si hubo una ola —dijo Chalis—, no des por hecho que no habrá otra.

De repente, el pasillo empezó a temblar. La tierra se sacudió con tal fuerza que Namir cayó de rodillas. Del techo llovían esquirlas de hielo que caían violentamente sobre su espalda. Por encima del estruendo de las rocas, se escuchó el estallido de una explosión al final del pasillo.

Cuando el temblor se detuvo, Namir vio otra luz. Algo se había abierto más adelante.

El hangar estaba a menos de cien metros de distancia: pasara lo que pasara, podrían correr para refugiarse. Namir volteó a ver a sus compañeros y comprobó que estaban ilesos; luego miró a Howl. Chalis estaba inclinada sobre su cuerpo y respiraba con dificultad: lo había protegido de la lluvia de escombros.

Ella alzó la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos por el terror.

Namir volteó de nuevo hacia el corredor. Seis figuras humanoides bloqueaban la luz del extremo opuesto. Cinco vestían de blanco, como fantasmas. Estas avanzaron sobre el hielo y el cascajo como si hubieran sido entrenadas en los propios pasillos destruidos de la Base Eco.

Flanqueada por los cinco stormtroopers, se veía una figura vestida de negro.

—Vader está aquí —musitó Chalis. Sus palabras parecían un reproche—. Vader *está aquí*.



CAPÍTULO 15

SECTOR ELOCHAR
Cero días después del plan Ka Uno Cero

La única iluminación a bordo del *Trumpet's Call* era el tenue resplandor de la consola secundaria del puente de mando. Brand lo prefería así. Los dispositivos ópticos de su máscara de pleximetal le permitían identificar manchas de sangre y circuitos eléctricos en la oscuridad, y las sombras le proporcionarían cobijo en caso de que no se encontrara a solas.

Había abordado la nave luego de que terminaron de trasladar al *Thunderstrike* a los heridos. Todavía no acertaba a identificar qué la inquietaba de toda aquella situación, y estaba consciente de que probablemente estaba buscando problemas donde no los había, ocupando su mente con pensamientos paranoicos. En tal caso, no estaría haciendo más que desperdiciar su abundante tiempo libre. Pero, ¿y si alguien había rastreado al *Trumpet's Call* hasta la flotilla? ¿Y si alguien le había sembrado un dispositivo de rastreo? ¿Y si algún espía lo había saboteado, u obligado a su tripulación a revelar su posición? Ella también estaba preparada para enfrentar esas posibilidades. Conocía perfectamente los extremos a los que eran capaces de llegar hombres y mujeres —imperiales o no imperiales, humanos o no—, para lograr sus objetivos.

Ya había realizado una búsqueda de dispositivos de rastreo pero sólo había encontrado más cadáveres. La mayoría daba la impresión de haber muerto por asfixia. Había unos cuantos calcinados. Brand no pudo determinar en qué momento se habían quedado sin energía los sistemas de soporte vital: los reportes de la nave eran confusos, y aunque era posible hacer un cálculo con base en el número de supervivientes y las reservas restantes de oxígeno, necesitaría un droide para hacer las operaciones. Mientras tanto, podía explorar otras posibilidades utilizando la computadora principal.

La bitácora de saltos al hiperespacio era consistente con lo referido por la tripulación. El *Trumpet's Call* era un carguero ligero, asignado al transporte de pasajeros y cargamento. Había operado como nave comercial en los mundos monetarios, cambiando

su documentación de identidad y su nombre (*Eyesore, Careful Buyer*) cada vez que el Imperio empezaba a sospechar algo. Por lo visto, el alias *Trumpet's Call* debía haberse cambiado ya, debido a los ataques que la nave había sufrido en los últimos días.

Nada de esto resultaba sorprendente ni sospechoso. La tripulación había hecho un buen trabajo falsificando los registros, pero año con año el Imperio era más hábil para identificar estafas. Brand pensó que se había retirado a tiempo: ¿quién necesitaría cazarrecompensas si las dependencias de seguridad funcionaban tan bien?

No obstante, la bitácora de saltos no confirmaba ni refutaba sus sospechas. Brand empezó a revisar otros archivos en la computadora. Muchos estaban corrompidos; otros, encriptados: otra tarea para algún droide a bordo del *Thunderstrike*. Aun así, había suficiente información para que ella se mantuviera ocupada: registros de cargamento, reportes de trabajos de mantenimiento, una lista de asignaciones, archivos personales…

Brand abrió la lista de asignaciones y consultó la entrada correspondiente al capitán. Inmediatamente lo reconoció como el cadáver con el que se había tropezado a llegar al puente de mando. Ojeó los detalles; no se consignaba historia personal, sólo nombre, edad, planeta natal, visas y cédula de vacunación, información seguramente falsificada; y abrió el siguiente registro. Revisó los expedientes uno por uno buscando algo fuera de lugar, algo que sugiriera manipulación o que señalara algún punto débil del que el Imperio pudiera haber tomado ventaja. No encontró nada que indicara que los hombres y mujeres del *Trumpet's Call* fueran otra cosa que víctimas.

Entonces llegó al último registro. Brand clavó la vista en la pantalla.

No había terminado siquiera su recreación mental del ataque cuando echó a correr hacia el compartimiento hermético.

La profesión de cazarrecompensas exigía aprender a identificar y memorizar rostros. Las tareas de vigilancia eran parte del trabajo, y ninguna herramienta tecnológica —ojos cibernéticos, lentes para cotejo de imágenes— podía convertir a un observador distraído en uno avizor. Y, si bien Brand no era hábil en el trato con la gente, compensaba esa carencia con el entrenamiento. Se había adiestrado utilizando versiones pirata de la prueba de reclutamiento de la policía subterránea de Coruscant; había afinado su mente y reprogramado su cerebro para que trabajara de la manera en que necesitaba.

No solía desconfiar de su memoria, y no lo hizo entonces.

Ninguno de los rostros de los registros del personal de la nave coincidía con los pacientes trasladados al área de atención médica del *Thunderstrike*.

Quienesquiera que estuvieran a bordo del *Thunderstrike*, no eran la tripulación del *Trumpet's Call*.

Brand intentó entablar comunicación con el puente de mando del *Thunderstrike* a través del comunicador de su máscara mientras manipulaba el teclado numérico del compartimiento hermético y veía cómo se abrían las puertas circulares de metal. No hubo respuesta. Entró en el compartimiento hermético, esperó a que la presión se igualara con la del interior del *Thunderstrike* y probó con la frecuencia de onda de su pelotón. Tampoco hubo respuesta de Gadren, Roach ni Charmer.

El visualizador de su máscara mostraba la hora exacta. Gracias a él supo que la puerta exterior había tardado un minuto entero en abrirse y dar paso a los penetrantes sonidos de las alarmas. Mientras corría por el interior del *Thunderstrike,* Brand se preguntó si ese minuto podría haber marcado alguna diferencia.

La Compañía Twilight había sido infiltrada, y era demasiado tarde para que Brand pudiera evitarlo.



CAPÍTULO 16

PLANETA HOTH

Cero días después del plan Ka Uno Cero

Beak y Namir dispararon al unísono: alzaron sus rifles y lanzaron rayos rojos hacia las relucientes figuras de blanco y negro. Roja se sumó al ataque un segundo después; estaba detrás de Namir. Este podía escuchar su respiración agitada y sus botas, que se arrastraban sobre la nieve.

Un stormtrooper cayó al suelo. Los otros se dispersaron aún antes de que Namir empezara a disparar; corrieron hacia las paredes del pasillo, para refugiarse detrás de los montículos de piedra y hielo y de las vigas metálicas.

Darth Vader permaneció incólume en el centro del pasillo.

La figura de negro se parecía al busto que estaba en la mansión de la gobernadora, en Haidoral, por el perfil del casco y los trazos furiosos de la máscara. Pero en el busto no se apreciaba su altura ni el ondular de su capa. Sobre el peto de su armadura brillaban luces rojas y verdes, dándole el aspecto de un ser artificial.

Sin embargo, sus movimientos eran los de una persona: bajo la armadura había carne, y la carne se podía quemar.

Los stormtroopers se movilizaron como los profesionales que eran y devolvieron el fuego tan pronto como abandonaron el radio de las armas enemigas. Namir le ordenó a su equipo que se protegiera tras una cortina de tuberías caídas y un enorme bloque de hielo. Luego, siguió disparando, sin haber verificado en qué condiciones estaban Beak, Roja, Chalis o Howl. Ya sea que estuviera vivo o muerto, el capitán ya no podía ser su prioridad.

Más stormtroopers empezaron a avanzar, corriendo de dos en dos, mientras sus demás compañeros mantenían inmovilizados a Namir y a su equipo. Uno recibió una descarga en el estómago, aunque Namir no supo quién había disparado. Cuando logró echar un vistazo a un lado, notó que Beak estaba en el lado opuesto del corredor, mientras que Roja, Chalis y Howl permanecían apiñados a poca distancia tras de él.

Namir regresó la vista hacia adelante. La figura de negro levantó una mano en el momento en que un rayo carmesí salía disparado hacía él. El rayo chocó contra su mano y rebotó. Como si se tratara de una piedrecilla, el rayo se estrelló en una de las paredes, desprendiendo láminas de hielo que se derrumbaron sobre el suelo.

—¡Campo de fuerza! —gritó Namir.

Él nunca los había visto integrados en una armadura, pero los campos de fuerza podían quebrantarse.

Los stormtroopers detuvieron su avance el tiempo suficiente para que Darth Vader tomara la delantera. Caminaba dando pasos largos, pausados, como un caminador imperial que despreciara los piquetitos que le infligían los deslizadores de nieve. No hizo ningún esfuerzo por refugiarse y, hasta donde Namir podía ver, no portaba armas.

En algún rincón de su cerebro, algo le decía a Namir que Vader no constituía una amenaza, que era una especie de *coco*, construido y ataviado para intimidar, no para luchar. Sin embargo, la razón le gritaba que no dejara que la figura de la armadura se acercara.

—¡Fuego concentrado! —gritó Beak. Habló con voz enérgica pero temblorosa, como si tratara de convencerse a sí mismo—. ¡Hay que agotar el escudo!

—¡No! —Namir escuchó la voz de Chalis sobre el sonido de los disparos—. ¡Debemos irnos *ya*!

Los stormtroopers continuaron avanzando detrás de Vader. Si Namir y su equipo daban media vuelta y emprendían la retirada, quedarían expuestos; si intentaban avanzar, morirían aún más pronto. El plan de Beak era el que les brindaba mejores oportunidades.

Namir dirigió su rifle hacia Vader y apretó el gatillo, asiendo el cañón con su mano libre para mantener inmóvil el arma. El rifle intentaba alzarse con cada disparo, y el cañón se calentaba cada vez más, bajo sus dedos enguantados. Entre la oscuridad del corredor y los destellos rojos frente a sus ojos, casi no alcanzaba a distinguir a su blanco.

Beak también estaba disparando. Namir logró escuchar cómo las partículas energizadas abrasaban el aire frío del corredor, pero no se atrevía a voltear. Vader no vaciló ni cayó; por el contrario, algo apareció en su mano entre las pulsaciones de luz carmesí. De repente tenía un arma en la mano, un haz de energía concentrada que bailaba con cada giro de su muñeca. Si Vader había contado con la protección de un campo de energía, todo indicaba que no lo necesitaría más: su espada de energía desviaba los rayos con una velocidad increíble, zumbando y crepitando al barrer el aluvión de disparos.

El monitor de temperatura empezó a parpadear en el arma de Namir: la celda de energía estaba sobrecalentándose. Él jaló el gatillo con más fuerza, y el arma lanzó una docena más de disparos, hasta que se apagó emitiendo un clic mecánico. El flujo de rayos que disparaba Beak se interrumpió unos instantes más tarde.

Vader había avanzado unos doce metros durante el ataque. El tiempo pareció detenerse cuando Namir vio cómo un copo de nieve arrastrado por el viento giró en torno a la espada de energía que portaba el hombre de la armadura negra y se desvaneció al calor del arma.

Entonces Vader dio un salto hacia adelante y, en un solo movimiento, aterrizó frente a Beak; partió en dos al soldado de la Compañía Twilight con un giro de su espada. Por un instante, el aire olió a tela, a plástico y a carne chamuscados.

Namir estaba apuntando de nuevo con su rifle, cuando escuchó que Roja gritaba una imprecación. Un cilindro cromado, un poco más pequeño que un puño, voló en medio de la oscuridad, describiendo un arco hacia Darth Vader. Era una granada de fragmentación.

Namir apenas tuvo tiempo para poner sus esperanzas en el proyectil. Vader alzó su espada e hizo un gesto hacia un lado, hacia Namir. Como un droide obediente, la granada modificó su trayectoria en pleno vuelo. Los acontecimientos parecían seguir la lógica de una pesadilla: las facultades de Vader parecían limitadas tan sólo por sus horrendas insinuaciones.

La granada chocó contra la pared, a dos metros de donde estaba Namir, detrás de la cortina de tubos. Namir escuchó el chirrido del metal retorciéndose por encima del estallido y sintió que algo se estrellaba contra sus costillas. Una lluvia de escombros le cayó sobre los hombros y la espalda. De pronto, su barbilla estaba tocando el hielo del suelo, aunque no recordaba haber caído. Percibió una agradable calidez en la parte posterior del cuello y supo que no podía ser más que producto de la sangre.

El resto del mundo era oscuridad y ruido.

Namir se concentró en su propio cuerpo: escuchó su ritmo cardiaco y empezó a probar sus extremidades. No intentó pararse ni moverse, eso estaba por completo fuera de sus posibilidades, pero sí trató de flexionar los músculos para comprobar si sentía sus brazos, piernas, manos y pies. Se sentía bastante seguro de que no había perdido ningún miembro.

Tampoco había perdido los ojos, pero su vista estaba regresando muy lentamente. Veía siluetas, pero estas se rehusaban a concretarse en imágenes reconocibles, como si Namir fuera un ciego recién curado que estuviera aprendiendo a distinguir la profundidad, las formas y los colores. Una parte de él, ecuánime y fría, le decía que eso era normal. No era la primera vez que sufría heridas graves. Su visión volvería, a menos que alguien lo matara primero.

Cinco latidos más. Nadie lo mataba todavía.

Pero alguien sí había matado a Roja. La primera imagen que reconoció fue el cadáver de su compañero sobre el hielo, a unos diez pasos de distancia. Entre Namir y Roja estaban seis piernas enfundadas en blanco y dos en negro.

«Stormtroopers», pensó, «stormtroopers y Vader».

Trató de enderezarse, pero tenía algo pesado encima. Le pareció que el mundo entero se inclinaba. Le era imposible moverse.

—Me encontraste —dijo alguien—. Felicidades.

Era una voz de mujer con un acento extraño, excesivamente articulado.

Chalis.

—¿Seguiste mi lanzadera hasta Hoth o encontraste mi rastro después? Aunque para el caso da lo mismo…

Chalis estaba de pie, a poca distancia de Vader, con el cuello ligeramente hacia atrás, para alcanzar la mirada enmascarada del perro de caza que protegía al Emperador. Tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—No voy a arrastrarme —continuó ella—. Me gusta mi vida, pero no pudiste humillarme al exiliarme a Haidoral Prime y no me vas a humillar ahora. Tomé mis decisiones y no me arrepiento de ninguna. Tuviste mucha suerte en encontrarme. Me orillaste a desertar. Si quieres ejecutarme, *Lord Vader*, que así sea.

Vader ya no tenía la espada de energía. Alzó una de sus manos enguantadas en negro, con la palma hacia Chalis. Los pies de la gobernadora se separaron del suelo. Sus piernas quedaron colgando en el aire, como si la lógica de pesadilla se hubiera activado de nuevo.

Chalis tenía los ojos muy abiertos. La mano de Vader se cerró, formando un puño; Chalis empezó a jadear y se llevó las manos a la garganta.

Vader habló por primera vez. Su voz era metálica, profunda y resonante; su respiración, un siseo irritante que subyacía al impacto de sus palabras.

—¿Dónde está Skywalker?

Chalis negó con la cabeza; parecía perpleja.

Namir repitió aquellas palabras en su mente, desconcertado.

Entonces se escuchó un crujido, como la rama de un árbol verde y saludable que se estuviera quebrando. Chalis seguía agarrándose la garganta y su respiración era cada vez más irregular.

Uno de los stormtroopers se aproximó a Vader desde atrás, con la cabeza inclinada, como escuchando algo por el comunicador de su casco. El soldado titubeó; aparentemente no estaba seguro de si debía interrumpir. Finalmente dijo:

—Lord Vader. Hemos localizado el *Halcón milenario*.

Vader no volteó a ver al soldado, sólo giró la muñeca y Chalis salió lanzada hacia la pared como un juguete, para finalmente caer al piso. La respuesta de los stormtroopers fue echar a andar por el corredor, con su amo en el centro de la falange.

Namir cerró los ojos, buscando un refugio de la pesadilla.



CAPÍTULO 17

SECTOR ELOCHAR

Cero días después del plan Ka Uno Cero

Las puertas blindadas del *Thunderstrike* estaban cerradas. Brand lo consideró una buena señal, una señal de que el personal del puente de mando trataba de aislar al equipo de infiltración imperial, hasta que vio a Charmer, a Roach y a otros tres miembros de la compañía, civiles y reclutas, tratando de forzar una puerta con un soplete.

—Vamos al puente de mando —dijo Charmer tartamudeando. La frustración lo hacía comerse la mitad de las palabras—. No sabe… no sabemos…

—Fueron los heridos —dijo Brand—. Son imperiales. Seguramente asesinaron a los tripulantes del *Trumpet's Call* antes de llegar a la flotilla.

Roach hablaba precipitadamente a través de su comunicador, pero al parecer no obtenía respuesta.

Brand valoró la situación. Si los infiltrados tenían control sobre las puertas blindadas, probablemente ya habían ocupado el puente. Asimismo, era posible que ya hubieran inhabilitado los sistemas de comunicación interna. Tardarían más en desactivar los sistemas mejor resguardados (armas, motores, soporte vital), pero no *mucho* más.

Brand observó cómo Charmer intentaba atravesar el metal, lanzando chispas en todas direcciones. No lograría llegar a tiempo al puente. La exmercenaria ya iba corriendo por el pasillo cuando les gritó:

—Ustedes sigan. Yo intentaré por otro lado. —Aún después de tantos años, el trabajo en equipo no se le daba bien.

Pero Roach fue tras ella. Brand reconoció sus pisadas, rápidas y desgarbadas.

—Gadren está en el depósito de armas —gritó Roach—. Nos íbamos a encontrar ahí.

Brand miró a la chica.

—¿Y eso qué?

—Que tiene armas. Él puede salir.

Brand hizo un repaso mental de las existencias en el depósito de armas.

—Es posible —confirmó. No sería un escape rápido ni discreto, pero Gadren tenía más posibilidades de éxito que Charmer—. Si logras comunicarte con él, dile que se reúna conmigo en el puente. Yo esperaré lo más que pueda.

Roach tomó aire para replicar, pero Brand la contuvo con una mirada.

Dejó a la chica y desanduvo el camino hacia el *Trumpet's Call*. El carguero había sufrido daños graves, pero en cierto sentido eso era una ventaja: si los sistemas de seguridad de la computadora principal siguieran funcionando, habrían obstaculizado sus planes. Se sentó en el puesto del piloto, en medio de la oscuridad del puente, y transfirió la energía que quedaba en el sistema de soporte vital a los motores. En una esquina del visualizador de su máscara, apareció una luz de alerta y un temporizador, este le indicaba con exactitud cuánto tiempo más duraría el oxígeno de emergencia de su traje. La cifra no era alentadora.

El estómago le dio un vuelco al desactivarse la gravedad artificial. Brand se abrochó sobre el pecho el arnés de seguridad de la silla y siguió trabajando. Lentamente, el *Trumpet's Call* desacopló sus abrazaderas de atraque del *Thunderstrike.* Y tal como Brand había esperado, el *Thunderstrike* no desacopló sus propias abrazaderas del *Trumpet's Call*.

Brand activó los propulsores de la nave, entonces una decena de luces se encendieron en la consola principal. Sus dientes estaban castañeteando incluso antes de sentir la vibración del carguero. El chirrido del metal hacía eco en el interior de la nave.

Ella se preguntó qué se rompería primero, ¿las abrazaderas del *Thunderstrike* o el compartimiento hermético del *Trumpet's Call*?

Pronto obtuvo la respuesta. Después de un sonido parecido al aullido de mil droides, la nave dio un salto hacia delante. Entonces, los diversos objetos que había en el puente: un datapad, una envoltura de ración alimenticia, un bantha de peluche que seguramente había sido significativo para alguno de los tripulantes asesinados, empezaron a flotar hacia el pasillo principal. El aire enrarecido del *Trumpet's Call* estaba escapando por alguna fractura del compartimiento hermético, con todos los objetos que se encontraban a la deriva en aquel entorno sin gravitación.

A Brand no le importó eso. Mantuvo el carguero alineado con el casco del *Thunderstrike* y lo condujo —con una lentitud apabullante, debida al daño que habían sufrido los propulsores, pero también a su poca habilidad como piloto— hacia el puente de la corbeta. Su traje se adhería a ella y la calentaba automáticamente según bajaba la temperatura de la nave.

Con todas las luces de alarma que titilaban en la consola, por poco no nota el parpadeo de la luz del comunicador. Oprimió el interruptor y oyó una voz entrecortada por la estática y casi incomprensible. Alcanzó a escuchar «teniente Sairgon», «Imperio» y «flotilla». Luego oyó lo que pareció ser un disparo de bláster.

Brand consideraba a Sairgon su amigo. Poco después de integrarse a la compañía violó la privacidad del sargento, investigó por aquí y por allá, y averiguó quién había sido

antes de la guerra. Había sido actor, músico, historiador… un hombre de mil talentos, ninguno de los cuales admitió ante la Compañía Twilight. Brand lo respetaba por eso.

Le alegró ver que el resto de la flotilla había comprendido su mensaje y su sacrificio. Uno a uno, los puntos que representaban a las naves rebeldes en el escáner fueron desapareciendo, hasta que sólo quedaron el *Thunderstrike* y el *Apailana's Promise,* fiel hasta el final. El lugar de encuentro estaba comprometido. Quienes tenían la capacidad habían huido al hiperespacio.

Pero todavía había que salvar a la Compañía Twilight.

* * *

Cuando el *Trumpet's Call* hubo recorrido la mayor parte del *Thunderstrike,* de popa a proa, Brand regresó al maltrecho compartimiento hermético del carguero y se asomó a través del astillado agujero producido por el violento desatraco de la nave. El casco del *Thunderstrike* ocupaba la totalidad de su campo visual: una superficie metálica lisa, repleta de antenas, distribuidores de energía y placas de revestimiento ablativo, parecida a la cara de alguna extraña luna mecánica.

La máscara de Brand filtraba las formas y magnificaba su visión. Conocía el interior del *Thunderstrike* tan bien como conocía las calles de Tangenine. Había memorizado a conciencia cada uno de los puentes y visualizado sitios de emboscada, así como vías de escape en caso de desastre. Se recriminó por no haber estudiado el exterior con más cuidado. Pero se propuso enmendar su error si lograba sobrevivir.

Brand localizó lo que estaba buscando: una escotilla de mantenimiento, construida para droides, pero suficientemente ancha para dar cabida a una persona. Sin dudarlo un segundo, empujó la pared del compartimiento hermético y se impulsó hacia el espacio.

Se precipitó a través del vacío que separaba a las naves, un haz de negrura entre dos cielos grises. En ese vacío tuvo tiempo para reflexionar sobre lo precipitado de sus actos: si se había impulsado con demasiada celeridad, se arriesgaba a que su traje se perforara al chocar contra el casco del *Thunderstrike.* Un rasguño microscópico en cualquiera de sus guantes habría bastado para matarla. Sin embargo, había saltado sin miedo ni ansiedad, sin visualizar a sus compañeros ni imaginarse liquidando a los infiltrados.

«Hasta el propio Namir», pensó ella, «con todo lo seco que es, admitiría sentir alguna emoción».

Pero ella no sentía nada. Sólo tenía un trabajo que hacer, un propósito y un método.

Giró el cuerpo y dirigió las suelas de sus botas hacia el casco. Cuando estas chocaron contra el metal, sintió una punzada en el tobillo que se había torcido en Coyerti. Aunque el dolor le recorrió todo el cuerpo, no se le fracturó ningún hueso ni se rompió su traje. Al rebotar hacia el espacio, se inclinó hacia delante, se estiró para agarrar el borde de la escotilla y hundió los dedos bajo una juntura metálica. Los brazos le dolieron al aferrarse al *Thunderstrike,* aunque su propia aceleración menguaba poco a poco.

Tras lograr estabilizar su posición, abrió la escotilla con dos disparos de su arma disruptora. Tuvo que retorcerse para bajar por el conducto, pues el tamaño de la abertura era insuficiente: el espacio había sido diseñado para unidades atromecánicas, más anchas que altas. Una vez más, su principal preocupación era el traje; un apretujón fuerte sería suficiente para rasgar la tela.

Mientras descendía echó un último vistazo al vacío. El *Trumpet's Call* se había alejado debido a la inercia, dejando a la vista la negrura infinita y miles de estrellas. Brand nunca había estado en el exterior de una nave tan lejos de un planeta; una parte de ella quería quedarse ahí, alcanzar esa sensación de soledad que parecía estar casi al alcance de su mano.

De pronto, refulgió una nueva estrella, y rápidamente se hizo más brillante. Era una nave que salía del hiperespacio. Brand la magnificó una y otra vez con su máscara, hasta que logró distinguir su forma.

Quería llevarse una sorpresa, pero no fue así.

La nave pertenecía al Imperio: era un destructor estelar.



CAPÍTULO 18

PLANETA HOTH
Cero días después del plan Ka Uno Cero

Durante un periodo cuya duración no pudo determinar, Namir fue incapaz de distinguir entre la realidad y los sueños.

Intelectualmente comprendía la diferencia: sabía que era fundamental distinguir entre ellos; sabía que su vida y la de otros estaba en juego. Pero todo aquello que quería afirmar como un hecho parecía disolverse en el aire, mientras que las pesadillas que intentaba descartar permanecían grabadas en su memoria.

Había ciertas verdades de las que estaba seguro: él se encontraba tirado sobre el suelo helado y resbaladizo de un corredor a medio derrumbar, perdiendo y recobrando alternadamente la consciencia. Creía que la Base Eco había caído, que él y sus amigos se habían enfrentado a unos stormtroopers y que habían perdido.

De lo que no estaba seguro era de si sus amigos estaban muertos. Había visualizado los cadáveres de Beak y de Brand, podía conjurar las imágenes de una matanza, de un caminador del Imperio que aplastaba a Roach, de una espada de energía que partía por la mitad a Roja… pero ¿eran reales? Recordaba haberse arrastrado para salir de los escombros una vez, dos veces, pero el peso volvía a vencerlo.

Namir recordó algo que Gadren le había dicho poco después de que este se uniera a la Compañía Twilight. El alienígena se había dado a la tarea de instruir a Namir en lo relativo a la naturaleza del universo, le había hablado sobre el hiperespacio, los cometas, las masas estelares y sobre un fenómeno singular del Núcleo Galáctico.

—En el centro de todo —había dicho Gadren—, hay un hoyo negro que devora toda la luz y toda la energía, y que ejerce una fuerza gravitacional más poderosa que la de un millar de soles. La galaxia entera gira alrededor de este punto de oscuridad.

Entonces, Namir recordó a un hombre de negro al que nadie podía matar.

Darth Vader.

Finalmente, el sargento venció el peso que oprimía su espalda, se puso en cuatro patas y sintió una oleada de náuseas. Pensó que nunca antes había sentido náuseas durante un sueño; eso le pareció razón suficiente para ponerse de pie. Estuvo a punto de caer, pero se recompuso y dio un paso al frente. Jadeaba. De sus labios no salía nada más que el vaho de su respiración. Le dolían las costillas en el lugar donde estaba el rifle, que había quedado atrapado bajo su cuerpo.

Caminó por el corredor para probar su equilibrio. Encontró a Beak, partido por la mitad.

Vader había matado a Beak, no a Roja. Sus recuerdos empezaban a asentarse.

Vader era real.

Namir se recargó contra la pared.

«Mantente despierto», se dijo. «Si pierdes el sentido, mueres. Si permaneces aquí, mueres».

Luego, dejó que la fría superficie del corredor lo guiara a lo largo de varios metros. Entonces encontró a Roja. Su chamarra tenía un agujero chamuscado a la altura del corazón. Roja estaba encima de Howl; Namir se puso de rodillas para tocarlo. Y sintió que estaba frío.

Howl no mostraba heridas externas de combate. Sin embargo, Namir dedujo que el traumatismo craneal que había sufrido en el centro de comando resultó letal. Esta idea lo hizo reír. Alzó una mano para tentarse la cabeza. La capucha de su chamarra estaba húmeda. Su guante quedó manchado de rojo.

«Howl siempre quiso que fueras más como él. Tal vez mueras de la misma manera».

Namir sabía que debía sentir una emoción diferente, *la que fuera*, ante la muerte del capitán y la de Beak y la de Roja. Pero el aturdimiento y la conmoción se habían convertido en sus aliados. Su prioridad era sobrevivir. Escapar. Buscar calor. Encontrar a la Compañía Twilight.

Pero, ahora lo recordaba, la Compañía Twilight no estaba en Hoth.

Se encontraba cerca del hangar cuando los stormtroopers los atacaron.

Namir intentó recordar en qué dirección debía avanzar, pero el esfuerzo mental le produjo un mareo. La solución le vino cuando un copo de nieve se posó y se derritió sobre su barbilla.

Las puertas del hangar estaban abiertas; tenía que seguir la corriente de aire.

Avanzó a trompicones por el corredor; mientras más tiempo lograba mantenerse erguido, más seguro se hacía su andar. Levantó su rifle para revisarlo. No había luces de advertencia. Pensó en desarmarlo para examinarlo con más detalle, pero no podía arriesgarse a permanecer ahí por más tiempo: otros stormtroopers podrían encontrarlo en cualquier momento.

Cuando lo volvió a alzar, Everi Chalis estaba frente a él, tres metros más adelante, sobre el corredor.

Ella también caminaba en dirección contraria a la corriente de aire, bamboleándose ligeramente al andar. Avanzaba aún más lento que Namir y mantenía una mano contra su pecho. Namir intentó pronunciar su nombre, sólo lo logró al segundo intento.

Chalis se dio la vuelta y le lanzó un puñetazo. Él frenó su mano. Chalis recargó su peso sobre esta y perdió el equilibro. Namir quiso agarrarla, pero ella se hizo bruscamente hacia atrás, dando algunos traspiés.

Tenía los ojos vidriosos e inyectados de rojo. Su chamarra estaba cubierta de nieve y tierra, y tenía manchitas de sangre. La piel de su cuello, desde la barbilla hasta la garganta, tenía el rojo vivo característico de una magulladura reciente. Daba la impresión de que la hubieran colgado y soltado de la soga demasiado tarde.

—Tenemos que irnos —dijo Namir.

Los labios de Chalis se torcieron formando una mueca salvaje. No dijo nada.

Namir se quedó mirándola. Chalis también parecía salida de una pesadilla; entonces él se preguntó si seguía inconsciente. Su voz reflejaba frustración y apremio cuando le preguntó:

—¿Puedes caminar? Tenemos que irnos.

Namir extendió una mano para tocarle el hombro. Esta vez fue Chalis quien lo sujetó de la muñeca. Su voz fue un chillido ronco y dolorido.

—Sí —dijo, separando la palabra en dos sílabas.

Eso era suficiente para Namir, quien la rebasó para continuar su camino. Al principio no oyó los pasos de Chalis, pero al poco tiempo empezaron a resonar a poca distancia de él.

Namir siguió la corriente de aire. Mientras más avanzaban, más tomaba consciencia de los sonidos de la base. El hielo y la roca seguían asentándose, quebrándose, colapsándose. Escuchó pequeños estallidos producidos por el fuego y el cableado eléctrico. En dos ocasiones también escuchó unos débiles disparos de bláster. Si la batalla había terminado, no hacía mucho tiempo de eso. Además, escuchó a Chalis.

La mayor parte del tiempo ella respiraba por la nariz, emitiendo un suave silbido, pero de vez en cuando tomaba bocanadas de aire roncas y lastimosas. No dijo nada mientras ambos atravesaban la oscuridad, trepaban por los escombros y se apretujaban para pasar entre las puertas entreabiertas o trabadas por el hielo.

Cuando llegaron al hangar, la intensidad de la luz los deslumbró. Tras las puertas que daban a la caverna, Namir alcanzó a ver un exuberante cielo azul; los rayos de un sol en ocaso trazaban senderos de luz intensa entre manchas de sombras. La mayoría de las naves se había ido. Había dos cazas X-Wing en llamas. La lanzadera de la Compañía Twilight se encontraba a un lado, al parecer, intacta.

—Es nuestro día de suerte —dijo Namir sin sonreír. Chalis no rio.

* * *

La lanzadera traqueteó al recorrer la pista que llevaba a las puertas del hangar. Namir prescindió de su acostumbrada revisión previa al vuelo, no porque temiera perder unos valiosos segundos, sino porque nunca había pilotado él solo una nave espacial. Pudo haberle pedido instrucciones a Chalis, pero esta limitó a sentarse en el lugar del copiloto, con la mirada vacía clavada al frente.

Hubo luces de alarma y chispas y fuego que la nave fue dejando a su paso. Al elevarse sobre la plataforma del hangar, hacia un infinito espacio azul, abandonó rápidamente las ruinas del campo de batalla y las máquinas de guerra.

Namir quiso quedarse mirando al cielo, dejarse hipnotizar por aquel vacío y no volver al ofuscamiento del oscuro corredor. Pero sabía que no podía. No aún.

—Van a estar buscando naves —dijo—. Debe de haber un bloqueo alrededor del planeta. Y no tenemos armas para atravesarlo.

Los dedos le hormigueaban conforme la nave se iba calentando. Miró a Chalis esperando una respuesta. Ella ni siquiera volteó.

—Nos van a derribar —dijo él, con voz un poco más fuerte, un poco más severa—. Tienes que hablar para que nos dejen pasar, enviar un código de autorización como hiciste en el abordaje del carguero.

Chalis se puso tiesa. Daba la impresión de que se estaba conteniendo para no hacer una mueca, como si se hubiera lastimado una herida. Pero siguió sin hablar.

Namir revisó el tablero de control e intentó calcular cuánto tiempo les quedaba antes de salir de la atmósfera de Hoth y encontrarse con una flotilla de destructores estelares. En el exterior, mechones de neblina y nubes se estrellaban contra la ventana de la nave.

—Chalis —dijo bruscamente, agarrándola del hombro.

Entonces ella sí volteó a verlo, con una expresión llena de asco y amargura. Pero permaneció en silencio.

—No me importa si te duele hablar —dijo Namir—. No me importa lo que ocurrió allá abajo. Vas a intentar hacer esto.

Mantuvo su mano sobre el hombro de Chalis, mientras con la otra buscaba a tientas su rifle, que aún llevaba colgado frente al pecho. Y lo levantó hacia ella. Los dos estaban tan cerca que el cañón rasgó la chamarra de Chalis.

—Lo vas a intentar —dijo él.

Chalis siguió mirándolo con odio. Luego se giró hacia la consola y, con movimientos rápidos y erráticos, empezó a oprimir botones y a capturar códigos.

A continuación abrió una frecuencia de comunicación.

—Habla —dijo ella, con una voz tan ronca y con tal cantidad de aire que Namir creyó que nadie le entendería— …Blizzard Force. Unidad dos, dos, ocho, siete. Solicito —Hizo una pausa. Después abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua— …atracadero para una lanzadera en custodia.

Chalis cerró la frecuencia y se inclinó hacia adelante; sus hombros y su pecho subían y bajaban. Perecía como si estuviera tosiendo, pero no producía ningún ruido.

La lanzadera dejó atrás las nubes grises y su ventana se tornó negra; las estrellas brillaban en la oscuridad como escarcha. Las enormes cuñas que eran los destructores estelares se extendían a ambos lados.

Instintivamente, Namir quiso alimentar con energía a los motores para alejarse de Hoth y atravesar el bloqueo. Pero decidió esperar. Si desvelaba la estratagema demasiado pronto, la lanzadera sería aniquilada.

«Primero franquea el bloqueo», se dijo. «Aléjate del planeta lo suficiente para poder dar el salto a la velocidad de la luz. Despertarás sospechas, pero para entonces será demasiado tarde».

Manipuló la computadora de navegación y la dejó proyectando el primer salto al hiperespacio. Después buscaría las coordenadas de la flotilla; la nave seguramente las había guardado, pero en ese momento cualquier lugar era bueno, con tal de que estuviera lejos de Hoth.

Una luz se encendió en la consola. Uno de los destructores estelares intentaba establecer comunicación con ellos. Namir volteó a ver a Chalis. Ella tenía la mirada fija hacia delante.

Cuando estaban a punto de superar el bloqueo y se encontraban prácticamente fuera del campo gravitacional de Hoth, los sensores mostraron un puñado de naves que avanzaban rápidamente hacia ellos.

«Cazas TIE», pensó Namir. Pero su oportunidad de atrapar a la lanzadera había pasado.

La computadora de navegación indicó que tenía una ruta. Namir estiró un brazo y jaló cuidadosamente el acelerador del hiperpropulsor. Las estrellas se transformaron en líneas de luz y Namir se sintió aplastado contra su asiento. Luego, el panorama se transformó en un remolino de energía azul celeste y la nave se estabilizó de nuevo.

Namir consultó las lecturas como si esperara ver cazas TIE siguiéndolos todavía y revisó la cabina como si algún stormtrooper hubiera podido subir a la lanzadera. Le tomó un rato a su cuerpo aceptar que estaba a salvo. Y a los reflejos adquiridos en cientos de batallas les tomó otro rato apaciguarse, para dar paso al razonamiento por primera vez desde que Namir había despertado.

Estaba vivo.

Roja y Beak estaban muertos.

El capitán de la Compañía Twilight estaba muerto.

La flota rebelde se había dispersado.

Namir se recargó en el respaldo de su asiento, temblando en medio del calor de la lanzadera y aferrándose a los vestigios de su ofuscamiento.



CAPÍTULO 19

SECTOR ELOCHAR

Cero días después del plan Ka Uno Cero

—Habla el prelado Verge, del Consejo Imperial Regente. Vengo a ofrecer un trato en nombre del Emperador Palpatine, líder glorioso de la galaxia y guía de todos nosotros hacia una nueva era.

La transmisión había iniciado poco después de que Brand abordara el *Thunderstrike*. Pensó que seguramente provenía del destructor estelar y que los infiltrados la estaban difundiendo a través del sistema de altavoces del *Thunderstrike*.

«El prelado Verge».

Brand ya había escuchado el nombre alguna vez. De alguna manera, lo asociaba con la crueldad, pero no recordaba los detalles ni tenía tiempo para rebuscar en su memoria.

Su voz era la de un niño.

—Todos ustedes son traidores… Nuestro Emperador los acogió en el Nuevo Orden, pero cada uno de ustedes prefirió rebelarse.

La escotilla de mantenimiento prácticamente llevó a Brand al puente de mando, salvo por un corto paso a través del hueco de un turboascensor fuera de servicio, desmantelado a medias por trabajos de reparación. Ella estaba en cuclillas, frente a las puertas blindadas que mantenían aislado el puente. Alrededor de sus rodillas había diversas piezas del teclado numérico de la puerta, cuyos controles trataba de puentear. Aun si hubiera tenido la posibilidad de penetrar violentamente al interior, habría rechazado la idea: necesitaba el elemento sorpresa por si había rehenes del otro lado.

Brand escuchó un cañón bláster; el sonido fue amortiguado por barricadas de acero. El puente apenas se cimbró. Probablemente había sido Gadren, tratando de abrirse paso desde el depósito de armas. A juzgar por la intensidad de la vibración, no estaba ni un poco cerca.

—Pero algunas traiciones son más dolorosas que otras. Sé que la gobernadora Everi Chalis se unió a ustedes en Haidoral Prime. Sé que sigue con ustedes. No puedo

prometerles que se les perdonará la vida, pero no tienen ninguna oportunidad frente a mi nave. Si no me entregan a la gobernadora Chalis, les aplicaré un castigo ejemplar. Sus ejecuciones serán lentas y serán presenciadas por sus familias en sus planetas natales.

Brand no pudo reír, dadas las circunstancias, pero sí sonrió con amargura. Hacía semanas que la gobernadora Chalis se había ido, pero aún así traería la muerte a la Compañía Twilight.

No había tiempo para esperar a Gadren. En parte, Brand se alegraba. Terminó de pelar con su cuchillo un cable y tocó con este la unidad de control de su traje, en la muñeca del mismo. El panel emitió un clic; las puertas empezaron a moverse con dificultad, y finalmente se abrieron.

Antes de evaluar siquiera la situación, Brand le disparó al primero de los infiltrados. Sintió que aquella era una forma de actuar torpe, imprudente, pero necesaria. Si hubiera podido echar un vistazo al puente antes de entrar, habría ejecutado a los enemigos en segundos. Su arma disruptora resplandeció y convirtió en polvo a una mujer que estaba parada cerca de la estación de comunicaciones. Brand entró rodando al puente.

Escuchó de un lado el sonido de *piel golpeando piel*. Eso era bueno: seguramente se trataba de la tripulación del puente, aún con vida y aún luchando.

Su arma vibró con tal intensidad que casi desvía el disparo que dirigió hacia un hombre sentado en el puesto del capitán, en la plataforma central. Brand recorrió con la vista el puente: ocho infiltrados y cinco tripulantes del *Thunderstrike* aún con vida. Combatían a sus captores. Era una proporción aceptable en aquel reducido espacio.

El prelado Verge empezó a hablar de nuevo, pero Brand lo ignoró para concentrarse en un imperial de anchos hombros que se acercaba por su izquierda. Dio un paso hacia atrás, desenfundó su cuchillo, rodeó al imperial con un brazo y puso el filo de la daga contra su garganta. Con la otra mano, apuntó su arma disruptora hacia un infiltrado que corría a refugiarse. La toma de un rehén sólo le permitiría ganar unos segundos, pero eso era todo lo que necesitaba.

Brand escuchó tres disparos de bláster. Sólo dos iban dirigidos a ella. No tuvo tiempo de verificar el estado de la tripulación. Su rehén intentó escapar y pagó el precio.

El resto de la batalla fue vertiginoso y sangriento. Brand saltaba de un blanco a otro; sabía que la matarían en un instante si permanecía al descubierto y en el radio de alcance de las armas enemigas. Con su cuchillo, inhabilitó a otros dos oponentes (no se molestó en revisar si habían muerto), mientras que con el arma disruptora desintegró a otro. Mientras recobraba el aliento y arrugaba la nariz para escurrir una gota de sudor, vio que la tripulación del puente había sometido al resto de los infiltrados.

Lo que quedaba de la tripulación del puente eran dos alférez, a los que Brand no conocía. El comandante Paonu yacía muerto en el piso. Brand ignoraba a quién le correspondía ahora la comandancia de la nave.

—Vuelvan a sus estaciones —dijo bruscamente. Los alférez obedecieron.

Brand observó el holoproyector estratégico y vio cómo el *Apailana's Promise* avanzaba para interponerse entre el destructor estelar y el *Thunderstrike*. La nave de

guerra no podía saber lo que ocurría, pero estaba preparada para sacrificarse de cualquier modo.

«Estúpido y fiel a más no poder», pensó Brand.

—Están disparando —anunció uno de los alférez.

El holoproyector mostró miles de destellos diminutos: el destructor estelar había disparado sus armas. Las ráfagas provenientes del *Promise* parecían opacas y sosas en comparación las del destructor.

La flotilla se había dispersado. Las reparaciones del *Thunderstrike* no habían concluido, pero estaba en condiciones de navegar. El prelado Verge tenía razón: ni el *Thunderstrike* ni el *Promise* tenían oportunidades de sobrevivir a un enfrentamiento con un destructor estelar.

Las acciones a seguir eran indisputables, incluso sin Howl o Paonu. Brand esperaba que el capitán la perdonara.

—Prepárense para dar el salto —dijo.

—Necesitamos activar los escudos —replicó uno de los alférez, un mirialano de piel amarilla con la cara cubierta de tatuajes negros. Estaba inclinado sobre su tablero de controles, hablando sin mirar a Brand.

—Saltaremos y afrontaremos las consecuencias —dijo Brand.

Odiaba tomar el papel de líder. Sólo esperaba que el chico obedeciera.

El *Thunderstrike* empezó a temblar cuando la lluvia de partículas que dejó el destructor estelar alcanzó su casco. Brand ignoró las sacudidas, capturó unas coordenadas en la computadora de navegación y las transmitió al *Apailana's Promise*. El puente se estremeció cuando la nave empezó a avanzar.

Brand esperaba que lo que fuera que estuviera pasando en la base secreta de la Rebelión —lo que Howl y Chalis habían ido a tratar con el alto mando de la Alianza— compensara la dispersión de la flotilla y la toma del *Thunderstrike*.

Sólo se preguntó si viviría para comprobarlo.



CAPÍTULO 20

PLANETA SULLUST
Cero días después del plan Ka Uno Cero

SP-475 fue el tercer stormtrooper que pisó la plataforma de desembarco. Avanzó con la cabeza baja y el bláster firme, tal como le habían enseñado en el entrenamiento. Siguió a su compañero hacia la parte posterior de la estación de carga para cubrirse y recorrió el área con la vista, buscando enemigos, mientras el resto del equipo terminaba de bajar. Confiaba en que el visualizador de su casco detectara movimientos y la alertara de la presencia de enemigos que ella hubiera pasado por alto.

—¡Despejado! —dijo una voz distorsionada por la estática. La denominación del hablante parpadeó en su visualizador, pero eso no tenía importancia.

«Confía en el parte», se dijo a sí misma. «Confía en tus compañeros, no sólo en tus instrumentos».

Doce stormtroopers se extendieron en abanico dentro de un carguero vetusto y requemado, registrado con el nombre de *Keepsake*. Si la información del Buró de Seguridad era correcta, pertenecía al terrorista más buscado de Sullust.

SP-475 *deseaba* que la información fuera correcta. Lo único que quería era que la vida volviera a la normalidad en Pinyumb.

Después del ataque a la planta de procesamiento, el Imperio había instituido nuevas y estrictas normas antiterroristas: redadas diarias en los dormitorios de los trabajadores y los conjuntos habitacionales, rigurosas limitaciones de acceso a la red de computadoras, nuevos puestos de control en las estaciones de lanzaderas y tranvías que iban de la ciudad a la superficie y, por supuesto, turnos interminables para los stormtroopers. En contraste con la percepción popular, nunca había suficientes soldados para satisfacer las necesidades del Imperio.

SP-475 había recibido una distinción por reportar un misterioso flujo de suministros a los trabajadores. A su tío se lo habían llevado en custodia hacía una semana, aunque no se habían presentado cargos contra él. Ella estaba segura de que lo liberarían cuando las

aguas se tranquilizaran, pero estaba harta de las miradas de reproche que los amigos de su tío le dirigían en su trayecto a las barricadas de los soldados.

Ella estaba cumpliendo con su trabajo. Sí, la vida era difícil para los habitantes de Pinyumb, pero la mejor solución a los problemas era detener a los rebeldes y a los partidarios de la resistencia, que hacían explotar fábricas y sobornaban a gente inocente.

El comunicador de su casco volvió a crujir con la estática:

—Dos equipos, revisen el interior. Manténgase alertas.

El compañero de SP-475 le hizo una señal con la cabeza y tomó la delantera.

Se rumoraba que los rebeldes solían equipar sus naves con explosivos improvisados. SP-475 había escuchado historias de tercera mano sobre soldados que habían perdido extremidades por explosiones de detonita y cuyas armaduras habían sido acribilladas con metralla afilada por las hábiles manos de los rebeldes. Sin embargo, ella nunca había visto una bomba fuera de las prácticas de entrenamiento.

«¿Qué clase de monstruos son estas personas?».

SP-475 había leído el expediente de Nien Numb, líder de una célula terrorista, sullustano de nacimiento, ladrón de poca monta que había desfalcado a sus empleadores para luego sumarse a la Rebelión. Pero los soldados de poca monta no dejaban a los otros soldados ahogándose en sangre dentro de sus propios cascos. Los ladrones de poca monta podían asesinar al verse acorralados, pero un acto de autodefensa no era lo mismo que una masacre planeada a sangre fría.

SP-475 fue la segunda de ocho stormtroopers en entrar al carguero. Su respiración sonaba muy fuerte en el interior de su casco. La única iluminación provenía de la plataforma de atraque.

—Visión nocturna —ordenó 113. SP-475 nunca había visto su rostro, pero le habían dicho que él era uno de los comandos clones que habían fundado el cuerpo de stormtroopers. Su voz sonaba vieja—. No toquen nada.

Ella dejó que su visor hiciera el cambio. La visión nocturna hacía que el corredor pareciera lleno de una niebla verde, pero era mejor que no ver nada.

El grupo avanzó sigilosamente hasta llegar a una trifurcación. SP-475 consultó en su visualizador un plano del carguero, un VCX-150 de la Corporación Corelliana de Ingeniería. Tenía más de media docena de compartimientos en dónde buscar. Media docena de posibilidades de ser emboscados o de activar una trampa. Ella le dio unas palmadas en el hombro a su compañero y tomó el pasillo de la izquierda, esperando lo mejor.

Al principio, la búsqueda procedió lentamente. Antes de entrar a cada recinto lo rastreaban en busca de frecuencias de comunicación o fuentes de energía, cualquier cosa que pudiera contribuir al funcionamiento de una bomba. Luego de sólo diez minutos, cuando apenas habían terminado de revisar el primer barracón, llegó la orden de acelerar la búsqueda. Si ya no había rebeldes a bordo, el alto mando quería saberlo. Cada segundo de indecisión era un segundo que el enemigo podía aprovechar para hacer más daño.

En el área de carga encontraron un recipiente congelado, lleno de paquetes de bacta, suficientes para abastecer a un hospital por meses o para enriquecer a un traficante en el mercado negro. SP-475 descubrió, bajo un catre, un baúl con suficientes herramientas especializadas para desmontar un caza estelar.

Los demás reportaron hallazgos similares: chips de datos con videos propagandísticos, vendas, paquetes de raciones… Pero armas no. Cuando los equipos terminaron de revisar las secciones que les correspondían, se reunieron en el estrecho corredor que llevaba a la cabina de mando.

Cuando SP-113 estaba dando instrucciones con el fin de asegurar el equipo y preparar la nave para los técnicos forenses, 156 se separó del grupo; tenía la vista fija en el panel de acceso a un conducto del corredor. Cuando SP-475 lo vio, sacudió vigorosamente la cabeza y señaló la pared con un gesto.

Los stormtroopers se movieron al unísono para bloquear el corredor en ambas direcciones y levantaron sus rifles a la altura del panel.

156 observó detenidamente el panel. Sus lados no eran más grandes que el largo de un brazo, y estaba colocado a un metro del suelo. Finalmente, le dio un golpe sólido con la culata de su rifle. El panel se movió en su marco: no estaba asegurado. 156 estiró una mano y quitó de un jalón la hoja metálica.

En un estrecho compartimiento, reducido aún más por cascadas de tubos y cables, se encontraba un alienígena de pelaje café, acuclillado, jalándose las flacuchas piernas hacia el pecho y con su largo morro entre las rodillas. Sus grandes ojos negros miraban fijamente a los soldados y a la media docena de rifles que lo apuntaban. El casco de SP-475 identificó su especie antes de que ella pudiera hacerlo: chadra-fan.

El alienígena estaba temblando aunque no se movió. 475 trató de ver sus manos, pero estaban ocultas detrás de sus piernas; no sabía si guardaba un arma.

—¿Dónde está Nien Nunb? —gritó 113—. ¿Dónde están los demás?

—Aquí no —respondió el alienígena con voz débil y aguda—. En algún lugar de la ciudad. Buena suerte con la búsqueda. —El alienígena soltó una risita extraña. A 475 le pareció que era una risa nerviosa.

Ella quiso mirar hacia atrás, al pensar en la posibilidad de que otros rebeldes salieran de los ductos de aire y de los huecos para mantenimiento, pero se mantuvo concentrada en el chadra-fan.

—¿Quiénes son sus contactos en Sullust? —preguntó 113—. ¿Con quiénes trabajan aquí?

La risa extraña se repitió.

—¿Qué te hace pensar que trabajamos con alguien? —preguntó el alienígena. 113 empezó a responder, pero el chadra-fan siguió hablando entre risitas—: Ustedes los tienen tan atemorizados que nadie quiere trabajar con nosotros. Claro, aceptan la comida que les damos, pero… ¿unirse a la Rebelión? No, no, no. ¿El ataque a la planta de procesamiento? Ese lo hicimos nosotros. Nuestra célula. Nadie más.

—Sáquenlo de ahí —dijo 113.

Los tres stormtroopers que estaban más cerca avanzaron hacia el panel. 475 dio un paso atrás para montar un cordón secundario, por si el alienígena intentaba huir. Ella respiraba lentamente, inhalando y exhalando entre los dientes, tal como le habían enseñado. Sus compañeros conocían su trabajo, así que podían someter a un rebelde.

Perdió de vista al alienígena cuando los tres soldados lo rodearon, pero alcanzó a oír sus palabras:

—Eso no está bien. Hoy no. —Y después, el grito, un chillido mezclado con estática a través del comunicador—: ¡Detonador!

475 se quedó paralizada un segundo, pero fue demasiado. Un cuerpo con armadura blanca chocó con ella en su intento por abrirse paso, por alejarse. El impacto la hizo dar media vuelta; entonces huyó a la desbandada. Ya no estaba pensando en su equipo. No estaba pensando en nada.

Sintió un golpe en la espalda. El impacto hizo que perdiera el piso y que su cara se estrellara contra la parte frontal del casco. También hubo un sonido: un crujido y un estruendo brutales que su armadura apenas logró sofocar.

Durante un buen rato, se sintió demasiado conmocionada como para moverse. Cuando finalmente abrió los ojos descubrió que yacía boca abajo a la mitad de la rampa de abordaje. Sólo escuchaba un zumbido distante. Sintió la nariz congestionada y comprendió que le estaba sangrando.

Thara, 475, había sobrevivido a su primer ataque rebelde. Pero la nave olía a plástico, piel y pelo quemados. Se preguntó quién más habría sido tan afortunado como ella.

PARTE III







CAPÍTULO 21

PLANETA CRUCIVAL
Día cuatro de la Batalla de la Torre
Diecinueve años después de las Guerras Clones

El domo que coronaba la torre brillaba con una iridiscencia oleosa, como si una gran nave de otro planeta se hubiera desangrado sobre Crucival. Al anochecer, su resplandor opacaba a todas las demás figuras del horizonte; fulguraba y centelleaba aún más furiosamente con cada una de las explosiones, con cada una de las descargas que lanzaba el enemigo. Rayos verdes y amarillos fluían en líneas perfectas desde remotos cañones, formando ondas sobre la superficie artificial del domo. Proyectiles ardientes y chispeantes caían aullando sobre el domo y provocaban explosiones que podrían haber aplanado una colina.

En el exterior del domo, en un área de más de un kilómetro alrededor de la torre de acero, el paisaje estaba conformado por cenizas, metal retorcido y cadáveres. Aquí y allá se veían armazones chamuscados de naves derribadas, rodeados de hierba amarilla. Las trincheras y los muros de piedra se habían colapsado. Unos cuantos hombres y mujeres, valerosos e ingenuos, permanecían agazapados en el suelo y disparaban ocasionalmente hacia los invasores, los cuales acampaban un poco más allá de donde alcanzaba la vista.

La batalla estaba perdida y el joven Hazram lo sabía. Lo peor era que nunca habían tenido la posibilidad de ganar; él se odió por no haberse dado cuenta de eso antes.

Se tendió sobre la tierra clavando los dedos en el polvo y arrastró los pies sobre la grava. Sintió que algo puntiagudo le oprimía el pecho, entonces se elevó apenas el ancho de una mano para evitar cortarse con la metralla. Cuando quedó a la intemperie, reptó apresuradamente para ocultarse de nuevo. Al llegar a lo que quedaba de una trinchera se detuvo a descansar.

Quien alzaba la cabeza enfrentaba una muerte segura: incinerado por alguna de las armas de rayos que barrían el campo de batalla; asesinado por el bláster de un francotirador; desintegrado por alguna de las máquinas ambulantes que pertenecían a los señores de la torre (las cuales parecían dispuestas a liquidar a quien se les pusiera

enfrente, sin importar el bando al que perteneciera); atravesado por los fragmentos que esas mismas máquinas disparaban al explotar.

Había muchas maneras de morir.

En la trinchera, Hazram palpó su cuerpo. Buscaba sangre o heridas. Pronto se dio cuenta de que ya no llevaba su bláster de partículas.

Soltó una risa ronca y amarga. El bláster se había quedado sin energía el primer día de la batalla. Lo había recibido a manera de paga —un arma limpia y pulida, que podía rivalizar con cualquiera de las que se fabricaban en Crucival— por apuntarse para apoyar a los señores de la torre, los alienígenas que se hacían llamar el Primer Imperio Galáctico.

En un momento, le había parecido un buen trato. Él ya había luchado para muchos líderes: el caudillo Malkhan y su clan; el Credo Opalino, con sus cientos de doctrinas y su pretencioso fervor; la Señora de las Monedas y sus polvorientos seguidores, y para otros. Cada uno de los grupos tenía elaborados razonamientos acerca de por qué ellos eran los únicos habitantes legítimos de Crucival. Sin embargo, ya no podía recordar cuándo había sido la última vez en que le habían importado las justificaciones de un líder para hacer la guerra o la última en que creyó que el Crucival de un gobernante sería diferente al Crucival de otro. Cuando los emisarios del Imperio salieron de la torre por primera vez en años, declarando que un enemigo amenazaba al planeta y que le proporcionarían armas a quien se comprometiera a combatirlo, le pareció una oportunidad más. La mejor que había tenido en años.

Ya estaba viejo para seguir cambiando de una facción a otra de las muchas que había en Crucival. Ya no era un chico ansioso por entregarse en cuerpo y alma a una causa. Sus adhesiones anteriores lo habían convertido en un proscrito y en un paria. Ya no tenía muchas puertas abiertas, pero si lograba conseguir armas para él y para sus aliados, tal como Malkhan lo había hecho, y crear una facción poderosa, tendría posibilidades. Además, el Imperio sólo había pedido una batalla.

Hazram había traído con él a Pira, quien estaba a su lado desde los tiempos del Credo y era como su familia. Había reclutado a otros, como Tar y Mishru, hombres contra quienes había luchado, antes de que ellos perdieran a sus líderes. Hazram los había encontrado en las calles, ocultando sus marcas y asaltando a los transeúntes. La cuadrilla de Hazram sumaba casi una docena de miembros, soldados hartos de andar sin rumbo de una guerra a otra.

Cuando los soldados imperiales de blanco les entregaron los rifles y les ordenaron que defendieran la torre de los ataques aéreos rebeldes, Hazram echó un vistazo a su cuadrilla. Lo que vio fue un grupo de supervivientes, los mejores guerreros de Crucival.

Todos estuvieron a punto de morir durante la primera oleada.

Los señores de la torre y sus soldados de blanco se habían refugiado bajo el domo para que sus mercenarios enfrentaran a la vanguardia rebelde. El Imperio sabía que la gente de Crucival no resistiría. Los mercenarios eran carne de cañón. A lo más, eran una táctica dilatoria. Un millar de soldados y un millar de blásteres de partículas no eran nada frente al arsenal de los alienígenas.

Hazram no lo notó en su momento; se maldijo por ello.

Trepó para salir de la trinchera y continuó arrastrándose por el campo de batalla en dirección contraria a la torre.

Escuchó un zumbido grave a sus espaldas. Detrás de su hombro alcanzó a ver una esfera metálica, del tamaño de una cabeza humana, que flotaba sobre los escombros; su único ojo, de color rojo, se movía rápidamente de un lado a otro. Pertenecía al Imperio, no a los rebeldes, pero Hazram sabía lo que pasaría. Cuando detectaba movimiento, clavaba la vista; donde clavaba la vista, las aeronaves llegaban a sembrar destrucción.

Aunque sabía que era mejor no hacerlo, Hazram corrió. Las bombas de las aeronaves no dejarían más que un cráter y polvo. No quedarían ni siquiera ruinas.

Se tambaleó un par de veces, pero logró mantenerse en pie. Después de todo ese tiempo de arrastrarse con una lentitud apabullante, había olvidado su propio cansancio. Ya desde antes de la batalla, no había comido más que lo poco que robaba de los campamentos o que intercambiaba con los comerciantes de la ciudad. Se sentía ligero, demasiado ligero, y pesado como una montaña al mismo tiempo. Luego de dar una larga zancada sobre la cima de una colina, descubrió una escarpada pendiente a sus pies. Resbaló tres metros por el áspero declive y cayó violentamente, torciéndose un tobillo. Hazram emitió un quejido tenso y susurrante.

Ya no podría correr. Jaló sus piernas hacia el pecho y se recargó contra la pendiente, en una estrecha cuneta que se encontraba en la base. En la parte alta de la ladera se produjo un estruendo y, de pronto, unas nubes de polvo cayeron sobre él.

Al menos había sobrevivido a la aeronave. Casi nunca se tomaban la molestia de pasar por segunda vez.

—¿Hazram?

La voz sonaba frágil y trastornada, como la de un niño.

Hazram soltó sus piernas y apoyó el tobillo sobre la tierra fresca. Mientras no lo moviera no le dolía. Miró a lo largo de la cuneta y observó una figura a unos pocos metros, recostada de lado y temblando.

Pira había cambiado desde los días del Credo. Hazram había visto cómo se había transformado de una niña pequeña, dura y de cabello largo en una mujer alta, desgarbada y desnutrida que se había rapado la cabeza para que los enemigos no pudieran asirla. Tenía la cara llena de cicatrices y se había hecho una marca alrededor de la boca durante el año en que ella y Hazram estuvieron separados. La marca no era visible en ese momento, debido a la costra roja que le cubría los labios y la barbilla.

—Pensé que las aeronaves te habían matado.

—Igual yo.

Pira no se acercó. Hazram se irguió un poco y se arrastró lentamente hacia ella. Pira no se enderezó. Parecía tener todas las dolencias que un cuerpo humano puede padecer.

—Nos hicieron pedazos, ¿no? —dijo ella.

Hazram asintió con la cabeza. Vio que una de las piernas de Pira era un revoltijo de sangre y tela.

—Tomé una mala decisión —respondió él.

Pira rio.

—Ni que lo digas —señaló ella—. Pero no fuiste el único.

Hazram trató de acercarse un poco más para ver su pierna. Ella lo empujó débilmente.

—Está más que infectada —dijo Pira—. No hay nada qué hacer, a menos que sepas amputar y cauterizar.

Hazram maldijo en voz baja, sin ira.

—Podemos esperar a que haya una pausa en la batalla —sugirió él—. Y escapar juntos.

—Ese era mi plan —dijo Pira, y sonrió—. Me alegra que hayas llegado a la misma conclusión.

Permanecieron sentados uno junto al otro, escuchando el silbido de los blásteres de partículas y el estruendo de las bombas. Una parte de la mente de Hazram —la parte que había estado en combate prácticamente durante una década, empezando cuando apenas era un púber; la parte que sabía atacar por sorpresa un campamento enemigo y rajar la garganta de los guardias o hallar el punto débil de un cerco— valoró situaciones hipotéticas, tratando de determinar cómo podría llevar a Pira a un lugar seguro y con un cirujano.

La parte restante de su mente intentaba decidir qué decir mientras Pira siguiera con vida.

—Hace mucho tiempo que debimos irnos —dijo Pira, en voz baja—. No sé cómo sea en otro lugar, pero nada podría ser peor que esto.

—Será la próxima vez —dijo Hazram.

—La próxima vez —concluyó Pira.

* * *

El último tema del que hablaron antes de que Pira se quedara dormida fue el pudín de pan, ese dorado y con frutas dulces que preparaba el Credo en los días de guardar. Eso había sido cuando la secta tenía oro y comida para dar y regalar. A Pira le encantaba el pudín del Credo, pese a que al día siguiente amanecía con comezón en la piel. Hazram había compartido su tazón con ella en la víspera de la Ascensión del Hieropríncipe, cuando a Pira le habían vendado los ojos y obligado a ayunar, como castigo por recitar mal la doctrina.

Bajo la luz previa a que rompiera el alba, Hazram dejó a Pira en la cuneta y continuó su travesía por el campo de batalla, arrastrándose sobre el rocío. Se dijo que volvería si podía, si hallaba medicina para la gangrena o una camilla para transportarla. En el momento en que dejó atrás las colinas, todavía creía que tenía oportunidad de lograrlo.

Esa noche, desde las ruinas del claustro del Credo, en las afueras de la ciudad, Hazram vio las colinas arder. Así supo que, después de todo, no regresaría.

La torre cayó al día siguiente. Victoria para los rebeldes. Los soldados blancos del Imperio habían afirmado que aquella era una torre de transmisión, que de alguna manera se comunicaba con otros planetas; por eso, querían preservarla. Hazram se preguntó si el Imperio volvería para construir otra o si sus dirigentes se olvidarían por completo de Crucival. Era una pregunta más bien ociosa, desinteresada.

Sus compañeros estaban muertos. No tenía armas. No tenía una cuadrilla que lo protegiera, ni clan o facción que le diera de comer. Pasó los días siguientes buscando comida (las aves que anidaban en el claustro habían dejado unos cuantos huevos, suficientes para sustentarlo) o sentado sobre la hierba, sumido en un estado de agotamiento y ofuscación. De vez en cuando pensaba en lo que podría hacer a continuación: si regresaba a la ciudad, lo tacharían de fracasado; lo conocerían como el hombre que había sacrificado a sus aliados en aras de falsas esperanzas y que carecía de valor como líder y como combatiente. Si tenía suerte, no sería perseguido y asesinado por sus adhesiones anteriores. Podría subsistir a duras penas como mendigo o como ladrón. O podría convertirse en su padre, un exsoldado convertido en cobarde que suscitaba el desprecio o la compasión de los demás habitantes de la ciudad. Podía morir acuchillado en el estómago por un niño, tal como le había ocurrido a su padre.

No podía regresar a la ciudad.

Casi una semana después de la caída de la torre, con la cabeza punzándole por la falta de comida y de sueño y con la ropa apestosa a sudor, Hazram vio una fila de hombres y mujeres que salían de la ciudad y se dirigían hacia las ruinas de la torre. Varios iban armados, pero no marchaban en formación. Unos iban solos, otros en grupos, cautelosos como viajantes prudentes, pero sin temor de que alguien los viera. Hazram los miró desde la distancia y empezó a seguirlos sin pensar. No tenía nada en que ocuparse más que en su supervivencia.

Llegaron al campo de batalla al mediodía. Chatarreros y carroñeros (humanos que robaban las armas de los caídos y fragmentos de las máquinas o animales que se daban un festín de carroña) ya habían limpiado las colinas, por lo que a Hazram no le sorprendió que la fila de peregrinos rodeara la zona de destrucción. Pensó en separarse del grupo para buscar a Pira y a los otros, pero ya había visto demasiados conocidos muertos. Sabía que eso no le traería ningún placer. No sentiría ninguna satisfacción al visitar el escenario de su fracaso.

Prefirió caminar más cerca de los viajantes en su trayecto por la hierba amarilla. Cuando llegaron al punto más alto de una colina, vio hacia dónde se dirigían: un círculo de tiendas, generadores y vehículos mecánicos. Era un campamento de alienígenas. Como no había soldados de armadura blanca, Hazram concluyó que pertenecía a los rebeldes. El grupo descendió por la ladera, bajo la mirada de unos vigilantes que se concretaban a fruncir el ceño o a sonreír, escudriñando a los peregrinos e indicándoles con señas que entraran. Ninguno se detuvo, sino hasta llegar al centro del campamento; ahí, los rebeldes se acercaban a los viajantes y los llevaban, uno a uno, a las tiendas para hablar con ellos.

Hazram nunca había visto de cerca a los rebeldes. El diseño de sus prendas era claramente de otro planeta —perfectamente confeccionadas con telas resistentes y de colores vivos—, pero estaban manchadas y rasgadas. Algunos rebeldes llevaban cascos o pesados chalecos protectores, mientras que otros apenas parecían preparados para la batalla, con sólo un arma de mano. Los que no estaban con los viajantes conversaban entre sí y reían o permanecían en sus tiendas comiendo unos pastelillos de envoltura plateada. Todos tenían la mirada orgullosa y cansada, típica de los soldados después de la victoria.

Parecían demasiado ordinarios para haber masacrado tan fácilmente a los compañeros de Hazram.

—El que sigue —dijo una voz poderosa y resonante, como la explosión de una bomba.

Hazram se dio cuenta de que había llegado al frente de la línea. Ante él, estaba un alienígena monstruoso, de cuatro brazos, con cabeza de demonio: una masa café con boca enorme, bulbosa y coronada por una cresta de hueso. Con uno de sus brazos, le indicó a Hazram que avanzara, mientras su boca mostraba una ancha sonrisa de pesadilla y sus ojos relucían con impaciencia.

Los compañeros de Hazram estaban muertos. Él no podía regresar a la ciudad. Empezó a avanzar, y el alienígena lo guio entre dos tiendas de colores verde y plateado.

—Normalmente hacemos esto en algún asentamiento —dijo la criatura—, pero nos advirtieron que, si nos acercábamos, la gente podría sentirse agredida. Te aseguro que no tenemos ningún plan secreto para Crucival.

—No hay mucho que puedan llevarse de aquí —dijo Hazram. Recorrió con la mirada el campamento, buscando casi sin pensar vías de escape. No sabía qué era lo que el alienígena esperaba o quería. Y tampoco le importaba demasiado.

La criatura hizo una mueca y negó con la cabeza, pero no dijo qué lo turbaba. Se sentó en el suelo y cruzó las piernas, suspirando. Cuando Hazram se sentó junto a él, el alienígena le preguntó:

—Entonces, ¿por qué quieres unirte a la Rebelión en contra del Imperio?

«¿Para eso es el campamento?».

Hazram pensó que era un tonto por no haberse dado cuenta antes. Estaban reclutando.

Pudo dar media vuelta e irse, pero en vez de ello miró fijamente al alienígena por unos instantes, y finalmente dijo:

—El Imperio mató a mis amigos.

En cierto sentido era verdad. Hazram no les guardaba rencor, pero, aunque los señores de la torre no habían jalado el gatillo, sí habían ideado la masacre.

La criatura asintió con la cabeza lentamente. Luego entrelazó dos de sus manazas.

—Entonces, ¿buscas venganza?

Hazram miró al alienígena y dejó que la pregunta revoloteara en su cabeza.

Podía vengarse. Podía arrebatarle un bláster a alguno de los rebeldes y matar a todos en el campamento antes de que lograran detenerlo. Se imaginó haciéndolo, pero la idea no le producía ningún placer.

—En realidad, no —dijo Hazram.

—Bien —dijo la criatura, y lució de nuevo su ancha sonrisa—. La venganza es un combustible que se consume muy rápido. Pero esto sí te digo: si te unes a nosotros, también rendiremos homenaje a tus amigos.

Hazram soltó una risotada. La criatura dio una palmada de satisfacción con sus manos inferiores, para luego lanzarse de lleno a una descripción del papel de su cuadrilla en la galaxia.

El alienígena afirmó representar a la Compañía de Infantería Móvil Sesenta y Uno de la Alianza Rebelde, un grupo de soldados que viajaban de una estrella a otra según el capricho de sus superiores. Su unidad había combatido contra el Imperio en mil batallas y en cientos de planetas.

—Es un trabajo sangriento —dijo la criatura—. Y las recompensas son escasas.

Ante una pregunta expresa de Hazram, el alienígena le aseguró que había suficiente comida, ropa y armas para todos, salvo en las circunstancias más desesperadas.

—¿Qué tan frecuentes son estas situaciones desesperadas? —preguntó Hazram.

La criatura rio suavemente; su risa parecía tener el ritmo de un tambor.

—Más de lo que nos gustaría —admitió.

Luego, le preguntó a Hazram acerca de su experiencia en combate. ¿Había formado parte de algún pelotón? ¿Sabía usar un bláster?

—¿Tan joven…? —dijo el alienígena negando con la cabeza, cuando Hazram le informó por segunda vez (al parecer no lo había escuchado la primera) desde cuándo había empezado a matar.

Al terminar con sus preguntas, el rebelde habló afectuosamente de los exóticos espectáculos que la compañía había tenido el privilegio de presenciar: desiertos interminables, planetas de islas sobre nubes a la deriva, especies incontables. También le advirtió a Hazram que la compañía rara vez volvía sobre sus pasos; si se enrolaba, no le sería fácil regresar a Crucival, aunque tendría la facultad de abandonar la compañía cuando lo deseara.

Hazram expulsó de su cabeza la voz de la criatura mientras esta destacaba las virtudes de la causa rebelde y los horrores del Imperio Galáctico. Esa parte del discurso la podía declamar el propio Hazram; todos los llamados a la guerra eran iguales. Él llevaba oyéndolos toda su vida. Pero la idea de dejar Crucival…

Ya no tendría que volver a la ciudad. Nunca más tendría que enfrentar aquella vacuidad, ni buscar comida entre la hierba ensangrentada fuera de sus muros.

Su padre había sobrevivido entre las estrellas, así que estaba seguro de que él también lo lograría.

Pero si no, podía morir a cien planetas de distancia.

El alienígena le preguntó si en verdad estaba dispuesto a combatir la maldad del Imperio a cambio de tan poco, si comprendía la naturaleza de las tareas que podrían pedírsele y la magnitud desgarradora de las acciones del enemigo.

—La guerra es la guerra —replicó Hazram—. No pueden mostrarme nada que no haya visto ya.

Aquella resultó ser la respuesta equivocada. El alienígena cerró los ojos, hundió la cabeza y exhaló su aliento cálido y acre. Luego, se enderezó y volvió a mirar a Hazram.

—Ya tenemos muchos asesinos a sueldo —dijo. Era un rechazo de lo más indirecto, pero Hazram lo reconoció de todos modos.

La Rebelión, al igual que las facciones de Crucival, quería mentes que pudiera moldear según los principios de su causa. Mentes jóvenes. Mentes idealistas. Ahí no había sitio para Hazram.

No obstante, el alienígena continuó hablando, como esforzándose en hallar las palabras adecuadas.

—Si no podemos mostrarte nada nuevo, tal vez tú puedas enseñarnos algo. Nadie es únicamente un arma.

La criatura parecía esperanzada. Hazram no entendió por qué, pero estaba dándole una segunda oportunidad.

El eximperialista escudriñó el campamento, tratando de adivinar las necesidades de los rebeldes. No entendía el mecanismo de sus aparatos; incluso los costados brillantes de sus tiendas le parecían mágicos. Sólo le resultaban familiares sus armas más básicas. Él podía venderles Crucival, diciéndoles a cuáles facciones eliminar primero si querían apoderarse del planeta, pero la criatura ya le había planteado cuáles eran sus intenciones.

Miró a los otros viajantes de la ciudad. Se removían incómodamente en la fila o hablaban entusiastas, arrogantes o de mala gana con los representantes rebeldes. Vio que uno de los rebeldes miraba al alienígena y asentía con la cabeza, para luego indicarle al viajante que estaba con él, un joven de barba cerrada que vestía una toga raída, que esperara en una de las tiendas.

Hazram supo lo que tenía que hacer.

—Ese va a ser problemático —dijo, señalando con el pulgar al joven de la barba.

—¿Cómo? —preguntó la criatura.

—Tal vez sus respuestas fueron las correctas —aclaró Hazram—, pero está esforzándose demasiado en impresionarlos, en mostrarles que ya es grande, que ha sobrevivido a una vida difícil. Tal vez sea cierto, pero apuesto a que no sabe ni usar un bláster.

—Como dije, ya tenemos muchos asesinos a sueldo. Tal vez él tenga una chispa. Compromiso.

—Tal vez —dijo Hazram, encogiendo los hombros—. Pero, si el chico sigue buscando su aprobación, jamás va a admitir que ignora ciertas cosas. Y si no le quitan ese hábito, otros morirán en el campo de batalla por su culpa.

La criatura observó atentamente a Hazram; su cuello bulboso se expandía y contraía alternadamente.

—¿Estás seguro?

Hazram encogió nuevamente los hombros.

—No completamente. Denme veinte minutos con él, entonces podré asegurarme.

—¿Cómo? —preguntó la criatura.

Hazram sonrió burlonamente.

—Cuando has estado en muchos ejércitos, empiezas a reconocer a las personas con las que te conviene juntarte.

El alienígena hizo un gesto de asentimiento y empezó a alejarse sin decir otra palabra. Con una mano, le indicó a Hazram que lo siguiera.

Durante la siguiente hora caminaron en silencio por el campamento, escuchando de soslayo las conversaciones de los demás reclutas. Hazram hablaba sólo cuando la criatura se lo pedía, pero tarde o temprano le pedía su evaluación sobre cada uno de los viajantes. Hazram fijó su atención en un veterano cubierto de cicatrices y con un solo brazo, que hablaba apasionadamente sobre su deseo de servir a una causa justa; le dijo al alienígena que aquel hombre se tardaría en aprender a manejar los aparatos de otros planetas, pero, por lo demás, podría ser un elemento excelente. Luego, lo previno de una mujer que lucía las marcas de un brutal sucesor de Malkhan: ella era aguerrida, pero había aprendido a luchar en medio del estupor que provocan las especias, así que sería un desastre si debía luchar en sus cinco sentidos.

Al cabo de aquella hora, la criatura llevó a Hazram al lugar donde habían comenzado y le preguntó:

—¿Y si los aceptáramos a todos? ¿Si te dijera que mi capitán me ordenó aceptar a todo aquel que luchara por las razones correctas?

—Te diría que tu capitán necesita ser más selectivo con su gente.

La criatura permaneció impávida.

—¿Podrías enseñarles? —preguntó—. ¿Podrías transformarlos en soldados con los que estarías dispuesto a luchar?

Hazram volvió a echar una mirada al campamento, a los viajantes y a los rebeldes.

—No tendría muchas opciones —dijo—. Si estos fueran mis compañeros… haría lo necesario para prepararlos.

—Entonces —dijo la criatura—, tal vez sí tengamos un lugar para ti, después de todo.

* * *

Hazram Namir no creyó por completo que había dejado el planeta Crucival, sino hasta que Gadren, la criatura del campamento, lo llevó a la ventana de visualización del *Thunderstrike*. Había abordado una nave de desembarco en la superficie del planeta. Casi vomita sobre su ropa en aquella caja sin ventanas que se traqueteaba y repiqueteaba

violentamente. Después, bajó tambaleándose por la rampa que llevaba a la plataforma de atraque del *Thunderstrike*.

Nunca había visto tanto metal y plástico juntos. La Compañía de Infantería Móvil Sesenta y Uno de la Alianza Rebelde no necesitaba *conquistar* Crucival; si el planeta le interesaba, podía *comprarlo*.

Permaneció a solas frente a la ventana de visualización mucho después de que Gadren se había ido. Crucival parecía pequeño e insignificante entre las estrellas: una esfera con manchas verdes, grises y amarillas. Demasiado insignificante como para albergar una ciudad, ni hablar de los muchos países.

Pensó en lo que estaba dejando atrás para escapar en una jaula alienígena. Nunca imaginó que extrañaría el pasto amarillo o las nubes. Habían sido una parte fundamental de su existencia, y ahora se los habían arrebatado.

Sin embargo, cuando pensó en Pira, en su padre, en todas las personas que había dejado allá abajo, se sintió tan ligero y libre como la nave.

Había escapado por fin.



CAPÍTULO 22

PLANETA ANKHURAL
Siete días antes de la Operación Ringbreaker
Tres años después

La última vez que Brand había estado en Ankhural, la capital —si podía decirse que un planeta con una sola ciudad y un puñado de asentamientos que no figuran en el mapa tenía una capital—, estaba protegida del polvo de las llanuras circundantes de silica por un escudo de energía. Las calles nunca fueron limpias, pero su sordidez solía tener cierto encanto.

Ankhural ya no le pareció tan encantadora a Brand. Caminaba con la máscara puesta por los callejones que habían grafiteado las pandillas vivisectoras, aunque ella tenía los ojos irritados desde que había despertado. Hombres de piel blanca y seis dedos, con escalpelos en las manos, la miraban atentamente al pasar y desaparecían en las sombras cuando veían el rifle que llevaba a la espalda o el cuchillo exhibido prominentemente en su cadera.

Ya había vendido su arma disruptora. La extrañaba, pero en Ankhural no había nada tan cotizado como un arma bien cuidada, letal y prohibida.

Los callejones la llevaron abajo de un amplio toldo y a una oscuridad casi absoluta. Su máscara destacaba las siluetas de docenas de hombres y mujeres con velo, que susurraban, regateaban, peleaban y se besaban. Los comerciantes libres del Espacio Salvaje se reunían con representantes del sindicato Crymorah e intercambiaban favores por armas y especias. Los espías umbaranos intercambiaban sus servicios con los supervivientes de la Guardia de la Muerte. Brand podría obtener una buena recompensa por cualquiera de los personajes que se encontraban en el mercado; la idea de abandonar su causa y regresar a una vida más sencilla cruzó por su mente como un grano de arena a la deriva.

Brand apartó ese pensamiento de su mente y siguió caminando. Alcanzó a un weequay cojo y de piel apergaminada, cuya cara parecía la de un cadáver disecado, y emparejó su paso al de él.

—¿Sin problemas? —preguntó. Su huttés era muy elemental; pudo haber llevado un droide de protocolo o un programa de traducción para su máscara, pero esperaba que sus esfuerzos le granjearan algo de respeto.

—Sin problemas —dijo el alienígena—. Sin preguntas. Las pandillas pronto sienten curiosidad, creo.

Brand rebuscó en su chamarra y sacó una pila de valiosos chips de créditos. Los colocó en la mano del viejo weequay.

—Dile al Abuelo del Vicio que agradezco su ayuda.

Y diciendo esto, se alejó. Sintió una presencia a sus espaldas hasta que salió del mercado, momento en el que su acechador, quienquiera que fuera, renunció a la persecución.

«Pudo haber terminado peor», pensó Brand.

Cuando llegó a la pista de carreras de cápsulas, en los límites de la ciudad, el visor de su máscara estaba lleno de suciedad. Se la quitó y se acercó a las puertas metálicas que conducían a la gran arena; eran lo bastante grandes para dar cabida a un aerotanque y estaban vigiladas únicamente por un droide con forma de araña. A su llegada, el droide insertó una extremidad en un enchufe de pared, y las puertas se abrieron menos de medio metro. Brand tuvo que caminar de lado para pasar.

En el amplísimo espacio detrás de las puertas, rodeado por el anfiteatro, pero abierto al cielo turbulento, descansaba el *Thunderstrike*. Estaba sobre una cama de tierra. Docenas de soldados de la Compañía Twilight caminaban de un lado a otro y parecían diminutos al lado del enorme casco de la nave. Traían carretillas con herramientas y refacciones de la ciudad, llevaban fragmentos de metal quemado y retorcido a los montones de chatarra o ayudaban a los técnicos a retirar paneles y a soldar fracturas en la nave. Otros parecían no tener nada mejor que hacer que jugar a los dados o esperar a que se presentaran problemas.

El *Thunderstrike* no estaba diseñado para atracar en tierra, pero era capaz de aterrizar en caso de emergencia. La situación actual sin duda clasificaba como tal. La nave había salido a rastras de la batalla contra el prelado Verge, y las reparaciones en el Borde Medio habían quedado incompletas. El equipo técnico necesitaba apagar totalmente diversos sistemas para terminar la rehabilitación del *Thunderstrike*. Para eso debían encontrar un puerto espacial o una flotilla. O utilizar una pista de carreras abandonada en mitad de la nada.

Si el Imperio encontraba Ankhural, si el prelado volvía a rastrear a la Compañía Twilight o si la curiosidad de las pandillas se volvía demasiado intensa y delataba a los rebeldes, el *Thunderstrike* estaría indefenso. El *Apailana's Promise* estaba en órbita, realizando sus propias reparaciones; funcionaba con el personal mínimo necesario. Siendo esto así, no había nadie que protegiera a la compañía.

Por tal razón, permanecían escondidos, esperando.

Brand procuraba no pensar en qué harían ni en lo que *ella* haría cuando el *Thunderstrike* estuviera listo. Procuraba no pensar en cuánto tiempo podrían darse el lujo de esperar.

Había dicho que intentaría cuidar a aquellas personas, y lo había dicho en serio, pero no se veía como líder de nadie.

Al acercarse a la gigantesca nave, saludó a los vigilantes con un gesto de la cabeza. Escuchó a M2-M5 —actual jefe del equipo técnico, envuelto en duraplast transparente para proteger del polvo sus articulaciones— hacer comentarios maliciosos a los equipos de reparación, al tiempo que determinaba las medidas prioritarias. Cuando su mirada y la del intendente Hober se cruzaron, ella negó con la cabeza, esperando que el gesto fuera suficiente para comunicarle lo esencial de su misión matutina: no se habían presentado emergencias ni avances ni cambios notables.

Gadren y Roach estaban sentados en el suelo. El besalisk tenía dos manos vendadas, las cuales se había quemado en su intento por llegar a los infiltrados en el puente del *Thunderstrike*. Roach se levantó y caminó hacia Brand, pero esta la ignoró. No es que le cayera mal, la chica había hecho su mejor esfuerzo en Coyerti y había actuado tan bien como cualquiera durante la infiltración de la nave, pero Brand no tenía respuestas para sus inevitables preguntas.

Un grito proveniente de las puertas la salvó del interrogatorio. Brand tomó el rifle que llevaba colgado, giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos. Las grandes puertas de metal estaban abriéndose.

Los vigilantes no habrían hecho un llamado de alerta si algún miembro de la compañía estuviera aún en la ciudad. Esto significaba que un desconocido había ido a visitarlos.

Los vigilantes formaron un amplio arco alrededor de la reja. Brand sostuvo su rifle con firmeza, apuntando hacia la abertura de la que emergieron dos figuras. Ambas caminaban con paso vacilante, recargándose suavemente una en otra para darse apoyo. Una era un hombre de piel broncínea y cuerpo esbelto y firme; la otra era una mujer de piel clara y cabello negro. Cada uno vestía una chamarra sucia y maltratada, demasiado gruesa para Ankhural.

Brand se acercó a la pareja y volvió a colgarse el rifle al hombro. Los vigilantes bajaron lentamente sus armas. Ella sonrió cuando Namir y Chalis se detuvieron a unos pocos metros de distancia.

—Lo lograron —dijo Brand.



CAPÍTULO 23

PLANETA ANKHURAL
Cinco días antes de la Operación Ringbreaker

Varias decenas de soldados habían erigido en torno a la proa del *Thunderstrike* una ciudad con tiendas, pues preferían dormir al descubierto en aquel entorno seco y polvoso que en el bullicioso interior de la nave. Namir no podía culparlos; la nave resonaba día y noche por las chispas y sopletes, además de que la alarma se activaba intermitentemente sin que nadie pudiera explicar por qué. Al menos, afuera las cosas parecían estar más tranquilas.

Pero, si bien los soldados conversaban en voz baja, consumían los alimentos gorroneados de los bares de Ankhural y limpiaban sus armas bajo la luz del atardecer, no proyectaban una sensación de calma. Namir fue a dar una vuelta entre las tiendas dispuestas ordenadamente y notó que los soldados desviaban la mirada al verlo pasar. Cuando se escuchó un grito proveniente de la ciudad, todos se tensaron. No estaban en calma. Se sentían abatidos, hundidos en un dolor que tarde o temprano se convertiría en amargura.

Namir tampoco podía culparlos por eso.

—¿Cómo te sientes?

Roach se acercó a Namir, avanzando trabajosamente entre sacos de dormir y calentadores. Llevaba alrededor del cuello una tela rasgada, lista para utilizarse como máscara en caso de que se levantara el polvo.

—Mejor —respondió él—. Hidratado. Necesitaba descansar, pero Von Geiz ya me dio autorización para trabajar.

Roach echó un vistazo por encima de su hombro y luego volvió a ver a Namir.

—Qué bueno —murmuró—. Lamento que hayamos dañado la nave.

Él soltó una risotada. Su sonrisa se desvaneció casi inmediatamente.

«Lamento haber perdido al capitán» fue la única réplica que se le ocurrió, pero prefirió guardársela.

Observó con atención a Roach, tratando de adivinar por qué había acudido a él. Un mes antes, le habría preocupado que cayera en la tentación de los vicios de Ankhural o habría sospechado que vio o hizo algo traumatizante durante el ataque al *Thunderstrike*. Pero, en algún momento, Roach había dejado de ser una nueva recluta para convertirse en una soldado de la Compañía Twilight. Formaba parte del pelotón y se sentía tan cómoda como cualquier otro. Además, en caso de requerir apoyo moral, hubiera podido acudir a Gadren o a Charmer, o a muchos otros miembros de la compañía.

La única posibilidad que quedaba era que necesitaba para algo al sargento primero.

Roach se secó las manos en los pantalones, volvió a mirar sobre su hombro y dijo:

—Algunos de los chicos están pensando en irse.

Namir gruñó e hizo un gesto brusco con la cabeza.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Corbo —dijo ella— y los demás reclutas de Haidoral. Y algunos del antiguo pelotón de Fektrin. —Roach titubeó—. Todavía quieren pelear, es sólo que…

—No quieren seguir sentados esperando a que les caiga una bomba —dijo Namir—. Yo me encargo.

Siguieron caminando juntos mientras Namir hacía sus rondas y observaba las tiendas. No sabía a ciencia cierta qué esperaba encontrar, pero sí sabía exactamente cómo se sentían los soldados.

A Namir no le molestaba la compañía de Roach. Al menos ella no lo culpaba por haber traído la noticia de la destrucción de la Compañía Twilight.

* * *

Howl estaba muerto. La base secreta de la Alianza Rebelde estaba en ruinas. El alto mando había huido con rumbo desconocido. No había nuevas misiones para la Compañía Twilight, ni planes para recuperar el Borde Medio y seguir avanzando hasta conseguir la victoria. Todos los sueños habían sido aplastados por las pisadas de los caminantes imperiales.

Esas no eran las noticias que a Namir le hubiera gustado traer, ni cuando salió de Hoth ni cuando encontró sólo escombros y un carguero abandonado a la deriva en el punto de encuentro de la flotilla. En aquellos momentos no se había permitido sentir miedo; se había valido de la ofuscación que sintió en Hoth y recordó que la Compañía Twilight sobrevivía a su batallas *siempre*. Sin importar cuán dolorosas fueran las pérdidas, cuán sangrienta la batalla o cuán grave la derrota, la compañía sobrevivía.

Se había concentrado en buscar a quienes hubieran sobrevivido. Era lo menos que podía hacer.

Recordó el chip de datos que Brand le había entregado «para un caso de emergencia» y siguió sus coordenadas hasta Ankhural, un planeta de mala muerte fuera de los límites del espacio imperial. Había permitido que una chispa de esperanza perturbara su

ofuscación: imaginó que encontraría al *Thunderstrike* mutilado, pero a la Compañía Twilight intacta y decidida a seguir adelante.

Pero en vez de eso lo que encontró fue una unidad militar que si sobrevivía, era gracias a la esperanza de que su capitán regresara.

A simple vista, los hombres y las mujeres de la compañía parecían igual de numerosos que siempre; aquello no había sido la masacre de Asyrphus ni la aniquilación en Magnus Horn. Los decesos sufridos durante el enfrentamiento en la flotilla habían sido un golpe duro, pero no incapacitante. Y el *Thunderstrike* podía ser reparado. Pero sin Howl y sin el teniente Sairgon, con el comandante Paonu y el resto de la tripulación del puente del *Thunderstrike* muertos, la compañía había sido decapitada. No sobrevivía ningún oficial con experiencia en comandar un ejército. Los líderes de mayor antigüedad y su personal de apoyo habían tomado las riendas temporalmente, pero contener la hemorragia del cuello no servía de nada si no había una cabeza.

Ahora, Namir tenía el dudoso privilegio de reunirse cada mañana en la sala de conferencias con Hober, Von Geiz y los demás oficiales superiores para leer el reporte de avances del equipo técnico y las solicitudes de suministros que hacía Hober, fingiendo que tenían una buena razón para hacer todo aquello.

Durante la siguiente reunión, Namir mencionó lo que Roach le había contado sobre las deserciones. Von Geiz y Carver fueron los únicos que parecían verdaderamente sorprendidos, aunque Mzun, quien había asumido el mando del pelotón de Fektrin, profirió una serie de balbuceos alienígenas que probablemente expresaban indignación.

—Hay que dividirlos y asignarlos por un tiempo a equipos de reparación diferentes, a ver si con eso se tranquilizan las aguas —dijo Namir—. Corbo me debe un favor, así que puedo echar mano de eso. Sólo pensé que debían saber cuál es la situación.

—Hablaré con ellos —dijo Gadren. Aunque él no era líder de un pelotón, sí tenía experiencia y era del agrado de Von Geiz, quien, técnicamente, era el oficial sobreviviente de más alto rango. Dadas las circunstancias, nadie había objetado su liderazgo.

Namir puso una sonrisa forzada. Eres muy bueno para las pláticas, pero sólo les recordarás quién no eres. Si no puedes resolver eso…

—Podríamos empezar con un funeral —dijo Hober—. Es algo que está pendiente desde hace mucho tiempo.

Von Geiz asintió con un gesto. Gadren inclinó la cabeza. Mzun dijo algo que Namir no entendió.

Namir miró impacientemente a los demás, esperando que alguien hiciera una lectura de lo que había dicho Hober. Nadie la hizo.

—Si organizamos un funeral, todos los equipos de trabajo querrán estar ahí. Yo diría que lo postergáramos hasta que las reparaciones estén terminadas —dijo Namir. Luego rio con amargura y se reclinó en su asiento—. Aunque algo me dice que la votación no me favorecerá.

* * *

Cuando Namir regresó de Hoth y descubrió que la flotilla se había dispersado, Chalis no se opuso a su decisión de buscar a los supervivientes. Ella no había dicho nada desde su partida del planeta helado, pese a que el moretón de su cuello se desvanecía gradualmente.

Su encuentro con Darth Vader le había dejado heridas profundas. Namir ya había visto soldados padecer neurosis de guerra y traumas, pero no tenía simpatía ni paciencia que ofrecerle a la gobernadora. Consideraba a su propio ofuscamiento algo demasiado valioso como para perderlo. Por ello, la dejó dormir y estar a solas. Se dividían una ración alimenticia al día, de una reserva que se agotaba rápidamente. Chalis se había mantenido al margen, eso era suficiente para él.

En Ankhural, Namir la encontró sola en el área de atención médica, una hora antes del funeral de Howl. Su cuello tenía machas verdes y amarillas, y su cabello estaba tieso por el exceso de polvo. Cuando Namir entró, ella estaba extrayendo de su boca un largo tubo de alimentación. A Namir le pareció descortés mirarla, como si aquel fuera un momento muy privado, pero ella no interrumpió lo que estaba haciendo ni lo saludó.

Cuando volvió a colocar el tubo en su estación correspondiente, Chalis miró a Namir desde la mesa de exploración donde estaba sentada y esperó.

—El funeral de Howl será esta noche —dijo Namir—. Creí que debías saberlo.

Chalis asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Namir se molestó y le tomó un rato descubrir *por qué*. La única razón por la que Chalis seguía viva era porque Howl la había acogido. Sin embargo, Chalis seguía con la Compañía Twilight porque había intentado rescatar a Howl en Hoth, en lugar de huir.

Namir no sabía en realidad cuál era el concepto que Chalis tenía de Howl. Tampoco es que le importara demasiado, pero forzosamente debía haber una reacción en el fondo de su mente. Había establecido un vínculo demasiado estrecho con Howl como para pasar por alto su muerte. Y Namir merecía ver esa respuesta: él le había salvado la vida a Chalis en más de una ocasión. Estaba harto de que lo ignorara.

Cuando se hizo evidente que ella no tenía intenciones de responder, Namir cambió de estrategia.

—Ya no está aquí para protegerte —dijo.

Ante esto, Chalis inclinó ligeramente la cabeza.

—Busca alguna manera de colaborar —sugirió Namir—. Necesitamos toda la ayuda de la que podamos echar mano.

Chalis cerró los ojos como si no hubiera escuchado y se llevó un dedo a la garganta, trazando el contorno del moretón. Namir frunció el ceño y giró con sus talones sobre el piso blanco y esterilizado. Cuando estaba a punto de irse, Chalis habló finalmente.

—El prelado Verge —dijo Chalis. Su voz ya no era aquel ruido ronco y dolorido que había sido en Hoth, pero aun así sonaba como la de una mujer moribunda.

Namir le dio vueltas al nombre en su cabeza. Brand lo había mencionado. Era la persona que había dirigido el ataque contra el *Thunderstrike* en la flotilla.

—¿Qué hay con él?

—Es un niño. Ni un droide de protocolo es tan servil con su amo como lo es él. —El esfuerzo de pronunciar las palabras hizo que escupiera unas gotas de saliva. Sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió las gotas que habían caído sobre sus rodillas.

La ira de Namir se apaciguó, dando paso a la confusión.

—¿Y? —La batalla de la flotilla había concluido hacía mucho tiempo, y el comandante enemigo era lo que menos les preocupaba a todos.

—¿Por qué un chiquillo patético atacó a la Compañía Twilight, mientras Darth Vader estaba en Hoth? —preguntó. Luego clavó su mirada severa y letal en Namir.

Él no tenía la respuesta. Ni siquiera había entendido la pregunta. Finalmente, Chalis exhaló largamente y se recostó en la mesa de exploración. Namir salió sigilosamente del área de atención médica y decidió que consideraría el problema de la gobernadora en otra ocasión.

* * *

—Por *Howling Mad,* Micha Evon, el primer y único capitán de la Compañía Twilight y el mejor comandante de la Alianza. El Imperio está más a salvo sin él.

Se trataba del brindis de Charmer, larguísimo y rebuscado, pero sin tartamudeos. Namir alzó una taza con un líquido carmesí y humeante junto con Gadren, Brand, Twitch y Nemenov, piloto de un X-Wing del *Apailana's Promise* que se encontraba de permiso y cuya presencia era infrecuente entre la Compañía Twilight. Roach se había ofrecido como voluntaria para quedarse a hacer guardia en el *Thunderstrike*. En otra mesa, cruzando un pasillo, había otros soldados de la compañía gritando brindis y contando historias de viejas batallas. Todos estaban bajo la luz anaranjada y abrasadora de aquella cantina de Ankhural.

—Haremos que se sienta orgulloso de nosotros —dijo Brand en voz baja. Todo el grupo bebió al unísono. Namir hizo una mueca al percibir el dulzor excesivo y lo artificial del sabor frutal del vino.

Había sido un funeral sencillo, como lo marcaba la tradición de la compañía. En un esfuerzo por levantar la moral, Namir y los demás oficiales superiores habían acordado conceder un breve permiso a los soldados al final de la ceremonia. Namir pensó que eso no podría empeorar las cosas. Además, debía admitirlo, parecía que todo había vuelto a la normalidad. Se sentía de nuevo en el Clubhouse, viendo cómo Ajax hacía trampa en el juego de cartas; en Vanzeist, celebrando con los pobladores una victoria en contra del Imperio.

—Cuando estábamos en Bamayar fue a hablar conmigo —dijo Twitch, con su bebida frente a la boca. Gadren y Charmer se inclinaron hacia delante para escuchar—. Después de que tomamos ese apestoso puerto…

—Chenodra —dijo Brand.

Twitch encogió los hombros.

—Chenodra. Fue a hablar conmigo mientras se realizaban los trabajos de limpieza. Yo pensé que había fallado, por lo que Ajax y yo habíamos hecho. Pero Howl empezó a hablar sobre *edificios*… dijo algo sobre arcos y columnas. ¡Como si eso me importara! Estaba medio loco.

—Ningún tema era ajeno a su interés —dijo Gadren—. Fektrin pensaba que Howl había sido un maestro antes de la guerra. Eso explicaría muchas cosas.

—Sairgon sabía a qué se dedicaba antes —dijo Brand—. Eran amigos cercanos.

Namir hizo girar su taza y sonrió con amargura.

—Pero Sairgon ya no está tampoco, así que el misterio persiste. Howl murió siendo un icono.

—Conocíamos lo que había en su corazón —dijo Gadren— y sus pasiones. ¿En verdad era tan misterioso?

Namir se encogió de hombros.

—Eso no importa. De donde yo vengo, quienquiera que tenga la desfachatez de dirigir un ejército muere siendo un icono. Es lo último que puedes ofrecer a Howl.

—No comprendo a qué te refieres —dijo Nemenov.

Los demás se removieron incómodamente. Namir supo que no era el mejor tema para la noche. Culpó a la bebida de su falta de tacto y continuó hablando:

—Es mucho más fácil luchar en aras de un icono que en aras de una postura política o una religión. Ni siquiera necesitas *fingir* que analizas detalladamente las cosas. Si mueres siendo un icono, tus seguidores tendrán una excusa para seguir haciendo la guerra durante años y años.

Gadren habló con voz paciente y conciliadora.

—Entonces debemos esforzarnos en recordar a Howl como un hombre y no como un mito. Tendremos que cuidarnos de no caer en esa trampa.

Todos asintieron con movimientos rígidos y los ojos clavados en Namir. Este concedió la razón a Gadren y sonrió forzadamente. No había ido a la cantina a discutir.

La conversación siguió adelante. El grupo contó historias acerca de Howl y de la Compañía Twilight entre nuevas rondas de bebidas, chistes obscenos por parte de Twitch y provocaciones amistosas de Charmer hacia Nemenov. Brand recordó el reclutamiento abierto en Demiloch, cuando Howl recibió el disparo de un espía imperial que se hizo pasar por un recluta. Howl había despertado dos días después; se puso furioso al saber que Sairgon había cerrado anticipadamente la operación de reclutamiento. Charmer habló de los días aciagos posteriores a las pérdidas de la compañía en Magnus Horn, cuando la Alianza intentó reasignar a los supervivientes a otras unidades de infantería. En ese tiempo, Howl luchó por mantener a sus soldados juntos, salvando a la compañía de desaparecer.

Más tarde, aquella noche, luego de que Namir sobornara al cantinero para que ignorara las tazas quebradas y la silla rota de la segunda mesa de soldados de la Twilight,

los dolientes empezaron a regresar al *Thunderstrike* en grupos de dos y de tres. Aunque estaban achispados, ninguno era tan tonto como para emprender a solas el camino de regreso. Después de un rato, sólo quedaron Gadren y Namir.

—Nunca me agradó, ¿sabes? —dijo Namir.

—Lo sé —replicó Gadren. Su piel parecía cubierta de brasas encendidas bajo la agresiva luz de la cantina.

—Todavía no puedo imaginar a la Compañía Twilight sin él.

Gadren asintió con la cabeza lentamente. Su garganta emitió un gorjeo grave, como si intentara contener unas palabras que se obstinaban en salir.

—Es verdad lo que dijiste sobre los iconos —admitió finalmente—. Es más fácil luchar cuando hay un símbolo de por medio. Todos estamos interesados en combatir al Imperio. No dudo de la valentía de nadie, ni de que todos comprendan la magnitud de la maldad que enfrenta nuestra era, pero Howl concentraba nuestras esperanzas. La Compañía Twilight necesita esa concentración para que prevalezca. Un sueño. Un objetivo.

—O lo que sea —dijo Namir.

—O lo que sea —confirmó Gadren.

—En este momento —dijo Namir—, todo lo que tenemos es una nave.

Gadren rio, como si eso no le preocupara en lo más mínimo.

—El capitán —dijo— nunca se preocupó por la cantidad de gente ni de equipo. Pensaba que, mientras actuara con base en sus principios, la compañía sería invencible.

—Era un fanático —dijo Namir.

—No —replicó Gadren con firmeza—. Era un intelectual. Pero yo tampoco llegué a entenderlo.

—Entonces supongo que no importa —dijo Namir, apurando su último trago—. Fanático loco o genio inescrutable… en cualquier caso, carecemos de futuro sin él.

* * *

Namir tuvo el camarote para él solo aquella noche. Roja estaba muerto y los demás ocupantes habían preferido dormir fuera. Sin el sonido de la respiración de sus compañeros, la oscuridad total le pareció desoladora. Como una tumba. Como el túnel derrumbado de Hoth.

Entre sueños, Namir vio a la figura de armadura negra asesinando a sus amigos con un rayo de luz. Vio a Chalis elevarse en el aire sin que nadie la tocara y escuchó cómo los cartílagos de su cuello crujían cuales hojas secas.

¿Era esa la razón por la que los demás luchaban? ¿Era esa la «profunda maldad» que, según Gadren, amenazaba toda la existencia? Una depravación absoluta respaldada por una fuerza inexorable, una sombra interminable que pasaba sobre la totalidad de las estrellas, con la forma de un Imperio Galáctico. Darth Vader era únicamente su punta de lanza.

Namir no tenía intención de confrontar de nuevo esa oscuridad. Pero empezaba a comprender por qué los hombres y las mujeres de la Compañía Twilight no se daban por vencidos cuando se les hacía ver la futilidad de su causa.

Sus pensamientos flotaron a la deriva en el mar de vino rancio que había consumido. Recordó a Chalis burlándose del temor de la Rebelión a la desolación total y sus días con el Credo, la primera vez que había visto a sus compañeros de armas como una familia. Recordó la última vez que había bebido en exceso, con el capitán del carguero rebelde en Hoth.

Aquella noche se había hecho una promesa:

«Si no puedes respaldar aquello en lo que creen, tal vez sea momento de marcharse».

Se merecían algo mejor.

Él los apreciaba a todos. Gadren y Brand, Charmer y Roach, Twitch y Hober. Roja y Beak. A la mujer técnica en comunicaciones a la que la compañía nunca había podido reemplazar. A Pira.

Él tampoco podía darse por vencido. No podía abandonarlos mientras se desangraban sobre la tierra de un planeta como Ankhural.

A la mañana siguiente, Namir no estaba menos confundido, pero sabía que debía actuar. Debía buscar el objetivo que Gadren había mencionado, debía buscarle a la compañía una esperanza luego de la muerte de Howl. Tenía que darle una manera de combatir al Imperio.

Y no tenía idea de cómo hacerlo.



CAPÍTULO 24

SECTOR ELOCHAR

Nueve días antes de la Operación Ringbreaker

El prelado Verge había concebido personalmente el castigo. Los miembros de la tripulación que le habían fallado durante el ataque al *Thunderstrike* (el artillero que se tardó en apuntar a la nave, el oficial encargado del escáner que no anticipó el salto del enemigo a la velocidad de la luz, el comandante de Fuerzas Especiales que había conformado el equipo de infiltración) serían utilizados como sujetos de calibración para los droides interrogadores, hasta que confesaran todos los actos de deslealtad que hubieran cometido en su vida.

A una semana del ataque, sólo el artillero había sido liberado. El oficial encargado del escáner estaba muerto. El comandante de las Fuerzas Especiales todavía gritaba.

El capitán Tabor Seitaron no objetaba la idea de aplicar un castigo. Era un hecho que se habían cometido errores, pero quien debería estar sufriendo el interrogatorio de los droides era la gobernadora Chalis. Y él debería estar de regreso en su casa, poniendo los ojos en blanco al leer el ensayo que algún cadete habría plagiado sobre la Batalla de Christophsis.

La predilección de Verge por la tortura sólo lograría infundir más miedo en la tripulación. El miedo era como el calor aplicado al acero: en la medida justa, lograría forjar una espada; en exceso, podía convertir el metal en escoria.

—Usted y yo pertenecemos a eras distintas —dijo el prelado, después de desayunar con Tabor fuera de las salas de interrogatorios. Mientras se alejaban de ahí, Tabor seguía oyendo los gritos del comandante—. Usted ayudó a construir la máquina que es el Imperio: aceitó los mecanismos, echó a andar sus ruedas. Usted creó un orden. Yo alabo su trabajo.

—Cumplimos con nuestro deber —dijo Tabor— e intentamos estar a la altura del desafío del Emperador.

Luego de su asignación al *Herald*, Tabor descubrió con sorpresa y desconcierto que disfrutaba la compañía del prelado. El entusiasmo con que el chico hablaba largo y tendido sobre sus propias ideas y su deseo de elevar a quienes lo rodeaban a su extraño mundo, resultaban contagiosos. Su trato familiar y sincero, así como su curiosidad por Tabor, resultaban igualmente atractivos. Incluso los alumnos más dotados de Tabor parecían más interesados en su propia proyección laboral que en plantearse ideas nuevas. Verge ya había ascendido más de lo que Tabor podría hacer jamás, sin embargo seguía esforzándose en desarrollar su potencial.

Pero la tolerancia de Tabor tenía un límite. Luego de pasar una mañana observando actos indecibles, al tiempo que intentaba digerir su desayuno de huevos encurtidos y *dumplings,* su interés en conversar con Verge estaba acabándose.

—No obstante —dijo el prelado—, la máquina fue construida. Y, esto es lo importante, capitán, creo que esa máquina es la razón por la que usted y yo no siempre coincidimos.

—¿Hemos estado en desacuerdo con respecto a algún asunto importante? —preguntó Tabor, dejando entrever cierta sorpresa en su voz.

—No —respondió el prelado—, pero sé que no está de acuerdo con mis medidas disciplinarias. Considera que hay maneras más *eficientes* de mantener en funcionamiento la máquina.

Tabor centró su atención en el prelado Verge y se puso firme. No era momento de distraerse ni de actuar con descuido; por más sólida que se hubiera vuelto su relación con Verge, siempre se cuidaba de no despertar la ira del muchacho.

—Ciertamente tengo mis propios hábitos —aceptó Tabor—. Pero esta es su nave y cada líder maneja a sus tropas a su manera.

El prelado frunció los labios, señal inequívoca de impaciencia.

—No me está entendiendo, capitán. Reconozco que tal vez sus métodos sean más efectivos para hacer que la máquina del Imperio funcione con fluidez. Pero la máquina ya está construida —continuó—. El Emperador ha desarrollado una nueva sociedad, una nueva forma de vivir. Mi deber no consiste en sentar sus bases, sino en vivir según las órdenes de nuestro Emperador, como un miembro de la civilización que ustedes diseñaron con tanto acierto. —Verge frunció el entrecejo y se detuvo en medio del corredor—. ¿Qué es lo que el Emperador exige de nosotros, capitán?

¿Se trataba de una pregunta capciosa? Tabor decidió no dudar de sí mismo; no intentaría adivinar lo que el prelado tenía en mente.

—Nuestra lealtad y obediencia —respondió Tabor.

—Lealtad *absoluta* —dijo Verge— y obediencia *absoluta*. Es correcto. —El prelado sonrió y se colocó frente a Tabor—. A cambio de eso, nuestro Emperador nos concede el privilegio de llevar a cabo los actos extravagantes que nos dictan nuestras emociones más poderosas. A usted le enseñaron a actuar con templanza, mientras que yo aprendí las virtudes de los excesos. Pero, mientras nuestra lealtad y obediencia sean absolutas, nuestros excesos no pueden afectar a nuestro Emperador. Mi generación es una de

esclavos gloriosos, capitán; si bien Lord Vader se considera el primer acólito del Emperador, creo que yo soy el primer hijo auténtico del Imperio.

Aquellas palabras rayaban en la arrogancia, pero la voz del prelado temblaba ligeramente y su sonrisa parecía tiesa y forzada.

—¿Así que usted cree que, mientras seamos completamente leales, no podemos fracasar? —preguntó Tabor, dudando de si su atrevimiento sería su ruina.

—Así es —dijo Verge—. Podemos satisfacer cualquier capricho, siempre y cuando nos mantengamos leales a nuestro Emperador.

«Y cualquier error», pensó Tabor, «equivale a traición».

El hombre se dio cuenta de repente de que el chico estaba aterrorizado.

Se forzó a no mostrar reacción alguna y dijo lo único que se le ocurrió para tratar de tranquilizar al muchacho:

—Entonces sigamos empeñándonos en ser leales y asegurémonos de capturar a la gobernadora Chalis.

Verge se dio media vuelta y continuó caminando, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—Por supuesto —dijo—. Pero su nave está oculta. No creo que podamos volver a rastrearla.

—Entonces anticiparemos su siguiente movimiento —replicó Tabor—. Darth Vader y sus fuerzas dispersaron al alto mando de la Alianza. Eso significa que está aislada. ¿Qué hará ahora que está sola?

—Excelente pregunta —dijo Verge—. Ya lo hablaremos, capitán. Analizaremos sus opciones y confeccionaremos un plan.

El muchacho desaceleró su paso y tocó el brazo de Tabor.

Tabor volteó a verlo.

—Este último fracaso —dijo Verge, y su voz volvió a temblar brevemente— fue culpa de nuestro personal, que ha recibido un justo castigo. Pero no debe haber un *segundo* fracaso.

«En eso», pensó Tabor, «sí estamos de acuerdo».



CAPÍTULO 25

PLANETA ANKHURAL
Tres días antes de la Operación Ringbreaker

El módulo de comunicación del *Thunderstrike* había quedado derretido después del ataque a la flotilla. El *Apailana's Promise* no estaba equipado para realizar codificaciones interestelares. Por tal razón, Namir y Brand pasaron buena parte de la mañana peinando tiendas y chatarrerías atestadas, buscando algún traficante que les vendiera las refacciones necesarias para hacer contacto con lo que quedara del alto mando de la Alianza. No encontraron a ninguno dispuesto a vendérselas.

La mayoría ignoraba a la Compañía Twilight, pero algunos ciudadanos de Ankhural habían aceptado hacerse de la vista gorda, sobre todo gracias a los créditos que había de por medio. Sin embargo, no había nadie que quisiera involucrarse activamente. Si el equipo técnico de la Twilight ya había reportado dificultades para conseguir cables, tubos y metal suelto, tratar de conseguir transmisores y secuenciadores de códigos era ir demasiado lejos.

Hacia el mediodía, Namir y Brand llegaron al acuerdo tácito de comprarle a quien fuera, estuviera dispuesto a vender o no. En una tienda de curiosidades donde se apilaban colmillos de animales y frascos de un líquido plateado junto a datapads y arañas retinianas, Brand le susurró al propietario algo al oído, mientras Namir sometía a punta de pistola a un droide que blandía sus navajas. El propietario desapareció en la parte trasera y regresó con una caja de aparatos metálicos marcados con el escudo imperial. Luego gritó algo en un idioma alienígena cuando Brand y Namir salieron de la tienda, este con la caja bien asegurada bajo el brazo izquierdo.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Namir.

—Algo que sólo funcionará una vez —dijo Brand, mirando de reojo a sus espaldas mientras caminaban por los oscuros callejones de la ciudad.

La respuesta era más de lo que Namir había esperado recibir, así que quiso seguir tentando a la suerte.

—¿Qué dijo él? —preguntó.

—Pensó que tú y yo somos pareja —dijo Brand.

Namir rio hasta que Brand le dirigió una mirada de reproche. Sin embargo, su alegría se disipó conforme se acercaban a la pista de carreras. Los temores y preocupaciones que lo habían agobiado la noche anterior lo envolvieron como una mortaja.

Aún no sabía cómo darle a la Compañía Twilight lo que necesitaba.

Cuando el módulo de comunicación estuvo listo, no quedó más que esperar y rezar. El *Thunderstrike* envió tres mensajes a tres estaciones de retransmisión distintas, con la esperanza de que llegaran a alguna nave o base que no hubiera sido destruida. Eso constituía en sí mismo un riesgo, ya que si el Imperio localizaba las estaciones, podría rastrear los mensajes. Namir no comprendía el aspecto técnico de las transmisiones, pero confiaba en la palabra de los sobrevivientes del puente; con capitán o sin él, eran miembros de la armada de la Alianza, y eso significaba que habían leído los manuales de máquinas cuyo nombre Namir no podía ni siquiera pronunciar.

Los oficiales superiores alternaron turnos en el módulo de comunicación durante el resto del día y la noche. Si se abría un canal de comunicación con la Alianza, sería por un tiempo muy corto, pero alguien tenía que estar listo para aprovechar la oportunidad por más breve que fuera. Namir había ido a relevar a Von Geiz a primera hora de la mañana; entró en la oficina de Howl y encontró al viejo doctor mirando un resplandeciente holograma azul.

—La mayor parte del alto mando sobrevivió, pero la flota está diseminada y el Imperio está a la caza de los fugitivos. —La imagen se desdibujó, se convirtió en estática y volvió a concretarse con el torso y la cabeza de un chico sin uniforme, más joven que Namir. Era difícil entender lo que decía; un droide hubiera sonado más humano—. No hay manera de pronosticar cuándo se reunirán.

Von Geiz asintió con la cabeza lentamente.

—¿Y la princesa? —preguntó.

Hubo una larga pausa antes de que el chico respondiera; Namir no supo si por causa técnica o humana.

—Desconocemos su paradero. Sabemos que está viva. —El Imperio había designado una gran cantidad de recursos para su localización—. Pero eso es todo.

Von Geiz hizo un gesto de asentimiento y volteó a ver a Namir. Este lo animó con otro gesto para que continuara.

—¿Hay alguna autoridad superior —preguntó Von Geiz— con la que podamos hablar? ¿O alguna orden general para las naves supervivientes?

De nuevo, una larga pausa.

—No que yo sepa —dijo finalmente el muchacho—. Lo lamento, *Thunderstrike*. Buena suerte.

El holograma parpadeó y desapareció. Von Geiz habló en voz baja, mirando el espacio donde había estado el holograma, como si esperara que la transmisión se reanudara.

—Como supusimos, estamos solos.

Namir se recargó en la pared de la reducida habitación y cruzó los brazos frente al pecho.

—Howl confiaba en ti —dijo—. ¿Qué hubiera hecho ahora?

Von Geiz rio.

—Seguramente algo que sólo él sería capaz de hacer. Lo que en realidad debemos preguntarnos es: ¿qué podemos hacer sin Howl?

* * *

Namir hizo acopio de valor frente al camarote de Howl. Ya sabía qué hallaría dentro, así que debía mantener la calma, pero cuando intentó imaginar el diálogo y la discusión que seguramente se producirían en seguida, su mente no halló asidero y cayó al vacío gris que lo acechaba desde Hoth. Estaba demasiado agotado como para anticipar nada.

«Al diablo con los preparativos y los sermones».

Manipuló el teclado numérico y entró por el umbral.

No era una habitación lujosa, ni siquiera con los estándares de la Compañía Twilight. Era apenas un poco más grande que la oficina del capitán; un catre se extendía a lo largo del recinto. Y había un baúl y un pequeño escritorio recargados contra dos de las paredes. El baño privado, del tamaño de un clóset, era la única concesión a los privilegios del rango. La decoración era espartana; Namir concluyó que Hober había retirado las pertenencias de Howl antes del funeral.

Sobre el catre estaba sentada Everi Chalis. Se veía pequeña; estaba encorvada sobre un datapad, con la cabeza gacha y las rodillas muy juntas. Con un dedo, recorría rápidamente la pantalla del datapad. Cuando Namir se acercó, vio que bajo la mano de Chalis estaba tomando forma un rostro.

—¿Nuevo proyecto de arte? —preguntó.

Ella tocó de nuevo la pantalla y borró el boceto. Cuando alzó la cara, Namir notó que las marcas de su cuello prácticamente habían desaparecido.

—Es sólo un ejercicio —dijo. Su voz sonaba ronca, aunque no forzada.

Namir se preguntó si eso sería lo más que lograría recuperarse, pero apartó la pregunta de su mente. No tenía importancia.

—Necesito tu consejo —dijo él.

Chalis bajó la vista hacia la pantalla en blanco y empezó a dibujar otra vez.

—Tú me dijiste —continuó Namir— que todo lo que querías era comodidad, respeto y un lugar para esculpir. Dijiste que serías capaz de derrocar al Imperio con tal de recuperar tu vida. —Sintió el deseo de arrebatarle el datapad de las manos, pero se controló—. No veo por qué haya cambiado eso. Sigues atada a la Compañía Twilight. Aun si fueras libre, apuesto a que la gente de Ankhural te vendería al Imperio en menos de lo que canta un gallo.

Chalis no dijo nada. Su cuerpo estaba tan encorvado sobre el datapad que Namir no podía ver lo que estaba dibujando.

—Tú conoces al Imperio mejor que nadie aquí —continuó él, tratando de que su irritación no se reflejara en su voz—. El alto mando está fuera de la jugada. Si no contamos con un plan, todos moriremos.

—¿Ya eres un rebelde convencido? —preguntó Chalis. Namir tuvo que esforzarse para escucharla.

—No —respondió él—, pero no pienso abandonar a la compañía.

Chalis emitió un sonidito ambiguo.

Namir esperó. Observó detenidamente a la mujer que estaba frente a él e intentó recordar si siempre se había visto tan demacrada, si sus omóplatos y pómulos siempre habían sido tan prominentes, si sus mechones de cabello blanco resaltaban tanto en Haidoral Prime. Conforme movía los dedos sobre el datapad, Namir vio que los músculos de su brazo se crispaban como los de un animal moribundo. Intentó no pensar en qué estaría pasando por la mente de Chalis.

La conocía demasiado bien como para creer que podía influir en sus pensamientos.

Al darse la vuelta y encaminarse a la puerta, Chalis habló de nuevo.

—Crecí como tú —dijo, sin alzar la vista—. No en esa miserable colonia en particular, pero sí en otra muy parecida.

—Crucival —dijo Namir—. Se llamaba Crucival.

Chalis no dio señas de haberlo escuchado.

—No teníamos *nada* —dijo—. Mi madre trató de venderme a una nave de exploración de la Federación de Comercio, cuando yo tenía seis años. Era muy pequeña. El capitán me tuvo compasión y me regaló un paquete de cristales de nectrose.

»Imagina a una niñita que dormía sobre el colchón manchado de su madre, en las ruinas de una fábrica de papel. Los cristales… se supone que se espolvorean en agua para endulzarla y darle un sabor frutal, pero yo no lo sabía.

»No teníamos agua para beber. Yo metía los dedos en los cristales y los lamía. Los racionaba: me di un gusto a la semana durante *meses*. Siempre hacían que me salieran ronchas, pero eran la cosa más maravillosa que había visto en mi vida.

»Así fue como supe que debía abandonar mi planeta, que vivía en medio de la porquería, comiendo basura y bebiendo veneno, mientras que los de otros planetas eran tan ricos que podían regalar paquetes de nectrose a los niños.

La voz de Chalis había cambiado. Le tomó un tiempo a Namir notarlo, por la ronquera, pero el acento se había transformado. Una vez más desapareció la pronunciación afectada y su manera de hablar se volvió súbitamente familiar.

Casi parecía oriunda de Crucival.

—Entré a la Academia Colonial. El cómo no tiene importancia. Estudié para convertirme en artista. Logré salir del planeta y me encontré con que seguía siendo la peor escoria de la sociedad, una bonita salvaje a la que ricos mecenas exhibían a manera

de curiosidad. En la época de la República no tenía a dónde ir. Podía rascar y arañar las paredes del hoyo hasta sangrarme las manos, pero jamás salir de él.

»El Imperio no me trató bien cuando se impuso, pero premiaba el éxito. El conde Vidian vio cierta… cualidad en mis esculturas. La habilidad de visualizar conceptos de una manera que él no podía. Me tomó como aprendiz y dejé de lado mi arte.

»Hice cosas horribles, sargento. Sugerí la explotación minera de la atmósfera de un planeta habitado. Como consecuencia, sus habitantes tuvieron dificultades para respirar el resto de sus vidas. Concebí maneras de hacer eficiente la esclavitud otra vez. Le dije a un moff que lo amaba, y le corté la garganta por hacerle un favor a otro.

»Pero pensaba que todo ello valía la pena. Escalé a la cima de la jerarquía gracias a mi gran habilidad como consejera. Me gané el respeto de los hombres que pensaban que «generaciones de buena educación» eran la clave del éxito.

Su tono mostraba amargura, y en la superficie de su datapad se veían gotitas de baba. Sus hombros se alzaron y cayeron incluso antes de que empezara a toser. Lo que comenzó como un seco carraspeo se volvió húmedo y mucoso. Parecía como si la mujer estuviera pudriéndose por dentro.

Namir se concretó en mirar y esperar. No sentía compasión ni lástima.

Finalmente, la tos cedió. Unos instantes después, Chalis continuó.

—Ahora sé la verdad —dijo. Por segunda vez desde que Namir había entrado en la habitación, ella alzó la vista para verlo.

—¿La verdad? —preguntó él.

—Nunca inspiré respeto —dijo Chalis—. Los moffs nunca me consideraron su igual. Darth Vader nunca me consideró una amenaza. El Emperador envió al prelado Verge, un sicópata cabeza hueca, para atraparme mientras Vader estaba… —Hizo un gesto despectivo con la mano— persiguiendo rebeldes.

»El Consejo Regente jamás me vio como algo más que una escultora de tercera de un planeta de mala muerte. Renuncié a todo al desertar y apenas les importó.

Namir sintió un cosquilleo bajo la piel de la frente. Aquellas palabras hicieron resurgir algo que creía haber dejado atrás, en el viaje a Hoth: una ira frustrada e intermitente hacia Chalis, por la maldición que había echado sobre la Compañía Twilight. La maldición que *él* había impuesto a la compañía por no haberla matado en Haidoral Prime.

—El teniente Sairgon y los demás —dijo Namir con voz baja y plana— están muertos gracias a lo *poco* que le importas al Imperio. Al igual que Fektrin y Ajax… pero no conoces sus nombres, ¿verdad?

Chalis seguía con la mirada clavada en él. Namir dio un paso al frente y se puso en cuclillas delante de ella para quedar a su altura. Los ojos de la gobernadora estaban inyectados de sangre y sus pupilas, dilatadas.

—Estás en deuda con esta compañía —dijo él— y estás en deuda conmigo. Deja de sentir lástima por ti misma y ayúdame a salvar a esta gente.

—Ya le di a la Rebelión todo lo que tenía, en Hoth —dijo Chalis. Volvió a bajar la vista a su pantalla. Estando tan cerca de ella, Namir pudo ver el boceto de un hombre con barba y ojos grandes que bien podría haber sido Howl—. Mis deudas están saldadas.

Como ella no dijo nada más, Namir se levantó y salió de la habitación. Sintió de repente la boca reseca y el corazón acelerado.

Después de esto, ya no le quedaba ninguna esperanza.

* * *

Cuando Namir recibió la noticia, la pelea ya había terminado. Twitch estaba cubierta de una sangre que no era la suya, Jinsol tenía la nariz fracturada y Maediyu había regresado a la pista de carreras deteniendo la piel de una de sus mejillas con la mano.

—Pudo ser fortuito —dijo Brand—. Una pandilla de bajo estrato que buscaba una manera fácil de conseguir blásteres o que tal vez intentaba retener a nuestra gente para pedir rescate.

Namir la encontró en la grada más alta del anfiteatro, mirando hacia la ciudad.

—Pero tú no lo crees.

Brand encogió los hombros.

—Creo que es un mensaje —dijo—. Creo que los poderes auténticos de Ankhural nos quieren fuera.

—¿Y quiénes son esos poderes auténticos?

—¿Tiene importancia? —preguntó Brand.

—Probablemente no —dijo Namir—. Además, la nave esta casi lista para despegar. Todavía hacen falta reparaciones, pero pueden realizarse durante el vuelo.

—Suponiendo que tengamos un lugar a donde ir.

Namir hizo una mueca al escuchar el comentario, aunque el tono de Brand no era pretencioso.

—Mañana en la mañana —dijo Namir—, durante la reunión de oficiales, definiremos algo.

Brand ladeó ligeramente la cabeza, como siguiendo un movimiento en una calle lejana. Fuera lo que fuera, Namir no alcanzaba a verlo. Tal vez era sólo que Brand no quería mostrar su escepticismo.

—Nadie objetará tu presencia ahí —continuó él—. Te has ganado mucha libertad de acción…

—No —dijo Brand.

—¿No?

—No soy capitana —añadió ella. Estaba completamente inmóvil, como una gárgola en la parte más alta del anfiteatro. Entonces rompió el encanto y miró de frente a Namir—. Ni siquiera soy una soldado.

—¿Y eso qué significa? —Él escuchó cómo su molestia se reflejaba en su voz, pero era demasiado tarde para tratar de ocultarla.

—Significa que, si encuentro una manera mejor de combatir al Imperio, la voy a tomar.

Namir maldijo y pateó uno de los escalones.

—¿En verdad tenías que decirlo en voz alta? Ya sé lo que ocurrirá con esta compañía si no ideamos un plan… No necesito que además vengas a amenazarme con que te vas.

Brand flexionó los dedos de las manos, abriendo y cerrando los puños. Y finalmente asintió con la cabeza.

—Lo siento —dijo, y empezó a bajar.

Namir gruñó y la siguió.

—Ya encontraremos algo —repitió en voz baja.

Cuando llegaron a la pista de carreras, Brand se dirigió primero hacia la reja y luego hacia Namir. Lo tocó en el hombro y le dijo:

—Me alegra que nos hayas encontrado. Todos pensamos igual. La mayoría de los nuevos reclutas ya estarían podridos si no fuera por ti.

—No te preocupes por eso. —Namir negó con la cabeza y puso una sonrisa forzada—. ¿Vas a la ciudad?

—De cacería —dijo Brand—. No le digas a Twitch que fui a terminar la pelea sin ella.

* * *

Namir pasó la noche maldiciendo todas las cosas que no sabía.

En Crucival conocía las facciones, conocía el terreno; sabía que defender una colina era más fácil que defender un campo. Había aprendido a reconocer cuándo una batalla estaba perdida y cómo batirse en retirada o rendirse para mantener viva a su unidad.

Pero ¿qué sabía sobre cómo librar una guerra galáctica? La estrategia de la Rebelión siempre fue un misterio para él, pero eso no había importado. Su trabajo consistía en tomar el control de planetas en tierra, en arrastrarse sobre el lodo, en acechar por las noches y aterrorizar al enemigo.

Pero no había territorios rebeldes que defender. Los pocos planetas que se habían comprometido totalmente con la Alianza estaban cercados por bloqueos imperiales y resultaban inaccesibles para el *Thunderstrike*. El ataque a objetivos vulnerables —planetas imperiales poco vigilados a los que la compañía podía bajar para destruirlos— era casi viable; pero sin un plan estratégico, la compañía se desmoronaría a causa de las deserciones. Eso sin contar las bajas en combate.

Incluso una mentira parecía imposible. Namir consideró la posibilidad de elegir un planeta, el que fuera, y centrar sus esfuerzos en conquistarlo. Pero la Compañía Twilight era móvil por una razón: si permanecía en un mismo lugar y se convertía en una amenaza permanente, el Imperio podía usar toda su potencia de fuego para aniquilarla.

Cada objetivo que concebía era como un fantasma que se desvanecía con sólo tocarlo.

Fue a desayunar huevos rehidratados, importados a Ankhural y comprados al mayoreo por uno de los asistentes de Hober, una hora antes del alba, luego de pasar la noche en vela. Mientras caminaba por el perímetro del *Thunderstrike,* cayó en la cuenta de que había olvidado rasurarse, pero no le vio caso a tratar de ocultar su cansancio. Inspeccionó la extraña ciudad de tiendas y saludó a los vigías. Creyó ver a Brand entrando por la reja y se preguntó si habría encontrado a su presa.

Se sentó en el anfiteatro, mirando la salida de un sol extraño. Entonces, se preguntó si podría convencer a Brand de que lo llevara con ella si decidía irse.

No es que quisiera irse. No *podía*. Sobre todo cuando la compañía lo necesitaba tanto. Su promesa acerca de que debería marcharse si no podía respaldar aquello en lo que los otros creían, seguía en pie. Él había decidido respaldar a sus amigos. Sin importar cuán desastroso resultara todo.

Cuando abordó el *Thunderstrike* ya iba con retraso a la reunión de oficiales superiores. Se había resignado a una mañana de disputas amargas y discusiones sin sentido, pero esperaba que otra mente se impusiera ahí donde la suya lo había defraudado.

Lo que vio al llegar a la sala de conferencias lo dejó paralizado en el umbral.

Los oficiales de la compañía estaban sentados alrededor de la mesa o recargados en las paredes, como siempre. Pero, mientras hablaban entre sí en voz baja, todos miraban hacia el extremo más alejado de la mesa… hacia el lugar de Howl.

Ahí se encontraba Everi Chalis, de pie, con un datapad en el que capturaba instrucciones para un droide holográfico que flotaba sobre la mesa. No se parecía en nada a la mujer que Namir había visto el día anterior. Estaba bien erguida y proyectaba seguridad. Las marcas de su cuello habían desaparecido por completo. Namir pensó que eso se debía al maquillaje. Incluso su cabello era diferente, recortado tanto que incluso lo habría aprobado el ejército Imperial. Sólo su cansancio parecía el mismo: el rostro demacrado, los ojos rojos.

Ella apartó la vista del datapad y miró hacia el otro lado del recinto, hacia Namir. De pronto, sonrió.

—Ya estamos todos —dijo—. ¿Comenzamos?

* * *

Chalis hablaba con voz ronca y hacía pausas con frecuencia. A veces se apartaba de la mesa y veía a sus hombros temblar. Pero, salvo esas pequeñas muestras de debilidad, se le veía en completo control de sí misma y del recinto. En ningún momento tartamudeó. Miraba directamente a los ojos a cualquier oficial que pareciera estar a punto de darse la vuelta y sonreía con la humilde seguridad de una rebelde decidida a derrocar a un poderoso imperio.

—Este es un momento de debilidad para la Alianza —comenzó—. El Emperador intenta asestar por fin el tiro de gracia, dando caza a los miembros dispersos del alto mando de la Alianza en su huida al Borde Exterior de la galaxia.

»Pero el triunfo potencial del Emperador alberga también una oportunidad. El alto mando y las naves insignia de la Rebelión fueron dispersadas, no destruidas. La Princesa Leia Organa es el blanco de una cacería sin precedentes.

Por un breve instante, los labios de Chalis se congelaron al esbozar una sonrisa. Namir reconoció la amargura que había contemplado el día anterior. Sin embargo, esta se desvaneció y la gobernadora continuó:

—El Emperador Palpatine, los moffs, Darth Vader… todos han hecho lo que mejor saben hacer: desplegar fuerzas monstruosas para peinar el Borde Exterior en busca de sus enemigos. Y para cubrir enormes territorios han tenido que desplazar a flotas enteras. Por primera vez en años, las defensas de los mundos del núcleo se encuentran disminuidas.

La habitación se llenó de murmullos. Carver habló sin ocultar su escepticismo.

—¿Cómo lo sabe?

Chalis hizo un gesto de desdén con la mano.

—Estuve en Hoth —dijo—. Reconocí las naves que llevaron para atacar. También he estado monitoreando todas las transmisiones no codificadas que llegan a este foso de arena. Sobre todo, sé con qué cuenta y con qué no cuenta el Imperio. Retirar las flotas de las zonas de guerra activas o de la frontera del Borde Medio resultaría demasiado riesgoso; lo más lógico es que hayan recurrido a las de los mundos del núcleo para equipar la operación de Vader.

A Namir le sorprendió que Chalis hiciera una pausa en espera de contraargumentos. Carver no arguyó nada, y ella continuó.

—Esta vulnerabilidad —añadió Chalis— no significa que podamos realizar con éxito una misión de conquista. Si intentáramos atacar el Palacio Imperial de Coruscant, seríamos destruidos antes de que las naves de desembarco tocaran la atmósfera. Pero yo sé cómo funciona la máquina de guerra del Imperio. Y quiero hacer que sus engranes se hagan añicos, polvo.

La gobernadora chasqueó los dedos. Sobre la mesa, el droide holográfico osciló de arriba a abajo; sus proyectores se encendieron y formaron la imagen de un planeta que Namir no reconoció. Su aspecto era bastante común: cubierto de nubes, agua y tierra. Podría haber sido de cualquiera de los cientos de mundos que Namir había visitado, de no ser por el anillo que circundaba su ecuador.

¿Los planetas terrestres podían tener anillos? Namir intentó recordar lo que Gadren le había enseñado.

—Este es el planeta Kuat —dijo Chalis—. Sus astilleros son el semillero principal de los destructores estelares del Imperio. Propongo que los destruyamos.

La imagen holográfica parpadeó y reconfiguró una imagen magnificada del anillo. Con el acercamiento, parecía un inmenso andamio colocado en el espacio, extendido y acondicionado con enormes sectores atiborrados de maquinaria. En el interior del

andamio, como prisioneros a los que se hubiera dejado morir en cautiverio, se veían los esqueletos de naves cuneiformes; su cuerpo estaba cubierto sólo a medias por su metálica piel. Unos diminutos puntos brillantes avanzaban desde y hacia los esqueletos. Los puntos subían a las naves o regresaban a los diferentes sectores.

—Si lo conseguimos —continuó Chalis—, el ataque paralizará la producción de naves nuevas y evitará que se repare y dé mantenimiento a las que ya existen. Puede que los destructores estelares sean prácticamente indestructibles, pero son también las naves que necesitan más recursos. Y los astilleros de Kuat son los únicos capaces de dar mantenimiento a más de unos cuantos a la vez.

»Además, al detener la producción y reparación de los destructores estelares, limitaremos la capacidad del Imperio para desplegar su infantería. Ya no podrán llevar en una sola nave a miles de stormtroopers y a un escuadrón completo de transportes acorazados todoterreno. El Imperio tendrá que modificar su estrategia para la contención de planetas.

Namir contempló a los oficiales superiores. Algunos consultaban sus datapads, tomaban notas y comparaban información. Otros observaban a Chalis o al holograma. Von Geiz tomó la palabra.

—La Alianza ya intentó atacar Kuat —dijo—. Sólo contamos con dos naves…

—Las defensas de Kuat están orientadas al combate aéreo —dijo Chalis, sin sobresaltarse, como si hubiera anticipado la pregunta—. Nosotros somos una compañía de infantería; nadie ha intentado invadir por tierra los astilleros. —Volvió a chasquear los dedos, y el holograma mostró un acercamiento mayor, en el cual se veían vías para vagonetas y recintos cerrados sobre el espacio—. El anillo orbital tiene un área habitable de menos de trescientos mil kilómetros cuadrados, menos que una subnación planetaria común. Es susceptible a formas peculiares de ataque. Imaginen un combate en que con sólo oprimir un botón se pudieran aislar bloques enteros de la ciudad, en que cualquier daño a la infraestructura constituyera un golpe mortal contra el enemigo. Sí, será sangriento, pero creo que la Compañía Twilight puede lograrlo.

Namir sintió que una oleada de incomodidad se propagaba por la habitación, aunque nadie discutió abiertamente. Intentó visualizar lo que Chalis proponía, pero descubrió que sus palabras no significaban nada para él. Incluso los números estaban más allá de su capacidad de comprensión.

—Por otra parte —continuó ella—, las defensas espaciales del sistema estelar de Kuat son formidables, incluso sin los elementos de la flota desplegados en el Borde Exterior. Tendremos que aligerarlas para hacer más seguro el paso del *Thunderstrike* hacia los astilleros.

La proyección del droide se transformó en un mapa estelar. Una línea zigzagueaba desde un punto en la parte más baja hasta otro en la parte superior. Namir asumió que el último representaba a Kuat.

—Para ello —dijo Chalis—, debemos seguir una ruta indirecta hacia Kuat y atacar los objetivos señalados. No serán asedios ni ataques prolongados; estos son ataques

quirúrgicos en contra de centros logísticos. Una vez destruidos, el Imperio *tendrá* que reaccionar reasignando naves y oficiales, ya sea para reparar los daños en esos centros o para reforzar otros. Directa o indirectamente, estas reasignaciones disminuirán las defensas de Kuat.

—Eso tampoco puedes asegurarlo —objetó Carver. Su voz sonaba firme, pese al tonto beligerante.

—Conozco mejor que nadie el flujo de recursos en el interior del Imperio —dijo Chalis—. Esa es la razón por la que el capitán Evon me aceptó. Es la razón por la que el alto mando de la Alianza me necesitaba. Lo conozco *a la perfección*.

Le hizo otra señal al droide, entonces el holograma parpadeó para finalmente desaparecer. La sala de conferencias parecía oscura sin aquel resplandor azul.

—El sargento Namir y yo hemos discutido este plan desde nuestra salida de Hoth —continuó—. Será peligroso. Tendremos que movernos rápido, tanto en tierra como en el espacio, sólo para tener una oportunidad para luchar. Debemos mantener la discreción operacional para que el Imperio no anticipe nuestro verdadero objetivo. Y una vez que hayamos llegado a Kuat, cualquier cosa podría salir mal. Pero, si lo que quieren es darle un vuelco a esta guerra, creo que esta es nuestra mejor oportunidad.

Chalis no miró a Namir al mencionar su nombre. Lo hizo con tanta naturalidad que él lo hubiera pasado por alto si los demás no se hubieran girado para verlo. Namir supo que, si no rechazaba inmediatamente la autoría del plan, intentarlo después le haría perder credibilidad. Pero si negaba su participación, Chalis sería tachada de mentirosa y toda su presentación sería considerada sospechosa.

Decidió no decir nada.

A partir de ese momento prácticamente dejó de escuchar. Los oficiales empezaron a discutir. Hober inundó a Chalis con preguntas acerca de los blancos, de las defensas móviles de Kuat, y —después de un ataque de tos que terminó hasta que Von Geiz intervino— ella las respondió sin reparos. Mzun, Gadren y Carver debatieron sobre tácticas para asaltar los astilleros. El segundo al mando del *Apailana's Promise*, que estaba en representación de su nave, permanecía silenciosamente en una esquina, negando con la cabeza.

Namir pensó en las promesas que había hecho. Pensó en las palabras de Gadren y en Hoth. Pensó en Kryndal, el idiota de las Fuerzas Especiales de la Alianza con quien había peleado en la Base Eco. Y se preguntó si este descabellado plan para tomar Coruscant no sería menos práctico.

Al menos este no era el plan de un ideólogo loco, aunque lo parecía.

—¿Tenemos alguna alternativa? —preguntó—. ¿Algún plan mejor?

El parloteo a su alrededor se fue apagando hasta detenerse. Los oficiales lo miraron. Durante esos segundos de silencio, rezó por que alguien diera una respuesta afirmativa.

—¿Podría salir de la sala un momento? —le dijo Gadren a Chalis. Habló con una voz tan severa y grave que resultó difícil de entender.

Chalis asintió cortésmente y salió, seguida por el droide flotante.

—Howl confiaba en ella, al menos en parte —dijo Gadren, ahora de frente a Namir—. Pero Howl confiaba en ti más de lo que crees. Y todos nosotros te respetamos por el servicio que has prestado a esta compañía. Por ello te pregunto: ¿es esto lo que debemos hacer?

«No lo sé», pensó Namir. «¿Cómo podría saberlo?».

—Sí —dijo.

—Entonces cuentas con mi apoyo —replicó Gadren—. Aunque, si se decidirá por votación, me retiraré, agradeciendo a todos su paciencia.

—¿Tenemos que actuar con tanta formalidad? —preguntó Von Geiz—. Técnicamente, el mando recae en mí, después de Howl y Sairgon y Paonu y… bueno… Sharn, ¿te opondrías a una votación oral?

El segundo al mando del *Promise* negó con la cabeza.

—Tu compañía; tus reglas. El *Promise* los respaldará cualquiera que sea su decisión.

—En tal caso —dijo Von Geiz—, ¿todos a favor del ataque a Kuat?

Se escucharon sonidos de consentimiento, enérgicos y decididos, reacios y débiles, en todo el recinto. Sólo Hober, Mzun y Gadren se mantuvieron en silencio, los tres con expresión neutra. Namir intentó leerlos sin éxito.

—La votación es a favor —dijo Von Geiz.

Namir no sintió alivio. La Compañía Twilight habría muerto sin un plan, aunque no había garantías de que sobreviviría con uno. Aun así, se obligó a sonreír. Se trataba de su plan, aparentemente, así que no era momento de mostrar inseguridad.

—Sugiero que hagamos una pausa y empecemos a preparar el despegue —dijo Hober—. Pero hay otra cosa que también debemos decidir.

Namir miró con desconcierto a Hober, pero luego comprendió a dónde quería llegar el intendente. Bajo su semblante inmutable, Namir estaba furioso y se preguntaba hasta qué punto Chalis habría coreografiado su destino.

* * *

Las corrientes de silica chocaban contra la pared del anfiteatro y salpicaban polvo hacia la cada vez más reducida ciudad de tiendas. Las mangas de Namir se batían en el viento, mientras él se cubría los ojos y la boca. Si el *Thunderstrike* no estaba listo para despegar al cabo de una hora, quedaría atrapado en la tormenta que se acercaba a gran velocidad, y la compañía quedaría varada en Ankhural una noche más.

Y, por más que había llegado a odiar aquel planeta, estar ahí no le resultaba del todo desagradable.

Namir le dio la espalda a la pared cuando escuchó un sonido de cuero chocando con cuero: el acompasado aplauso de unas manos enguantadas a unas cuantas gradas más abajo. Brand lo miraba con una sonrisa en el rostro.

—Felicidades, *capitán* —dijo.

Namir respondió con un gruñido y empezó a bajar hacia la pista. Brand se colocó a su lado.

—Todavía sargento primero —dijo él—. Sólo es una asignación temporal, porque obviamente no iban a poner a la gobernadora a cargo.

—Entonces, ¿fue idea de ella?

—Sí.

Brand encogió los hombros.

—Ahora es tuya.

Namir volteó a verla y notó que se había colocado su máscara.

—Tú crees que es un error.

—¿El plan? —Brand volvió a encogerse de hombros—. No tengo idea. La gente tiene muchas dudas, pero siempre es así. Los soldados confían en ti. Y es bueno para levantarles la moral.

Namir rio.

—¿O sea que no debo preocuparme por un motín?

—Para nada —dijo Brand.

Cruzaron juntos la pista de carreras, en dirección a un grupo de soldados que llevaba tiendas y generadores de regreso al *Thunderstrike*. Algunos saludaban a Namir y reían, pero manteniendo su distancia. Namir escuchó, pese al ruido del viento, cómo un motor de la corbeta cobraba vida con un grave gemido.

—Gracias —dijo él en voz baja—. Por salvar a la compañía.

—Fue un placer, sargento. Harás lo correcto. —Ella habló con voz firme, seria, pero, cuando le puso una mano sobre el hombro, Namir creyó escuchar un dejo de humor en ella—. ¿Quién sabe? —continuó Brand—. Con suerte, tal vez incluso ganemos.



CAPÍTULO 26

PLANETA MARDONA III

Día cuatro de la Operación Ringbreaker

El *Thunderstrike* y el *Apailana's Promise* volaban tan cerca que sus escudos iban chocando entre sí, centelleando a través del espectro visible y liberando energía suficiente para pulverizar a todo caza TIE que pasara a través de su campo. Todo escuadrón que intentó volar entre las naves rebeldes terminó destruido como si hubiera sido aplastado por sus cascos.

Sin embargo, por cada caza que desaparecía en medio de una nube ardiente de oxígeno y gas tibanna, cientos más salían al paso de los rebeldes. El *Promise* ya había retirado sus X-Wings de la batalla; no iba a sacrificarlos en un combate imposible de ganar. Los disparos de la Twilight sólo lograban reducir el enjambre de enemigos, no dispersarlo. Si había alguna esperanza para las dos naves que se zambullían a toda velocidad hacia los océanos azul grisáceo del hemisferio sur de Mardona III, dicha esperanza residía en su velocidad, no en su potencia de fuego.

El puente del *Thunderstrike* se sacudió cuando la nave entró en la atmósfera. Namir se aferró la barandilla de la plataforma de mando, hasta que los nudillos de sus manos morenas se pusieron blancos.

Chalis estaba a su lado, con una sonrisa tensa y sujetándose de manera un poco más relajada la barandilla.

—Pareces nervioso —dijo.

—Normalmente hago esto en naves de desembarco —dijo Namir—. Es mucho más preocupante cuando puedes ver lo que está causando el traqueteo.

—Hubieras estado en el puente durante lo de Coyerti —replicó Chalis, encogiendo los hombros. Namir creyó oír cierto nerviosismo en su voz. Se preguntó si ella estaría fingiendo tranquilidad para él o para la tripulación—. Estaremos bien… ¿o no, comandante?

—¡Más que bien! —fue la respuesta—. ¡Estaremos maravillosamente! ¡Somos águilas pescadoras zambulléndose hacia su presa!

El comandante Tohna había sido transferido del *Promise*; era un hombre de poca estatura y musculoso, antiguo timonel, que había llegado para dirigir a la tripulación del puente y comandar al *Thunderstrike*. Lo precedían buenas recomendaciones de los oficiales del *Promise*, pero Namir todavía no sabía qué esperar de él. Tohna y la tripulación del *Promise* eran quienes habían concebido la incursión a Mardona durante las juntas de planeación, después de que Chalis les había asegurado que no habría naves de guerra y que su mayor preocupación deberían ser los cañones de iones de la superficie y las defensas satelitales.

Así pues, el plan era avanzar a toda velocidad hacia el planeta y zambullirse en la atmósfera de Mardona debajo de los satélites y fuera del alcance de los cañones continentales.

Algo metálico produjo un ruido sordo en el casco, pero Tohna no parecía preocupado.

—Ya dejamos atrás a la mayoría de los cazas —dijo—. Las naves de desembarco pueden salir en cuanto usted lo disponga.

—Adelante —dijo Namir. Los hombres y mujeres que trabajaban en las estaciones del puente empezaron a teclear en sus consolas y a hablar a través de sus comunicadores. El *Thunderstrike* produjo otro estruendo cuando sus hangares se abrieron entre las grises nubes de tormenta que había en Mardona.

Chalis se soltó de la barandilla y se acercó a Namir.

—Tus pelotones conocen la misión —dijo—. La operación seguirá adelante aunque nosotros no bajemos. —Entre su ronquera y el rugido de la nave, Namir tuvo que esforzarse para entender lo que decía.

—Lo sé —dijo—. Bajaremos de todos modos.

* * *

Mardona III era, según la desdeñosa descripción de Chalis, un *planeta bodega*. No era ni un concurrido puerto comercial ni un centro de producción, sino un lugar donde el Imperio almacenaba equipo y materiales para su distribución a los sistemas cercanos en tiempos de necesidad. Los planetas bodega eran parte de una estrategia mayor que le permitía al Imperio redistribuir ágilmente los recursos y eliminar la dependencia de rutas de comercio obsoletas. Pero sobre todo eran un punto vulnerable que la Alianza aún no había explotado.

El megapuerto espacial que constituía el centro de almacenaje principal estaba formado por decenas de enormes construcciones metálicas negras que se erguían sobre la superficie rocosa. Su diseño le daba una apariencia casi cristalina, de cuboides con los lados perfectamente recortados en ángulos irregulares. Los edificios se prolongaban hacia el subsuelo, donde se encontraban las principales instalaciones de almacenaje y donde un elaborado sistema de vagonetas permitía el transporte automático de recursos, según los

envíos programados y las necesidades previstas. El megapuerto tenía capacidad para alojar a millones de personas, pero sus sistemas estaban en su mayor parte automatizados; bastaban unos pocos cientos de miles de trabajadores, administradores y controladores de droides para que el planeta bodega se mantuviera en marcha.

Si la Compañía Twilight lograba entorpecer las operaciones del planeta, inhibir la capacidad de Mardona para abastecer a sus vecinos, el Imperio no tendría más opción que realizar nuevos movimientos, buscar otra manera de mantener el flujo de recursos. Tendría que redistribuir al personal operativo y de seguridad a las rutas de comercio consabidas. Chalis le había mostrado a Namir esquemas y mapas estelares, y le había explicado cómo una piedrecilla podía convertirse en una avalancha. Los moff serían incapaces de notar la degradación de los astilleros de Kuat hasta que fuera demasiado tarde, pero Chalis conocía el funcionamiento de la máquina.

—Eficiencia —le había dicho ella— es igual a previsibilidad. El Imperio es muy eficiente.

No obstante, la guerra no era eficiente ni previsible.

Luego de que las naves de desembarco aterrizaron y el *Thunderstrike* huyó del sistema estelar, la compañía dedicó sus primeras doce horas en Mardona a internarse en el subsuelo y a avanzar sigilosamente por los túneles de los vagones. Los pelotones no hicieron ningún esfuerzo por mantener vías abiertas hacia la superficie; las decenas de fuerzas de ataque sabotearon las vías de las vagonetas, inhabilitaron los equipos de vigilancia y emboscaron de manera independiente a las fuerzas de seguridad, dividiéndose y reagrupándose según las necesidades del momento. Eran como ratas que infestaran una maquinaria, tan dispersas que no podía eliminárseles con facilidad.

El Imperio cortó el flujo de energía en un radio de cinco bloques, obligando a los soldados a utilizar sus gafas de visión nocturna y sus equipos individuales de respiración, pero esta fue sólo una medida temporal; los ataques a la compañía continuaron en otras áreas. Apagar una sección entera del puerto espacial hubiera estorbado en igual medida al enemigo y al Imperio.

Namir disparó su arma sólo una vez, cuando sus dos pelotones escolta fueron emboscados por un enjambre de droides arácnidos de mantenimiento. Cada uno parecía una esfera del tamaño de un puño; estaban provistos con patas magnetizadas y un soplete. Los artefactos corrían sobre rieles y por el techo, tratando de abrasar a sus víctimas. Excepto por quemaduras leves y una noche de insomnio garantizada, los pelotones salieron intactos de la emboscada.

El verdadero trabajo de la compañía se desarrolló durante las siguientes doce horas del ataque a Mardona.

Aun sin contar las reparaciones en curso del *Thunderstrike*, el equipo técnico de la compañía había estado muy ocupado desde su salida de Ankhural. Cada pelotón había llegado a Mardona armado con dos docenas de minas de ion: explosivos improvisados, producidos en serie por la tripulación, con baterías, sensores de movimiento y cualquier cubierta que estuviera a la mano. Los había empacados en morrales, en pedazos de tubo,

en contenedores de comida y en cascos cuarteados. Eran, según palabras de Brand, «pegamento para los engranes de Mardona».

Los pelotones sembraron las minas a lo largo de aquellas vías de un kilómetro de largo, en los empalmes y en las entradas a las bodegas subterráneas. Era una labor en la que Namir podía participar sin arriesgarse más que sus subordinados. Él escuchó el sonido distorsionado de disparos de bláster haciendo eco en los túneles, mientras Maediyu —la mujer que lo había tratado con una deferencia casi insoportable desde que él la había salvado de morir quemada afuera de la celda de Chalis— agarraba las suelas de sus botas y lo empujaba a la altura de las tuberías más bajas del túnel.

Profiriendo un gruñido, Namir trepó a un amplio conducto metálico y estiró un brazo hacia abajo para que Maediyu le pasara una mochila maltrecha y un rollo de cinta adhesiva.

—¿Aquí? —preguntó dirigiéndose a Chalis, quien lo observaba con los brazos cruzados a una distancia de diez pasos y una caída corta.

—Más adelante —dijo Chalis—. Para que la vagoneta tome velocidad.

Namir encogió los hombros y avanzó gateando por el conducto. Maediyu lo siguió, manteniéndose directamente abajo de él, con el rifle listo para disparar.

Cuando Namir y Chalis coincidieron con el pelotón de Maediyu, esta se autonombró guardaespaldas personal de ambos. Se mostraba atenta y cautelosa, y hacía bien el trabajo. Namir extrañaba a Gadren, Roach, Charmer y Brand, pero ahora Charmer tenía su propio pelotón lleno de nuevos reclutas. A los demás se les requería en la ofensiva, atacando los puestos de seguridad y manteniendo al Imperio ocupado, mientras se plantaban las minas.

Namir se ciñó la mochila con cinta adhesiva, para que no se viera desde la vía. La jaloneó para comprobar que estaba bien fija e introdujo una mano en ella, en busca de un botón. Imaginó una vagoneta dando la vuelta por la esquina y la mina detonando a su paso. Las minas de iones no tenían mucha fuerza explosiva, pero sí eran capaces de fundir los circuitos de los vehículos y del túnel. No parecía seguro que la vagoneta se descarrilara, pero sí que bloquearía la vía hasta que un equipo de mantenimiento fuera a retirarla.

Para cuando la Compañía Twilight dejara Mardona, habría miles de minas de ion plantadas a todo lo largo de la red de vagonetas. El Imperio tardaría meses en retirarlas todas y, para ello, tendría que deshabilitar la totalidad del sistema.

Era un plan ingenioso, concebido por Chalis, por el equipo técnico y por los jefes de pelotón. Pero, aunque ingenioso, podría derrumbarse de un momento a otro.

* * *

Al segundo día de ataques en Mardona III, Namir ordenó a los pelotones que se concentraran en los túneles que estaban bajo un bloque de viviendas del megapuerto. Durante la noche hubo reportes de vehículos blindados que bajaban por las vías,

barriendo sectores enteros. Cualquier pelotón atrapado en tal barrido estaba condenado a la aniquilación; la compañía no podía darse el lujo de suspender la colocación de minas, pero los equipos desplegados necesitaban un plan alternativo.

Un bloque de viviendas era una elección segura, *razonable*: un lugar donde seguramente habría comida, agua y datapads, cosas que no se podrían encontrar en las bodegas. Namir escuchó las inquietudes de Gadren, Mzun y Zab acerca de la seguridad de los civiles, pero decidió continuar con su plan.

Una docena de pelotones entró simultáneamente al bloque, rodeó el perímetro y ordenó a los residentes que se retiraran a sus departamentos. Estos no pusieron resistencia; los civiles no estaban armados ni preparados para un ataque. Los que estaban demasiado aturdidos como para reaccionar fueron escoltados a sus casas por los soldados de la Compañía Twilight. Una vez que despejaron los pasillos, los pelotones clausuraron los accesos, con unas pocas excepciones y colocaron vigilantes en los túneles. El equipo de Charmer fue el primero en aventurarse de nuevo al exterior.

Chalis se ofreció para hablar con los residentes, mientras Namir supervisaba la colocación de barricadas y emboscadas para la defensa del bloque.

—Estoy habituada a tratar con gente como esta —dijo ella—. Sólo se da una orden.

—Si te pongo a cargo de los civiles —dijo Namir—, los reclutas de Haidoral me asesinarán mientras duermo. Yo me encargo de ellos.

Para alivio de Namir, Chalis no replicó.

Se organizó una junta en el centro educativo del bloque, a la que se llevó a un residente de cada piso; desde ahí, la reunión se transmitió a todos los departamentos. La mitad de los civiles empezaron a gritar a la llegada de Namir; los otros lo miraban con miedo o les susurraban a sus vecinos que guardaran silencio. Sin embargo, cuando empezó a hablar, todos lo escucharon. Un factor que probablemente contribuyó a ello fue la presencia de Maediyu, que estaba detrás de él, rifle en mano.

—No hemos venido a lastimarlos —dijo Namir—. Créanme cuando les digo que ustedes son lo último que podría interesarnos. Mañana en la mañana, quien desee irse será escoltado por los túneles. Las vías están clausuradas, pero esperamos que su gobernador les dé paso libre.

»Si no quieren enfrentarse al trayecto en túneles o si por alguna razón su familia no puede realizar el trayecto, no los obligaremos a irse. Si desean quedarse, mantengan las puertas de sus departamentos cerradas. No intenten comunicarse con el exterior. Y no nos hacemos responsables de su seguridad en caso de que el Imperio ataque.

No fue un discurso motivante, pero esa nunca fue la intención: Namir necesitaba a los civiles fuera del camino y al menos un poco asustados. Si intentaban sabotear la operación de la compañía desde el interior del bloque habitacional, la situación podía ponerse fea de un momento a otro.

Hubo preguntas, de carácter práctico en su mayoría, acerca del acceso a alimentos y medicinas. Un anciano enjuto y de barba amarillenta quiso saber si los residentes podían hablar con sus vecinos en el interior del bloque. Una joven de baja estatura describió

elocuentemente cómo había llegado a Mardona con la ilusión de conseguir trabajo y una buena paga; luego, le suplicó a la Alianza Rebelde que se fuera a un planeta donde los habitantes aprobaran su presencia. Un adusto trabajador portuario de calva incipiente quiso saber qué les ocurriría a los residentes que no se encontraban en casa durante el ataque y que podrían intentar regresar.

—Mi hijo está allá afuera —dijo—. ¿Planean matarlo cuando venga por mí?

Namir respondió lo mejor que pudo durante una media hora, hasta que un mensajero le informó que se le requería en otro sitio. Rechazó con un gesto de la mano las preguntas restantes y ordenó que los civiles fueran escoltados de nuevo a sus departamentos. No era su intención ignorarlos, pero aún tenía una compañía que dirigir y un planeta que arruinar.

* * *

Para el cuarto día del ataque, Namir estaba cada vez de peor humor debido al entorno claustrofóbico del bloque de viviendas. Mientras los soldados salían por los cubos de mantenimiento y los ductos de aire para seguir minando las vías o defendían las barricadas ante los esporádicos ataques del Imperio, él estaba amarrado a la oficina administrativa que la Compañía Twilight había convertido en centro de mando. Ahí analizaba mapas, consultaba datapads, escuchaba los reportes de los vigías y mantenía los músculos activos, recorriendo una y otra vez el metro que lo separaba del escritorio de Chalis.

A la gobernadora, el entorno no parecía irritarla; antes bien, todo lo contrario. A veces, cuando estaban solos, Namir notaba que se quedaba viendo una pantalla en blanco, aparentemente ajena al mundo. Esos eran los únicos momentos que le hacían recordar la sombra que Chalis había sido durante el regreso de Hoth —esos momentos, y aquellos en los que intentaba contener un ataque de tos—, pero ella siempre volvía a animarse en cuanto percibía que él la miraba.

* * *

Los civiles que decidieron quedarse resultaron ser una distracción constante. Prácticamente no había ni una hora en que Namir no tuviera que lidiar con un residente que se escabullía entre un departamento y otro, o que solicitaba mayor suministro de alimento, o que reportaba a un vecino por posesión de blásteres. A uno de los miembros del equipo de Twitch lo sorprendieron robando joyería y créditos de un departamento abandonado; aquello no era algo que preocupara especialmente a Namir, pero tuvo que reprenderlo públicamente con tal de mantener las cosas en paz. A unos familiares que se habían agarrado a puñetazos —Namir no supo por qué—, hubo que separarlos por la fuerza y encerrarlos en departamentos diferentes.

«No somos su maldita policía», farfulló Namir en más de una ocasión.

No obstante, la operación avanzaba rápidamente. Cada día, los soldados imperiales clausuraban más accesos a los túneles; cada día Chalis descubría alternativas en los planos de la ciudad y Brand exploraba nuevas rutas. La profundidad a la que se encontraba el bloque de viviendas permitía defenderlo de ataques vehiculares. Además, si el Imperio usaba armas a gran escala en contra de él, derrumbaría también la mitad de los túneles del megapuerto. Los pelotones continuaban sembrando minas y regresando al bloque exhaustos, sucios e impacientes por salir de nuevo.

Namir se sentía complacido pero se esforzó por no demostrarlo.

Después de unos días, mientras Namir picoteaba el contenido de una charola de comida (una especie de tubérculo machacado, carente de sabor pero un poco mejor que los alimentos del *Thunderstrike*), lo llamaron a uno de los pisos superiores del bloque, para que lidiara con un «problema disciplinario» relacionado con un miembro del pelotón y un departamento vacío.

«Otro saqueador», pensó Namir, y se dirigió de mala gana al lugar, a través de los pasillos laberínticos del bloque. Los únicos elementos decorativos eran los diminutos cuadros, iconos o brotes de vida vegetal que los residentes se atrevían a colocar en las puertas de sus departamentos. La vida bajo el Imperio era sombría, pensó Namir, pero no parecía incómoda.

El «problema disciplinario» se hizo evidente tan pronto Namir llegó al piso doce. Escuchó un bajo rítmico que hacía vibrar las paredes. Para llegar al origen del ruido, Namir caminó a lo largo de un pasillo y dio vuelta en una intersección. Frente a la puerta de un departamento, estaba Gadren, con una amplia sonrisa.

—¿Llamaste al comandante para *esto*? —preguntó gritando Namir, para hacerse oír por encima del estruendo.

—Se trata de tu protegida —dijo Gadren, encogiendo sus enormes hombros—. Aunque ahora estoy a cargo de tu pelotón, no quise cruzar los límites.

Namir fulminó con la mirada a Gadren y se encaminó a la entrada. Cuando la puerta se abrió, el pasillo se inundó de sonidos y notas espeluznantes, no sólo del bajo, sino también de instrumentos que Namir era incapaz de imaginar. Además se oían voces humanas y alienígenas, mezcladas en una canción incomprensible. Las vibraciones le producían dolor de huesos; al internarse en el departamento, vio a la mujer responsable, quien brincaba sobre una manchada alfombra amarilla, junto a una mesa llena de animales de cristal.

Con el cabello rojizo apelmazado con sudor y con el uniforme de combate completo pero descalza, Roach bailaba con entusiasmo salvaje, girando y retorciendo su cuerpo larguirucho por toda la sala. Pasó casi un minuto entero antes de que reparara en la presencia de Namir; cuando lo hizo, sonrió desvergonzadamente y dio una palmada en la pared, donde estaban los controles de audio.

La música se detuvo.

—Esta no es tu casa —dijo Namir—. Procura actuar con dignidad.

—Hubo quejas por el volumen —agregó Gadren, a espaldas de él.

—Pero puedo quedarme, ¿no? —dijo Roach. Seguía sonriendo. Namir no recordaba haberla visto sonreír.

No recordaba haberla visto actuar como una *niña*.

—Puedes quedarte —dijo Namir—. Pero mantén un canal abierto por si te necesita tu pelotón.

Gadren lo siguió al pasillo. Cuando la puerta se cerró, rio con esa risa alienígena más parecida a un mugido.

—Sé que tienes otras obligaciones —dijo, colocando una de sus ásperas manos sobre el hombro de Namir—. Sé que son muy importantes. Pero pensé que merecías ver esto.

—Eres un monstruo —replicó Namir, pero en el camino de regreso al centro de mando se sintió más ligero.

Su buen humor le duró casi una hora, hasta que recibió el mensaje de un vigía: el equipo de Charmer había caído en una emboscada. Sólo un miembro del pelotón había sobrevivido.

* * *

Corbo ya tenía los brazos vendados cuando Namir llegó a donde estaba. El joven originario de Haidoral estaba recostado en una cama del hospital improvisado por la compañía: un departamento higienizado y atendido por dos médicos rebeldes. Corbo temblaba mientras contaba su historia.

El pelotón de Charmer había sido atacado por un vehículo blindado del Imperio, pero no fue un tanque que se pareciera a un caminador. Fue un gusano metálico y fraccionado, que avanzaba por las vías impulsado por repulsores. Estaba equipado con armas flamígeras y rayos aturdidores.

«El uso de armas más poderosas», pensó Namir, «hubiera conllevado el riesgo de derrumbar los túneles».

Charmer apenas tuvo tiempo de ordenarles que corrieran, cuando murió calcinado.

Namir no le pidió a Corbo los detalles del combate ni le preguntó cómo había logrado escapar. Cuando este empezó a tartamudear, hablando de horrores que recordaba a medias, Namir simplemente le preguntó:

—¿Estás seguro de que los demás murieron, de que no los capturaron?

—Sí —respondió Corbo.

Namir sintió que algo más pesado y enfermizo que el alivio se cuajaba en su estómago, algo que sustituía la incertidumbre con concentración, pero que también le estrujaba las entrañas.

—Entonces descansa —dijo—. Nos vengaremos.

Durante los días anteriores, de carreras, huidas y sembrado de minas, habían muerto tres soldados de la compañía; ahora, habían caído tres más en una sola noche. Namir no sabía si la inquietud que sintió al caminar por el bloque de departamentos era suya o de

los demás soldados, hasta que Brand lo encontró en la cocina que habían convertido en depósito de armas.

—No hemos contraatacado desde Coyerti —dijo—. Si quieres tomar represalias, no te faltarán voluntarios.

—Tomaremos represalias —dijo Namir. Se colocó un par de celdas de energía en el cinturón y palpó su cuerpo para verificar que su equipo estaba bien asegurado—. Mañana seguiremos con el trabajo, pero esta noche…

—¿Chalis sabe a dónde vas? —preguntó Brand.

—Se lo debo a Charmer.

—Era sólo una pregunta —dijo Brand—, no estaba poniendo en duda tus decisiones.

Dos equipos salieron a la caza de la máquina que había quemado vivos a tres soldados. Brand iba a la vanguardia, buscando patrullas enemigas o rastros de energía: una máquina tan grande, impulsada por repulsores, debía dejar huellas a su paso. Los otros se extendieron en abanico desde el lugar de la emboscada, trazando un arco a través de los túneles, detrás de Brand.

La mayoría de los cazadores conocía bien a Charmer. Carver, por ejemplo, había sido su condiscípulo en la Academia Imperial. Obviamente, Namir y Brand lo querían. Twitch iba con ellos a solicitud de Namir: necesitaba soldados con experiencia en armas pesadas para destruir la máquina. Maediyu estaba ahí también por Namir. Gadren había decidido quedarse atrás. Namir no había querido llevar más novatos. Los reclutas de Haidoral eran amigos de Corbo y de los difuntos, pero no tenían la experiencia necesaria para un escuadrón de la muerte.

Los equipos interceptaron al gusano, mientras la tripulación desembarcaba fuera de un puesto de vigilancia imperial. No hicieron falta las armas pesadas. Los oficiales enemigos quedaron atrapados en una tormenta de rayos de bláster; los que sobrevivieron no duraron mucho, bajo las patadas y pisotones de los miembros del pelotón. Una granada arrojada por la escotilla de la máquina bastó para derribar al gusano, que empezó a lanzar vapores químicos y a chisporrotear entre arcos eléctricos.

Para cuando los soldados del puesto de vigilancia llegaron a apoyar a sus compañeros, el pelotón había concluido su misión. Pero Namir no quiso ordenar la retirada, sino hasta que el peso de los refuerzos fuera demasiado grande, hasta que los equipos de la Compañía Twilight hubieran matado a una docena adicional de oficiales y soldados, cobrándose el precio por la aniquilación de un pelotón. Para cuando Namir y sus compañeros emprendieron la retirada por los túneles, había cadáveres apilados a la entrada del puesto de vigilancia.

De vuelta en el bloque de viviendas, los miembros de la compañía que permanecían despiertos —los cuales eran muchos, pese a que ya era de madrugada— vitorearon el regreso del pelotón. Algunos de los soldados que tomaron parte en la misión fueron a la cafetería a relatar historias heroicas mientras desayunaban. Brand había prometido llevarles noticias a Corbo y a Roach.

Otro contingente de soldados había estado registrando departamentos; estaban convencidos de que alguno de los residentes le había filtrado información al Imperio, lo cual resultó en la emboscada al pelotón de Charmer. Le encontraron un transmisor al anciano de la barba amarilla que había hablado durante la primera junta con civiles, así que le dieron una paliza que lo hubiera matado de no ser porque Gadren intervino.

—Yo me encargo de eso —le dijo Chalis a Namir, mientras este regresaba su equipo al depósito de armas. Ella le había contado toda la historia del anciano a su regreso, pero no había mencionado nada acerca de la participación de Namir en el escuadrón de la muerte.

Namir no quería involucrarse, pero se obligó a preguntar:

—¿Cómo?

—Registraremos su departamento, vaciaremos sus cuentas… Si posee algo de utilidad, lo agregaremos al inventario de Hober. Quemaremos el resto. Lo dejaremos sin nada, sin comida, sin ropa, y lo enviaremos a los túneles.

Suficiente para apaciguar a quienes estuvieran sedientos de sangre, pensó Namir, pero no tanto como para generar un resentimiento duradero en soldados como Gadren.

—Bien —dijo él, y regresó a su habitación (un departamento que aparentemente pertenecía a un coleccionista de relojes mecánicos clásicos). Entonces durmió.

Namir estaba al mando de la Compañía Twilight. Su amigo había muerto bajo su supervisión. Y él lo había vengado. Eso tendría que ser suficiente por aquella noche.

* * *

La salida de Mardona III no fue menos complicada que la llegada. Chalis le había dado a la compañía seis días para la misión, al cabo de los cuales llegarían refuerzos imperiales que impedirían su huida. Incluso quedarse todo ese tiempo representaba un grave riesgo.

Namir ordenó al *Thunderstrike* y al *Apailana's Promise* que regresaran para recoger a las tropas al anochecer del quinto día. La compañía había colocado cuatro quintas partes de las minas de ion; tendrían que conformarse con eso. Los pelotones se dispersaron de nuevo: abandonaron el bloque de viviendas y buscaron salidas poco vigiladas a la superficie.

Las fuerzas de seguridad de Mardona estaban preparadas y vigilaban todas las salidas, tal como la compañía había previsto. La coordinación de los pelotones debía ser perfecta: debían salir a la superficie durante el breve periodo en que el *Thunderstrike* y sus naves de desembarco estuvieran en la atmósfera del planeta. Si los pelotones salían demasiado pronto, quedarían expuestos y serían aniquilados por los soldados imperiales; si salían tarde, se quedarían atrás cuando el *Thunderstrike* se viera obligado a huir.

Namir consideraba que la extracción sería sangrienta y desesperada; esperaba perder tres o cuatro pelotones; probablemente una nave de desembarco también.

Sin embargo, unas pocas horas antes de la programada para el ascenso, empezó a llover sobre el megapuerto. Gotas gruesas y pesadas, empujadas hacia el norte por el

viento, bombardeaban los edificios, los sensores y a los vigilantes. Las nubes tapaban la luz solar. Incluso la visualización por medios electrónicos resultaba inútil. Las calles se inundaron y el agua empezó a colarse por los túneles.

Los pelotones realizaron su ascenso final a través de la bruma y los vendavales. Las botas empapadas de Namir se adherían a los dedos de sus pies. Él disparó salvajemente hacia la oscuridad, en dirección del enemigo. Era imposible pensar en una victoria en medio de aquella borrasca, pero la compañía no necesitaba la victoria, sólo debía seguir adelante, llegar a las naves de desembarco que se bamboleaban violentamente por el viento.

La tormenta salvó a la Compañía Twilight. Los pelotones escaparon de Mardona III con sólo un muerto y un puñado de heridos.

El *Thunderstrike* continuó su camino hacia Kuat.

* * *

—Sargento Pol Andrissus —proclamó Hober. Ese era el nombre verdadero de Charmer, aunque Namir no recordaba haberlo escuchado nunca.

Carver y Gadren habían discutido sobre quién de los dos debía encomiar a Charmer durante el funeral. Gadren cedió finalmente. Fue también Gadren quien se acercó a Hober, en la estación de carga, y le entregó la carga del bláster, para disparar.

—*Donjuán* —declaró Carver, y una risa nerviosa se propagó por la atestada plataforma vehicular.

¿Sería esa la manera en que a Charmer le gustaría ser recordado? Namir no estaba seguro. Le parecía de mal gusto llamarlo así, después de lo ocurrido en Black Cyst: después de la batalla que le robara a Charmer su atractivo físico; después de que la metralla alojada en su cerebro lo privara de la capacidad de formar frases sin tartamudear. Por otra parte, Charmer nunca había renunciado a aquel sobrenombre. Y Namir nunca le preguntó acerca de él.

Namir maldijo entre dientes. Carver se apartó. Hober pasó al siguiente nombre. Namir sintió que alguien lo agarraba del brazo, se encogió y se giró. Roach estaba a su lado, visiblemente consternada. Namir se obligó a sonreír y retiró lentamente su mano.

Siete nombres, siete muertos, siete celdas drenadas y siete discursos. Namir ya había visto morir a muchos amigos y compañeros; sin embargo, se sentía húmedo y frío, como si aún no se hubiera secado de la tormenta en Mardona III.

Cuando terminó la ceremonia, Hober se alejó de la estación de carga. Sin embargo, en vez de dar por terminada la transmisión a la nave, hizo una pausa mientras la gobernadora Chalis se abría paso entre los soldados y salía al espacio abierto. Namir no sabía ni siquiera que Chalis estaba presente, no la había visto al inicio de la ceremonia, pero se había vestido para la ocasión: llevaba un traje negro (que seguramente había sustraído de Mardona) y una pañoleta. Le dijo algo en voz baja a Hober, quien titubeó brevemente y se hizo a un lado.

—Seré breve —les dijo a los congregados. Su voz seguía ronca, así que los soldados tuvieron que esforzarse para entenderle. Namir vio a más de uno fruncir el entrecejo, aunque la mayoría simplemente parecía confundida—. A los hombres y mujeres que murieron en Mardona… no los conocí bien. De hecho, casi no llegué a conocerlos ni un poco.

Twitch le dio la espalda a Chalis y se abrió paso a empujones hasta salir de la plataforma. Aparentemente, Chalis no se dio cuenta y continuó.

—Pero lo que sí conozco —dijo— es lo que la Rebelión significa para cada uno de ustedes. El capitán Evon me lo demostró al recibirme a bordo. Conocí de primera mano el corazón de la Rebelión durante el tiempo que trabajé con el alto mando.

»Los soldados que murieron en Mardona III lo hicieron creyendo que la Rebelión merecía su dedicación. No estaban ahí porque el alto mando se lo hubiera ordenado; creían que, aún en estos tiempos sombríos, era posible lograr una gran victoria. Yo pretendo hacer lo que sea necesario para probar que tenían razón.

»No digo que esto sea suficiente —agregó prontamente—. Nos distinguimos del Imperio porque cada vida *significa* algo: nuestro ejército no está formado por stormtroopers anónimos, sino por nuestros amigos y nuestros amantes. Nuestros difuntos fueron rebeldes, sí, pero también *donjuanes*, burladores que lidiaban con sus propios demonios.

»Pretendo luchar por la victoria, no porque sea *suficiente*. —Aquí hizo una pausa y recorrió con la vista a la concurrencia—. Sino porque es lo *menos* que podemos hacer para honrar a los caídos.

Chalis sonrió —la suya fue una sonrisa menuda, triste, tensa—, inclinó la cabeza y volvió a mezclarse con los demás. Los miembros de la compañía respondieron con reserva, pero Namir escuchó comentarios de asentimiento y vio cabezas haciendo gestos de afirmación.

—¡Hasta la victoria! —dijo un hombre. Namir no vio quién era, pero le pareció que había sido Hober.

* * *

—No era mi intención eclipsarte, y lo sabes. Sólo pensé que necesitaban escuchar…

Namir sonrió y negó con la cabeza.

—Está bien —dijo. Estaba sentado en el baúl del camarote de Howl, mirando a la gobernadora sentarse en la orilla del catre—. Tal vez tengas razón… les viene bien un poco de motivación.

—La próxima vez —dijo Chalis. Bebió de una botella de *brandy* parecida a la que había subido la primera vez al *Thunderstrike* y se la pasó a Namir—, tú darás el discurso, aunque yo tenga que escribirlo.

Namir contempló la botella y se preguntó dónde la habría encontrado Chalis. El flujo de contrabando podía convertirse en un problema tras Ankhural.

Después del funeral, había ido al Clubhouse. No le pareció que su presencia se considerara inoportuna; estuvo ahí el tiempo suficiente para escuchar algunas historias sobre el heroísmo de Charmer en Tokuut y sobre el incidente que ocurrió en la Estación Sigma cuando estaba de permiso. Pero, cuando él pasaba cerca, los soldados interrumpían sus conversaciones o escondían sus botellas tras las vigas.

«No», pensó Namir.

El problema no era que los soldados se sintieran incómodos en su presencia. El problema era que todo lo que dijera parecería trivial, como un intento de renunciar a su responsabilidad de las muertes. Y él no tenía discursos ni palabras de consuelo que ofrecerles a sus afligidos amigos.

Namir sólo podía dirigir a los pelotones de la Compañía Twilight. Al menos lo intentaría. Pero no tenía nada que decir a quienes lamentaban la muerte de sus compañeros. No podía participar en ese luto, porque también había sido su causa.

Por eso había ido con Chalis y ella lo había recibido.

—La próxima vez —asintió él.

—Por otra parte, la misión fue un éxito —dijo ella—. Tardaremos un tiempo en saber qué recursos de Kuat usará el Imperio para suplir las pérdidas de Mardona, pero ese será mi trabajo. Tú los introdujiste y los sacaste con vida. A la mayoría.

—Yo sólo miré. Los pelotones hicieron el trabajo.

—Bienvenido a los puestos de mando —dijo Chalis. Sonrió y tomó la botella de las manos de Namir; luego, bebió un corto trago—. Y hablando de eso, debes descansar. Ya no gozarás de tiempo libre entre misión y misión.

Namir gruñó y se puso de pie. Chalis también se levantó de la cama. Cruzó hacia la puerta, antes de que él pudiera interceptarla, y le señaló el catre con un gesto.

—Todo tuyo —agregó. Namir empezó a replicar, pero ella lo acalló con una mirada—. Ya trasladé mis numerosas posesiones al antiguo camarote de Sairgon. Hace tiempo que debiste instalarte aquí.

—Podríamos clausurar la puerta —dijo Namir—. Así *nadie* se quedaría con la habitación.

—¿En verdad preferirías dormir con tus hombres? —preguntó Chalis. Su tono de voz no dejaba duda sobre cuál era la respuesta que esperaba—. ¿En verdad crees que ellos se sentirían mejor si su comandante durmiera en la cama de al lado?

Namir miró a Chalis por un instante. Daba la impresión de que estaba conteniendo una sonrisa.

—Fuera de mi camarote —dijo finalmente. Chalis salió de la habitación riendo.



CAPÍTULO 27

PLANETA SULLUST

Día nueve de la Operación Ringbreaker

Durante las dos semanas anteriores, Thara no sintió que fuera la SP-475 de siempre.

La explosión en la nave terrorista le había dejado una cicatriz serrada en la frente, además de que a ratos perdía la audición en el oído izquierdo. Durante los primeros días después del incidente, el dolor de cabeza la obligaba a pegar la frente a los fríos paneles metálicos del piso y a rezar por caer en la inconsciencia. Los droides médicos le habían asegurado que eran reacciones normales y pronto le dieron autorización para que realizara tareas ligeras, como análisis de la información obtenida por los sistemas de vigilancia, mantenimiento de armamento, etcétera.

No había recibido ninguna visita; nadie le había dicho que se recuperara pronto. Su tío lo habría hecho en otras circunstancias, pero seguía en custodia, a la espera de que lo enjuiciaran o liberaran.

En su primer día de labores, mientras cotejaba el inventario automatizado de celdas de energía para blásteres, 113 se reunió con ella en aquel depósito de armas intensamente iluminado. Él había sido el líder del equipo el día de la explosión y había interrogado al agente rebelde. De alguna manera, logró sobrevivir también, pese a lo cerca que estuvo de la detonación.

«Tal vez…», pensó Thara, «sí es uno de los clones originales».

La resistencia era una de las características principales de aquellos comandos. Otros miembros del equipo no tuvieron tanta suerte. Por fortuna, Thara no recordaba los cuerpos estallados y esparcidos por toda la nave, aunque sí podía imaginarlos.

—Eres una de los nuevos —dijo 113. Era una afirmación, no una pregunta—. Del entrenamiento acelerado, para engrosar las filas. ¿Pinyumb fue tu primera asignación?

—Sí, señor —dijo Thara. Vestía una variante del uniforme para cadetes, con un casco que dejaba expuestos el rostro y las emociones. Se sentía a ciegas sin el resplandor del visualizador que tenía su viejo uniforme.

—Mmm. —SP-113 la miró a través de su propio casco. Thara se preguntó si estaría revisando su expediente—. Sobreviviste. Eso tiene mérito. Pero tu desempeño debe ser mejor.

«¿Mejor que abandonar a su suerte a mis compañeros?», se preguntó. No le parecía una meta demasiado difícil de superar.

—Sí, señor —dijo Thara.

—El tiempo que te hayan dado los droides médicos para rehabilitación, redúcelo a la mitad. Estamos cortos de personal, y los jefes quieren que encontremos a Nien Nunb y al resto de la célula antes de que causen más problemas.

El alienígena de la nave rebelde había afirmado que la célula no tenía simpatizantes en Pinyumb, que los civiles no los apoyaban por temor a represalias. Nadie le había creído: ni Thara ni sus compañeros ni, por supuesto, los líderes.

No obstante, Thara protestó.

—¿Señor? —No debía estar hablando, pero aún así empezó a balbucear—. Pensé que…

—¿Pensaste qué?

—En Hoth, señor. Pensé que los rebeldes serían menos… peligrosos, menos eficientes, menos… algo.

Los stormtroopers no chismorreaban mucho: las charlas estaban prohibidas durante las horas de trabajo y las normas oficiales inhibían la formación de lazos sociales en horas de descanso. Los soldados que establecían vínculos con sus compañeros perdían flexibilidad y veían disminuida su capacidad de adaptarse a nuevas asignaciones con otros pelotones. Pese a ello, se daban charlas a la hora de la comida o en los vestidores. Ahí, Thara escuchó sobre el ataque a una de las principales bases rebeldes en el sector Anoat. El enemigo había sido obligado a retirarse: la base fue destruida. Darth Vader había guiado personalmente a sus tropas a la victoria; la élite de la élite marchó sobre fuego y hielo, superando las miles de trampas rebeldes.

SP-113 profirió un sonido corto y desdeñoso, parecido a una risa. Luego, se dio media vuelta.

—Estamos muy lejos de Hoth —dijo—. Y siempre hay más rebeldes.

Una semana después de su conversación con 113, Thara retomó sus actividades normales. Se puso el uniforme con cuidado y diligencia, mientras repetía mentalmente su nombre, su misión y su compromiso con Sullust y con el Imperio. Pero las ligeras abolladuras de su uniforme y el silencio mortal en su oído derecho la distraían. El casco casi se le cayó al ponérselo.

* * *

Había casi treinta stormtroopers esperando la llegada del transporte al hangar. Otros treinta estaban ocultos o desplegados en los túneles adyacentes, listos para repeler cualquier ataque sorpresa de la célula rebelde. Al mismo tiempo, otros equipos

registraban los bloques de viviendas de Pinyumb y aseguraban la planta de procesamiento de Inyusu Tor. Algún jefe había decidido que la seguridad del transporte bien valía detener las actividades económicas de toda la ciudad.

SP-475 estaba detrás de un equipo de mantenimiento, mirando hacia el túnel por el que el transporte descendió desde la superficie. Imaginó rebeldes desplegados entre tenues rayos de luz solar, preparando explosivos en las sombras.

El transporte emitió un siseo, y SP-475 dirigió su atención a la rampa de abordaje. Los oficiales de Pinyumb se adelantaron prontamente para recibir a los recién llegados, obstruyendo su visión. Media docena de soldados de armadura blanca rodearon al grupo y lo escoltaron a través de un túnel. SP-475 escuchó a través de su casco las voces de los líderes de los equipos, quienes reportaban que todo estaba en orden.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó uno de los trabajadores de mantenimiento.

Un segundo grupo empezó a bajar por la rampa de abordaje: oficiales con uniforme negro, personal de seguridad con casco y más stormtroopers. Primero eran diez; luego, veinte. Poco después había más de los que SP-475 podía contar.

—Capataces —respondió otro trabajador—. Los rebeldes atacaron el otro día un depósito en Mardona. Necesitan aumentar la producción en otro lado.

SP-475 no lo sabía. Le chocó la idea de que Pinyumb necesitara más soldados, más capataces para cumplir con su aporte… pero mantuvo sus emociones bajo control. 113 le había dicho que estaban cortos de personal y que aún no hallaban a Nien Nunb. Tal vez la idea de traer refuerzos no fuera mala.

Entonces escuchó un agudo chirrido en su casco. Sus compañeros empezaron a gritar.

La barahúnda de estática y voces superpuestas resultaba imposible de descifrar. En un instante, algún oficial se impondría y les daría órdenes claras. SP-475 quería permanecer inmóvil. También quería correr. La última vez que había visto a sus compañeros envueltos en el caos, hombres y mujeres habían muerto.

El pecho le dolía; no estaba respirando bien.

Con su visión periférica vio que otro soldado señalaba algo detrás de ella, en la parte superior de la pared de la caverna. SP-475 dio media vuelta con su rifle en mano. Tropezó y fue a dar contra uno de los del equipo de mantenimiento.

Su casco dirigió su atención a una esfera mecánica, no más grande que su puño, la cual flotaba a unos diez metros por encima del piso de la caverna y avanzaba zigzagueando hacia el túnel que llevaba a la superficie. No se preguntó qué era. Alzó su rifle y jaló el gatillo tres veces. Su visor se polarizó ante el resplandor rojizo. Dos de sus disparos dieron contra la pared de roca. El último le dio de refilón a la esfera y la hizo caer en espiral al suelo, dejando a su paso una estela de chispas.

No hubo explosiones. Nadie murió. Pasó un tiempo considerable antes de que SP-475 volviera a escuchar el parloteo a través del sistema de comunicación y de que notara la presencia de dos stormtroopers arrodillados alrededor de la esfera caída.

—Cámara espía —dijo una voz más nítida—. Sabía que los rebeldes no estarían lejos.

—Era 113—. Buen tiro, Cuatro-Siete-Cinco.

SP-475 quería quitarse el casco y vomitar.

Pero había hecho su trabajo. Superó su titubeo. Su turno apenas empezaba. Si los rebeldes estaban trabajando, ella debía estar preparada. Tenía que forzarse a seguir adelante.



CAPÍTULO 28

A QUINCE AÑOS LUZ DE LA RUTA COMERCIAL
RIMMA
Día diez de la Operación Ringbreaker

Los astilleros de Najan-Rovi cayeron en menos de un día. La estación flotante del gigante de gas no tenía un ejército propio; dependía, para su defensa, de los soldados de la flota imperial y de una dotación de cazas TIE. En el momento en que el *Thunderstrike* descargó a las fuerzas de ataque de la Compañía Twilight, el destino del astillero quedó sellado. Para cuando la compañía dio el salto a la velocidad de la luz y se alejó de Najan-Rovi, casi cien transportes imperiales de lujo y cargueros ligeros estaban en llamas.

—Eran lanzaderas ejecutivas para oficiales superiores y embajadores especiales del Consejo Regente —había explicado Chalis, durante la junta informativa con los líderes de pelotón—. Almacenadas y reabastecidas en Najan-Rovi, pero construidas por la Corporación Corelliana de Ingeniería. Al quedar destruidas, Corellia deberá acelerar su producción: los oficiales *deben* tener sus juguetes.

Para incrementar la producción, el Imperio tendría que transferir recursos y personal de seguridad de Kuat a Corellia. Luego de Naja-Rovi, la Compañía Twilight estaba un paso más cerca de su objetivo verdadero; los pelotones celebraron a su regreso de los astilleros. Fue un espectáculo gratificante, aunque a Namir le sorprendió ver que Chalis prefirió retirarse a sus habitaciones en vez de quedarse a recibir felicitaciones en el hangar.

* * *

El siguiente destino del *Thunderstrike* fue Obumubo, una luna glacial cubierta por un océano gélido de metal líquido. La misión de la compañía consistía en destruir el cuartel imperial.

—Quiero que a ciertos individuos que están en Kuat los asignen a otros lugares —dijo Chalis en la junta matutina con los oficiales superiores—. Cuando se vayan, se llevarán consigo a sus equipos de seguridad. Si matamos a la persona indicada en Obumubo, crearemos la vacante necesaria.

Von Geiz, una de las personas más nobles que Namir hubiera conocido, preguntó si no bastaría con asesinar al sujeto en cuestión.

—¿Debemos arriesgar a toda la compañía para destruir a un solo hombre?

Chalis no respondió de inmediato. Sus labios se crisparon, formando un gesto que no llegó a convertirse en sonrisa. Luego empezó a toser y a jadear, salpicando saliva en sus mangas. Tardó más de un minuto en recuperarse lo suficiente para poder responder.

—El Imperio no debe descubrir nuestro plan —dijo con voz ronca y fría—. Su ejército cuenta con personas muy inteligentes que sin duda estarán haciéndose preguntas acerca de nuestros ataques. Bastaría que les cruzara por la mente la posibilidad de un ataque a Kuat para echar por tierra nuestra operación. Por eso la respuesta es: sí, hay que arriesgar a la compañía.

Von Geiz no discutió más.

El ataque a Obumubo resultó cruento. Si bien ningún soldado de la compañía había muerto en Najan-Rovi, las heridas y el cansancio habían hecho mella en las tropas. El cuartel estaba defendido hábilmente por soldados experimentados que durante meses mantuvieron a raya a las criaturas marinas de Obumubo. El campo de batalla favorecía a los defensores. Dos soldados y un médico de la compañía se ahogaron en las aguas plateadas al desembarcar. Una docena más de hombres murieron durante el primer ataque.

Fueron necesarios dos días de lucha para que la compañía pudiera montar sus armas de asedio en aquel entorno acuoso. Los cañones destruyeron finalmente el cuartel. Y justo cuando una escuadra de destructores llegaba al lugar, el *Thunderstrike* huyó del sistema con las naves de desembarco a salvo en su interior.

Había sido otra victoria, les aseguró Chalis. Un paso más hacia Kuat.

La noche en que el *Thunderstrike* partió de Obumubo, después visitar a M2-M5 (quien seguía odiando al droide técnico, pero mostraba más disposición que otros miembros de la tripulación para presentar reportes a deshoras), Namir escuchó ruido en el comedor y fue a investigar. Encontró a una docena de soldados reunidos alrededor de un holoproyector portátil, colocado sobre una de las mesas.

El artefacto proyectaba un noticiario imperial. La imagen digitalizada de una atractiva joven anunciaba con orgullo una serie de triunfos del Imperio sobre los rebeldes en el Borde Exterior.

—*Desde la destrucción de la base de la Alianza* —declaró—, *más de quince puestos militares y siete altos líderes rebeldes se han entregado. Se dice que el Emperador Palpatine está considerando la posibilidad de someter a juicio público a algunos de estos combatientes, con la esperanza de que otros, sabiendo que recibirán un trato justo, sigan su ejemplo y se entreguen*.

—¿Hay algo de verdad en todo esto? —Namir reconoció la voz de Roach y volteó a verla hacia la esquina de la mesa.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé —reconoció—. Es propaganda, así que no todo es verdad, pero… —Suspiró, inseguro de cuánta información revelar—. Todavía no establecemos contacto con el alto mando. La flota está allá afuera, pero ignoramos en qué condición.

¿Había sido demasiado directo? ¿Demasiado indirecto? Ya casi no recordaba cómo era dirigirse a sus compañeros sin tener que pensar dos veces antes de hablar. Roach asintió enérgicamente con la cabeza. Los demás miraban el noticiero o evitaban su mirada. Namir quería irse, pero era su comandante. Estaba obligado a ofrecerles algo mejor.

—Concentrémonos en conseguir una ventaja para cuando la flota regrese.

Fue lo mejor que se le ocurrió. No supo si los gestos afirmativos y los puños levantados que obtuvo como respuesta eran muestras genuinas de entusiasmo o concesiones a la autoridad del comandante. Tal vez era preferible no saberlo.

* * *

Maediyu fue una de las primeras bajas en Nakadia. Namir permaneció a su lado en el tendajo médico, mientras ella sudaba, se desangraba, se descomponía y despedía un olor nauseabundo. Tenía la cara cubierta de un sarpullido intenso. Aseguraba que Namir era su madre, y no recordó el nombre de su comandante cuando este le dijo que no lo era. Finalmente, Namir dejó de insistir en la verdad y le acarició el cabello, mientras los órganos de ella se licuaban lentamente. Se apartó de su lado sólo en dos ocasiones, ambas para vomitar y limpiarse la bilis de los labios.

Namir sabía que Nakadia sería difícil, pero no esperaba que las muertes fueran tan terribles.

Nakadia era un planeta agrícola de praderas ilimitadas y plantas firmes y frondosas que llegaban a la altura del cuello. La Compañía Twilight había ido a destruir las fábricas de plastoide, donde millones de toneladas de cultivo se transformaban en polímeros y resinas sintéticas para armaduras y blindaje. Namir no sabía que tales procesamientos fueran posibles —no le cabía en la cabeza cómo las plantas podían convertirse en materiales industriales—, pero ninguno de los demás parecía sorprendido, así que guardó para sí sus dudas. Quedar como un tonto frente a sus colegas no contribuiría a inspirarles confianza.

Había dejado a la gobernadora Chalis a bordo del *Thunderstrike*, para sumarse a los pelotones en la primera oleada de ataques. Atacaron de manera encubierta al cobijo de la noche, avanzando y retrocediendo sin ser vistos por los campos sembrados. Era una buena estrategia, pero agotadora para unos soldados que apenas habían tenido tiempo de descansar después de Obumubo. Requería que hombres y mujeres con heridas casi sin tratar marcharan sobre un terreno difícil sin haber dormido.

Por si eso fuera poco, Maediyu y los demás habían regresado de una misión de combate tambaleándose y con los ojos inyectados de sangre. Los médicos supieron de inmediato lo que estaba ocurriendo, pero no confirmaron las sospechas de Namir, sino hasta después de la muerte Maediyu.

—Estos no son pesticidas. Tienen armas biológicas —dijo Namir a los líderes de pelotón aquella mañana. Habló con voz tranquila, pese a que hervía de rabia por dentro—. Tengan cuidado.

Dieciséis soldados más sucumbieron ante unos speeders que los rociaron con toxinas, antes de que un equipo de exploración localizara su punto de origen. Gadren, Mzun y una docena más de soldados alienígenas acompañaron a Namir, quien utilizó todo el equipo protector que pudo encontrar, a una plataforma de lanzamiento con almacén, ubicada en lo alto de las colinas. Incendiaron el almacén, vieron cómo el metal se ennegrecía y se retorcía y escucharon cómo el veneno chisporroteaba dentro.

La Compañía Twilight triunfó también en Nakadia.

Cuando Namir regresó al *Thunderstrike* se dirigió inmediatamente a la habitación de Chalis; no se desvió ni siquiera para quitarse la armadura ni para almacenar su rifle. Tocó la puerta y entró sin esperar una respuesta. De no haber estado abierta, habría hecho estallar el panel de control.

—Era la misma toxina —ladró.

Chalis estaba sentada en su catre, bosquejando algo en un datapad. Hizo unos trazos más a lo largo de la pantalla, evaluó su trabajo, puso el dispositivo a un lado y alzó la vista.

—Dame algo de contexto —le dijo con voz calmada, pero con mirada penetrante—. ¿Hablas de las armas biológicas en Nakadia? Escuché que…

—Hablo de las armas biológicas… —dijo Namir— provenientes de Coyerti. Nosotros destruimos la Destilería. Destruimos las reservas. No debería haber nada más de eso. Sin embargo, mi gente está muerta.

—Siéntate —dijo Chalis. Namir no hizo movimiento alguno; Chalis se encogió de hombros—. Lamento tus pérdidas…

—Claro que no.

Ella volvió a encoger los hombros.

—No estoy *a favor* de ellas. ¿Me vas a escuchar, sargento? Nuestra siguiente parada es en tres días. Y si sólo vienes a desahogarte, preferiría volver a mi trabajo.

—Habla.

Chalis cerró los ojos y se masajeó la sien con un dedo, como si le doliera la cabeza. Habló lenta y cuidadosamente, armando su argumentación sobre la marcha.

—Eres un buen comandante. Sabes qué necesita tu gente y qué puede lograr. Pero sigues pensando como un nativo de Crucival.

—¿O sea?

—O sea que no tienes consciencia de la *magnitud* del enemigo. A mí también me tomó… más de lo que debería. No te culpo de eso.

La ira de Namir se había desvanecido. De repente, le pareció que el rifle que llevaba colgado al cuello pesaba demasiado. No obstante, seguía resentido. Y cada palabra que pronunciaba Chalis lo irritaba.

—Destruimos… Tú y tu equipo destruyeron biotoxinas que podían haber matado a millones. Pero el Imperio lleva décadas acrecentando su arsenal. ¿Cuántas crees que haya almacenadas en armerías polvosas y en bodegas de toda la galaxia?

—Si yo hubiera sabido que en Nakadia había armas biológicas, tal vez habría elegido otro blanco. No lo hice. Estaremos mejor preparados la próxima vez.

—¿Para cuántas *próximas veces* debemos prepararnos?

Chalis se levantó lentamente del catre y miró a Namir a los ojos. Él notó que ella jadeaba e intentaba suprimir la tos.

—Ya conoces el plan —dijo ella—. No falta mucho para Kuat.

—Eso espero —dijo Namir—. Creo que Hober ya está harto de presidir funerales.

* * *

Una hora antes de la ceremonia en la plataforma vehicular, Namir descubrió que alguien había agregado un discurso a su datapad. El texto hablaba de cómo la Compañía Twilight rendiría tributo a los sacrificios de los pelotones; de cómo Nakadia era un recordatorio de las profundidades a las que el Imperio estaba dispuesto a hundirse; de cómo un planeta que podía alimentar a millones fue utilizado por el Imperio para fabricar veneno.

Namir no leyó el discurso en el funeral. Cuando Hober dio por terminadas las formalidades de costumbre y Namir no hizo nada, Chalis caminó al frente y lo recitó personalmente. En general, la reacción fue positiva, cosa que no sorprendió a Namir. Era un buen discurso. La gobernadora estaba ganándose a la compañía día con día, y los soldados estaban acostumbrándose a sus proclamaciones.

Aquella noche no visitó el Clubhouse ni a Chalis. Se acostó en su litera, la litera que había sido de Howl, y se preguntó qué cosa habría hecho de manera diferente el capitán. Si acaso él mismo había hecho *algo* distinto. O si la compañía seguía haciendo lo mismo de siempre —sangrar, luchar, buscar desesperadamente la victoria y fracasar la mitad de las veces— mientras que lo único que había cambiado era su propia perspectiva.

Se arrepentía de haber discutido con Chalis, le molestaba saber que ella era la única persona a bordo de la nave que entendía su posición. Pensó en ir a decírselo, pero pronto desechó la idea. Chalis no era su amiga. Y si alguna vez hubo algún tipo de calidez en su relación, se había congelado en Hoth.

Esa idea también le pareció *rara*, pero se acercaba bastante a la verdad.

Durante las siguientes dos semanas, la Compañía Twilight libró dos batallas más, en las montañas de Naator y en los desfiladeros miasmáticos de Xagobah. La compañía obtuvo el triunfo. Algunos soldados murieron. El ritmo febril continuó, y hasta la misma Chalis estuvo de acuerdo en que era necesario un día de descanso y reabastecimiento. Ella y Von Geiz propusieron que el *Thunderstrike* atracara durante la noche en Heap

Nine, un planeta ignorado por el Imperio donde los chatarreros hurgaban en los restos de una civilización desaparecida muchos años atrás.

El lugar no ofrecía mucho a los soldados bajo permiso, y Namir anticipó que la mayoría preferiría quedarse a bordo de la nave. Él, por su parte, llegó casi sin proponérselo a una cantina al aire libre, acompañado por unos cuantos compañeros. Ahí bebió la tóxica bebida local e intentó seducir a una mujer de piel verde, a la que no le impresionaron sus mentiras sobre su vida como minero de meteoros.

Gadren se reunió con él tres rondas después de que la mujer se había ido.

—Hiciste un buen esfuerzo —le dijo—, pero ahora es momento de reconocer la derrota y recobrar tu dignidad.

Namir intentó enderezarse en su silla, pero siguió encorvado.

—Apuesto a que no le dijiste eso a Brand.

Gadren miró al extremo opuesto de la cantina. Namir no había visto a Brand desde hacía más de una hora.

—Eso es porque ella es mejor para esto que tú —dijo Gadren—. Y a nadie le importa si hace el ridículo.

Namir soltó una risotada y apartó su bebida.

—Qué sutil. Bueno… Howl nunca se quedó sentado por ahí con cara de idiota…

—En público —intervino Gadren, con tono paciente y conciliador. Pasó un brazo bajo el hombro de Namir y lo ayudó a levantarse—. Lo que Howl hacía en privado es otro secreto que se llevó consigo, pero no me cabe duda de que tenía tantos defectos y que era tan tonto como cualquiera de nosotros.

Namir gruñó. Gadren no retiró su brazo: siguió dándole apoyo mientras caminaban por la calle principal del asentamiento —un camino de terracería bordeado por tiendas de objetos usados y deshuesaderos— e ignoraban los gritos de vendedores y ladrones.

—¿Recuerdas la batalla de Dreivus? —preguntó Namir—. ¿Recuerdas cómo celebramos después?

Gadren emitió un sonido hueco que denotaba diversión.

—Lo recuerdo. Les causaste una buena impresión a las *bailarinas de fuego*. —Hizo una pausa y se rascó la papada—. Twitch mencionó Dreivus la otra noche. Te echamos de menos en el Clubhouse.

Namir no respondió. Gadren continuó hablando:

—Hay otra campaña que me viene frecuentemente a la memoria. Es de antes de que tú llegaras, antes de que Brand llegara, antes incluso de que el teniente Sairgon se uniera a la compañía. ¿Te he hablado sobre Ferrok Pax?

Namir pensó en hacer un gesto afirmativo, excusarse y escabullirse. Disfrutaba la compañía de Gadren, pero no estaba seguro de cuánto tiempo podría tolerarla. Sin embargo, no tenía a dónde ir. Faltaban varias horas para que las naves de desembarco volvieran al *Thunderstrike*.

—No lo creo —respondió Namir.

Gadren asintió con gesto grave.

—Yo era nuevo en la compañía, apenas capaz de sostener un bláster sin quemarme la mano. —Movió sus gruesos dedos como buscando cicatrices—. Sólo éramos cerca de doscientos. Marchamos durante días sobre las ruinas del reino de una protoespecie con la intención de flanquear al enemigo.

»No podíamos ir por aire, porque se trataba de una acción furtiva. Pero fuimos dejando un rastro de soldados que ya no podían caminar o a los que el hambre había hecho estragos. Perdimos hombres valientes que lucharon contra bestias terribles; otros desaparecieron, consumidos por tecnología alienígena de la que no sabíamos defendernos.

»Finalmente vino la batalla. Vencimos a un enemigo sonriente y a sus diabólicos guerreros. Y rescatamos a los rebeldes que habíamos ido a salvar. Pero sólo treinta y siete soldados de la Compañía Twilight sobrevivieron al encontronazo.

«Grave, incluso bajo los estándares de la compañía», pensó Namir.

—Eso explica por qué no había escuchado esa historia —dijo—. No quedaron muchos que pudieran contarla. No es muy motivante.

—No —dijo Gadren—, no lo es. Pero está grabada en la historia de nuestra compañía, la compañía de Howl. Él guio a esos doscientos a su muerte y guio a los sobrevivientes después de la batalla. Reconstruyó a la compañía a partir de las cenizas de su sacrificio.

Namir se irguió y miró directamente los ojos alienígenas de Gadren. Estaba sonriendo, pero notó un tono de urgencia en su voz.

—Y tú crees… ¿qué? ¿Que estoy llevando a la compañía a otra masacre?

—No —dijo de nuevo Gadren—. Creo que temes a los sacrificios que hemos hecho y a los que están por venir. A Howl le afectaba la muerte de sus hombres tanto como a cualquiera de nosotros, pero nunca se endureció ni se volvió distante. En su funeral, te dije que no podía explicarlo; no obstante, ahora sé que él creía que el sacrificio era la *fortaleza* de la Compañía. Y él le dio un buen uso a esa fortaleza.

—Si yo le temiera al sacrificio —dijo Namir—, nunca habría aceptado el plan de Chalis.

—Como digas —dijo Gadren—. Pero nosotros te seguimos a ti, no a Chalis. Y estamos dispuestos a hacer lo necesario para llegar a los astilleros de Kuat.

* * *

Después del descanso en Heap Nine, vinieron las minas de los asteroides en el cinturón de Kuliquo. Namir planeó personalmente el ataque y seleccionó a veinte soldados de confianza para sabotear las máquinas, tendiendo una trampa mortal sin aire y sin luz. A instancias de Gadren, envió a Roach, quien regresó de las minas con una piedra de oro del tamaño de un puño y se la dio como regalo a Namir.

Él la colocó sobre el escritorio de su habitación y más tarde jugueteó con ella, mientras Chalis le informaba sobre la situación en Kuat. Ella había dedicado sus noches a

registrar el tráfico de comunicaciones imperiales y a decodificar las señales de menor prioridad. Parecía satisfecha con los resultados de las misiones de la Compañía Twilight.

—La legión Uno-Cero-Siete de stormtroopers se especializa en someter sublevaciones de esclavos y levantamientos de trabajadores. Ya son tres los batallones que se han retirado de la estable y predecible Kuat para ser asignados a otros sitios, gracias a nosotros. Y… —agregó prontamente, levantando un dedo— gracias a la previsible estupidez de mis viejos amigos del Consejo Imperial Regente.

—«Previsible estupidez» —repitió Namir—. Hace apenas unos días te aterrorizaba la idea de que descubrieran nuestro plan.

—Sí, por los analistas de inteligencia. Pero… ¿y las personas con las que trabajé durante diez años, las que decidieron que yo no era una amenaza cuando me fui? No, no me preocupa en lo absoluto lo que piensen ahora. —No había ligereza en su tono, ni intento de persuasión. Rara vez los había cuando ella y Namir estaban solos.

—¿Qué sigue entonces? Si seguimos atacando muchos objetivos más, no estaremos en condiciones para tomar los astilleros, por más debilitados que estén.

—Dos paradas más —dijo Chalis—, aunque la defensa será muy fuerte. Estamos acercándonos al corazón del espacio imperial; si no fuera por que la mitad de la flota sigue a la caza del alto mando de la Alianza, no podríamos acercarnos siquiera. En las condiciones actuales, necesitamos atacar con toda la velocidad y fuerza posibles para evitar que el Imperio nos rodee.

—Dos más… —repitió Namir. Le dio vueltas en su mente como si aquel número significara algo más, como si considerara los campos de batalla, los días de combate y los días de movimiento—. Puedo darte dos más.

—Bien —dijo Chalis—. Porque esta oportunidad se perderá tan pronto como se reagrupe el Imperio. Tomaremos Sullust y luego Malastare. Cuando hayamos terminado con ellos, caerá Kuat. La victoria está a la vista, sargento. Sólo tenemos que tomarla.

* * *

Sullust era un centro minero y manufacturero al servicio del Imperio, un antiguo e influyente miembro de la República que había sido reducido a la categoría de vasallo, de fuente de combustible para la máquina imperial. Nada más. Sus ciudades estaban enterradas como gemas bajo la superficie chamuscada del planeta y albergaban a miles de millones de sullustanos nativos, así como a varias generaciones de inmigrantes de otros planetas.

Namir permanecía sentado a solas en el comedor del *Thunderstrike*, escuchando los comentarios de la próxima batalla. Para su sorpresa, Zab hablaba la lengua sullustana. Hober había escuchado a lo largo de los años rumores acerca de levantamientos en el planeta, mismos que el Imperio acalló rápidamente.

Namir sólo sabía lo que le habían dicho y lo que había leído en los limitados registros de la computadora del *Thunderstrike*. Nunca vio a ningún sullustano, o probablemente sí, pero no lo había reconocido.

El día anterior a la llegada del *Thunderstrike* a Sullust, Namir hizo otro intento de contactar al alto mando de la Alianza. Mientras más se adentraba la compañía en territorio imperial, más difícil era abrir un canal seguro. Para Namir, aquella era la última oportunidad de encontrar otro curso de acción. Después de esto, el compromiso de la compañía sería irrevocable.

«No», pensó, mientras sopesaba la piedra de oro de Roach frente a la terminal de su habitación. Eso era lo que podría decirle a Chalis, pero no era la verdad. Aquella no era la última oportunidad de la compañía; era simplemente su última oportunidad de eludir su promesa.

«Si no puedes respaldar aquello en lo que creen, tal vez sea momento de marcharse».

Decidió darle a la compañía lo que quería: una oportunidad de luchar contra la maldad del Imperio. Sólo la Rebelión podría relevarlo de esa responsabilidad.

Luego de dos horas de espera, el *Thunderstrike* recibió respuesta de una estación de retransmisión rebelde. El holograma apareció parpadeando sobre el escritorio de Namir, quien intentó recordar en dónde había visto a la mujer que se veía en la imagen.

—Tenga cuidado con lo que dice, *Thunderstrike* —dijo la mujer—. Y que sea rápido. Es posible que este canal no sea seguro.

Hoth. Namir la había conocido en Hoth. Había discutido con ella y con Kryndal. Ella le dio un puñetazo en la mandíbula. Namir quiso reír, pero se contuvo y sólo sonrió. Se preguntó si ella lo reconocería a él.

—Entendido —dijo él—. Probablemente estaremos fuera de alcance por un tiempo, y no hemos recibido órdenes nuevas. ¿Hay algo que debamos saber?

—Las últimas órdenes siguen vigentes —dijo la mujer. Luego frunció el entrecejo. Parecía estar considerando la mejor manera de verbalizar sus pensamientos—. ¿Todavía lleva consigo su… cargamento?

Namir ladeó la cabeza, pero luego comprendió la pregunta. Al parecer la mujer sí lo había reconocido.

—Está seguro a bordo —respondió—. ¿Por qué lo pregunta?

La mujer hizo otra pausa. El holograma parpadeó, y Namir se preguntó si la comunicación se había interrumpido. Finalmente, la mujer habló; la estática distorsionaba su voz.

—Por nada —dijo—. El General Bygar tenía sus esperanzas puestas en ello. Es todo.

Hablaba del general que había recibido a Namir y a Chalis en la Base Eco, el hombre que se había abstenido de comunicar a Howl el problema disciplinario de Namir.

—Pero Bygar murió —continuó la mujer—, al igual que el antiguo plan. Está solo en esto, *Thunderstrike*.

—¿No estamos todos así? —preguntó Namir. El holograma parpadeó abruptamente y desapareció.

* * *

El *Thunderstrike* y el *Apailana's Promise* salieron del hiperespacio a menos de quinientos mil kilómetros de Sullust, tan cerca que, al momento de su entrada al espacio real, la gravedad del planeta casi despedaza ambas naves. Los cinturones de seguridad del asiento de Namir evitaron que saliera proyectado hacia delante. Estaba en una de las naves de desembarco del *Thunderstrike*, cuando escuchó un crujido metálico en la plataforma del hangar. Las alarmas de emergencia empezaron a sonar. Unos segundos después, se escuchó por el sistema de altavoces al comandante Tohna, quien reía y vitoreaba.

Las defensas orbitales de Sullust eran demasiado poderosas como para combatirlas frontalmente; eso era lo único en que habían coincidido los oficiales superiores de la compañía. La propuesta de Tohna —saltar al espacio a un tiro de piedra del planeta, descargar a las naves de desembarco y volver al hiperespacio antes de que el enemigo organizara el contraataque— podía aniquilar a la compañía en un nanosegundo si el salto no se realizaba con toda precisión. Namir no escuchó propuestas mejores, así que decidió aprobar el plan. Había muchos destinos peores que una muerte rápida y absurda.

La otra desventaja del plan de Tohna era que no dejaba tiempo para que un primer contingente de equipos terrestres despejara algún puerto militar. Las naves de desembarco tendrían que bajar juntas. Y Namir, Chalis, los médicos y los técnicos llegarían junto a la vanguardia de la compañía. Se rumoraba que Hober había enviado a la habitación de Chalis uniformes y armaduras con una nota que decía:

«No disponible en negro».

Namir no podía quejarse. Había asignado a Chalis a otra nave de desembarco: más valía dispersar el riesgo. Además, se sentía casi cómodo estando apretujado entre los cuerpos armados de sus compañeros, pese a que sus rifles entrechocaban porque los propulsores de la nave los hacían bambolearse. Así era un desembarco en toda su peligrosa, sudorosa y nauseabunda gloria, como los que había realizado cientos de veces antes. Tuvo que hacer un esfuerzo para no desmayarse cuando entraron a la atmósfera de Sullust.

Namir no supo si había logrado mantenerse consciente durante todo el viaje. De lo que sí estaba seguro era de que en cierto momento la nave redujo su velocidad y el estruendo de sus motores se apagó. Fue el último en pisar tierra, luego de un salto de dos metros de altura desde las compuertas de la plataforma hasta un bloque de obsidiana agrietado y manchado de amarillo. Una nube de polvo de color ocre se levantó del lugar donde sus botas se habían impactado. Namir percibió entonces el sabor de la ceniza a través del filtro de su respirador.

La nave de desembarco se remontó hacia el cielo azul grisáceo, seguido por unos puntos negros, otras naves de desembarco o aeronaves enemigas. Namir no estaba seguro de qué eran. Echó un vistazo a los alrededores y vio que estaba parado en la angosta superficie que sobresalía de una gigantesca ladera negra; la superficie se perdía a la

distancia en ambos lados, aparentemente donde bordeaba la ladera de la montaña. Hacia abajo, unas grietas parecidas a lechos de río corrían por la pendiente, hasta unas estructuras metálicas incrustadas en la base de la montaña.

«Búnkeres y estaciones de transporte», pensó Namir. «Blancos secundarios y amenazas potenciales».

Hacia arriba, la ladera se hacía más y más escarpada conforme se acercaba a la cima de la montaña. Alrededor de la cúspide, había otra estructura metálica: un complejo de agujas y estructuras de soporte que semejaba un parásito que se alimentara sobre el cráneo de la montaña.

Otros pelotones anunciaron a través de la estática de los comunicadores que habían descendido a salvo. Namir llamó con señas a sus compañeros de la nave de desembarco, que seguían revisando los rededores.

—La recogida será dentro de veinticuatro horas —dijo—. No hagan planes para comer, dormir o vaciar sus vejigas; estamos en territorio hostil, así que los necesito listos para actuar.

—¡Sí, capitán! —gritó alguien. Namir hizo una mueca de desagrado. ¿Así sería como lo llamarían desde entonces?

Namir se inclinó, recogió un fragmento de obsidiana y lo lanzó por la ladera hacia la base de la montaña.

—Allá abajo —les dijo—, enterrada bajo los campamentos enemigos, está una ciudad sullustana. Si terminan ahí, dense vuelta y empiecen a escalar. No necesitan mapas para esta misión. Allá arriba —agregó, volteando hacia la cima—, está la planta de procesamiento de minerales de Inuysu Tor. Por ahí es por donde el Imperio perfora la montaña y extrae oro del magma. Esta planta genera casi diez por ciento de las materias primas del planeta, así que es importante. Es nuestro objetivo.

Namir miró alrededor y vio cabezas haciendo gestos afirmativos. A cierta distancia, otros pelotones se acercaban por el estrecho. Ajustó la correa de su rifle y sonrió como un soldado listo para morir bajo las órdenes de algún comandante estúpido.

—Vamos por él —dijo.

* * *

Aun considerando que no estaba preparada para un ataque y que sus defensas eran modestas, la planta de procesamiento tendría que haber resultado inexpugnable para una unidad de infantería. Las fuerzas terrestres tendrían que trepar por la roca inclemente bajo una lluvia de disparos de bláster. Si los pelotones subían rápidamente, les esperaba una muerte segura; si avanzaban lentamente, el Imperio tendría tiempo para enviar apoyo aéreo.

Al llegar a la cima, los equipos tendrían que abrirse paso al interior de la planta. Hacer un hueco por una pared sería demasiado tardado con las armas de las que disponía la Compañía Twilight —la planta estaba hecha para resistir el calor volcánico—, por lo

que la única opción eran los accesos principales. Estos estarían protegidos por todas las fuerzas de seguridad de la planta; lo más a lo que podría aspirar la Compañía Twilight era a un equilibrio de fuerzas con el enemigo, siempre que no llegaran unidades imperiales adicionales desde el interior de la montaña.

Pese a ello, Namir ordenó que todos acometieran el ataque, con excepción de cuatro pelotones, un equipo técnico, una selección de exploradores y vigías de la retaguardia, así como un puñado de médicos.

Namir y Chalis observaron la batalla desde un campamento móvil ubicado a menos de cincuenta metros cuesta abajo. Era un lugar donde los heridos podían refugiarse y un centro de comando fuera de la refriega para los oficiales superiores. Sin embargo, no era un lugar a donde los pelotones pudieran retirarse. En dos ocasiones, Namir tuvo la ingrata tarea de informarles que no era posible emprender la retirada. Mientras tanto, veía cómo los rayos carmesí de los blásteres crepitaban al contacto con la montaña de obsidiana, cómo sus compañeros intentaban cubrirse desesperadamente detrás de rocas más pequeñas que moto speeders. Namir alzó sus macrobinoculares y vio stormtroopers comunes y soldados de la armada imperial. Estaban formados ordenadamente frente a los muros de la planta, listos para refugiarse tan pronto como se vieran cercados por los rebeldes.

Cada vez que los pelotones avanzaban hacia la cima —diez o veinte metros en el lapso de una hora— el campamento se movía con ellos. Los exploradores avisaron que unos aerodeslizadores estaban despegando de los cuarteles ubicados en la base de la montaña. Namir envió una orden a través de la cadena de mando:

—¡Avancen, sigan acercándose!

Si los escuadrones lograban subir lo suficiente, los pilotos de los aerodeslizadores no lanzarían bombas arrasadoras por temor a dañar la planta de procesamiento. Eso no salvaría a los pelotones de los cañones bláster que había en los aerodeslizadores, pero con suerte serían capaces de eludir los disparos.

Los equipos escalaron la montaña. El enemigo empezó a retirarse a las entradas de la planta. Cuando los aerodeslizadores estuvieron a la vista, Namir, que estaba agazapado en tierra, le hizo una señal a uno de los médicos.

—¡Pásame la *Plex*! —gritó.

Chalis lo observaba desde su posición pecho a tierra. No dijo nada. Tal vez no entendía lo que estaba haciendo, o sabía que Namir necesitaba una distracción para mantener la cordura. Tal vez no le importaba.

La PLX-1 era un arma difícil de manejar, aparatosa y pesada, de casi un metro de largo. Las etiquetas de los controles del arma que el médico le entregó a Namir se habían borrado hacía mucho tiempo; Namir la considerada la única sobreviviente del debut de la Compañía Twilight, cuando Howl y unos cuantos más habían recibido su primera misión de la Rebelión. Namir no necesitó las etiquetas para ajustar la configuración ni para revisar la carga.

Con la PLX-1 montada sobre un hombro, se puso de pie y bajó por la ladera, alejándose del campamento. Escuchó a través del comunicador los gritos de sus soldados, pero no les hizo caso; también dio la espalda a los destellos color carmesí. Dirigió el cañón del arma hacia el cielo gris, y entonces… en ese efímero momento de soledad, sonrió.

Un aerodeslizador cruzó el cielo. Como Namir había anticipado, la nave viró hacia él. Era un blanco obvio: un hombre solo a plena vista en la ladera de la montaña. Se giró hacia la nave, jaló el gatillo de la PLX-1 y sintió un impacto en su hombro cuando el cohete salió disparado, dejando atrás un olor de escape.

El aerodeslizador intentó cambiar de dirección y disparó sus cañones. Los rayos del bláster impactaron cerca de Namir, lanzando fragmentos de roca en su dirección. De pronto, el aerodeslizador desapareció, consumido en una bola de fuego y humo negro. Namir aspiró profundo, volvió a subir por la cuesta y manipuló su comunicador.

—¿Cuál es la situación? —preguntó.

—Listos para la fase dos —respondió Chalis.

* * *

Namir no sintió que la montaña temblara cuando el equipo de excavación entró en la planta de procesamiento. Aunque intelectualmente sabía que eso no era posible, creyó percibir una vibración en las plantas de los pies al llegar el momento indicado. Entonces cerró un puño en señal de triunfo.

Mientras la mayor parte de la compañía escalaba hacia la cima, cuatro pelotones y un equipo técnico habían descendido a las estaciones de transporte empotradas en la base de la montaña. Ahí habían robado un par de vehículos mineros y excavado su propio camino bajo la ladera, hacia la parte superior de la montaña y al interior de la planta.

Más tarde, los pelotones de excavación relatarían cómo se abrieron paso a través de una pared subterránea, aterrorizando a los trabajadores sullustanos. En el momento acordado, Namir ordenó a los pelotones de la superficie que intensificaran el ataque. Los desconcertados equipos de seguridad imperiales y los stormtroopers se vieron rodeados por rebeldes tanto dentro como fuera de la planta.

Una vez más, la Compañía Twilight obtuvo la victoria.

* * *

El plan había sido de Chalis, pero Namir había desconfiado de él. Dudaba que hubiera vehículos mineros estacionados en donde ella afirmaba; dudaba que las máquinas pudieran excavar hacia la cima de la montaña con la suficiente rapidez para ganar la batalla. Pero Chalis tenía fe en los sistemas del Imperio y en la confiabilidad de sus intendentes. Había logrado acceder a los inventarios del Imperio para proporcionar al equipo técnico de la compañía diagramas de los vehículos.

—Tenías razón —dijo Namir. Ambos observaban desde la ventana de la oficina de seguridad cómo los trabajadores salían de la planta y se dirigían a los elevadores industriales y vías de tranvías que los llevarían a la parte inferior de la montaña. Los soldados de la Compañía Twilight dirigían a los sullustanos a punta de pistola.

Chalis asintió con la cabeza. Su pecho se agitó al contener un ataque de tos. Namir se preguntó cómo estaría afectándole el suministro de aire: la planta filtraba la atmósfera, de manera que no hacía falta usar máscara en las instalaciones, pero aún así el aire era fétido y sulfuroso.

Cuando hubo salido el último de los trabajadores, se inhabilitaron los transportes y los pelotones realizaron una última búsqueda de adversarios. El equipo técnico empezó entonces su segunda tarea del día: programar los extractores de magma para que inundaran el interior de la planta. El nuevo programa se correría después de que las naves de desembarco llegaran a recoger a la Compañía Twilight, en el último minuto posible. La planta sería completamente destruida mientras el *Thunderstrike* se adentraba en el espacio profundo, así el Imperio se vería privado de uno de los recursos más valiosos de Sullust.

Los soldados de la Compañía Twilight contaban con alrededor de doce horas antes de la recogida. Namir apostó patrullas tanto dentro como fuera de la planta. Mantuvo un canal de comunicación abierto y escuchó a los vigías reportar —con puntualidad, cada treinta minutos— la presencia de aerodeslizadores imperiales que sobrevolaban la montaña. A Namir no le preocupaban demasiado: el Imperio no iba a destruir su propia inversión ni conocía los planes de la Compañía Twilight.

Ya muy avanzada la noche, o muy temprano por la mañana, Namir estaba caminando por un pasillo suspendido sobre una corriente descubierta de magma. La corriente despedía un olor nauseabundo, pese al ardiente escudo calórico, y bañaba todo su rededor con luz de un vivo color rojo. Namir notó que Brand había ido a colocarse a su lado; su piel parecía de bronce pulido.

—¿Recuento final? —preguntó ella.

—Cuatro muertos, dieciséis heridos —respondió él—. Tuvimos suerte.

Brand hizo un gesto de asentimiento y arrugó la nariz. A Namir le causó gracia que inhibiera su reacción ante la peste.

—¿Alguno que conocieras bien? —preguntó ella.

—No demasiado bien —dijo Namir. Nombres y rostros que reconocía. Hombres, mujeres y alienígenas con quienes había departido en el comedor o a quienes había entrenado cuando eran nuevos reclutas. Todos eran miembros de la compañía, todos eran familia, pero ninguno comparable a Maediyu, Charmer, Roja, Beak o incluso Ajax, tampoco a la técnica en comunicaciones a quien se había prometido olvidar en Asyrphus. Podía fingir que las pérdidas de aquel día no le importaban; eran personas cuyos fantasmas no lo acosarían a bordo del *Thunderstrike*. Namir se acercó a la barandilla del pasillo e intentó clavar la vista en el magma, pero no pudo mirar por mucho tiempo la deslumbrante superficie de la corriente.

Brand lo siguió.

—Sí —dijo ella, pero Namir no supo en qué estaba concordando con él.

Permanecieron ahí por un rato. Él pensó en todas las horas que había pasado en silencio con Chalis —en Mardona III, en la lanzadera al regreso de Hoth…—, y le asombró la manera en que dos personas, ambas completamente inmóviles, podían estar *presentes* de maneras tan distintas. Brand se había fundido con el entorno, como una roca en una ladera; Chalis era como un clavo incrustado en un espejo roto: sólida como el acero, pero en una relación de tensión con el mundo que la rodeaba.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —preguntó Brand.

Namir frunció el ceño.

—Chalis dice que…

—No me refiero a Sullust. Hablo de toda la campaña. De Kuat.

«Claro. *Esto*».

—Hice una promesa —respondió él—: respaldar a la Compañía Twilight y a la Rebelión. Todos los que están aquí… —«Todos, menos Chalis y yo», pensó—. Todos se alistaron para contraatacar al Imperio. Yo estoy ofreciéndoles la mejor manera que conozco de hacerlo.

—Mmm —dijo Brand.

De un momento a otro, la reticencia de Brand pareció tornarse agresiva. Aquel silencio que a Namir le había resultado reconfortante, ahora lo irritaba.

—¿Qué? —preguntó—. Dilo.

Ella se encogió de hombros.

—Es sólo que estaba pensando. ¿Alguna vez le preguntaste a Howl por qué hacía algo?

—Lo último que necesito es que empieces a compararme con Howl…

Brand continuó hablando como si él no hubiera replicado.

—Él nunca te daba una respuesta, porque nunca hacía nada por una razón. Nunca hacía nada que no contara como una victoria, incluso en una derrota militar. Al menos según su punto de vista. —Volvió a encoger los hombros—. La cuestión es: ¿sólo estamos escupiéndole en la cara al mal? ¿Estamos contraatacando sólo por contraatacar? Tal vez para Gadren y Roach signifiquen algo todas esas estupideces sobre el sacrificio del guerrero, pero tú y yo ya estamos viejos para eso.

Namir se irguió y la fulminó con los ojos. Ella le sostuvo la mirada; su rostro resultaba tan ilegible como siempre. Todo lo que Namir podía pensar era: «¿Cómo te atreves?».

¿Cómo se atrevía a cuestionarlo ahora, semanas después de Ankhural, no antes, cuando sus palabras hubieran servido de algo? Quería decirle algo que la irritara, algo que la hiriera. Habría sido lo justo.

Namir conocía sus secretos. Pero cuando encontró su munición, la dejó hundirse en el océano de su mente.

—¿Tienes algo útil que decirme? —preguntó al fin—. ¿O sólo estás cuestionando mi capacidad para mandar?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo Brand, y se alejó.

Namir maldijo en silencio mirando la lava.

* * *

La llegada del *Thunderstrike* estaba programada para el mediodía. Temprano, en la mañana, los soldados de la Compañía Twilight terminaron de empacar todo el equipo de la planta que podía serles de utilidad. El equipo técnico había programado los extractores para que inundaran de magma el complejo con tan sólo oprimir un botón. Namir les había enviado a los pelotones asignaciones y ubicaciones alternativas de las naves de desembarco, por si el apoyo aéreo del Imperio hacía imposible la recogida en la planta.

Namir estaba en cuclillas afuera de la entrada principal, observando el cielo a través de sus macrobinoculares y reflexionando acerca de la siguiente misión de la compañía: el ataque a Malastare, el último antes de Kuat. En eso, recibió un mensaje del *Thunderstrike,* indicándole que la nave estaba en órbita.

—Hay gran cantidad de cazas TIE —dijo el comandante Tohna—. Vamos a acercarnos a baja altura. Usen su poder de fuego para cubrir a las naves de desembarco, mientras el *Promise* y sus X-Wings protegen los flancos. ¡Daremos un buen espectáculo!

Namir le hizo una señal a uno de los vigías, y los soldados de la compañía empezaron a avanzar lentamente hacia el exterior de la planta. Uno de los técnicos lo interrogó con un gesto, pero Namir negó con la cabeza.

—¡Todavía no! —le gritó—. Hay que esperar a las naves de desembarco. —No había necesidad de precipitarse.

Namir esperó a que la sombra del *Thunderstrike* apareciera en el cielo y escuchó las últimas noticias de Tohna: una docena de cazas TIE derribados; otra docena más acercándose. Tenían tres minutos para liberar a las naves de desembarco. Dos minutos.

De repente, una forma oscura se manifestó en lo alto; los macrobinoculares hicieron más nítidos sus bordes hasta revelar una nave estelar.

—Un minuto —dijo Tohna—. Prepárense para abordar… ¡no tenemos mucho tiempo!

En ese momento, una docena de puntos entraron en el campo visual de Namir, y Tohna empezó a maldecir. El sonido como de un trueno se escuchó en lo alto.

Al principio, Namir no pudo ver qué ocurría. Interrogó a Tohna, pero el comandante no estaba prestando atención, o ya no podía escucharlo. Pese a ello, la forma del *Thunderstrike* siguió creciendo entre las nubes, siguió descendiendo, aunque ahora lucía un halo rojo y verde, producto de los cañones bláster y de los turboláseres que encendían el aire.

Los soldados que estaban cerca miraban con inquietud y musitaban preguntas que Namir no sabía contestar.

Namir hizo una mueca de desagrado cuando un estallido de estática laceró su oído. Y mientras ajustaba su comunicador, escuchó una nueva voz.

—¿Twilight? Habla el *Promise* —dijo una voz femenina—. Fuimos emboscados… Un maldito enjambre salió tras la luna. Estaban esperando a que el *Thunderstrike* entrara en la atmós…

Namir maldijo en voz demasiado alta. Una docena de cabezas se giraron hacia él. Daba la impresión de que el *Thunderstrike* estaba descendiendo más rápido.

—Retrocedan —dijo a través de su comunicador. Sonaba más tranquilo de lo que estaba en realidad—. Nosotros podemos resistir aquí. ¡Retrocedan ya!

Pero su orden llegó demasiado tarde. El *Thunderstrike* ya no descendía por obra de propulsores y repulsores. Tenía la proa inclinada hacia el frente e iba dejando una estela de humo negro. El fuego que consumía su casco brillaba más que los rayos de los blásteres.

Todos los soldados de la Compañía Twilight miraron desde la entrada de la planta cómo el transporte caía en espiral. Por un breve instante, se niveló, pero luego volvió a precipitarse, emitiendo un ruido constante, como el de olas rompiéndose en la playa. A continuación, se perdió de vista tras la curva de la montaña. Finalmente, la tierra retumbó.

La palabra «retirada» se escuchó a través del comunicador. La voz femenina la repitió una y otra vez hasta que un estallido de estática dio por terminada la transmisión.

El *Thunderstrike* había sido derribado. El *Promise* y sus cazas se habían ido o habían sido destruidos.

La Compañía Twilight estaba atrapada en Sullust.



CAPÍTULO 29

PLANETA SULLUST

Día treinta y uno de la Operación Ringbreaker

«Los stormtroopers deben vestir uniforme completo siempre que estén a la vista del público».

Era una norma simple, una norma básica, que se inculcaba a los cadetes hasta que la cumplían de manera automática. Thara Nyende creía en ella, sabía que era fundamental para mantener la confianza de los ciudadanos. Un stormtrooper sin su casco era un individuo con nombre, necesidades y objetivos propios. Y los individuos no eran confiables.

Un stormtrooper con uniforme representaba al Imperio. Eso sí significaba algo.

Considerando esto, era difícil entender por qué ella se había quitado el casco en la oficina de seguridad de la Estación de Transporte Cuatro de Pinyumb. Era improbable que alguien la viera, pero no imposible. El visor negro la miraba desde la consola, mientras ella masticaba una barra alimenticia. Cuando descargaran la memoria de su armadura probablemente la descubrirían, y su indiscreción sería marcada y agregada automáticamente a su expediente.

Pero es que estaba muy cansada.

¿Era mucho pedir un descanso de cinco minutos para almorzar un poco antes?

Durante las últimas tres semanas había trabajado diariamente en turnos de diez horas. No había recibido más tratamiento ni terapia después de los horrores que experimentó a bordo de la nave de los terroristas rebeldes. Seguía perdiendo a intervalos la audición del lado derecho. Sabía que otros soldados de otros planetas habían vivido cosas peores, así que ella no se quejaba. Sin embargo, casi se encogía de temor cada vez que abría la puerta de algún departamento para buscar simpatizantes rebeldes.

Pero, si la cacería de rebeldes hubiera sido la única carga, la habría tolerado. Desde el ataque al *planeta bodega*, el Imperio también les había exigido turnos más largos a los trabajadores civiles. Esto requería más capataces y más equipos de seguridad que hicieran

cumplir los estándares. Casi diariamente llegaban nuevos transportes con supervisores que se sumaban a los que se contrataban y entrenaban a toda velocidad en el planeta. La ciudad entera estaba cansada, y Thara ya no sabía qué hacer para darse un respiro. La culpa también era de la Rebelión: los ataques seguían sucediéndose en los sectores aledaños. Sullust tenía que compensar las pérdidas lo mejor que podía.

Thara había ido una noche a visitar la taberna de su tío. Había actuado con discreción. Sólo quería saber cómo estaba el sitio en su ausencia, mientras seguía esperando que lo enjuiciaran o lo liberaran de las celdas de custodia.

—Si en lugar de bombardear fábricas del Frente Cobalto, te hubieras dedicado a escribir cartas al gobernador —dijo uno de los ancianos—, tal vez tendríamos a alguien que hablara por nosotros.

—Al Frente Cobalto nunca le importaron los derechos de los trabajadores —arguyó otro—. La Rebelión estuvo detrás desde el principio.

—Ya nada de eso importa —dijo un tercero, un hombre con vendas sobre sus ojos, que habían sido quemados por el vapor—. No importa quién tuvo la culpa. Recen por que la tormenta pase y por que la cosecha sea mejor después de la lluvia.

Pero la tormenta no había pasado.

La Rebelión había enviado un ejército a Sullust.

* * *

Thara no había combatido durante la invasión. No había estado en la planta de procesamiento ni en los cuarteles de la superficie, pero cuando la asignaron a una misión de patrullaje por la noche —con un pelotón de veteranos alienígenas que podían reconocer el modelo de un bláster con sólo escuchar la acción del gatillo— temblaba cada vez que veía una figura a la distancia sobre la montaña. Estuvo a punto de dispararle a un moto speeder pilotado por un explorador aliado, pero un grito furioso de su sargento la detuvo a tiempo.

Ella estaba dispuesta a pelear. Habría acudido a la planta si se lo hubieran ordenado, habría matado a los rebeldes y vengado a los compañeros que ya había perdido. Y estaba dispuesta a seguir los protocolos que le habían indicado en la reunión informativa de aquella mañana: instrucciones para implementar medidas enérgicas en la ciudad para el caso de que los ciudadanos de Pinyumb o los infiltrados rebeldes quisieran aprovechar la oportunidad para atacar. Cateos de casa en casa, redadas de rebeldes o presuntos rebeldes, cierres de emergencia en todos los bloques de viviendas y centros de trabajo… Thara conocía su trabajo. Esperaba que no fuera necesario implementar medidas drásticas, pero estaba preparada para ponerlas en práctica si se requerían.

Después de tantas semanas de acechar, buscar y esperar la siguiente explosión de bomba, después de tantos turnos de diez horas que la dejaban llorando boca abajo sobre una almohada, Thara necesitaba un momento, sólo *un momento*, para ella misma.

Por eso estaba masticando lentamente su barra alimenticia, evitando la mirada del casco que había colocado sobre la consola de seguridad.

Antes de que terminara de comer, su comunicador emitió una estridente señal de emergencia.

Thara arrojó la barra al piso, agarró su casco y se lo puso. Una cascada de información llenaba el visualizador. Había una emergencia en la superficie. Estaban desplegándose equipos de stormtroopers en las calles de Pinyumb y en los cuarteles superiores. Todas las unidades debían estar listas para el combate.

Thara tuvo un sentimiento de culpa por descuidar su deber, pero lo hizo a un lado. Ella era SP-475 de la Legión Noventa y Siete de Stormtroopers del Imperio, y se le había ordenado reportarse en los niveles superiores de la estación de transportes.

«¿Estarán bajando los rebeldes de la montaña?», se preguntó. «¿Irán a atacar la ciudad?».

Otros veinte stormtroopers se apretujaron en el elevador de carga que los llevaría a la superficie. Cuando Thara bajó de la base metálica y pisó la roca, su visualizador parpadeó, adaptándose a la luz exterior. Escuchó el viento y, entre el viento, un estruendo. Tras el estruendo, oyó sonidos de blásteres, distantes y apagados.

Los soldados que estaban con ella miraban hacia arriba y señalaban algo en el cielo. Mientras avanzaba hacia su puesto, Thara vio una nave que se precipitaba sobre la montaña, envuelta en humo negro y fuego. Era enorme. Una nave rebelde. No podía ser otra cosa.

Cuando la nave se impactó en la ladera de la montaña, el golpe se escuchó como la explosión a la que Thara había sobrevivido en el puerto espacial.

Pero esta vez, Thara lo sabía, todo Pinyumb sufriría a causa de ello.

PARTE IV







CAPÍTULO 30

PERIFERIA DEL SECTOR BREMA

Dos días antes del sitio de Inyusu Tor

El capitán Tabor Seitaron se sentía satisfecho.

Había olvidado lo importante que era contar con un plan. Intelectualmente, por supuesto, siempre había entendido la trascendencia; solía enseñarles a sus alumnos que la presencia de un *propósito* influía en gran medida en el estado de ánimo de la tripulación. No obstante, durante las semanas que llevaba a bordo del *Herald,* había pasado por alto el hecho de que él mismo formaba parte de la tripulación del destructor estelar. Cada vez que el personal veía con recelo al prelado Verge y temía por su propio futuro, Tabor padecía también.

Pero, cuando Tabor descubrió el denominador común de los blancos de la gobernadora Chalis —no por una comprensión súbita, sino mediante el surgimiento gradual, casi inadvertido, de una idea inevitable—, y cuando comunicó esa información al prelado, para después salir precipitadamente junto a este de la sala de planeamiento estratégico… el estado de ánimo a bordo del *Herald* cambió, igual que el del propio Tabor.

Se sentía casi joven al caminar por el puente de mando, dirigiéndoles gestos de aprobación a los hombres y mujeres que trabajaban en sus estaciones. Los hechos resultaban evidentes ahora, tanto como la solución.

Hecho: el área de especialización de la gobernadora Chalis era la logística del Imperio.

Hecho: la gobernadora Chalis y su compañía de infantería estaban atacando blancos fáciles ubicados a lo largo de la Ruta Comercial Rimma.

Conclusión: el objetivo de la Rebelión no era militar; lo que pretendía era inhabilitar la infraestructura del Imperio.

En cuanto a los medios por los que intentaba lograrlo, Tabor los ignoraba, pero no necesitaba conocerlos. Lo único que le interesaba era discernir la pauta existente, para

anticipar la siguiente jugada de Chalis. Si lograba detenerla a mitad del camino, ¿a quién le importaría ya su objetivo final?

Tabor trabajó con el prelado Verge para reducir de centenas a decenas los blancos potenciales de Chalis. De los que quedaron —plantas manufactureras, puertos espaciales, rutas comerciales— eliminaron los que no se ajustaban a la pauta secreta de Chalis: los que carecían del denominador común que los unía inexorablemente a la gobernadora. Habían llegado demasiado tarde para detenerla en Nakadia y en Kuliquo, pero Tabor había demostrado que él era capaz de pronosticar sus acciones.

Sólo quedaban unas cuantas posibilidades. Sullust. Malastare. Tshindral. Empezaron a prepararlas para un ataque.

—Chalis huirá si ve que su enemigo está preparado —le había dicho a Verge—. Es demasiado cobarde como para no hacerlo. Debemos mantener nuestra distancia hasta que caiga en la trampa. Cuando llegue el momento, la presa será suya.

Y ese momento estaba cada vez más cerca. Tabor se sentía seguro.

El oficial de comunicaciones se levantó de su asiento, se puso en posición de firmes e hizo un gesto para llamar la atención de Tabor.

—¡Capitán! —dijo. La voz le temblaba ligeramente, pero se formó una sonrisa en sus labios—. ¡Recibimos una señal de Sullust!

—¿Y? —preguntó Tabor.

—El *Thunderstrike* y sus escoltas están en el sistema. Usted tenía razón.

Los oficiales en servicio empezaron a aplaudir. Era una infracción al protocolo que Tabor podía perdonar. Aquel triunfo les pertenecía a ellos tanto como a él, y merecían disfrutarlo; merecían un recordatorio de que se habían ganado un lugar a bordo de un destructor estelar, de que se habían ganado el poder de destruir planetas y flotas.

No obstante, Tabor no sonrió.

—Convoquen al prelado al puente de mando y consíganme una transmisión táctica —dijo ásperamente—. También necesito un canal de comunicación con el Pelotón Vixus.

La tripulación del puente de mando puso manos a la obra. Tabor se retiró al centro de planeación estratégica para valorar sus opciones. Sullust no sería capaz de repeler al *Thunderstrike*, lo cual era una ventaja. Verge había insistido en no informar a los gobernadores regionales que sus sistemas estaban bajo la mira, precisamente por esa razón. Por otra parte, Verge también había desplegado bien sus fuerzas y había distribuido escuadrones de cazas interceptores cerca de los blancos más probables de Chalis.

—¡Bien hecho! —declaró el prelado. Tabor sintió cómo la mano del muchacho oprimía su hombro—. ¿Están siguiendo el procedimiento de costumbre?

—¿Desalojar naves de desembarco en la superficie del planeta? Sí, prelado. —Tabor pasó una mano sobre el holograma táctico y la imagen del cúmulo de estrellas dio paso a la transmisión desde Sullust—. Vixus está listo para entrar en acción, pero estoy seguro de que el transporte rebelde huirá tan pronto como hayan completado la inserción.

Verge negó enérgicamente con la cabeza.

—No hay prisa —dijo—. Nuestro objetivo es Chalis, no una pandilla de soldados rebeldes. A menos que estemos absolutamente seguros de que ella está con las fuerzas terrestres.

—No tenemos evidencias relativas a su ubicación —dijo Tabor.

—Entonces su nave sigue siendo nuestra prioridad. Y esta regresará una vez que haya concluido la misión en tierra.

Tabor sonrió gravemente.

—De acuerdo. Ordenaré que Vixus se traslade a Sullust y se prepare para el regreso del *Thunderstrike*. Convendría también comunicarse con las fuerzas terrestres de Sullust para asegurarnos de que aniquilen por completo a la compañía rebelde. Sería poco probable, pero si tuvieran suerte… —Tabor encogió los hombros—. Debemos estar seguros de que el *Thunderstrike* tenga un motivo para regresar.

Verge rio, echando la cabeza hacia atrás desvergonzadamente. El sonido fue exuberante y jubiloso, lleno de vida y pasión. Le levantó más el ánimo a Tabor, pero sólo por un instante, antes de que este recordara de dónde provenía la alegría del muchacho: de su loca obsesión por la extravagancia, de su terror mal disimulado, de su creencia mesiánica, según la cual él era el precursor de una nueva forma de vida imperial.

Súbitamente, Tabor volvió a sentirse viejo. Le pareció que sus músculos estaban demasiado atrofiados como para mantener erguido su cuerpo. Pero volvió a sonreír y continuó con sus labores; tal vez su victoria y su ejemplo lograrían ablandar al chico, refinar su genio y hacerlo madurar.

En menos de una hora, el pelotón Vexus se puso en marcha hacia Sullust. El *Herald* también se puso en camino, aunque su llegada sería posterior.

«Es una pena», pensó Tabor, «que después de todo el esfuerzo realizado la tripulación no pueda presenciar la caída del *Thunderstrike*».

Sin embargo, estaba seguro de que las consecuencias de ese triunfo serían igualmente satisfactorias.

—Cuando todo esto termine —le dijo Verge frente a la ventana de visualización, observando cómo ondeaba el vórtice azul del hiperespacio alrededor de la nave—, usted será bien recompensado. Juntos iremos ante el Emperador. Su papel en esta misión ha sido fundamental.

Lo único que deseaba Tabor era regresar a su casa: a sus clases, a su vajilla de té, al aroma, al cielo y a la gravedad de Carida. Pero, por supuesto, no podía decírselo al prelado.

—Gracias, prelado.

Verge rio, puso un dedo contra la ventana y lo deslizó por el panel, como si pudiera sentir el pulso del hiperespacio.

—También creo que la tripulación de esta nave no lo olvidará. No conozco lo que nos depara el futuro, pero estoy ansioso por ver su desempeño en su próxima misión.

Tabor giró la cabeza hasta abarcar con su visión periférica las estaciones de trabajo. Contempló a los hombres que le habían aplaudido, cuyos temores él había aplacado y

cuyo propósito había cultivado delicadamente desde su llegada a la nave. Intentó imaginar qué podría gustarles como recompensa.

—Estoy seguro de que usted hará lo mejor para ellos —dijo Tabor—, y de que ellos le corresponderán.



CAPÍTULO 31

PLANETA SULLUST
Día uno del sitio de Inyusu Tor

Namir tenía lista media docena de pelotones de búsqueda y rescate. No era la combinación que le hubiera gustado —muy pocos médicos y técnicos, demasiados especialistas en demolición—, pero todos eran aptos para el combate y podían moverse rápido. El resto de la compañía permanecería en la planta de procesamiento y la fortificaría por si hubiera un ataque. Porque ese ataque era inminente, y la compañía Twilight no tenía a dónde huir.

Namir ordenó con un ademán la salida del primer contingente. Exploradores que montaron moto speeders robados de la planta bajaron a toda velocidad por la ladera de la montaña, en dirección a la columna de humo negro que se elevaba al cielo. El resto de los pelotones tendrían que llegar al *Thunderstrike* —o a lo que quedara de él— a pie. Namir le hizo una señal a Carver, quien empezó a hablar a través de su comunicador. Las botas comenzaron a pisar roca y obsidiana, mientras los líderes de los equipos gritaban órdenes.

Namir se ajustó su casco y su respirador, y se ciñó la correa del rifle. Cuando empezó a marchar, escuchó una voz a través del comunicador.

—Ellos están muertos y necesitamos que estés aquí. Detén esto —dijo Chalis.

Namir no respondió. Se concretó a unirse a los soldados que bajaban a trompicones por la ladera hacia su nave caída. Intentó recordar cuántas personas había a bordo del *Thunderstrike*: más de treinta de la tripulación permanente, además de los miembros que aún no recibían el visto bueno para combatir en tierra… y los soldados heridos, no aptos para el servicio.

¿Cuántos serían? Von Geiz lo sabría, pero él también se había quedado a bordo del *Thunderstrike*.

«Mierda».

El trayecto al transporte resultó brutal. Casi al inicio, Namir tropezó y resbaló por una pendiente de grava, lo que le dejó las palmas de las manos en carne viva. Los reportes de

los exploradores lo instaban a seguir adelante, a seguir avanzando pese a lo escarpado del terreno. Parte de la nave estaba intacta, decían los exploradores; el reactor no había explotado con el impacto. Era posible que hubiera supervivientes.

No obstante, cuando alcanzó a ver la nave, le costó trabajo mantener las esperanzas. Comprendió que la frase «en parte intacto» significaba simplemente que el *Thunderstrike* no se había desmoronado por completo. Incluso desde la parte alta de la montaña, incluso a través del humo, Namir pudo ver una brecha enorme que atravesaba la nave por el centro. Si el *Thunderstrike* intentara alzar el vuelo, caería partido por la mitad.

Poco después, los exploradores informaron que unos aerodeslizadores imperiales iban en camino. Si había alguna posibilidad de rescatar sobrevivientes, tendría que ser antes de que las bombas redujeran los restos a un cráter lleno de metal chamuscado.

La misión siguió adelante. Namir escuchó cómo el primer contingente de equipos de búsqueda y rescate anunciaba cada triunfo y cada pérdida. Rompieron las puertas y encontraron a miembros de la tripulación del puente de mando que estaban atrapados bajo las consolas, heridos pero vivos. Encontraron fragmentos de M2-M5 desperdigados por el área de atención médica; la última acción del sarcástico droide había sido tratar de proteger a los heridos. Para cuando Namir llegó a la escena, Von Geiz —con el rostro manchado de sangre tan roja como la luz de una alarma— ya estaba contando las bajas, enviando a los heridos más graves a la planta de procesamiento en moto speeders y ordenando a los demás que recorrieran a pie el camino que los reuniría con la Compañía Twilight.

Namir se alegró de poder delegar esa labor al experimentado médico.

—¿Cuántos desaparecidos? —le preguntó Namir. Ambos estaban resguardados bajo un fragmento del casco, escuchando cómo las descargas de los cañones bláster se estrellaban en las rocas circundantes.

—Unos veinte, quizás —dijo Von Geiz—. No hemos podido alcanzar las cubiertas inferiores.

—Sigan intentando —dijo Namir—. Pero si empezamos a perder nuestra línea de retirada, todos nos iremos juntos.

Von Geiz asintió con la cabeza. Había estado mucho tiempo con la compañía, y sabía que no siempre era posible salvar a los pacientes.

Hacia el atardecer, los pelotones formaron una cadena entre el sitio del desastre y la planta de procesamiento. Namir escoltaba a un puñado de heridos a unos cientos de metros, por la ladera de la montaña, para entregarlos al siguiente pelotón, asegurándoles que el refugio no estaba lejos. El equipo de Zaba había improvisado una fortificación para francotiradores por encima de las ruinas para cubrir a sus compañeros encargados de recuperar contenedores de bacta y equipo médico.

Por la noche, Namir dobló las piernas bajo el peso del Comandante Tohna; este iba apoyándose en sus hombros. Luego, cubrió con sus guantes desgarrados el respirador del capitán del *Thunderstrike*, quien gritaba de dolor.

—Demasiados enemigos demasiado cerca —le dijo Namir—. No podemos revelar nuestra posición.

Poco después del ocaso llegaron bombarderos más poderosos que abrieron nuevos agujeros en el *Thunderstrike*, lanzando fragmentos de metal y de hueso en todas direcciones. Mientras unos pocos heridos más salían de su escondite, las tropas de tierra imperiales aparecieron en el horizonte y sus unidades de avanzada iniciaron una andanada constante de rayos de bláster. Namir no recordaba haber dado la orden de retirada, pero sabía que tenía que haberlo hecho. Con el sabor de ceniza en la boca y los labios partidos, inició su último viaje hacia la planta. Hacía horas que había dejando de sudar, y las piernas le dolían con cada paso que daba al remontar la colina. De repente se preguntó qué estaría pasando en la planta de procesamiento, pero apartó de su mente ese pensamiento.

«Primero sálvate», se dijo. «Después buscarás la manera de salvar a la Compañía Twilight».

* * *

De los soldados que habían participado en los equipos de rescate, cinco estaban desaparecidos. Namir llegó dando tumbos a la planta de procesamiento, zigzagueando por un laberinto de barricadas construidas con equipo industrial.

—Si en una hora no han vuelto, dalos por muertos —le dijo a Twitch, quien hacía guardia en el puesto de vigilancia más cercano a la planta—. Si llegan después, podremos creer en milagros.

Namir se sentía pesado y vacío al mismo tiempo, como un cuerpo hueco con piel de plomo. Hombres al igual que mujeres se apiñaron en torno a él, bajo la tenue luz amarillenta del corredor principal de acceso. Nadie le ofreció agua, comida ni guantes en buenas condiciones; más bien, lo atosigaron con reportes y noticias sobre el *Apailana's Promise*, que al parecer había escapado intacto de Sullust. Un equipo estaba intentando hacer contacto con la nave de combate y determinar su posición. Le informaron que la infantería imperial había rodeado la base de la montaña y los cercaba cada vez más. Especularon acerca de la posibilidad de reparar al *Thunderstrike* —algo no imposible con los medios adecuados, pero impracticable bajo el fuego enemigo— o de extraer sus partes utilizables.

Namir intentó asimilar todo, entender los reportes y ofrecer orientación cuando era necesario. Al terminar de atender todos los asuntos urgentes, llevó aparte a un recluta de Haidoral, cuyo nombre no recordaba.

—¿Qué necesita, capitán? —preguntó el hombre.

Namir no lo corrigió.

—*Quiero* ver el hospital de campaña —dijo—. *Quiero* agua. Y *quiero* ver a la gobernadora Chalis.

Después de beber hasta saciarse, de asentar su estómago y respirar los olores nauseabundos del área de atención médica, Namir se reunió con Chalis en la oficina del administrador.

El amplio recinto había sido saqueado —seguramente por el propio administrador, ante la llegada de la Compañía Twilight—: los nichos de las paredes que alguna vez habían exhibido placas o trofeos ahora estaban vacíos. Había un sofá tapizado que estaba chamuscado en uno de sus extremos y, detrás de este, una pila de cajas con documentos de la planta.

Chalis estaba sentada detrás de un escritorio aparentemente tallado en una sola roca de montaña, asiendo el borde de la roca como si estuviera a punto de pulverizarlo.

—Alguien planeó esto —dijo con voz tensa y amargada. No se molestó en preguntarle a Namir sobre la operación de rescate—. Desde el momento en que tocamos tierra, se prepararon para impedir nuestra salida.

«¿Y quién es el culpable?», quiso preguntar Namir, pero no quería saber la respuesta. Ya no tenía importancia.

—¿Qué sigue entonces? —preguntó.

—Nuestro enemigo, asumamos que es el prelado Verge, traerá refuerzos para aniquilarnos. Calculo que en poco tiempo llegará al sistema un destructor estelar. Con uno sería suficiente.

—Uno también hubiera sido suficiente para Hoth. —Namir se dejó caer sobre el sofá—. ¿Qué tan rápidas son esas cosas?

—Más que una vieja corbeta rebelde. No creo que tengamos más de uno o dos días, máximo.

Namir quería quedarse dormido, dejar de pensar por un instante, pero se obligó a hablar.

—Entonces, lo primero que hay que hacer es buscar la manera de salir del planeta. Internarnos más en el Borde Exterior, lamer nuestras heridas…

—¿Qué? —dijo Chalis con brusquedad. Namir se enderezó en su asiento.

—Ellos *saben* —dijo Namir con fuerzas renovadas por la frustración—. El prelado descifró el plan. Tú dijiste una y otra vez que si eso ocurría…

—Nadie sabe qué estamos haciendo —dijo ella. Luego empezó a toser; su pecho subía y bajaba, y su cabeza se inclinó hacia el frente. Namir quería desviar la mirada, pero Chalis nunca apartó la vista, como si hubiera querido mantenerlo inmóvil hasta que pudiera continuar. Cuando el ataque de tos pasó, Chalis habló con voz lenta y ronca—: Que el prelado haya encontrado alguna pauta —dijo— no significa que conoce nuestros objetivos. Podemos adaptarnos. Podemos sobrevivir a una pérdida. La ventana de oportunidad sigue abierta.

Namir la observó. Sus manos seguían aferradas a la mesa de piedra.

—A menos —agregó ella con una sonrisa forzada y letal— que quieras anunciarle a la compañía que vamos a rendirnos.

Namir empezó a reír.

No hubiera podido explicar por qué. No era una risa estridente ni jubilosa, pero le hizo percibir el sabor de la ceniza que salía de sus pulmones y se acumulaba en sus labios.

Chalis mantuvo su rictus inmutable y finalmente negó con la cabeza.

—A ti es a quien le gusta dar discursos —dijo Namir—. En ese caso, tal vez deberías decírselo tú.

Se miraron uno al otro. Finalmente, la sonrisa de Chalis se desvaneció. Se puso de pie y caminó hacia una esquina de la oficina donde había una mesa y una jarra de hojalata. Tomó la jarra, la examinó y encogió los hombros; luego la llevó hacia el sofá. Namir la tomó y bebió con gratitud. El agua tibia tenía un sabor amargo; le recordaba el agua de los pozos de Crucival.

—Por lo visto —dijo Chalis— tenemos dos retos. Primero, sobrevivir al sitio y al ataque de Verge, sea cual sea. Segundo, encontrar la manera de salir de Sullust. Yo sugiero, aunque estoy dispuesta a escuchar alternativas, que tú te encargues de lo primero. Busca la manera de mantenernos con vida. Yo me encargaré de lo segundo.

Chalis seguía parada frente a él. Namir levantó y puso la jarra sobre el escritorio.

—De acuerdo —dijo—. ¿Eso significa que tienes un plan?

—Lo tendré —dijo Chalis secamente; sonó como un juramento.

* * *

La compañía trabajó toda la noche preparando la planta para un ataque. Namir recorrió el centro de procesamiento, se mezcló con los soldados, ofreció su fuerza o su consejo donde podían ser de utilidad y se mantuvo apartado de donde no se le requería.

En los niveles inferiores, los técnicos batallaban por dar marcha atrás a los ajustes que les habían hecho a los extractores de magma. Inundar la planta ya no era uno de los objetivos a corto plazo de la Compañía Twilight, pero la roca fundida podía resultar de utilidad para la defensa de la planta: si el Imperio intentaba emular la primera estrategia de la Compañía Twilight, enviando vehículos excavadores por debajo del complejo, los atacantes encontrarían a la Compañía Twilight preparada para redirigir el flujo de magma. Era la clase de truco sucio con el que se ganaban las guerras: imprevisible, injusto y letal.

Namir sonrió gravemente cuando Vifra —la nueva jefa del equipo técnico desde la destrucción de M2-M5— describió lo que tenía en mente; después la instó a dar un paso más.

—¿Ya estabas con nosotros en la batalla de Cartao? —le preguntó.

Vifra hizo una mueca y volteó hacia sus camaradas, que estaban desmantelando una terminal de control. Parecía buscar su apoyo.

—En realidad soy nueva —dijo—. Me uní hace seis meses, en Phorsa Gedd.

Namir comprendió que probablemente había estado presente durante su reclutamiento. Pero ella se había sumado al equipo técnico, por lo que él nunca la había

entrenado, nunca la había llamado recluta. Debía de ser muy buena para escalar tan rápido la jerarquía, incluso considerando el rápido desgaste de la compañía. En ese momento se propuso conocerla mejor.

—No importa —dijo él—. Tú mantennos con vida; luego te contaré sobre Cartao.

Cuando Namir regresó a los pisos superiores, el sonido de las bombas imperiales hacía que pareciera que la planta estuviera sorteando una tormenta. Desde un puesto de observación sobre el muro principal, pudo ver haces de luz al paso de los bombarderos. El Imperio no intentaba destruir la planta —aún quería preservar la infraestructura—, pero estaba haciendo todo lo posible para contener a la Compañía Twilight.

«Lo bueno…», pensó Namir, «es que esto nos da más tiempo para prepararnos».

Los laberintos de barricadas frente los accesos a la planta habían sido modificados durante las últimas horas para encauzar al enemigo hacia emboscadas y abrir líneas de fuego para los francotiradores. Los laberintos eran auténticas obras de arte: un deshuesadero de montacargas destruidos, refacciones y dispensadores de bebidas derribados, pero Namir asignó otra tarea a la mayoría de los soldados que estaban construyéndolos.

—Si el enemigo llega hasta aquí —le explicó a un grupo—, estaremos perdidos de todas maneras. Quiero pelotones alrededor del perímetro, en posiciones que puedan *sostener*. Mantengan al Imperio en la parte baja de la ladera, háganlo luchar por cada metro que quiera escalar.

Eso implicaba, por supuesto, excavar trincheras y montar equipo de artillería cerca de las áreas bombardeadas, con la esperanza de que el polvo, la noche y la cautela les proporcionaran refugio. Namir no pidió voluntarios ni les ofreció a los soldados la posibilidad de desvincularse. Sabía que tenían miedo —jóvenes y viejos, veteranos y reclutas—, pero alguien tenía que hacer el trabajo. Los soldados se pusieron en marcha sin protestar.

Namir sintió una mezcla de orgullo y culpa. A lo largo de su recorrido vio cómo el pelotón dejaba de lado sus pérdidas (las muertes de sus compañeros y la destrucción de su nave) y se empeñaba en cumplir su parte en una situación insostenible. Si sobrevivían, los esperaba el trauma y la aflicción. Algunos se quebrarían: se pondrían en la línea de fuego, solicitarían labores no relacionadas con el combate o abandonarían sus misiones para nunca volver. No obstante, Namir confiaba en que se mantendrían firmes hasta el final de la batalla. Él los había guiado hasta Sullust con la promesa de arremeter contra el Imperio. Él era responsable de su destino. Pero si ellos eran capaces de mantenerse firmes, él también podría hacerlo.

Cuando llegó el gris amanecer, Namir se reunió brevemente con los líderes de pelotón y los oficiales superiores, con el objetivo de trazar un plan para el asedio. Hober y Von Geiz habían hecho el recuento de los muertos y heridos, y habían racionado los recursos de la compañía lo mejor que pudieron. La información parecía irrelevante ante la magnitud del ataque que se cernía sobre ellos, pero Namir, Carver, Gadren, Mzun y los demás decidieron actuar como si aquella fuera una batalla que pudieran ganar.

—¿No debería estar presente Chalis? —preguntó abruptamente Von Geiz. Se había limpiado la sangre de la cara y se había colocado una venda blanca de manera transversal sobre la frente y el ojo izquierdo. Los otros voltearon a ver a Namir, quien negó con la cabeza.

—Si ya tuviera un plan listo, estaría aquí —dijo—. Dejémosla trabajar.

Durante su encuentro con ella, vio amargura y furia, pero no la desesperación que había atestiguado en Ankhural. Confiaba en que ella haría lo que pudiera. No le quedaba más que esperar que Chalis también se mantuviera firme.

* * *

Namir durmió en el piso de una oficina de los niveles superiores, después de ordenar a Hober que lo despertaran si ocurría algo. No habían pasado ni dos horas cuando un mensajero fue a despertarlo con una charola de comida y la noticia de que Chalis quería verlo.

Namir comió apresuradamente —en los compartimientos de la charola se acumulaba algo como sopa de fideos, aparentemente sustraída del casillero de algún trabajador— e intentó estimar su fuerza. El descanso había aumentado sus niveles de energía, y el alimento haría lo mismo; pero el repunte duraría poco. Las piernas todavía le punzaban a causa de las caminatas desde y hacia el *Thunderstrike*. Casi tenía ganas de que empezara el combate. Al menos la adrenalina le daría energía para el día.

Chalis había reorganizado la oficina administrativa. Había movido el sofá y las cajas hacia un lado y había cubierto el piso con mapas de la montaña y de sus alrededores. En uno de los nichos colocó un busto de bronce de un hombre con apariencia severa. Sin embargo, ella se abrió camino entre los mapas y llegó junto a Namir antes de que este pudiera examinar el busto.

—Quiero ir a Pinyumb —dijo ella.

Namir frunció el ceño, intentó recordar el nombre —todos los nombres sullustanos le sonaban igual— y maldijo la lentitud de su mente. Finalmente encontró lo que buscaba.

—¿La ciudad en la base de la montaña? —Chalis no lo corrigió, así que dio por hecho que había acertado—. ¿Para qué?

—Sabemos que hubo una resistencia en este planeta —dijo Chalis. Eso era verdad: los archivos del *Thunderstrike* así lo indicaban, aunque el alto mando de la Alianza no conocía, o no le interesaba compartir, más que la información esencial—. Los registros de Luko muestran que atacaron recientemente esta planta y que están activos en la ciudad.

—¿Luko? ¿Ya le hablas por su nombre de pila al exadministrador? —preguntó Namir, mirando de nuevo hacia la caja de archivos.

Chalis parecía inmune a la broma.

—He tenido bastante tiempo. No podemos mantener un canal abierto con el *Promise* por más de un minuto sin que se sature, por lo que es difícil acordar un plan de

extracción. Por supuesto, el *Promise* no tiene espacio para llevarnos a bordo, pero necesitaremos una defensa cuando logremos salir del planeta…

—Entiendo —dijo Namir—. ¿Qué crees que pueda hacer por nosotros la resistencia?

—Cualquier clase de apoyo nos vendría bien. —En ese momento sí sonrió; fue un gesto amargo, casi malévolo, de sus labios—. No espero una nave espacial, pero hasta alguna información sería de utilidad.

—Bien. Elige un pelotón, agarra cualquier vehículo del hangar, pero prepárate para cruzar el perímetro a pie…

—Sugiero que vengas con nosotros —dijo Chalis—. Aquí lo único que puedes hacer es esperar. Además probablemente quieras hablar con nuestros refuerzos potenciales… si es que encontramos alguno.

Namir hizo una mueca de desagrado. No le gustaba la idea de ir.

—Tal vez estés sobreestimando la fuerza de la resistencia. Si todavía no hemos oído de ellos es porque…

Chalis se dirigió hacia la puerta y miró a Namir por encima del hombro.

—Esta no es una batalla que puedas ganar —dijo—. Nuestra única esperanza es encontrar una vía de escape, aprovechar cualquier oportunidad que se presente.

El argumento de Chalis fue categórico y correcto.

Acompañados por los tres miembros supervivientes del pelotón de Twitch, Namir y Chalis subieron a un transporte imperial que salió zumbando suavemente del hangar y se dirigió a la entrada principal de la planta. Era uno de los pocos vehículos que la Compañía Twilight había logrado echar a andar desde la caída del *Thunderstrike*. El transporte casi atropella a Roach cuando esta salió al paso y les hizo señas para que se detuvieran. La chica trepó por la escotilla.

—Gadren me envió —le dijo a Namir, apretujándose junto a él en la banca.

Namir frunció el entrecejo.

—Eso deja a Gadren con… ¿quién? ¿Brand?

Roach encogió los hombros.

—Dijo que necesitabas alguien que te protegiera. —Roach no llevaba puesto su casco. Namir notó que tenía un área calva en la cabeza, como si se hubiera quemado el cabello o se lo hubieran cortado para tratar una herida.

—Está bien —dijo Namir. Un par de ojos extra podrían ser de utilidad.

Roach era esbelta y rápida, apta para una misión encubierta.

La chica asintió con movimientos firmes de cabeza, se ajustó el comunicador en una oreja y sacó otro audífono de su bolsillo. Se los colocó diestramente. Unos instantes después, Namir escuchó los sonidos apagados de la música, que acompañaba el recorrido del transporte a la parte baja de la montaña.

* * *

Abandonaron el vehículo cerca de la base de la montaña y se pusieron ropas de civil. Las prendas habían sido abandonadas por los trabajadores de la planta durante la evacuación y no les ajustaban bien. Dejaron sus rifles en el transporte; los cambiaron por cuchillos y pistolas cortas, armas pequeñas que pudieran llevar ocultas en las botas o bajo los chalecos. Desactivaron sus comunicadores y los guardaron en sus bolsillos. Una inspección meticulosa seguramente traicionaría a Namir y a los demás, pero de lejos pasarían por ciudadanos de Pinyumb.

Tenían que llegar a Pinyumb pronto. Ya estaba anocheciendo cuando empezaron a arrastrarse por la ladera, unas veces en cuclillas, otras a gatas, según las condiciones del terreno. El perímetro montado por el Imperio tenía como objetivo detener unidades de infantería y deslizadores, no caminantes aislados, pero la búsqueda de una vía de paso no sería rápida ni sencilla. En dos ocasiones, Namir estuvo a punto de encontrarse con una patrulla de stormtroopers y tuvo que esperar a que el enemigo se moviera. Los rebeldes se dispersaban y reagrupaban una y otra vez: separados llamaban menos la atención, pero eran más vulnerables.

Roach se mantuvo cerca de Namir la mayor parte del tiempo. Este se preguntó si Gadren le habría dicho que lo hiciera o si ella había decidido por su cuenta hacer de guardaespaldas.

Una vez que atravesaron el perímetro, llegar a la ciudad fue relativamente fácil. En la estación de transportes, Namir notó que no había vehículos de civiles, pero sí un flujo constante de vehículos militares imperiales y transportes de carga que se internaban bajo la superficie. Los rebeldes se dividieron en dos grupos de tres y subieron a los cargueros, apretujándose entre los contenedores. Los transportes entraron a los elevadores que los llevarían bajo la superficie del planeta. Namir esperaba que el aire se viciara, que se volviera nocivo en las entrañas de Sullust, pero en realidad se hizo más puro; era más limpio incluso que el del interior del *Thunderstrike*. A Namir le recordó la atmósfera húmeda de Haidoral Prime, así que se quitó la máscara del respirador con una mezcla de emoción y cautela.

Los seis rebeldes bajaron furtivamente de los vehículos a las calles de la ciudad, y Namir contempló por primera vez Pinyumb.

La ciudad yacía dentro de una gran caverna de obsidiana, cuyo techo emitía reflejos apagados de las luces de las torres. Los edificios eran esbeltos, afilados y curvados, y se elevaban entre vías fluviales color turquesa bordeadas por veredas y puentes peatonales. Las veredas serpenteaban entre hileras de plantas con bulbos fosforescentes y arcos tallados en la piedra de la caverna. Namir contempló maravillado la ciudad. Se preguntó si sus compañeros se burlarían de su reacción, de la ingenuidad de alguien nacido en un planeta provinciano.

Sin embargo, Roach sonreía desvergonzadamente, estirando el cuello para apreciar la totalidad de la caverna. Eso reconfortó a Namir, aun cuando Chalis le susurró una advertencia a Roach y el rostro de la chica se tornó impasible.

—¿Por qué está tan silencioso? —preguntó Twitch en voz baja.

Namir maldijo en voz baja, rompiendo el encanto de la ciudad. Twitch tenía razón: no había tráfico en las calles, aparte de los transportes que regresaban, ni civiles en las veredas ni en los puentes. Los edificios estaban iluminados, pero no se escuchaban sonidos en su interior. Namir se sintió expuesto, como marcado por un francotirador.

—La ciudad está en cierre de emergencia —dijo Chalis—. Procedimiento de rutina. Probablemente, está así desde que aterrizamos. Debemos continuar.

Chalis los condujo hacia un callejón, así empezaron su recorrido a través de Pinyumb, una vez más en grupos de dos o tres, una vez más enviando elementos de avanzada en cada intersección. Pronto descubrieron que había equipos de stormtroopers posicionados en todas las avenidas principales, mientras que droides voladores peinaban con sus cámaras las calles secundarias.

Daba la impresión de que el patrullaje del Imperio era más una demostración de fuerza que una pesquisa real; por su parte, el pelotón no tuvo mayores dificultades para mantenerse oculto. De vez en cuando Namir veía a algún civil, siempre a paso ligero pero sin correr, siempre con una mano sosteniendo en alto un datapad, que seguramente servía como permiso para circular.

El destino del pelotón, tal como se los había explicado Chalis, era una vieja casa de seguridad de la resistencia que figuraba en los archivos de Howl.

—No sabremos si está activa o no hasta que lleguemos ahí —les había dicho ella—, pero es la mejor pista que tenemos.

El grupo llegó a una zona de la ciudad erigida aparentemente en una época anterior. Entre las estructuras de metal había edificios construidos con piedra, y las estrechas calles estaban fracturadas y cubiertas por una gruesa capa de azufre amarillo. El pelotón bajó por una escalera hasta un callejón subterráneo, donde encontraron una puerta empotrada en la pared.

—Es un nevero artificial —explicó Chalis. Twitch empezó a manipular el teclado numérico que controlaba la puerta—. Este era un distrito rico. Los primitivos guardaban aquí carne, leche o cualquier cosa que quisieran mantener fresca.

Todos parecían confundidos, excepto por Namir, quien recordaba los neveros de su planeta natal. Se preguntó si Chalis los recordaría también de su niñez, pero ella no volteó a verlo en ningún momento.

Twitch hizo una exclamación de triunfo. La puerta se abrió y el grupo pasó al interior. La única habitación de la construcción estaba desprovista de vida; era un departamento con un catre, un hornillo y una estación sanitaria portátil.

—Alguien estuvo aquí —dijo Twitch, removiendo con el pie el polvo del piso. Namir estuvo de acuerdo con su apreciación, aunque era difícil saber si eso había ocurrido horas, días o semanas atrás.

Una búsqueda minuciosa no reveló más que restos de comida y material de curación, hasta que Roach —siguiendo un instinto que Namir no podía explicar— encontró un datapad dentro de uno de los filtros de la estación sanitaria. Chalis se apoderó del trofeo, haciendo caso omiso de la sustancia viscosa que escurría de la pantalla.

Luego de unos instantes de estudiarla se mostró complacida.

—Alguien estuvo aquí —repitió—, monitoreando entradas y salidas de naves en Sullust, seguramente reuniendo información para atacar un puerto. Esto será de utilidad.

Namir extendió una mano. Chalis le entregó el datapad y él intentó encontrarle sentido a la información. Revisó listas y reportes mensuales sin saber con certeza qué buscaba. En cierto momento se preguntó si estaría interpretando correctamente los datos: ¿cómo era posible tal discrepancia entre las salidas y las llegadas?: por cada cien naves que llegaban, mil salían del planeta.

Interrogó a Chalis a propósito de esta incongruencia. Ella encogió los hombros y le pidió el datapad.

—Manufactura —dijo—. Sullust no es Kuat, pero sí tiene una producción menor de cazas estelares y lanzaderas de asalto. Nada importante.

—¿Miles de naves al año es una producción menor? —preguntó Namir. Habló en voz baja, pero sintió que los demás voltearon a verlo.

Chalis no se molestó siquiera en alzar la vista del datapad. Su única respuesta fue un gruñido, pero Namir escuchó en su cabeza las palabras que ella le había dicho días antes:

«Sigues pensando como un nativo de Crucival. No tienes consciencia de la magnitud del enemigo».

Ninguno de los otros parecía turbado. Incluso Roach se veía más preocupada por Namir que por aquella revelación sobre Sullust. Namir supuso que Chalis tenía razón, pero la idea lo irritó por motivos que no fue capaz de determinar.

* * *

El grupo decidió permanecer tres horas en la casa de seguridad en espera de que apareciera algún miembro de la resistencia sullustana. Al cabo de ese tiempo, pasara lo que pasara, regresarían con el resto de la Compañía Twilight. Mientras esperaban, Chalis envió a dos miembros del pelotón a explorar el puerto espacial de Pinyumb, una estructura subterránea que se comunicaba con la superficie a través de un cubo de varios kilómetros de largo.

—Quiero saber con qué opciones contamos —dijo.

Con esto, quedaron Twitch, Roach, Chalis y Namir en la diminuta guarida. Chalis parecía satisfecha revisando su datapad o mirando la pared, perdida en sus pensamientos. Roach le hablaba incesantemente a Twitch mientras vigilaban la puerta; le describía con todo detalle los objetos que había hurtado de los casilleros de los trabajadores en la planta procesadora y le comentaba sus suposiciones de lo que tales objetos decían acerca de la personalidad de sus dueños. Namir relevó a Roach después de media hora, en parte por tener algo que hacer y en parte por compasión hacia Twitch.

—¿Desde cuándo se volvió tan habladora? —preguntó, lo más bajo que pudo, dándole vuelta a la pistola que llevaba en la mano—. Prácticamente no hablaba durante el entrenamiento.

Twitch encogió los hombros. Namir esperaba un comentario socarrón de su parte, pero al parecer Twitch se tomaba con filosofía la actitud de Roach.

—Creo que desde que te fuiste. Suele ir al Clubhouse. Tiene suerte con las cartas, aunque es pésima jugando. Uno se acostumbra.

—Lamento habérmelo perdido —murmuró Namir, bromeando sólo a medias.

Aquella conversación sobre Roach lo remontó a Haidoral Prime. ¿Hacía cuánto de eso? ¿Dos meses? Namir recordó vívidamente aquel lapso. En Haidoral, Howl todavía estaba al mando. En Haidoral, Namir no conocía aún a la gobernadora Chalis, y ella no se había cernido sobre la compañía como una maldición. Recordó con amargura la misión en su mansión, así como la opulencia que había indignado a Gadren, a Brand y a Charmer…

Namir se apartó de la puerta y le indicó con una seña a Roach que volviera a su puesto. Mencionó el nombre de Chalis y la llevó a la esquina más apartada del recinto, donde ella lo miró inquisitivamente.

—¿En qué otra ocasión estuviste en Sullust?

Chalis ladeó la cabeza y dejó caer a su costado la mano con la que sostenía su datapad.

—¿Por qué lo preguntas?

—La estatua —dijo—. La de la oficina del administrador. Tú la hiciste.

—Estuve aquí varias veces mientras fui aprendiz del conde Vidian. —Hablaba con voz monótona y fría, haciendo una simple relación de hechos—. El busto fue un obsequio para el administrador Luko Oorn, *de* Luko Oorn, en agradecimiento a su apoyo en la implementación de mis proyectos. Supongo que después de mi traición decidió que lo más adecuado era quitarlo. Yo lo regresé a su sitio.

La explicación parecía tener sentido, pero aún así no le satisfizo a Namir. Los engranajes de su mente traqueteaban y chirriaban, tratando de producir la idea que necesitaba. No obstante, empezó a hablar, sabiendo que aquello no era lo que necesitaba decir y que sonaba petulante.

—¿Y qué hay de Mardona III y de Nakadia? ¿Estuviste ahí también?

—No —respondió Chalis—, pero contribuí a convertirlos en lo que son ahora. —Su sonrisa parecía una mueca salvaje—. ¿Te sorprende que haya participado en la construcción de lo que ahora intentamos desmantelar? Es posible que mis conexiones con nuestros blancos hayan sido lo que le permitió al prelado Verge anticipar que atacaríamos Sullust, lo cual es una pena, pero ese conocimiento secreto es la razón por la que Howl me quiso aquí.

—Esa no es… —Namir contuvo su réplica. Una vez más, ella tenía razón. Ella *siempre* tenía razón. Chalis era más inteligente que él y moldeaba las conversaciones con tanta habilidad como modelaba la arcilla. Pero, en un rincón de su mente, algo seguía molestándolo. Fuera lo que fuera, no tenía nada que ver con el prelado Verge.

—¿Qué tanto de este plan…? —comenzó, forcejeando con cada palabra según iba pronunciándola—. Y me refiero al plan completo: desde Ankhural hasta Kuat. ¿Qué tanto

de él se trata de recuperar lo que le diste al Imperio? ¿Qué tanto es una venganza por no haber obtenido el respeto que querías?

Chalis aspiró profundo, produciendo un sonido húmedo y áspero. Namir alcanzó a ver sus pulsaciones en su cuello. Él continuó hablando, aunque dudaba si quería seguir escuchándose o incluso si quería oír una respuesta:

—Dices que no entiendo al Imperio, que no comprendo la magnitud del enemigo. Pues bien, tienes razón. Pero ¿será diferente con Kuat? Si llegamos hasta ese punto, si sobrevivimos a todo y logramos destruir los astilleros, ¿marcará alguna diferencia en la guerra? Porque esto se parece cada vez más a una venganza suicida.

La gobernadora se plantó frente a Namir con expresión severa e inmutable, conteniendo un ataque de tos a base de voluntad.

—Marcará una diferencia —dijo—, tanto como la marcará cualquier cosa que hagamos. En cuanto a mis motivos, esos son privados y no tienen injerencia alguna en nuestro éxito o fracaso. —Se encogió de dolor y su voz se hizo más pequeña—. No me hubiera extrañado que un rebelde me hiciera esa pregunta, pero esperaba más de ti.

Namir no tenía una respuesta para eso, pero, para su suerte, Chalis no esperaba una. De repente volvió a hablar con la misma seguridad con la que lo hacía en las juntas ante los oficiales superiores o en su primera reunión con Howl. Era una voz con un encanto impersonal. Por alguna razón, Namir resintió que usara ese tono con él.

—Además —dijo ella—, ya tengo una idea para que salgamos intactos de Sullust. No soy una mujer dada a martirizarse.

El zumbido de los comunicadores interrumpió su conversación. Namir frunció el ceño, sacó sus audífonos del bolsillo y se los colocó en el oído. Los demás hicieron lo mismo.

—Salgan —susurró bruscamente una voz. Era uno de los exploradores de Twitch—. Ellos están justo afuera de la casa de seguridad. ¡Salgan ya!

Twitch le dio un manotazo al control de la puerta y salió, seguido inmediatamente por Roach. Namir volteó hacia Chalis y la jaló hacia el callejón.

Los rayos de partículas se estrellaban en la parte alta del callejón, lanzando chispas y fragmentos de roca que le daban a Namir en la cara. Este intentó mirar a los atacantes, pero no pudo. Lo que sí vio fue a Twitch y a Roach en la escalera que bajaba al callejón, agazapadas y disparando sus pistolas al azar. Twitch estaba gritando algo. Todo lo que Namir escuchó fue «más rápido» y algunas palabrotas.

Namir llevó a Chalis hacia las escaleras, tomó a Roach de la muñeca y puso la mano de esta sobre el brazo de Chalis.

—Vayan a refugiarse —les gritó—. Nosotros las seguiremos. —Roach se volvió hacia él para protestar. «Concéntrate en el combate» quiso decirle Namir, pero, con un gesto, simplemente no la dejó hablar—. Twitch y yo podemos cubrirlas mejor.

Al menos era lo que esperaba. Roach se había convertido en su ausencia en un miembro parlanchín y confiable del equipo, pero él seguía siendo un mejor tirador. Roach

se fue con Chalis y Namir tomó su lugar, disparando en la dirección en que Twitch se había enfocado.

—¿A la cuenta de tres? —dijo Namir.

Twitch asintió con la cabeza. Después de que ambos dispararan unas cuantas veces más, echaron a correr por las mismas calles por donde habían llegado. Cruzaron una calle y entraron a otro callejón, con las descargas de los blásteres aún persiguiéndolos. Namir sólo entreveía armaduras blancas cuando volteaba hacia atrás, pero no lograba ubicar con precisión al enemigo. Disparaba descontroladamente con una sola mano, con la esperanza de ralentizar a sus perseguidores. No sabía hacia dónde se habían ido Roach y Chalis.

Dio la vuelta en la esquina de un edificio de piedra y casi se estrella contra Twitch, quien se había detenido y miraba hacia la casa de seguridad. Ella lo hizo a un lado bruscamente.

—Tú continúa. Te alcanzo en un segundo.

Namir maldijo y escupió.

—¿De qué hablas?

Twitch puso su sonrisita maliciosa, esa que Namir le había visto en el Clubhouse, el día en que le soltó un puñetazo a otro de los soldados.

—Mi equipo —dijo—. Se quedó allá atrás.

—Esos dos están muertos —dijo Namir bruscamente—. Tú eres tu equipo.

—Vete al diablo, capitán —dijo Twitch, y regresó corriendo a la refriega.

Namir se dijo que no hubiera podido detenerla. Sintió lástima por Twitch. Quería ir tras ella, pero Roach y Chalis lo necesitaban también.

—Buena suerte —murmuró, y se echó a correr en dirección contraria a los stormtroopers.

Namir no escuchó la granada, sino hasta que sintió su cuerpo volando por los aires. La piel le ardía y todos los músculos le dolían, como si hubiera chocado contra un muro metálico. Luego cayó en la calle y perdió el conocimiento.



CAPÍTULO 32

PLANETA VIR APHSHIRE
Día cuatro de la Operación Mad Rush
Diecinueve años después de la Guerras Clones

El soldado raso Hazram Namir estaba en su litera, armando y desarmando un rifle bláster DLT-20A, cuando llegaron las noticias sobre Alderaan. La única señal de que la destrucción del planeta había sido un suceso extraordinario era que Howl la había anunciado a través del sistema de altavoces del *Thunderstrike.* Durante los dos meses que Namir llevaba en la Compañía Twilight, había visto armas capaces de fundir ciudades, había luchado al lado de más especies de las que podía nombrar y había escuchado historias acerca de un Imperio Galáctico que regía con mano de hierro millones de estrellas. Si le hubieran dicho que los planetas solían ser bajas normales de la guerra, él lo hubiera creído sin dudarlo.

Aquella noche, sin embargo, vio en el comedor los rostros abatidos de sus compañeros y escuchó sus expresiones de incredulidad. Fuere lo que fuere, había sido algo sin precedentes.

—Me dijiste que ya habían bombardeado y gaseado otros planetas —le dijo a Gadren—. ¿Cual es la diferencia ahora?

Gadren clavó sus ojos alienígenas en Namir y dijo:

—Es la diferencia entre la esperanza de vida y la muerte absoluta. Todo lo que Alderaan era desapareció para siempre.

Namir no comprendió a cabalidad, pero entendió lo suficiente. Ya había visto cómo los malkhanis, el credo y otros más habían sido erradicados, eliminados hasta que sólo quedaron los tatuajes de los exiliados y los muertos.

Días después, cuando se supo de la destrucción de la devastadora estación de combate del Imperio, Namir estaba de guarnición en los campos de miel de Vir Aphshire. Escuchó risas en el extremo de la fila, a alguien que gritaba: «¡Hicieron estallar la maldita Estrella

de la Muerte!» y los estridentes vítores que siguieron. Él no había compartido el terror ni el estupor de sus compañeros, pero sí participó en la algarabía.

Empezaba a conocer a los miembros de la Compañía Twilight. No se sentía comprometido con su guerra, pero creía que merecían una victoria.

Al poco tiempo, Vir Aphshire cayó en poder de la Compañía Twilight. El ánimo de los soldados probablemente contribuyó al triunfo, aunque es posible que la decisión del Imperio de quemar las colmenas y abandonar el planeta haya sido más determinante. Namir no se atribuyó el mérito, aunque fue la primera campaña en que la compañía le permitió comandar a un grupo de reconocimiento. Tenía la impresión de que la cazarrecompensas, Brand, lo observaba con recelo desde la sombra y de que así había sido desde Kor-Lahvan. O bien no confiaba en él, o era quien lo había recomendado para el puesto y quería verificar su desempeño. Tal vez eran ambas cosas.

En cualquier caso, habían ganado la batalla. Namir estaba vivo. Los huertos y las colmenas de Vir Aphshire le pertenecían a la Alianza Rebelde, o lo que fuera que este nombre significara.

* * *

Durante la noche del triunfo de la Compañía Twilight, el sargento Fektrin regresó del asentamiento más cercano luego de una misión de exploración. Namir estaba de guardia. La criatura le entregó un reporte y le dijo que se lo llevara al capitán Evon.

—Todos tienen que conocer alguna vez a Howl —le dijo Fektrin, enrollando los apéndices de su barba.

Namir no le preguntó a Fektrin cómo sabía que aún no había conocido al capitán, pero estaba seguro de que la respuesta no sería lo que esperaba.

Había visto a Howl de lejos un par de veces y había escuchado sus extrañas declaraciones por los altavoces del *Thunderstrike*, pero todo lo que sabía del capitán provenía de las historias que le contaban sus compañeros. Los soldados profesaban una auténtica reverencia por su comandante, una fe en sus decisiones que no dependía del resultado efectivo de sus batallas. Namir había visto esa reverencia más de una vez, años atrás. Él mismo la había sentido, aunque en aquella época era apenas un niño.

Resultaba extraño ver a veteranos como Gadren y Norokai actuando como novicios del clan de Malkhan. Aunque navegaran con bandera de escépticos, seguían creyendo en el mito de su comandante.

Esto habría incomodado más a Namir si Howl hubiera mantenido un control más estricto de la compañía, pero no había mítines oficiales ni gritos de guerra en su nombre. Era el pilar de la Compañía Twilight, pero, si preguntaba a los soldados cuál era la razón por la que peleaban, ninguno contestaba: «Por el capitán Evon».

Así, durante dos meses, Namir pudo darse el lujo de ignorar al capitán. Ahora las cosas habían cambiado.

En la tienda de la comandancia, el teniente Sairgon dirigió a Namir hacia un sendero de mosaicos, con apariencia de papel, que llevaba hacia las colinas de lodo de la colmena. Encontró a Howl en el perímetro del campamento; le entregó el reporte de Fektrin y le explicó que el equipo de exploración no había encontrado daños ni fortificaciones en el asentamiento civil. El capitán hizo un gesto de asentimiento y estudió brevemente el reporte; luego miró de nuevo hacia el sendero.

—Soldado Hazram Namir —dijo Howl, paladeando cada palabra—. Acompáñeme. —Howl empezó a avanzar sin esperar respuesta, y Namir tuvo que apresurarse para alcanzarlo. Howl le sacaba casi una cabeza de altura, así que Namir tuvo que esforzarse para seguirle el paso.

—La *Canción de Lojuun* —dijo el capitán— ha estado dándome vueltas en la cabeza durante las últimas treinta y seis horas. —Se tocó la sien para enfatizar la palabra «cabeza»—. No recuerdo ni la mitad de la letra, además el Imperio prohibió la ópera. He buscado y buscado, pero no he podido encontrar ni una sola copia.

Namir mantuvo la vista al frente y el rostro impávido.

—No sé si pueda ayudarlo con eso —dijo. Nadie había mencionado que el capitán pudiera ser peligroso, pero Namir quería andarse con cuidado; sabía por experiencia que el poder volvía impredecibles a las personas.

Howl hizo un gesto de desdén.

—Ya estás ayudando… No hay nada mejor para desvelar recuerdos enterrados que el aire fresco y una nueva perspectiva. Con suerte, para cuando terminemos de hablar estaré recordando los almuerzos de mi infancia con mis tías. —Estaba sonriendo, pero Namir no sabía si era por diversión o por simple entusiasmo—. He escuchado buenas cosas de ti, soldado. Sairgon me informa que has salvado las vidas de los nuevos reclutas una y otra vez, así como las de algunos soldados mayores.

—He hecho esto por más tiempo que la mayoría —dijo Namir—, aunque aún me cuesta trabajo calcular el alcance de las armas. No había mucha artillería en Crucival.

—Te diré un secreto: son muy pocas las personas que saben calcular a simple vista qué tanto pueden acercarse al enemigo. Tú tienes el instinto; sólo necesitas fijarte en los hechos.

—Sí, señor —dijo Namir.

Sus pies empezaron a chapotear cuando el terreno se convirtió en lodo color amarillo grisáceo. Howl miró alrededor pensativamente, como si evaluara las colinas con algún propósito oculto y aflojó el paso.

—Saldremos del sistema en uno o dos días. Dada tu experiencia, me gustaría saber qué piensas que debemos hacer mientras tanto.

Obviamente, se trataba de una prueba. El capitán no tenía interés en escuchar el consejo de un soldado raso que había salido de Crucival hacía apenas dos meses. Namir no entendió a qué venía aquel juego y decidió tomar al pie de la letra las palabras de Howl.

—Parece que el enemigo está contenido. Podríamos perseguirlo, pero ya está huyendo. No tiene caso sacrificar a nuestra gente sólo para acorralarlo. Yo diría que no hay que complicarse. El *Thunderstrike* está corto de suministros. Mandamos a unos cuantos pelotones a ese asentamiento y tomamos todo el alimento y el equipo que podamos. No creo que encontremos resistencia.

Howl empezó a reír. Su risa era tan inocente, tan cálida, que Namir no pudo ofenderse. Al cabo de un instante, Howl lo miró nuevamente, con una sonrisa radiante.

—Ese —dijo— es exactamente el tipo de perspectiva que enciende las neuronas. Creo que acabo de recordar a mi primera novia de la escuela, un chica twi'lek; se llamaba Iania.

—¿Cree que soy despiadado? —preguntó Namir sin alterar la voz. Había visto que los rebeldes estaban convencidos de que hacían lo correcto, de que luchaban *por la gente de la galaxia*. No creía que el capitán compartiera esa absurda idea.

Howl habló con voz grave.

—Creo que no has entendido esta guerra. El respeto hacia los asentamientos civiles no es una cuestión de compasión contra pragmatismo, es un prerrequisito para la victoria, ni más ni menos.

»La Compañía Twilight está librando una batalla por el corazón de la galaxia. —Su voz se convirtió en un susurro, como si contara un secreto—. Por el espíritu de cada hombre, mujer o stormtrooper. Robar comida no nos ayudará a ganar, tampoco matar enemigos. Frente a una fuerza de la magnitud del Imperio sería imposible obtener una victoria ordinaria; si reducimos nuestros objetivos al aspecto militar, habremos perdido esa gran batalla.

Todo aquello sonaba como las retorcidas justificaciones que Namir había escuchado dentro del Credo: una filosofía cuyo único objetivo era disfrazar su hambre de guerra. No obstante, le daba la impresión de que Howl hablaba con sinceridad. Y de alguna manera, Howl había mantenido con vida a la Compañía Twilight durante conflagraciones que diezmaron a otras compañías rebeldes.

Namir se obligó a sonreír.

—Entiendo —dijo—. Sin molestar a los lugareños.

Howl le dio unas palmaditas en el hombro y volvió a reír.

—Es suficiente por ahora. Comprenderás el resto en su momento.



CAPÍTULO 33

PLANETA SULLUST
Día dos del sitio de Inyusu Tor
Tres años después

El frío de la piedra en su mejilla fue la primera percepción de Namir, seguida por una repentina e intensa oleada de náusea y por la sensación de que le jalaban los brazos hacia atrás. Intentó levantar la cabeza para contrarrestar la sensación, pero no supo siquiera si se movió.

—¿Estás seguro que vale la pena llevarlo? —preguntó una voz masculina, débil, distorsionada por la estática—. Pasó más de una hora sepultado por los escombros; si muere en el camino, habremos perdido el tiempo.

—No está tan mal como parece. Sólo está aturdido, me imagino —replicó una segunda voz, de mujer, pero la estática era más intensa, por lo cual atropellaba las palabras. Luego dijo algo más, que Namir no comprendió.

Había sido atacado, recordaba la emboscada, tras separarse de Chalis, Roach y Twitch.

¿Estuvo inconsciente una hora?

Cuando sintió que lo ponían de pie, gruñó y se obligó a abrir los ojos. Una tenue luz iluminaba el techo de la caverna. Siluetas blancas lo tomaron por los brazos y lo arrojaron a la caja trasera de un deslizador terrestre. De nuevo intentó levantarse y de nuevo fracasó. Quiso mover los brazos, pero sintió una fuerte descarga eléctrica en las muñecas. Le habían puesto esposas aturdidoras.

—Habla SP-475. Llevamos a un prisionero —dijo la voz femenina.

El hombre —tal vez uno diferente; Namir no estaba seguro— maldijo en voz baja y enunció:

—Ya es oficial el protocolo veinticuatro. Apenas dejemos al prisionero, tendremos que ir de puerta en puerta haciendo cateos y rondas. Arrestos al azar y uso de fuerza letal contra cualquiera que se resista. Ojalá que no se trate de una rebelión.

Unas toscas manos con guantes levantaron a Namir, enderezándolo en la caja. Las luces de la ciudad pasaban como ráfagas y la leve vibración del vehículo inflamaba sus entrañas. Dos cascos blancos lo observaban.

—Ni siquiera hicieron contacto con alguien. Por lo que sabemos, se trata de una partida de exploración. ¿Es preciso…? —insistió la mujer, pero el resto de su pregunta estaba demasiado distorsionado. Namir observó que la parte inferior de su casco estaba quemada y le faltaba un fragmento.

Seguramente debía agradecer a Twitch el daño infligido al vocalizador. Se preguntaba si ella estaría viva. Y Roach y Chalis. Ahora no podía ayudarlas.

La mujer se quitó el casco dañado, dejando ver un rostro juvenil pero con líneas duras. Tomó a Namir por debajo de los hombros y lo levantó. Namir podría haberla pateado pero sus piernas no respondían. En todo caso, ¿qué hubiera hecho entonces? Aunque necesitaba escapar, también necesitaba un plan.

—Oye, ¿quieres evitar un baño de sangre? Mejor me dices qué buscaban —interrogó la mujer, su voz surgía clara esta vez.

Confundido, Namir agitó la cabeza. Quiso liberarse otra vez de las esposas, pero el instinto lo hizo detenerse; se encogió y evadió la descarga.

—Si están planeando un ataque, más vale que lo digas. Ustedes se alistaron para morir, pero la gente de la ciudad no. No permitas que los demás queden en el fuego cruzado —insistió la mujer, frunciendo el ceño, pero intentando parecer tolerante.

—Aunque estuviéramos planeando algo, no te lo diría —replicó Namir y sintió una punzada en los labios. Se preguntó si habría caído de cara al suelo.

Esperó el golpe de la mujer, pero este nunca llegó. El deslizador se detuvo de manera abrupta, y él se desplazó medio metro hacia delante, al tiempo que surgían gritos del frente. Intentó comprender lo que ocurría, quizás algún bloqueo.

Entonces, se escucharon disparos de bláster y los gritos de un stormtrooper.

Los dos soldados que lo custodiaban miraban fijamente hacia el camino, ignorando a Namir. Rezando por no vomitar o desmayarse, este se impulsó nuevamente y, con el cuerpo inclinado, derribó al soldado que todavía tenía casco… La mujer volteó, pero en ese instante una ráfaga de relámpagos rojos cubrió al deslizador y Namir dejó de ser su problema más apremiante.

No supo si sus captores sobrevivieron a la andanada; corrió hacia la calle, en dirección de los disparos. Esperaba ver a Roach o a Twitch. Levantó la mirada y pudo ver que los disparos surgían del techo de una vivienda baja. Cuando llegó al pie de la construcción, el tirador bajó y le hizo señas para que lo siguiera.

El tirador era un sullustano de cabeza ancha y calva con orejas como de ratón, los ojos negros como dos manchas de aceite negro y una papada que le daba a su cara la apariencia de un casco. Era lo más cerca que Namir había estado de una de aquellas criaturas, aunque ya las había visto antes, cuando la Compañía Twilight tomó la planta procesadora.

Aunque no eran las personas que esperaba, igual lo habían rescatado. Siguió a la criatura, que recogió un morral del suelo y se adentró a toda prisa por un callejón, girando continuamente entre las calles. Namir ya no podía continuar; con la visión nublada y las manos aún esposadas, se desplomó contra una pared y comenzó a vomitar. Sabía que eso podía significar la muerte, pero ya era incapaz de controlar su cuerpo.

La energía que había sentido al escapar parecía abandonarlo. No estaba en condiciones de pelear y menos aún para salir de Pinyumb. Y después de una hora, sus compañeros seguramente estarían a salvo fuera de la ciudad o muertos. Apenas podía mantenerse erguido, por lo que se sorprendió al sentir una mano suave que lo sostenía.

El sullustano lo ayudó a ponerse en pie y le habló en una lengua que Namir no comprendía.

Namir no hizo ningún gesto con la cabeza por temor al mareo.

—Hay otros, que venían conmigo. ¿Están a salvo? ¿Sabes dónde están? —preguntó.

La criatura respondió de manera breve y simple, apenas unas palabras desconocidas. La respuesta no podía ser más que «no», pero la criatura observaba a Namir y parecía darse cuenta de que no entendía. La criatura encogió los hombros con un movimiento tan lento y amplio que era evidente que no era natural para él.

La criatura —un «él», supuso Namir— no sabía nada acerca de los otros. Quizás ni siquiera sabía de su llegada y solamente había encontrado por azar a Namir.

Para como estaban las cosas, quizás eso era algo bueno.

—¿Estarán ocultos? ¿Habrán encontrado otra casa de seguridad?

La criatura dudó un instante, como si deseara explicar algo, ofrecer algo de esperanza a Namir. Pero en vez de eso negó con la cabeza, otra vez de forma exagerada. Luego, señaló con insistencia hacia los elevadores que llevaban al exterior de la ciudad de las cavernas. Namir no supo si se trataba de una explicación o alguna señal de esperanza.

—Tengo que buscarlos —dijo Namir.

La criatura retrocedió un paso e inclinó su cabeza como señal de rechazo.

«Podría ir solo», pensó Namir.

¿Ir renqueando por una ciudad que desconocía, en busca de compañeros que probablemente no estarían cerca? Y si los encontrase, si en contra de todas las probabilidades no se desmayaba o era asesinado por soldados menos piadosos que los del pelotón anterior, si sus amigos se habían movido tan lentamente que su escondite fuese tan fácil de hallar para un soldado herido, entonces ¿de qué les serviría? En su estado sería más una carga que un apoyo. Retrasaría cualquier intento de fuga, además su cabeza estaba demasiado desorientada como para elaborar un plan.

No tenía ninguna posibilidad de regresar a la Compañía Twilight.

—De acuerdo, entonces, ¿a dónde vamos? —preguntó.

La criatura comenzó a guiarlo. Namir pensó en pedirle que se detuviera, que le retirara las esposas, pero la única herramienta que veía era el bláster de la criatura, y un disparo se escucharía en muchas manzanas a la redonda. Continuaron juntos, la criatura ofrecía todo el apoyo que podía, atravesando las sombras de las torres y las estalagmitas

del borde de una caverna. Durante su travesía, la noche de Pinyumb se había iluminado con las luces de las torres. Namir supuso que eran para ayudar a los stormtroopers.

De tanto en tanto escuchaban los gritos y súplicas de los ciudadanos, cuando los agentes de seguridad del Imperio forzaban sus puertas y los llevaban prisioneros. Habían comenzado las redadas. El sullustano se detuvo en cada ocasión, y en cada ocasión reanudó el camino.

Descendieron por unos escalones labrados en la roca que conducían a la entrada de un edificio sin distintivos. En el interior había una taberna vacía, con sillas apiladas encima de las mesas y apenas iluminada por luces de emergencia. Siguieron hacia una pequeña cocina y bajaron por unas escaleras ocultas tras un refrigerador.

En el sótano de la taberna se ocultaba una multitud aterrorizada. Había sobre todo humanos, pero también sullustanos, tan hacinados que muchos se mantenían de pie. El más joven era un niño, pero la mayoría eran viejos: seres marchitos que habían aprendido a enfrentar el miedo con dignidad, mostrando incertidumbre en los ojos, pero nada más. Namir pudo observar que algunos portaban uniformes de la planta procesadora.

La tensión del grupo disminuyó un poco al reconocer al acompañante de Namir. El sullustano descendió las escaleras y, mientras repartía raciones de alimento envueltas en aluminio y sobres medicinales de bacta, intentaba tranquilizarlos. Los ancianos respondieron en su lengua, sus voces denotaban su agradecimiento.

Sin embargo, todos retrocedieron cuando el acompañante de Namir sacó un bláster del morral, sosteniéndolo con ambas manos. Él insistía en algo en medio de algunos escuetos reclamos.

Namir caminó entre la multitud hasta alcanzar al humano más cercano, una mujer de ojos verdes y manos ampulosas.

—¿Qué dicen? —preguntó.

—Si llegan los stormtroopers y encuentran armas, todo será peor —respondió ella con recelo. Quizás imaginaba que Namir debía conocer la lengua. O quizás era por las esposas.

—Ya comenzaron los cateos, y están agrupando a las personas afuera, no sé si eso puede empeorar —comentó Namir.

No se trataba de un consejo. Namir no tenía nada que ver en las decisiones de esta gente, quizás por ello la mujer lo observó con atención, asintió, se abrió paso hacia el frente y estiró la mano para recibir un bláster.

Namir quería saber más acerca de su acompañante y de la ciudad, pero la criatura lo llevó a las escaleras antes siquiera de vaciar su morral. El sullustano se detuvo un segundo para disparar a las esposas de Namir. Los brazaletes seguían en su lugar, pero se desactivó el mecanismo inmovilizador. Al desprendérselas, Namir notó el dolor en sus brazos y hombros.

La segunda parada de la noche fue en el dormitorio de un conjunto habitacional, refugio de un grupo similar. Una vez más, el acompañante de Namir distribuyó los productos de emergencia, que la gente recibía con una mezcla de agradecimiento y

desconfianza. Pero, en esta ocasión, los interrumpió la llegada de media docena de civiles, hombres y mujeres con los rostros hinchados de moretones, renqueantes y sin aliento. El brazo de uno de ellos estaba quemado. Namir reconoció de inmediato el efecto de una descarga de bláster.

—Estábamos en el mercado porque nos quedamos sin comida —explicó uno de ellos—. Cuando llegaron los stormtroopers, dijeron que debíamos estar en nuestras casas.

La mirada del acompañante de Namir vacilaba entre los heridos y la puerta, indeciso sobre si ayudar a este grupo o apresurarse a visitar otros. Entonces comenzó a buscar vendajes, bacta y ungüento en su morral. Miró a Namir y luego al hombre herido, expectantemente.

Namir no era médico, pero sabía cómo curar.

La siguiente hora, Namir la dedicó a vendar y a desinfectar las heridas, a untar con bacta la piel quemada y a revisar que no hubiera huesos rotos. A cada uno de sus pacientes le informaba que sus curaciones eran provisionales. Incluso quienes no conocían su lengua parecían entenderle. A ninguno le preocupaba eso.

—¿Te parece que tenemos alguna alternativa? ¿Crees que me recibirán en la clínica imperial? —cuestionó el hombre del brazo quemado.

—Buen punto —dijo Namir.

Una vez que atendieron a los heridos graves, Namir y su acompañante hicieron su tercera escala de la noche. Se trataba de unos baños públicos, donde atendieron a más desafortunadas víctimas en la orilla de una piscina de color azul intenso. Ahí, mientras vendaba la herida sangrante de la pierna de un niño, Namir se sintió por vez primera como un entrometido al escuchar una voz que preguntaba porqué se permitía a los rebeldes ayudar. Los rebeldes eran la causa de que el Imperio esclavizara a la gente de Sullust, eran responsables de todo el sufrimiento de Pinyumb.

Namir mantuvo la mirada en su paciente hasta que escuchó pasos atrás. Se giró, listo para pelear, y sostuvo la mirada furiosa de un hombre de espaldas anchas y rostro curtido.

—Me escuchaste. No tienes nada que hacer aquí. Ni los rebeldes, ni el Frente Cobalto, ninguno de ustedes —le espetó.

—Nosotros no hicimos esto —replicó Namir.

—Ustedes son los culpables —insistió.

Namir comprendió la postura del hombre. Era algo que buscaba en cada recluta que quería integrarse a la Compañía Twilight, pero que rara vez hallaba en gente menor de cuarenta años. Era la postura de un soldado entrenado.

Namir se preparó para recibir un golpe que nunca llegó. El hombre del rostro curtido se marchó, dejando a Namir con los deseos de agregar: «Estas no son las Guerras Clones. Esta gente pelea por ustedes».

Y en cierto modo, creía en ello. No era la misma guerra que peleó su padre. No era la guerra de Crucival. Había sido testigo de cosas terribles la última vez que estuvo herido bajo tierra, en una cueva, viendo a sus amigos morir. El Imperio sí era un enemigo diferente.

Pero no tan diferente como para cambiar la manera en que él peleaba.

Continuó con el vendaje, suponiendo en parte que era responsable por las heridas que atendía; responsable también por el plan que había llevado al Imperio, al borde de la desesperación, a reasignar capataces y stormtroopers desde los astilleros de Kuat a mundos tales como Sullust. No sentía culpa, pero tampoco podía negar las acusaciones de los sullustanos.

* * *

Namir y su acompañante continuaron con sus rondas toda la noche. Al aventurarse por las calles se mantenían ocultos en las sombras, viendo a las tropas de asalto marchar y escuchando disparos aislados conforme continuaban los cateos del Imperio. En cada nueva visita veían aumentar el número de heridos y la desesperación de la gente. Hacían lo que podían y continuaban.

Namir estaba exhausto. El mareo y la náusea iban y venían, haciéndole creer por momentos que seguía intentando rescatar a sus compañeros de los despojos del *Thunderstrike*. Otras veces, cuando respiraba el aire puro de la caverna y lo invadían la gratitud y el resentimiento de los civiles, regresaban a su mente viejos recuerdos de Crucival y de Howl.

Debía apoyar a su compañero, estar atento a la presencia de soldados y de droides con cámaras, pero todo su esfuerzo lo dedicaba a tratar de mantenerse en pie. Apenas notó cuando su acompañante lo guio hasta un hangar de minería incrustado en la pared de la caverna y zigzagueó entre los vehículos hasta alcanzar una oficina en la parte posterior. Una vez ahí se obligó a estar alerta.

Creía que llegaría a un nuevo refugio de civiles. En cambio, entraron en una oficina donde solamente estaban sentados tres individuos, todos humanos o algo bastante parecido. Cada uno tenía un bláster en el regazo; se pusieron de pie en cuanto vieron a Namir y a su acompañante, pero la tensión se disipó de inmediato.

—Tardaste mucho, ¿quién es tu invitado? —inquirió una mujer de cabello castaño, al tiempo que abrazaba al sullustano y le palmeaba la espalda.

La conversación tomó un ritmo vertiginoso, mitad en sullustano, mitad en básico. Al parecer, la criatura relataba los sucesos de la noche. A continuación la mujer se dirigió con Namir.

—¿Estás con los rebeldes de la montaña, los que tomaron la planta de procesamiento? —preguntó ella.

—Nuestro plan era destruirla y evacuar, pero tuvimos un problema —replicó Namir—. ¿Tú quien eres?

—Soy Corjentain y él es Nien Nunb —dijo, señalando al sullustano—. Él dirige nuestra célula. Hasta tu llegada, nosotros éramos los únicos rebeldes acá.

Namir observó a los cuatro. Se veían agotados, pero sin lesiones; su actitud era amable, pero desconfiada. Llevaban ropas de civil maltrechas y sucias y olían como si no se hubieran bañado en días.

—Creí que había un movimiento de resistencia aquí —comentó.

Un joven con la piel pálida, como gis, tomó la palabra:

—Como resistencia, el Frente Cobalto deja mucho que desear; tienen buenas intenciones, pero…

—Siéntate, estás hecho un desastre. Intercambiemos historias —dijo Corjentain.

Namir se sentó y comenzó a beber un líquido verdoso y fétido que, según el joven le aseguró, lo repondría. Mientras tanto, Corjentain explicó las actividades de la célula, con algunas acotaciones incomprensibles de Nien Nunb. La célula había llegado a Sullust con la esperanza de forjar un pacto entre el Frente Cobalto —una asociación de trabajadores que se habían radicalizado contra el Imperio— y la Alianza Rebelde. Pero descubrieron que los miembros más activos del frente habían sido apresados, y los restantes no deseaban tomar las armas.

—Yo soy de Sullust —narró la chica—, igual que Nien. Aquí a nadie le agrada el Imperio, pero no los puedes obligar a rebelarse, así que decidimos ayudar a Pinyumb como pudiéramos, traficando provisiones que los lugareños no pudieran costear o medicinas prohibidas por el Imperio. De este modo, si convencíamos a la gente de que la rebelión valía la pena, fantástico; si no, igual ayudábamos. El Imperio nos quiere muertos, pero eso no nos preocupa.

Namir sonrió con amargura.

—Fue entonces cuando el Imperio decidió compensar la disminución en la producción, incrementando las horas de trabajo y la vigilancia en Sullust, y ustedes quedaron apabullados.

Corjentain no comprendió su tono.

—El Imperio iba a matar a la gente de cansancio tarde o temprano; ese no era el problema principal. Pero que ustedes hayan dejado caer su nave aquí…, eso sí tendrá consecuencias.

—Tan pronto como encontremos la manera de hacerlo, nos iremos.

—Demasiado tarde: ya endurecieron las medidas. Y te apuesto que en cuanto hayan arrestado a todo aquel que alguna vez dijo algo en contra del Imperio, comenzarán la represión en masa. Toque de queda permanente, separación de las familias… lo que sea que sofoque la posibilidad de un levantamiento futuro —dijo Corjentain, maldiciendo y sacudiendo la cabeza.

Nada de eso era nuevo para Namir, que había escuchado muchas historias por las noches en el Clubhouse. La mano dura del Imperio era lo que llevaba a muchos a unirse a la Compañía Twilight.

En vez de expresar compasión por lo que estaban enfrentando, Namir les contó a los rebeldes la historia de la Compañía Twilight. Se abstuvo de mencionar su objetivo final y

a Chalis, pero habló sobre la campaña de la hipervía Rimma y de sus intenciones en Sullust.

—Mi pelotón vino a la ciudad en busca de apoyo, pero todo parece indicar que no están en posibilidades de ofrecerlo.

—Es verdad —coincidió Corjentain. Nien Nunb intervino y conversó en voz baja con ella. Finalmente, Corjentain continuó—: Pero podemos ayudarte a llegar a la planta al amanecer; es lo menos que podemos hacer —añadió.

—Se lo agradezco —respondió Namir. Respiró profundo e intentó concentrarse en lo que había y en lo que los ayudaría: cuatro rebeldes, un puñado de armas y algún vehículo que hubiera en el hangar.

—¿Qué hay con ustedes, cuál es su plan? —interrogó.

Esta vez no hubo consultas entre ellos, simplemente se miraron como para confirmar algo que ya habían acordado.

—Intentaremos reunir a los que hayan quedado del Frente Cobalto —dijo Corjentain—, dar una última pelea, proteger a Pinyumb de lo que se avecina. No podemos permitir que se lleven a todos nuestros vecinos y amigos —agregó, con una sonrisa sombría—. No tomará mucho.

—De acuerdo —dijo Namir. Dio un trago a la papilla astringente del fondo de su vaso y se levantó, adolorido por el esfuerzo—. Pero, si tenemos que esperar hasta el alba, podrían mostrarme lo que tengan; puedo revisar su plan, darles una perspectiva diferente y prolongar un poco su guerra.

* * *

El barro verde, fuera lo que fuese, había controlado el mareo de Namir y templado sus entrañas. Sus músculos seguían adoloridos, pero por alguna razón el dolor era soportable. Mientras estudiaba los mapas de la ciudad y debatía con Corjentain sobre los sitios idóneos para ubicar francotiradores, escuchaba las fantasías del chico de cara de gis sobre cómo irrumpir en la prisión imperial. Namir notó que podía *pensar*. Sabía que los rebeldes no sobrevivirían; ellos eran conscientes de ello. No obstante, había algo reconfortante en su mutua decisión de fingir que sería diferente.

A pesar de su claridad mental, viejos recuerdos asaltaban la memoria de Namir, como chispas aleatorias en una batería mojada. Recordó todos los planetas que la Compañía Twilight había visitado: Haidoral Prime, Phorsa Gedd, Coyerti y Vir Aphshire bajo el mando de Howl; Mardona III, Nakadia, Obumubo y, ahora, Sullust, bajo el mando suyo. Las diferencias entre ellos eran considerables.

Y los recuerdos guiaron su mente a los planetas por venir. El camino hacia los mundos del núcleo estaba lejos de concluir, y Chalis les había asegurado que la campaña se volvería más sangrienta. Namir intentó imaginar a la Compañía Twilight abandonando Sullust; las batallas subsecuentes en Malastare; cómo sobrevivía a Malastare y proseguía hasta alcanzar los anillos de Kuat. Allí, entre los esqueletos de los destructores estelares,

pelearían un día tras otro, calle tras calle de la ciudad orbital, hasta arrasar el suelo que pisaran.

Al igual que los rebeldes de Sullust, la Compañía Twilight enfrentaba una batalla increíblemente difícil, quizás inútil. Los astilleros de Kuat bien podían ser destruidos. Tal vez sobrevivirían algunos pelotones aislados. Pero la compañía, como unidad, se quebraría. Namir ya no podía imaginar un final diferente.

Quizás nunca lo había hecho. Nunca reflexionó mucho acerca de lo que pasaría después de Kuat.

Nien Nunb permanecía sentado y escuchaba a los demás hacer planes. Namir se preguntó si el sullustano guardaba silencio en atención a él, pero supuso que no: seguramente Nien tenía otras cosas en mente.

Los recuerdos seguían surgiendo. Recuerdos de Howl y de aquello que a Namir le habían *contado* sobre Howl.

Gadren dijo que el capitán creía que la fortaleza de la Compañía Twilight era el sacrificio. Brand argumentaba que Howl nunca hizo nada por una sola razón. Howl había sido un desquiciado, pero entendía las necesidades de sus soldados mejor que ellos mismos. Toda la esperanza y el propósito de la compañía se habían esfumado cuando murió.

«Lo que buscamos no es la conquista sino la alquimia. Cuando la Rebelión entra en contacto con el Imperio se produce un cambio. La sustancia de la opresión se convierte en la sustancia de la libertad».

«Si reducimos nuestros objetivos al aspecto militar, habremos perdido esa gran batalla».

Namir había emulado la forma del propósito de Howl, pero sin su esencia: el ímpetu para detener al Imperio, pero sin el fundamento de ese ímpetu o los métodos que Howl apreciaba. La compañía había sido engañada; estaba dispuesta a morir tan sólo por llegar a Kuat.

«No tienes consciencia de la *magnitud* de tu enemigo».

Chalis había dicho que los astilleros de Kuat merecían la pena.

Todo esto rondaba por su débil y confundida cabeza en las horas previas al alba. Corjentain partió para preparar el retorno de Namir a la planta procesadora. Namir, sin intención de dormir, deambuló entre los enormes vehículos de minería que llenaban el hangar, lúgubres bloques de metal adheridos a perforadoras monstruosas.

Entendió lo que Howl intentaba lograr con la Compañía Twilight. Pero no comprendía cómo había funcionado el cálculo del capitán; cómo había logrado algo distinto a la aniquilación de la compañía.

Por otra parte, tampoco comprendía el funcionamiento de un rifle, pero sabía cómo dispararlo.

Cuando Corjentain regresó, Namir reunió a la andrajosa célula rebelde de Nien Nunb y extinguió con cuidado y determinación los chispazos de su mente hasta que sólo quedó una certeza.

—Tengo un plan —afirmó.

* * *

Poco antes del alba, los ángeles de ceniza despertaron en los límites superiores de la caverna de Pinyumb y revolotearon entre las grietas de las paredes de piedra, usando garras y alas para recorrer el camino laberíntico hacia la superficie. Detrás de ellos, Namir se arrastraba, con manos y rodillas, con un visor nocturno como único apoyo.

—Sigue a las aves; tienes aproximadamente una hora, en lo que terminan de salir a la superficie —había dicho Corjentain.

—¿Qué pasa si no lo logro antes de ese tiempo? —inquirió Namir.

—Entonces puedes esperar hasta el atardecer para encontrar el camino de vuelta.

Namir nunca había tenido claustrofobia y, aunque las hendiduras se estrechaban a su estómago y su columna, sentía un extraño alivio al escuchar el monótono arañar de los ángeles de ceniza. Nunca se sintió solo en su trayecto.

Al salir a la superficie quedó sorprendido de lo alto que había escalado. El bloqueo del Imperio avanzó por la pendiente durante la noche, pero logró eludir el perímetro. Sólo quedaba medio día de caminata, durante el cual debería eludir a los deslizadores y vigías del Imperio, mientras el grupo enemigo lo seguía hacia arriba. Aparentemente estaban ultimando detalles para un ataque general, acomodando en posición las armas y tropa. Finalmente, cuando Namir se acercaba a la planta procesadora, alentado por su recién descubierto propósito, se sintió vigorizado. Una amplia sonrisa surcó su rostro al reconocer al francotirador que le apuntaba cincuenta metros más arriba.

Se encontraron a medio camino, ella llevaba puesta su máscara y el rifle en una sola mano.

—Chalis y Roach llegaron anoche, pero no sabemos nada de Twitch ni de los otros, pensé que habían caído juntos —dijo Brand.

—Yo también te extrañé —respondió Namir, abrazándola a medias y palmeando sus hombros. Ella no contestó el abrazo, pero tampoco lo resistió; Namir la soltó rápidamente.

—Falta poco para el ataque, el Imperio nos ha estado midiendo todo el día, con incursiones cada vez mayores. Y Chalis dice que encontró una salida, algo sobre un puerto espacial.

—No me sorprende ninguna de las dos cosas. Necesito que me hagas un favor —continuó Namir.

Brand no contestó. Namir deseaba poder leer mejor a aquella mujer. La última vez que hablaron fue en las entrañas de la planta, encima de magma hirviente. Esa conversación no terminó bien.

¿Seguía resentida? ¿En realidad estuvo resentida alguna vez o él simplemente malinterpretó todo? Le hubiera gustado decirle: «Siempre has sido difícil».

—No estoy listo para hablar con Chalis —dijo finalmente. Tratar de adivinar los pensamientos de Brand no lo llevaría a ninguna parte—. Quiero reunir al viejo pelotón: tú, yo, Gadren, Roach. —«Y fingir que hemos olvidado a Charmer»—. ¿Puedes reunirlos, buscar un lugar donde podamos hablar en privado?

Brand no volteó a verlo ni dejó de caminar, pero asintió con decisión y apresuró el paso.

Namir tendría que conformarse con eso.

* * *

Sentado entre las penumbras de la cámara de pistones, se hallaba Gadren, con su cresta iluminada por las luces verdes y rojas del panel de control que estaba sobre su cabeza. Saludó a Namir con alegría, pero de manera breve, como si no estuviera de acuerdo con una reunión de la que desconocía el objetivo. Recargada en la pared y con las piernas extendidas, Roach observaba a Namir con gesto de confusión. Tenía en la nariz un rasguño insignificante, casi risible, considerando todo lo que debió de pasar para llegar a la superficie. En la esquina, con el ceño fruncido, estaba Brand.

«Al menos no lleva máscara», pensó Namir.

—No tenemos mucho tiempo y hay mucho de qué hablar, pero primero… —comenzó a decir Namir, mientras paseaba delante de la puerta.

Recordó cómo Gadren lo había sacado de la taberna en Heap Nine, su última conversación con Brand pocos días atrás, y cuánto había cambiado Roach desde que él había partido hacia Hoth. Recordó también cuánto los echaba de menos.

«Siento haberlos decepcionado».

—Sé que últimamente las cosas han sido difíciles, sé que me he equivocado y quisiera haberlo hecho mejor. Lo menos que debí hacer era dar una mejor despedida a Charmer.

Roach observaba el suelo entre sus rodillas; Brand ni se inmutó.

—Nadie asume que un capitán deba vivir con su equipo. Resentimos tu ausencia, pero sabemos que así debe ser —dijo Gadren.

Una sonrisa amarga surcó el rostro de Namir. Gadren tenía razón, en cierto sentido, pero en su mente tenía a la versión de la Compañía Twilight de Howl, cuando este se rodeó de Sairgon, Von Geiz y los otros. Namir también se había apartado, pero sólo había tenido oídos para Chalis.

—Gracias —dijo Namir—. Pero ahora necesito su apoyo, el de la compañía. Las órdenes del alto mando no nos ayudarán ahora.

Gadren extendió un par de manos, esperando a que Namir continuase.

—No sé si lo notaron, pero no hay una ciudad bastante grande. Las personas allá están aterradas, y la resistencia es débil. Nos guste o no, somos la causa de su infierno y la cosa no va a mejorar.

»Podemos agarrar nuestras cosas y largarnos, seguir adelante y tratar de paralizar la maquinaria imperial. Pero, aunque logremos llegar a Kuat, aunque esta campaña funcione, sabemos que eso no ganará la guerra. A pesar de que acabemos con los destructores estelares, el Imperio cuenta con más armas, gente y recursos que cien rebeliones como esta.

»Y he estado haciéndome dos preguntas. ¿Por qué hacemos esto? —dijo, intentando evitar la mirada Brand, pues ella le había planteado esa pregunta primero—. ¿Qué debemos hacer para mantener con vida a la Compañía Twilight?

—¿Y cuáles fueron tus respuestas? —cuestionó Gadren, hablando con claridad y de manera pausada. Howl se habría sentido orgulloso de su actitud.

—No tengo respuestas —replicó Namir—, y no sé si sea capaz de encontrarlas. Quizás eso me resta aptitud para el mando, quizás eso implique que no debería ser parte de esta rebelión. Pero ya es muy tarde. Ahora eso ya no importa.

»Lo que sí importa… —dudó, temiendo perder a su audiencia. Era por eso que había acudido a ellos, no a la compañía entera: tenía la esperanza de que perdonaran su torpeza y entendieran su intención—. Nos traje acá en busca de un objetivo digno de la Compañía Twilight. Y creo que en ello me equivoqué. Debí concentrarme mejor en buscar una manera de combatir que fuese digna de todos ustedes. Quizás, de ese modo, el objetivo se hubiese presentado por sí mismo. Quizás entonces las respuestas serían evidentes —insistió.

«Quizás el cálculo invisible de Howl nos mantendría con vida», pensó. Pero no podía prometer eso.

—Pero eso ya es secundario —continuó—. Lo que quiero decir es que ya es momento de olvidarnos de Kuat. Creo que, si hemos de morir, debería ser acá, ayudando a la gente de Sullust, en lugar de largarnos a los mundos del núcleo para intentar escupir al diablo en la cara. Eso es hacer lo correcto, tanto para la compañía como para todos los que la formamos.

Durante unos instantes reinó el silencio. Quizás esperaban comprobar si Namir había terminado. Gadren y Brand lo observaban. Roach encogió las piernas y alzó la mirada.

—Howl estaría de acuerdo. Cuentas conmigo —dijo Brand finalmente.

—¿Es una votación? —dijo Roach, sonriendo con desgano y encogiendo los hombros.

—No haré esto si la compañía no me apoya. No tengo miedo a morir, independientemente del resultado, pero me preocupan ustedes —respondió Namir.

La débil sonrisa de Roach se convirtió en una sonrisa franca, como si se riera de una broma privada.

—Eres chistoso cuando te sientes incómodo. Cuentas conmigo y seguramente también con todos los nuevos reclutas.

Namir hubiera querido averiguar de dónde provenía su convicción y su seguridad al hablar. Pero ya tenía lo que deseaba de ella.

—¿Gadren? —preguntó.

—He pensado en repetidas ocasiones acerca de las personas y especies que dejamos atrás. Seguramente esto no les sorprende. Sufro por los habitantes de Sullust y casi lloro al ver los rostros de los hombres y mujeres que echamos de la planta —dijo Gadren, cruzando sucesivamente sus dos pares de brazos, con un tono de voz inusualmente bajo y sin rastro de la alegría que lo caracterizaba—. Sin embargo, me cuesta tener que desviarme de nuestro objetivo. Y no es por la sangre derramada para llegar a este punto, sino… si la misión a Kuat tiene al menos una mínima probabilidad de éxito, de cambiar el curso de esta guerra, creo que se lo debemos a la galaxia —concluyó. El tono en su voz denotaba una creciente pasión.

Las palabras de Gadren golpearon con fuerza a Namir, recordándole su agotamiento. Había anticipado que alguien, quizás Brand o Roach, esgrimiría ese argumento, pero siempre confió en contar con el apoyo de Gadren.

Pero había más.

—Nos dices que el resultado final de la destrucción de Kuat sería insignificante en esta guerra. Si yo supiera que eso es verdad, tendrías mi apoyo incondicional. Pero por el momento es tu palabra contra la de la Gobernadora Chalis —continuó Gadren.

—La decisión debería ser sencilla —intervino Brand.

—¿Acaso ella no se ha sacrificado? ¿Acaso no ha probado su lealtad a la compañía? Y aunque no fuese así, debemos al menos conceder que está en mejor posición que nosotros para juzgar el verdadero impacto que causaríamos en el Imperio.

—Prepararé a la tropa como recomiendas, pero no actuaremos a menos que sea ella quien dé la orden.

—Me parece justo —concluyó Namir—. Andando.

* * *

—Estás de vuelta. Me alegro. Revisa las tareas de los pelotones y haz los cambios que consideres pertinentes. Quiero empezar en cinco minutos —dijo Chalis.

Ella no levantó la mirada de su escritorio, simplemente le tendió un datapad a Namir. Su voz se oía más frágil que en las últimas semanas, áspera y quebrada, igual que en Ankhural.

Roach, Gadren y Brand habían ido a comunicar el plan de Namir a los demás. Namir y Chalis estaban a solas en la oficina administrativa.

—¿Empezar qué? —cuestionó Namir.

—La evacuación. Doce pelotones irán a la ciudad a tomar naves, la mitad de ellos regresará en busca de supervivientes, el resto partirá al espacio bajo la protección del *Apailana's Promise*. Nos apoderaremos de una flota de naves mercantes. Ninguna será el *Thunderstrike*, pero la medida es mejor que morir en un volcán; además, nos permitirá sobrevivir con algunas bajas, en vez de sufrir una derrota catastrófica. —Chalis oprimió un botón del intercomunicador para ordenar con voz clara—: Grupos uno y tres en posición.

La intención de Namir era convencerla de su plan y negociar aquello que fuera preciso. Estaba dispuesto a sortear cualquier enredo verbal que ella le presentara, pero Chalis no parecía dispuesta a conversar.

Ella continuaba dando órdenes a su gente.

—¿Así que ahora tú estás al mando? —cuestionó Namir intentando disimular su ira.

Ella volteó a mirarlo y él se estremeció. Chalis tenía los ojos inyectados y rodeados de manchas circulares como moretones. Tenía las mejillas hundidas. Lucía vieja, pero no aparentaba fragilidad, como si los eventos de los días recientes la hubieran curtido.

—Estabas ausente —replicó ella—. Me alegro de que hayas sobrevivido, pero no es momento de que dudes de mis intenciones.

Namir se estremeció de nuevo. Había cruzado una línea acusándola en la casa de seguridad de los rebeldes. Cualquier vínculo que hubiera creado con Chalis en los meses previos se había fracturado.

—Tengo otro plan —dijo—. Algunos de los soldados me apoyan, pero necesito que tú…

—No hay tiempo. —Ella oprimió otro botón—. Chalis a Centinela cinco, ¿dónde están?

—A cuatrocientos metros, y rodeando el pico —anunció una voz entrecortada por la estática.

Chalis miró a Namir, expectante, como si aquella noticia pusiera fin a la discusión.

Ella tenía razón. No había tiempo.

—Debemos olvidarnos de los astilleros —dijo Namir.

Chalis tecleó algo en su terminal y se levantó lentamente de su asiento.

—No es tu culpa —continuó Namir—, pero esa campaña será la destrucción de la Compañía Twilight, y sabemos que no hará que ganemos la guerra. —Quizás ella había ideado la campaña para vengarse de sus antiguos colegas, quizás no. Pero eso ya no le importaba a Namir—. Si nos quedamos, podemos ayudar. Ya viste en qué condiciones está la ciudad.

Chalis comenzó a temblar, con sus labios torcidos. Namir nunca antes la vio gritar, nunca la vio perder el control. ¿Qué ocurriría?

—No seas ingenuo —dijo Chalis, de manera casi inaudible—. Los refuerzos llegarán en cualquier momento. Esa es la única razón por la que han demorado el ataque.

Namir intentó decir algo mientras Chalis rodeaba el escritorio, pero la voz imperceptible y áspera de ella lo interrumpió:

—Todavía podemos llegar a Kuat. Cuando lo logremos, me lo agradecerás.

La Gobernadora Chalis tenía una pistola apuntada al pecho de Namir.

Namir ya no sentía enojo. Pensó que debía sentirlo: enojo por la manera en que ella había usurpado el mando, por su traición. Pero la criatura amargada que ahora tenía delante ya no era la mujer que casi se había ganado su aprecio, la que había salvado a Howl, la que lo había aconsejado aquella vez mientras desayunaban, la que sentía una pasión genuina e inexplicable por el arte.

—Será difícil agradecerte si me matas —respondió.

—Cuando quiero matar a alguien, no me ando por las ramas —soltó Chalis—; tú ya lo viste. Tercer compartimiento, por el corredor. Nos iremos de Sullust, juntos —le espetó, haciendo un gesto hacia la puerta.

Namir observó el bláster y calculó sus posibilidades de arrebatárselo antes de que jalara el gatillo, pero no le favorecían. Giró y caminó hacia la puerta, seguido por Chalis.

Apenas había puesto un pie fuera de la oficina cuando divisó su salvación. Señaló hacia un costado con su barbilla, con la esperanza de que sus ojos completaran el mensaje.

Cuando Chalis atravesó el umbral, dos poderosos brazos alienígenas le torcieron la muñeca hacia arriba y a un costado. Otras dos manos sostuvieron su cabeza y su cintura para inmovilizarla. Desde un lado del marco de la puerta, Gadren observaba con expresión triste a la mujer.

—Retiro mi petición. Si debo poner mi fe en algún comandante, será en ti —dijo Gadren.

Chalis miró con odio a Namir desde su prisión de piel.

* * *

Namir no dio un discurso a los miembros de la compañía, pues no tenía fe en sus dotes de orador. Gadren, Roach y Brand serían más convincentes. Su única concesión a la retórica fue una breve presentación de su plan ante el alto mando de la compañía. Von Geiz parecía casi aliviado, y apenas unas cuantas voces se opusieron. Entre los oponentes estaba Carver, quien declaró que Namir había enloquecido, pero a pesar de ello sonrió gravemente. Al finalizar la reunión, Hober apretó con firmeza la mano de Namir.

Por el momento, Namir prefería no pensar en el futuro de Chalis, encerrada a tres compartimientos de las oficinas administrativas. Era muy probable que no tuviera que preocuparse por ella nunca más, ni por ninguna otra cosa.

Menos de treinta minutos después de su confrontación con la Gobernadora Chalis, se confirmó su advertencia de un ataque inminente. Namir se había ubicado en una de las agujas de la instalación, un punto de acceso para los pistones que la Compañía Twilight había convertido en puesto de vigilancia, cuando un mensajero llegó a toda prisa.

—Acabamos de interceptar un mensaje del Imperio —dijo el mensajero.

—¿Comienza el ataque? —preguntó Namir.

—Sí, señor, pero la orden viene de…

Namir miró al muchacho intentando recordar su nombre. Era uno de los asistentes de Hober y oficialmente no pertenecía a las fuerzas de combate. Su lugar era el *Thunderstrike*, no la zona de guerra.

—¿De quién viene la orden? —preguntó Namir.

—Del prelado Verge —respondió el mensajero—. El destructor estelar *Herald* acaba de entrar al sistema.



CAPÍTULO 34

PLANETA SULLUST
Día tres del sitio de Inyusu Tor

El ataque comenzó momentos después de que los jefes de pelotón informaron a su tropa sobre el nuevo plan de Namir; un plan que había sido elaborado a toda prisa la noche previa en compañía de la célula rebelde del Clubhouse y que Namir pulió durante su largo avance por la montaña hasta afinar detalles durante su breve reunión con el grupo de mando de Twilight.

Namir observaba el asalto desde la aguja donde se ubicó, apretando con fuerza los binoculares para resistir al viento incesante. Unos cientos de metros cuesta abajo, avanzaba un cerco de stormtroopers, cerrando filas conforme subían lentamente por la ladera de obsidiana. Las naves imperiales repetían sus pases sobre la cima de la montaña, cada vez más seguido, disparando ráfagas de cañones bláster a los exploradores de la Compañía Twilight rezagados en la retirada.

Las fuerzas de Twilight se dividían en tres líneas, entre las fuerzas del Imperio y la planta procesadora. La línea del frente la componían apenas unas docenas de soldados agrupados en equipos de ataque tras peñascos y en grietas donde el terreno lo permitía. El frente no resistiría más allá de algunas sangrientas escaramuzas que harían al enemigo avanzar con precaución.

La línea media se ubicaba entre el frente y la planta procesadora, atrincherada en una zanja que la compañía había ensanchado a partir de grietas naturales. Además de proteger a la tropa y reducir la eficacia de los bombarderos, Namir tenía la esperanza de que, por su cercanía a la instalación, la línea media previniera el uso de la artillería pesada, pues el Imperio parecía decidido a evitar la destrucción de la planta. Casi un tercio de la compañía formaba dicha línea, reforzada con algunas piezas de artillería móvil: cañones bláster rotatorios, morteros y lanzamisiles.

La tercera línea se ubicaba pegada al perímetro de la planta y se asemejaba, tanto en su forma como en su función, a la defensa que el Imperio había erigido durante la

invasión de la Compañía Twilight. En esa ocasión había funcionado para el Imperio; funcionaría ahora para la Rebelión. Se componía de otro tercio de la compañía, junto con el sobrante de la artillería. Si el enemigo penetraba la línea, hasta el acceso a la planta, la oportunidad para la artillería pesada se habría perdido.

En resumen, la defensa resultaba formidable y capitalizaba las dos principales ventajas de la Compañía Twilight. El terreno le brindaba un punto de fuego superior y retrasaría el progreso del enemigo, lo que dejaría vulnerable a su tropa. Resultaría clave también la obsesión del Imperio por conservar la planta procesadora. Si el mando enemigo decidía reducir sus bajas y sacrificar la planta para arrasar con la rebelión de Sullust, entonces la suerte estaría echada.

Ninguna ventaja alteraba, eso sí, la realidad: la Compañía Twilight era superada en proporción de diez a uno. Además, los stormtroopers imperiales estaban mejor equipados, mejor entrenados y más frescos que cualquier miembro de la Compañía Twilight lo estaría jamás. La horda de armaduras blancas se propagaba sobre la oscura montaña como una capa de nieve, apenas rasgada por las negras armaduras de los soldados de la flota imperial. Namir alcanzó a ver en la retaguardia, sin usar sus macrobinoculares, unas formas insectoides cubiertas por nubes de polvo amarillo que avanzaban a trompicones: caminantes imperiales AT-ST de dos patas. Namir supuso que únicamente el reto que representaba la colina había impedido el despliegue de los monstruos cuadrúpedos que fueron utilizados en Hoth.

La Compañía Twilight contaba con menos soldados, menos vehículos y ningún apoyo aéreo. Aparte de la planta procesadora no tenía a dónde replegarse, por lo que el enfrentamiento bien podría concluir en una masacre.

Sin embargo, Namir descubrió que no sentía temor, ni siquiera por los soldados a su cargo. Había maneras de morir mucho peores que peleando por tus camaradas.

—El destructor estelar se acerca al planeta —advirtió Hober.

Namir había elegido al viejo intendente como su asistente para la batalla, para transmitir órdenes y recibir comunicaciones. No era común que la totalidad de la Compañía Twilight actuara como una unidad, que requiriera de una estricta jerarquía de comunicaciones. Howl prefería dirigir las batallas desde el *Thunderstrike*, con ayuda de mapas holográficos que proveían información de la batalla en tiempo real, permitiendo que los androides comunicaran las órdenes al teniente Sairgon y a los pelotones. Pero Hober conocía bien a la Compañía Twilight y de momento no tenía ninguna otra obligación. Namir se sentía tranquilo con el apoyo del viejo y de sus propios ojos.

—¿Cómo están todos? —preguntó Namir.

—Por ahora saben qué hacer. Pregúntame después de la batalla —repuso Hober.

Namir refunfuñó y volvió a observar el frente.

El Imperio asestó el primer golpe de la batalla. Al unísono, docenas de aerodeslizadores liberaron pequeñas bombas de racimo sobre la línea del frente, bombas con el poder de rasgar piel y armaduras, pero que no dañarían la instalación. Namir quedó deslumbrado por el destello de cientos de estallidos entre las rocas, imaginando a sus

compañeros heridos por metralla y obsidiana y ensordecidos por las explosiones. Pero los pelotones estaban atrincherados y a resguardo: soportarían el daño. Los misiles de la Compañía Twilight hicieron blanco, derribando dos aerodeslizadores que dejaban sendas estelas de humo negro conforme caían.

La infantería imperial se lanzó a la carga con el eco de las bombas todavía en el aire. Únicamente avanzaron las tropas de la línea del frente. Namir sabía que estaba poniendo a prueba las defensas de la Compañía Twilight. La línea media disparó sobre los atacantes, iluminando la colina con destellos carmesí, aunque con poco efecto por la distancia.

La línea del frente permaneció inmóvil hasta que las tropas enemigas estuvieron a tiro de piedra. Namir observaba con sus macrobinoculares. Vio botas blancas buscando apoyo en la obsidiana y rifles en busca de blanco. Entonces dio la orden.

—¡Fuego!

Pero no hacía falta que dijera nada; la línea del frente conocía su deber. Con el enemigo al alcance, cada disparo dio en el blanco, enviando los cadáveres cuesta abajo. El fuego cruzado dividió a los stormtroopers, obligándolos a buscar refugio entre los muertos. Sin embargo, cada disparo revelaba la posición de los soldados de la Compañía Twilight. El grueso de la tropa imperial, apartado de la refriega, dirigió las armas de asalto, los rifles de francotiradores y los cañones hacia los nuevos blancos. Los aerodeslizadores volvieron a la carga, eludiendo los disparos de los lanzamisiles PLX y rasgando la montaña con el fuego de sus cañones.

—Ordena la retirada a discreción —dijo Namir—. Cedamos el territorio lentamente.

Escuchó la voz de Hober por el intercomunicador y observó a los pelotones (o parejas, o individuos) escabullirse hasta la trinchera de la línea media. No pudo evitar estremecerse cuando un soldado de la Compañía Twilight, que ayudaba a su camarada herido, fue abrasado por el fuego de un aerodeslizador. Tuvo que recordarse que aquel no era un operativo de guerrilla sino una batalla frontal. El número de bajas seguiría aumentando, aunque por el momento se había mantenido dentro de un rango aceptable.

El Imperio actuaba con tiento, de manera racional, sin lanzarse a fondo, pero sin subestimar al enemigo. Justo lo que Namir anticipó: previsibilidad y cautela; justo el tipo de batalla que podía resistir. No era momento de ponerse a lamentar las pérdidas.

El grueso de la tropa imperial comenzó su avance. Los rayos de partículas provenientes de la trinchera de la Compañía Twilight contenían el avance de los atacantes y los obligaba a buscar refugio conforme ganaban metros. Namir entrecerró los ojos a causa del destello blanquiazul ocasionado por las minas de iones sobrantes de la misión de Mardona III, recuperadas de los despojos del *Thunderstrike*. Las minas no detendrían al Imperio, pero contendrían por más tiempo su avance.

Durante varios minutos la batalla pareció congelarse. El avance proseguía, de manera gradual, casi imperceptible, como el movimiento de una sombra al alba. No fue hasta que Namir se obligó a cobrar consciencia del paso del tiempo cuando descubrió los cambios progresivos que se sucedían. El Imperio se acercaba a la trinchera a pesar de la lluvia de

fuego, y sus cientos de stormtroopers caídos no marcaban ninguna diferencia, pues había cientos más que los remplazaban.

No obstante, el Imperio se detuvo a unos cincuenta metros de la trinchera. Namir no entendió la decisión hasta que vio que la parte baja del ejército abrió paso a una docena de caminantes bípedos que subieron ágilmente por la ladera. La artillería apenas logró derribar a uno antes de que alcanzaran la trinchera. Una mina acabó con otro más. El resto sembró el caos entre la tropa. Namir maldijo al ver a los soldados salir al descubierto, sólo para caer presas de los stormtroopers.

—¡Ordena a la artillería interior que abra fuego! ¡Que desaparezca a los caminantes! —gritó.

—¿Y qué con los equipos de las trincheras? —preguntó Hober.

—Sobrevivirán —respondió Namir—. Al menos algunos. Ordena la retirada hasta el perímetro.

Los equipos de artillería no dudaron, eso enorgulleció a Namir. A los disparos de cañón les siguieron los crujidos de las cargas de plasma y las ráfagas de los morteros. Los caminantes chirriaron conforme el metal cedía y se quebraba. Los pocos que resistieron el fuego huyeron cuesta abajo o hacia la planta, hacia su destrucción. Pero el costo había sido elevado: Namir dirigió sus macrobinoculares hacia las rocas y vio pelotones completos calcinados o despedazados. ¿Cuántos habían caído por el fuego de la Compañía Twilight y no de los caminantes? Prefirió no pensar en eso.

Ajustó los macrobinoculares para estudiar a las fuerzas del Imperio. La infantería se acercó para asegurar la franja de terreno que conducía a la trinchera, aunque no parecía estar a punto de lanzar el ataque final hacia la instalación. Todo ello tenía sentido: reagruparse, volver a medir las condiciones. En lo tocante a sus comandantes, el tiempo parecía estar de su lado.

—Voy a bajar —avisó Namir—. De aquí en adelante, ya da lo mismo ver las cosas en persona.

* * *

Los heridos se apretujaban en el hospital improvisado de Von Geiz, aunque no eran tantos como para no caber en la cafetería, lo cual no sorprendió a Namir. El tipo de combate que se había desarrollado en la montaña no dejaba muchos heridos: los soldados salían ilesos o morían. Advirtió a Von Geiz que pronto podría llegar el combate hasta su puerta y que debía mantener un arma a mano. El viejo doctor se concretó a asentir con la cabeza y regresó con sus pacientes.

En el exterior, los soldados de Twilight se apiñaban contra las paredes de la planta procesadora, cubierto entre piedras y rocas desgajadas. Rojas descargas de partículas —disparos de contención de las tropas imperiales— rasgaban el aire por encima de la cabeza de Namir, mientras este recorría la línea. De tanto en tanto, algún soldado devolvía el disparo o advertía a los francotiradores de alguna posición a descubierto. Los

artilleros vigilaban atentos el cielo en caso de que algún aerodeslizador se atreviera a pasar. Namir sabía que los artilleros debían estar ya cortos de munición, pero a estas alturas no tenía ningún sentido escatimar misiles.

En el ánimo de la tropa se sentía la tensión, pero no el abatimiento. De alguna manera, Carver se había apropiado de una bandolera enemiga llena de granadas y sonreía mientras distribuía las bombas como si fueran caramelos. El comandante Tohna, a falta de una nave que dirigir, organizó a la tripulación del *Thunderstrike* en un equipo de relevos para llevar pertrechos y agua a los pelotones, a los que alentaba con fanfarronadas, retos y gritos obscenos, creando competencias entre equipos. Namir no había visto a Gadren, pero se decía que lo habían escuchado cantar en las trincheras durante el bombardeo.

De tanto en tanto, Namir se detenía a conversar con hombres y mujeres de la compañía. Corbo, el novato que había llevado un cuchillo al compartimento hermético de Chalis después de Haidoral Prime, preguntó si en verdad la compañía peleaba por los de Sullust.

—La ciudad bajo las montañas está en confinamiento, cada soldado imperial que ves acá es uno menos haciendo redadas allá abajo —contestó Namir.

—Bien, para eso me enrolé —replicó Corbo.

Mientras uno de los técnicos de Vifra actualizaba a Namir los preparativos para la siguiente etapa de la defensa, este captó de reojo una silueta merodeando entre la tropa; sujetaba un rifle de asalto detrás de su cuello. Namir se disculpó y corrió hacia ella.

—¿Twitch?

Twitch pasó el rifle por encima de su cabeza y lo balanceó entre sus manos.

—No me disculpo —dijo—. Tuve que ir por mi equipo.

Ella lo había abandonado en Pinyumb para rescatar a sus exploradores, quienes con toda probabilidad ya estaban muertos.

—Olvida eso. ¿Cómo es que regresaste?

Ella se encogió de hombros. Tenía los nudillos raspados y la máscara de su respirador estaba cubierta de polvo amarillo, pero por lo demás se veía ilesa.

—¿Qué es lo que la Compañía Twilight hace mejor? —preguntó.

Namir soltó una sonora carcajada. Su risa atrajo la mirada de los soldados, pero no le importó.

—Sobrevivir —respondió. Pudo dejarlo ahí pero quiso expresar lo que sentía—. No importa en qué trituradora nos metamos; aunque ganemos o perdamos, la Compañía Twilight… —«La compañía de Howl», pensó— siempre sobrevive.

—Correcto —farfulló Twitch, y continuó su vagabundeo entre los gritos de aprobación de los soldados.

Namir estaba contento de ver con vida a Twitch. Trató de no pensar en qué habría sido de Gadren. Ya habría tiempo de contar a los muertos.

Continuó con sus rondas, conversando sobre estrategia, sobre los amigos perdidos o sobre el clima de Sullust. Se sentía tranquilo, como si estuviera en el Clubhouse,

escuchando discusiones y risas entre los juegos de cartas. Esperaba que el resto de la compañía compartiera ese sentimiento.

Poco a poco se incrementó la frecuencia de los disparos de contención, pero ningún aerodeslizador volvió a asomarse. Namir revisó los niveles de su rifle de poder y regresó con Hober, para mirar el cielo grisáceo y sombrío de Sullust.

En el horizonte, divisó una sombra en forma de cuña que aumentaba lentamente en tamaño.

—Vienen por nosotros —le dijo en voz baja a Hober, disimulando una sonrisa triste—. ¿Para qué quieres aerodeslizadores cuando tienes un destructor estelar?

Hober asintió lentamente con la cabeza.

—¿Nos vamos al interior? —preguntó.

—Aún no —respondió Namir—. Hablé con el equipo técnico. Hay que aguantar un poco más, pero avísales a nuestros amigos allá arriba.

Las descargas de contención seguían en aumento. Namir hizo que Hober se agazapara y observó a los pelotones que devolvían el fuego. Una euforia cruda y contenida lo inundó.

Había estado alejado de la línea del frente demasiado tiempo. Ya fuera que sobreviviera o muriera, estaba feliz de estar ahí.



CAPÍTULO 35

PLANETA SULLUST
Día tres del sitio de Inyusu Tor

Las imágenes del tiroteo seguían relumbrando en el cráneo de Thara Nyende: espías rebeldes sorprendidos mientras vigilaban el puerto espacial de Pinyumb y rastreados hasta su escondite, disparos en las calles desiertas y silenciosas de la ciudad, un prisionero encontrado entre los escombros de la batalla…

Recordaba el deslizador que zumbaba debajo de ella, sus vibraciones hacían que sus rodillas chocaran con su armadura. Su casco había recibido una descarga que arruinó su vocalizador. Debido a su ira, se lo arrancó, intentando averiguar qué planeaban los rebeldes.

«No permitas que los demás queden en el fuego cruzado». Recordaba haber dicho eso al prisionero, intentando parecer tolerante, intentando apelar a la compasión de un asesino, de un criminal. «Ustedes se alistaron para morir, pero la gente de la ciudad no».

Había gente especializada para interrogar en las instalaciones de detención, hombres y mujeres de mediana edad, con los ojos inyectados y modales educados que nunca se relacionaban con los stormtroopers. Pero no hubo tiempo para sus métodos. Las redadas ya habían comenzado: los rebeldes podrían actuar en cualquier momento.

—Aunque estuviéramos planeando algo, no te lo diría —había respondido el prisionero.

Había sentido ganas de gritarle: «¡Todos los que mueran esta noche morirán a causa tuya!». Había deseado mostrarle la cicatriz de su frente, nombrar a todos los soldados que quedaron destrozados por la explosión a bordo de la nave rebelde o culparlo por su tío, encerrado en una celda y seguramente olvidado en medio de aquel caos.

Pero de nada serviría, así que se obligó a permanecer en calma; se convenció de que hallaría la manera de arreglar las cosas. Era su deber como stormtrooper, como SP-475.

Fue entonces cuando atacó el francotirador.

Ella recordaba todas estas cosas porque le ayudaban a olvidarse del dolor.

* * *

El disparo había librado apenas su pulmón derecho, fundiendo la malla y el plastoide de su uniforme con su piel. Un equipo de rescate médico la había retirado del lugar a los pocos minutos, trasladándola a la sala de emergencias de la guarnición. Allí había pasado la mañana, retorciéndose aterrorizada por la muerte y el dolor, mientras los androides cortaban la herida, aplicándole bacta y anestesia. Lloriqueó y suplicó para que alguno de sus compañeros se quedara con ella, pero todos debían asistir a las redadas. Tuvo que quedarse entre las máquinas y sus pesadillas.

En algún momento la acomodaron en una camilla y la trasladaron a una clínica civil. Ella sabía que había preguntado el porqué, pero no recordaba con claridad las respuestas de los droides: algo relacionado con la llegada de más heridos, de una batalla en la montaña. Los analgésicos nublaban su memoria. Ahora estaba sentada en un colchón duro, con sábanas arrugadas, en una habitación iluminada con luces blanquiazules. Temblaba. Y sus brazos, sensibilizados por el frío, parecían piel de gallina. Su pecho estaba cubierto tan solo por un vendaje. Nadie se había molestado en retirar la parte inferior de su armadura.

La clínica era atendida por apenas unos cuantos humanos y sullustanos. Con seguridad los droides habrían sido enviados a la guarnición meses atrás y el resto del personal estaría encerrado en sus casas. Aun así, Thara escuchaba voces del corredor, y un sullustano joven revisaba su vendaje cada hora.

En sus pocos momentos de lucidez intentaba discernir lo que escuchaba. Las voces eran su único medio de información acerca de las redadas y de los rebeldes. Aunque parecían saber tan poco como ella, hablaban de disparos lejanos y de destellos esmeralda a lo largo del banco del río.

—Quisiera hacer algo antes de que vengan por nosotros —dijo una voz femenina.

—No hay nada que hacer —respondió el joven sullustano.

—Mientes —replicó la mujer.

Las voces se alejaron. Thara cerró los ojos, intentando no sentir el dolor que le producía cada latido de su corazón.

El edificio se cimbró y la despertó de un sueño en el que se veía tirada en el suelo, recibiendo repetidos disparos de un francotirador. Ella ya había sentido algunos temblores en las cavernas; este no era de los fuertes. De cualquier manera, se enderezó de un empujón, se estabilizó en la orilla de la cama y se concentró como si el futuro de la civilización dependiera de ello.

Los médicos del corredor seguían hablando entre sí.

—Tú conoces a Corjentain —dijo la mujer.

—Sí —afirmó el de Sullust.

—No seguiremos así, con los brazos cruzados. Envíale un mensaje, avísale que la clínica recibirá a cualquiera que…

Thara se tambaleó cuando sus botas chocaron con el piso, pero se equilibró apoyándose en la cama. Se esforzó por llegar al corredor, mientras con una mano quitaba el seguro de su arma para levantarla hasta que el frío metal hiciera contacto con su pecho y su hombro descubierto. Nadie le había quitado su arma; nadie se habría *atrevido* a retirarle el arma a un stormtrooper.

La luz blanquiazul reflejada en las paredes metálicas del corredor creaba un efecto de holograma. La mujer y el sullustano se hallaban en el extremo del corredor. Thara humedeció sus labios y levantó su arma.

—No me importa lo que suceda allá afuera —gritó Thara, dejando una huella de terror en los rostros de los médicos. Intentaba imponer su autoridad, a pesar de estar medio desnuda, drogada e insegura de su propia identidad—. Mientras este lugar continúe bajo mi protección, le pertenece al Imperio.



CAPÍTULO 36

PLANETA SULLUST
Día tres del sitio de Inyusu Tor

Brand observó el rostro magnificado del capitán del ejército imperial —un joven de cabello negro, ojos azules y rostro de líneas suaves— y jaló el gatillo de su rifle de francotirador. El rifle transmitió la información de la mira a su máscara y, desde un peñasco de las montañas, vio arder la cara del capitán. Para cuando los demás devolvieron el fuego, Brand ya había abandonado su posición en la roca y encontrado un nuevo sitio para ocultarse.

Se imaginó una lista de los crímenes del capitán: corrupción, posesión de especias, agresión, tráfico de esclavos, todos comunes entre las autoridades imperiales, todos muy probables.

Echaba de menos sus días de cazarrecompensas, pero trabajar a solas tras las líneas enemigas, eliminando objetivos de manera individual, era casi tan bueno como aquello.

Estaba apretujada en una grieta con las rodillas casi pegadas al mentón, a la espera de su siguiente presa. Escuchó un zumbido de alta frecuencia, casi imperceptible entre el sonido del viento y de las armas de plasma lejanas. A riesgo de ser descubierta, alzó la cabeza en busca del origen del zumbido en los alrededores: un moto speeder descendía por la pendiente.

Parpadeó, magnificó el vehículo en la pantalla de su máscara y compensó la velocidad intentado no desenfocarlo. En el momento en que reconoció al piloto no pudo evitar maldecir.

—Sargento. Necesito hablarle —dijo por el intercomunicador.

Balanceó su torso en el borde de la grieta, apoyó la bota contra la roca y apuntó, intentando adivinar la dirección del vehículo. No sería fácil, pero podría atinar.

—Estamos algo ocupados por acá. ¿Tú qué tal? —dijo Namir en medio de la estática.

—Divirtiéndome. ¿No echas de menos a Chalis? —replicó Brand.

—¿Qué?

Brand apuntó colina abajo hacia el speeder. El disparo de partículas era veloz, pero también los moto speeders. Era preciso anticipar el blanco.

—Se escapó. Lleva una mochila de pertrechos y un moto speeder. Ignoro cómo pasó las líneas enemigas.

—Tú también lo hiciste —replicó Namir.

«Es cierto», pensó Brand.

—Seguramente se dirige a la ciudad.

Mantuvo la posición del rifle y echó otro vistazo al moto speeder. Si apuntaba bien, tenía cuatro segundos para disparar.

—¿Viva o muerta? —preguntó.

Tres. Dos. Comenzó a jalar el gatillo.

Namir no contestó. Él era de su agrado, pero ella no podía esperarlo.

Uno.

Jaló. Sintió el movimiento del rifle y vio el destello del cañón.

—Déjala ir. Tienes otros objetivos, y ella no conoce nuestro plan —dijo Namir, y luego maldijo.

El moto speeder y la descarga de partículas se difuminaron hasta converger cuesta abajo. El borde de la roca punzaba en el pecho de Brand, que seguía en su posición.

El disparó falló. El moto speeder dio un giro extraño. Después recuperó el equilibrio.

—Entendido. Regreso a mi cacería —respondió Brand.

Apagó el comunicador culpándose por haber errado. Supuso que quizás era lo mejor.

Brand nunca había confiado en el juicio de Namir acerca de la gobernadora. Namir se había acercado demasiado y nunca logró entender del todo los crímenes de la aristocracia imperial.



CAPÍTULO 37

PLANETA SULLUST
Día tres del sitio de Inyusu Tor

Conforme descendía el destructor estelar, el Imperio mantuvo su infantería y sus aerodeslizadores a distancia de la planta. La razón se hizo evidente cuando la descarga esmeralda del turboláser cayó en las faldas de la montaña, perforando un cráter y resquebrajando la roca hasta convertirla en cristal quebradizo. Los pocos exploradores y francotiradores de la Compañía Twilight que se hallaban más arriba y que no quedaron desintegrados por el poder atomizador del rayo, se replegaron de inmediato hasta el primer perímetro.

Namir sintió una oleada de calor en el rostro e intentó cubrirse con el brazo. A pesar del filtro de su máscara, el olor del ozono y del azufre se sentía en el aire candente. La lluvia esmeralda cayó sobre la tropa, seguida de las destellantes bombas de protones que rodearon la planta procesadora.

«¿Qué tan cerca puede disparar el Imperio sin dañar el complejo?», se preguntó Namir. «¿Qué tan precisos serán los sistemas del destructor estelar?».

—Están en posición —le gritó Hober al oído. Namir apenas escuchaba al intendente a causa de los disparos y de los estallidos en la roca.

Namir vio un pelotón de soldados que se replegaba desde la cima hacia el acceso de la planta.

—¡Resistan! —gritó Namir.

Si su cálculo era erróneo, si los cañones del destructor estelar podían vaporizar a la tropa sin dañar el complejo, entonces él estaba preparado para morir con los demás, y la batalla concluiría en un abrir y cerrar de ojos.

Pero, un instante más tarde, el fuego cesó.

Namir levantó la vista hacia el cielo gris y comenzó a reír, sintiendo el aire caliente quemar sus fosas nasales.

El destructor estelar ya estaba bajo la capa de nubes. Lucía mucho mayor que el pequeño y distante sol de Sullust, revelando las líneas de su coraza metálica inferior. Destellos rojos y verdes circundaban su perímetro, pero el fuego de su artillería ya no se dirigía hacia la montaña. Ahora, el destructor cazaba a tres sombras que descendían entre las nubes.

El *Apailana's Promise* y sus X-Wing estaban de regreso.

—¿Cuánto pueden sobrevivir así? —preguntó Namir a Hober.

—Lo ignoro. Hemos tenido comunicaciones intermitentes, pero no logramos mantener un canal abierto. Mi mejor predicción es que no mucho —respondió Hober.

—No hay problema —dijo Namir—. Acá tampoco duraremos demasiado.

No era el tipo de expresión que se esperaba de un comandante, aunque Hober rio con algo de amargura.

Las fuerzas imperiales que estaban al pie de la montaña reiniciaron su avance, quizás alarmadas por los refuerzos aéreos de la compañía y preocupadas por otros trucos que los rebeldes les pudieran tener preparados. Mientras los stormtroopers trepaban por las rocas humeantes, Namir recorrió la línea gritando órdenes y liberando toda la artillería contra el enemigo. El Imperio dejó de escatimar recursos; cada soldado que caía era reemplazado por otro más. Una cortina de rayos de partículas centelleaba de manera constante sobre la cabeza de Namir, quien para ir de un puesto a otro tuvo que andar a gatas. Los proyectiles de los morteros rasgaban los oídos; algunos no alcanzaban su objetivo; otros destrozaban pelotones enteros de la Compañía Twilight. A modo de respuesta, la artillería de la compañía disparaba hacia la ladera una cascada de rayos de energía rojos y naranja, descargas explosivas, pulsos de luz y misiles centelleantes.

En Crucival, ese armamento hubiese bastado para conquistar el planeta. Aquí resultaba insuficiente.

Los primeros soldados imperiales alcanzaron la cima. Lo que fuera que los hubiera ayudado a superar la línea de la compañía, suerte o habilidad, no les sirvió de mucho más: Namir hizo estallar el pecho del primero, con su primer disparo en la batalla. Sin embargo, la línea interna comenzaba a resquebrajarse. Namir buscó a Hober con la mirada y este levantó la mano con los cinco dedos extendidos.

Cinco minutos. Era preciso resistir otros cinco minutos.

Namir les indicó con un gesto a los pelotones que avanzaran. Los soldados trepaban a las rocas que los guarecían o se lanzaban algunos metros cuesta abajo. Algunos perecieron al cabo de unos instantes, pero la repentina ofensiva obligó al Imperio a detener su avance. Namir se encontró disparando a los stormtroopers con un rifle que se sobrecalentaba rápidamente, hombro a hombro con Twitch.

Se arriesgó a mirar hacia el destructor estelar y al *Promise*, que seguían enfrascados en su propia batalla.

—Si sobreviven más que nosotros… —empezó a decir Namir, antes de hacer otro disparo.

—Sería humillante —concluyó Twitch. Namir no logró escuchar todo lo que dijo, sólo la palabra «armada» y una serie de obscenidades.

Los pelotones de la Compañía Twilight que se habían adelantado empezaron a perder el terreno casi de inmediato. Namir permitió a la compañía perder el metro que había conseguido. Pero cualquier otro retroceso los dejaría en la angosta franja entre la cuesta y los muros del complejo. Y después de eso, solamente quedaría la retirada hacia el interior.

Una ensordecedora descarga de mortero, justo a las espaldas de Namir, lo lanzó con violencia hacia delante. Cayó contra las rocas, lacerándose la piel de las rodillas, aunque alcanzó a cubrir su cabeza con los brazos. Corrió con suerte de no fracturarse el cráneo, pues difícilmente sobreviviría a otra lesión en la zona.

Sintió que alguien lo levantaba jalándolo de los hombros. No supo quién, pero sí vio con el rabillo del ojo a Hober, quien hizo un gesto de aprobación.

—Hazlo —le dijo Namir.

Después escuchó gritos y hurras y finalmente el rugido del triunfo. Con dificultad avanzó hacia la ladera, a tiempo para ver la montaña arder.

* * *

Namir había enviado una docena de equipos de excavación al interior de la montaña. Utilizaron los mismos vehículos que habían robado días atrás para infiltrarse en la planta procesadora y los completaron con otros pocos que encontraron en la propia planta. Los técnicos le advirtieron en más de una ocasión que cualquier túnel podría colapsarse si escavaban en terreno inapropiado y que el riesgo aumentaba si la montaña era bombardeada.

—Funcionará, no es tan difícil. Para eso son la mayoría de estas herramientas —le prometió Vifra, antes de su partida a Pinyumb.

—Pero tú no quieres —dijo Namir.

Vifra encogió los hombros y dijo:

—Construimos defensas para evitar que los equipos de excavación del Imperio entraran como lo hicimos nosotros: canalizar el magma, incinerar al enemigo… Nos dijiste que debíamos ser ambiciosos; esto es ser ambiciosos. Puedo lograr que la montaña vierta sus tripas por todo el terreno, pero no creo que sobreviva más de la mitad de los equipos. Creo que les estás pidiendo que se sacrifiquen y su muerte será bastante fea: serán enterrados en vida o incinerados.

—¿Lo harán? —cuestionó Namir.

Vifra había asentido. Así se acordó la decisión.

Desde la montaña, Namir veía la lava correr, de los túneles recién excavados hacia abajo. Como era de esperar, la mayoría de los chorros de lava aparecieron debajo de donde se encontraba el ejército imperial. Dondequiera que la lava entraba en contacto con la maleza o los cadáveres, ardía una llamarada. Los vehículos de transporte que

esperaban tras el grueso de las fuerzas imperiales se alejaron con rapidez. Los soldados que permanecían en la cima daban desesperados gritos de pánico y acabaron estrellándose contra la artillería de la Compañía Twilight.

La lava rodeó casi por completo la cima de la montaña. Los soldados imperiales quedarían sin espacio para retroceder, desmoralizados, aterrorizados, pero por eso mismo su siguiente ataque llegaría con toda su furia. Quizás aquella maniobra acabaría por jugar a favor del Imperio.

Pero atrapar al enemigo en el espacio de la Compañía Twilight no era el único propósito de la lava. Nuevos chorros surgirían cerca de la base de la montaña, y los equipos de excavación de la compañía no eran los únicos que estaban operando.

La célula rebelde de Nien Nunb no contaba con recursos de artillería ni humanos, pero sí que tenía acceso a vehículos de minería. Cubrir con lava media docena de estaciones de vigilancia del Imperio parecía una buena manera de iniciar la revolución.

Namir contaba con que la célula rebelde en verdad pudiese movilizar a la gente de Pinyumb. Se preguntaba si sobreviviría para ver si esa parte del plan funcionaría.

* * *

La celebración de la Compañía Twilight duró hasta que el Imperio redobló su ataque. Los stormtroopers brincaban sobre las rocas y atacaban con las culatas de sus rifles, para luego caer por los disparos de la compañía. El gran número de soldados rebasó la capacidad de respuesta de la compañía. Los rifles bláster consumían demasiada energía y se calentaban demasiado rápido como para detener a cada enemigo que alcanzaba la cima. Namir ordenó la retirada, y los pelotones debieron abandonar la artillería móvil y a sus camaradas heridos para alcanzar los accesos a la instalación, zigzagueando en el laberinto de barricadas de la compañía.

Fue una retirada relativamente ordenada. Los pelotones sabían que formaba parte del plan, sabían quiénes podían partir primero y quiénes debían quedarse atrás para cubrirlos. Cumplieron con su deber, mientras los soldados de armadura blanca les lanzaban granadas y los lanzallamas rociaban muerte en su afán de dispersar a la compañía.

Durante la retirada, Namir se separó de Hober y se detuvo para recuperar el aliento detrás de un montacargas volcado que bloqueaba el cavernoso acceso oriente. Estaba en la parte posterior del laberinto, viendo a los pelotones tomar sus posiciones en las barricadas o en el techo. Cambiaba la celda de energía de su rifle, cuando sintió que una mano apretaba con fuerza su hombro y escuchó una voz grave como un bramido.

—¿Cómo perder cuando la naturaleza misma se vuelve en contra de nuestros enemigos?

Al girarse vio a Gadren, que lucía una amplia sonrisa. Detrás del alienígena, se encontraba Roach, quien, curiosamente, llevaba puesta la hombrera de algún stormtrooper. Balanceaba constantemente su peso de un pie a otro, y su sonrisa no era tan marcada.

—Intentemos no averiguarlo, ¿de acuerdo? —sugirió Namir, golpeando con fuerza el costado de Gadren. Sin embargo, no podía apartar la mirada de Roach. Por un lado sentía la necesidad de decirle que huyera, que se escondiera en lo profundo de la planta hasta que acabara la batalla. Pero eso no era lo que ella necesitaba, y Namir suponía que tampoco lo deseaba.

—Lo harán bien, los dos —dijo Namir.

—¿Alguna novedad de Pinyumb? —preguntó Gadren.

—No —respondió Namir—, pero tampoco contábamos con que la hubiera. Les hemos dado todo el apoyo que era posible. Fundimos a sus captores y atrapamos al ejército local acá. Si no pueden iniciar su rebelión, será por voluntad solamente de ellos.

Gadren asintió con la cabeza.

—Andando —dijo Roach, dándole un ligero empujón a Gadren en el brazo.

—Luego nos vemos. Cuídate amigo —se despidió Gadren.

—También ustedes —respondió Namir.

Roach y Gadren caminaron hacia las barricadas. Namir los vio alejarse y se concentró en estabilizar su respiración y sus manos, que habían comenzado a temblar.

Cuando estaban a punto de perderse de vista, Roach giró hacia Namir para intercambiar una mirada. Namir intentó darle una leve sonrisa y un gesto de aliento.

Ella guiñó un ojo, y Namir comenzó a reír.

* * *

Los pelotones apostados en el techo tenían la misión de entretener a los equipos de armamento pesado y artillería móvil del enemigo. Mientras estas unidades no pudieran operar, la infantería enemiga se vería obligada a pasar entre las barricadas, donde serían presa de la Compañía Twilight. La destrucción total del complejo había dejado de ser una alternativa, a menos que el Imperio estuviera decidido a sacrificar de paso a sus propias fuerzas.

Los stormtroopers fueron principalmente quienes conquistaron la cima; pronto comenzaron a resquebrajar las barricadas, bajo una lluvia de granadas y fuego. Pero hasta los escombros jugaban en su contra, retrasando su avance. Cuando un pelotón de Twilight perdía su protección, retrocedía dejando al siguiente pelotón a cargo de la vanguardia.

Namir disparó contra la tormenta de rayos bláster hasta que su rifle quedó sin carga; entonces tomó su arma de mano y siguió disparando hasta que alguien le alcanzó una recarga para el rifle. Se hallaba acostado sobre la placa de metal que conducía a la entrada de la planta, sólo se erguía para divisar a un enemigo y disparar.

Era el tipo de batalla que había librado desde que era un niño. Tan natural como respirar.

Aunque los pelotones retrocedían y sufrían bajas, aunque los stormtroopers seguían atacando, la Compañía Twilight no cedió el acceso a la planta. Cada miembro de la

compañía que caía se llevaba consigo una docena del Imperio. El desgaste comenzaba a notarse en la siguiente horda imperial que había llegado a la cima de la montaña. Los pelotones de la compañía parecían anticipar su éxito de manera instintiva, y los gritos de aliento y triunfo se alternaban; los soldados comenzaron a creer que podrían vencer.

Cuando Namir se retiró de los despojos en llamas del montacargas, en busca de la entrada a la planta, lanzó una última mirada a la batalla que libraban, en el cielo, el destructor estelar y el *Apailana's Promise*.

La batalla en tierra podía concluir en una victoria, lo cual lo enorgullecía, pero aquella batalla en el aire no. Y Namir se había quedado sin ases bajo la manga.

Existía la posibilidad de que la célula rebelde se adueñara de los cañones defensivos de la ciudad, pero, aunque así sucediera, seguramente sería demasiado tarde para salvar a la Compañía Twilight. Los residentes de Pinyumb tenían asuntos más urgentes que atender; para cuando tuvieran la oportunidad de enfocar sus cañones hacia el destructor estelar, sería demasiado tarde.

En cuanto el *Promise* fuera destruido, el destructor concentraría su atención en la planta procesadora. Descubriría que el ejército del Imperio había sido vencido. Descubriría también que bajo ninguna circunstancia se podía evitar la destrucción de la planta procesadora. A menos que ocurriera un milagro, destruiría la montaña por completo.

Namir había hecho su mayor esfuerzo. Había hecho justicia al espíritu de la Compañía Twilight.

Moriría con una sonrisa y con un grito de guerra.



CAPÍTULO 38

PLANETA SULLUST
Día tres del sitio de Inyusu Tor

Había pasado un largo tiempo desde la última vez que el capitán Tabor Seitaron disfrutara el sabor de la victoria.

Él ya había olvidado la excitación de una batalla, la alegría de dar órdenes y aliento a un equipo orgulloso y entregado, así como el súbito estremecimiento al descubrir la estrategia del oponente. La llegada de las naves enemigas le había parecido divertida, la había anticipado apenas como una posibilidad remota, pero transformar en un arma la lava de Inyusu Tor le resultó toda una sorpresa. La gobernadora Chalis y sus aliados fueron más inteligentes de lo que anticipó.

No por ello el balance de la batalla peligraba. Lanzó una mirada al cielo grisáceo desde el puente del *Herald* y vio pasar, envueltos en nubes de chispas y humo, a los X-Wing. El destructor estelar no era apto para la operación atmosférica, pero tampoco lo eran las naves enemigas y su armamento apenas resultaba una molestia. Una vez que eliminaran a la nave de combate y a sus dos cazas, el *Herald* enviaría un batallón de infantería para reforzar al maltrecho ejército atascado en la cima de la montaña y a las fuerzas que sofocaban los brotes de rebelión en Pinyumb. De esa manera romperían el sitio y salvarían la preciada planta procesadora del gobernador de Sullust. Al final, el prelado Verge obtendría el objeto de su búsqueda.

Por su parte, Verge denotaba una mezcla de nerviosismo e impaciencia. Mientras que Tabor se mantenía atento en el centro del puente, Verge deambulaba por las cabinas de controles repartiendo órdenes a los cañoneros. Tabor no interfería; las órdenes del muchacho resultaban innecesarias, pero eran aceptables. Además, Tabor había padecido a peores comandantes.

—Prelado, capitán.

Tabor giró hacia el oficial de comunicaciones.

«Barcel», pensó. «Chico capaz… demasiado vehemente, pero se comprende, dada su juventud». Verge lanzó una mirada hacia el muchacho, haciendo un ademán para que hablara.

—Una nave se dispone a despegar de una de las estaciones de transporte —anunció Barcel.

—Imagino que huye de la lava. ¿Ha transmitido algún código de autorización? —inquirió Tabor.

—Así es señor, los que usted nos pidió que vigiláramos —confirmó Barcel.

Tabor ahogó una risita, al tiempo que descubría la sonrisa de satisfacción de Verge.

—Una lección para todos. Puedes engañar a un hombre inteligente una vez, y dos veces a un tonto, pero nadie cae en el mismo truco tres veces —anunció Tabor.

La gobernadora Chalis había utilizado sus códigos para aproximarse a una nave de transporte del Imperio en el sistema Redhurne. Los rebeldes los volvieron a utilizar para evitar el bloqueo en Hoth. Pero intentarlo por tercera ocasión y para huir de su propia batalla, denotaba una arrogancia desmedida.

—Capturen la nave con el rayo tractor antes de que abandone la atmósfera —ordenó Verge—. La quiero intacta, por favor. La recibiremos en la plataforma de embarque.

Verge no había siquiera terminado la orden, cuando ya se dirigía al turboelevador. Pero giró cuando notó que Tabor no lo seguía. Un segundo después, Tabor lo alcanzó haciendo una mueca y hablando en voz baja.

—No me necesita para esto. Uno de nosotros debería permanecer aquí.

Tabor temía desatar la ira del Prelado, pero el muchacho ladeó la cabeza y le apretó un hombro.

—¿En verdad consideras que nos necesitan para esta batalla? Nuestro triunfo verdadero está en el hangar. Quiero que estés a mi lado —dijo Verge, en un tono casi suplicante, como un niño hablando con su padre.

Tabor deseaba rehusarse, dejar en claro que mientras hubiese hombres muriendo bajo sus órdenes, él no podía abandonar su puesto. Incluso la victoria conlleva un precio. Y aunque el *Herald* estuviese fuera del alcance del enemigo, allá abajo continuaban las bajas. Presenciar la batalla era un asunto de respeto.

Pero conocía demasiado bien a Verge y podía adivinar lo que el muchacho diría acerca de anteponer el respeto hacia los subordinados.

—Llevo mi intercomunicador —advirtió Tabor a las cabinas de control—. Si algo cambia, quiero saberlo al instante.

—Por fin veremos a nuestro enemigo —murmuró Verge mientras subían al turboelevador—. ¿Consideras que ella sabe que su fin ha llegado? ¿Aceptará que su fracaso se debe a su propia deslealtad?

—Prelado, ella es una rata oportunista. No esperaría nada de dignidad de este encuentro —dijo Tabor.

—Pues haremos que valga la pena, en nombre del Emperador —dijo Verge.

* * *

El rayo tractor transportó la nave al hangar terciario. Los escáneres revelaron una única forma de vida al interior. Si Chalis era la pasajera, tal como creía Verge, entonces viajaba sola.

Para solaz de Verge, Tabor llamó a dos soldados por seguridad: Zhios y Cantompa. Tabor había llegado a apreciar a ambos durante su estancia en el *Herald*. Ellos habían sido testigos de cómo Verge fastidiaba a sus contrapartes. Montaron guardia cuando Tabor enfermó debido al cambio de dieta y esperaron infinitas horas afuera del centro de mando en sus rígidos uniformes. Tabor confiaba en ellos, así que ellos merecían el honor (si es que eso podía decirse) de estar presentes en la captura de Chalis.

—¿Crees que ella aparecerá lanzando ráfagas con su arma? —inquirió Verge, mientras la escolta de Tabor se adelantaba por la puerta de duracero hacia el hangar. Tabor agradeció que al menos Verge no estuviera riendo.

—Considero que un poco de precaución no hace daño —dijo Tabor.

Uno de los guardias confirmó que el lugar era seguro, y Verge entró en el hangar seguido de Tabor. Este recordó que se trataba del mismo hangar al que había llegado por vez primera al *Herald*. La nave capturada había ya activado su rampa de descenso. Los guardias mantenían sus rifles apuntados a la rampa.

El pasajero de la nave descendió con un paso deliberadamente lento, casi ceremonioso. Portaba el uniforme negro de un capitán del ejército imperial, aunque no llevaba las botas de regla. Una máscara de oxígeno colgaba de su cuello. Extendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto que lo mismo podía significar rendición que bienvenida. Tabor recordaba claramente las facciones de aquel rostro que ahora se veía demacrado, exhausto, a pesar de la sonrisa cruel que cruzaba su rostro.

—Disculpen el atuendo —dijo la gobernadora Chalis—. Lo tomé prestado de uno de sus hombres para poder abordar la nave.

Giró levemente la cadera, entonces Tabor pudo ver la tela quemada en una porción del torso. Indudablemente, la huella de un bláster. Se puso tenso y frunció el ceño.

«Hablar a la ligera de un caído…»

—No era uno de mis hombres —dijo Verge—, sino del Emperador. Otra traición a tu cuenta.

Chalis se viró hacia Tabor sin responder, abriendo los ojos excesivamente para fingir sorpresa.

—Capitán Seitaron, ha dejado su retiro por mí. Su amante debe de estar muy celosa.

Tabor había olvidado su acento, ese pesado tono de colegiala coruscanti con el que pretendía ocultar su verdadero origen, un planeta perdido. El conde Vidian había sido, sin lugar a dudas, un hombre inteligente, pero Tabor nunca comprendió por qué se había tomado tantas molestias para encumbrar a Chalis.

—Esperaba mantener activa mi mente, pero… —empezó a decir.

—Y usted debe ser el prelado —dijo Chalis, interrumpiendo a Tabor y mirando de arriba a abajo la rígida expresión de Verge.

«Pero no me diste la oportunidad», esperaba decir Tabor. Molesto por la interrupción, tuvo que hacer un esfuerzo por controlar su irritación.

—Realmente debe ser usted alguien excepcional, para que el propio Palpatine le haya concedido el cargo. No lo nombró moff ni ministro, con todas las responsabilidades que eso conllevaría, sino prelado.

Tabor no estaba seguro de si Verge sabía que era objeto de burla para Chalis. El muchacho la miró con desprecio, como si su mera existencia resultara una afrenta.

—En lo que a usted concierne, yo soy el representante del Emperador en este lugar. Sus actos son reprobables para nuestro amo y señor.

Chalis dejó escapar una risa que podría pasar por alegre y jovial, de no ser por la ronquera que la sostenía.

—Usted se afana en parecer el sirviente favorito del Emperador, ¿no es así? ¿Es verdad que le construyó un altar en Naboo? ¿Es verdad que le gusta martirizarse por las noches para averiguar si resiste lo mismo que él y logra sus cicatrices? Quizás si llevara una máscara, él le brindaría un trato similar al de Vader.

Verge dio un paso al frente y Tabor notó que su cuerpo se estremecía. A Tabor no le importaba lo que Verge pudiera hacer con Chalis, pero ¿acaso era una argucia de la gobernadora para lograr una muerte rápida? ¿Y si la ira de Verge se salía de control? ¿Y si arremetía contra otros?

—Usted no necesita oír esto, prelado —dijo Tabor, pero Verge pareció no escuchar.

—Me disculpo. Y lo felicito por su victoria sobre mí. Estoy aquí para hacerle una propuesta —dijo Chalis, haciendo una ligera reverencia.

—¿Una propuesta? —musitó Verge.

—Conozco más acerca de cómo funciona la Alianza Rebelde de lo que cualquier espía podría imaginar: su liderazgo, sus planes, sus lados vulnerables. —La voz de Chalis perdió súbitamente el tono sarcástico y su tono descendió una octava—. Concédame el perdón por mis crímenes y compartiré esa información con ustedes.

Verge empezó a estremecerse con más intensidad. Sus labios, separados apenas, dejaban escapar largos soplidos. Tabor notó que su propia mandíbula estaba trabada. Volteó hacia sus guardias para ver si ellos también temían a la reacción de su prelado. Aunque seguían con sus armas apuntando a Chalis, su mirada no dejaba a Verge.

De pronto, Verge dejó de temblar. Sus músculos se relajaron. Con calma se acercó a Chalis y enterró sus dedos entre su mentón y su mejilla, como si quisiera arrancarle la cara igual que una máscara. Chalis ahogó un grito de dolor, pero no opuso resistencia. Verge la arrojó al suelo de un empujón. Ella rodó y se quedó allí, dejando ver su rostro atravesado por cortes superficiales.

—El Emperador no precisa de alguien como usted —dijo Verge, sacudiendo su mano como si estuviera sucia de lodo—. Y con esta victoria he demostrado que merezco un sitio al lado de Vader.

En el suelo, Chalis lucía diminuta y abatida, pero Tabor no sintió pena por ella.

—Como usted lo quiera —dijo ella con voz áspera y entrecortada. Entonces sacó de uno de sus bolsillos un pequeño dispositivo plano con un solo botón.

«¡Deténganla!», quiso gritar Tabor, pero ya era demasiado tarde. Vio cómo flexionaba el pulgar y escuchó un clic casi imperceptible.

Durante un instante nada sucedió.

Luego, la nave de Chalis estalló proyectando un aura de luz blanquecina. De la superficie de la nave surgieron arcos eléctricos, y el hangar retumbó por el sonido de las chispas y de la corriente eléctrica. Los paneles de control del rayo tractor y los soportes de atraque crujían conforme los arcos eléctricos los alcanzaban. Tabor hizo arcadas por la fusión del repelente olor del metal con el del plastoide y se cubrió la nariz con una manga.

Cuando la luz se disipó, las manchas verdes y rojas que flotaban frente a los ojos de Tabor lo obligaron a parpadear. Su cerebro, aturdido y anquilosado, logró reunir algunas palabras al comprender lo que sucedía.

—Una bomba de iones —murmuró.

—Cerca de veinte, todas las que le quedaban a la Compañía Twilight —respondió Chalis con voz seca. Apoyada con manos y rodillas intentaba ponerse en pie.

La cubierta volvió a cimbrarse.

—Este es un destructor estelar —dijo Verge sonriendo e intentando conservar el equilibrio mientras miraba en su rededor—. Todos los equipos clave están protegidos, ni siquiera veinte bombas los podrán dañar.

Pero eso no era cierto. Tabor sacudió la cabeza en un esfuerzo por ordenar sus pensamientos.

«¿Por qué no es cierto? Piensa, Tabor».

—Estamos dentro de la atmósfera —exclamó, avergonzado por el tono apremiante de su voz—. Necesitamos toda la energía para mantenernos en vuelo… cualquier falla…

Los destructores estelares eran naves extraordinarias, con la capacidad de arrasar montañas y transportar ejércitos enteros. Pero su peso era de millones de toneladas y sus requerimientos de energía, inmensos.

—Debemos retirarnos de inmediato. Transfieran la energía auxiliar y de armamento, toda la que puedan, a los motores. Pónganos en órbita —dijo por su intercomunicador, haciendo un esfuerzo por serenarse y hablar como correspondía a un capitán imperial.

Como respuesta, solamente escuchó la risa gutural de Chalis.

Obviamente, los sistemas del *Herald* estaban protegidos, pero su intercomunicador había sido desactivado, como casi todo lo demás en el hangar, excepto las luces. Tabor ordenó a los guardias que llevaran su mensaje al puente. Ellos se apresuraron hacia la puerta del hangar, pero esta no se abrió.

Tabor soltó una maldición. Los guardias comenzaron a retirar el panel de control para abrir la puerta manualmente. Verge seguía de pie, sin moverse, contemplando a Chalis, como si la explosión de iones también lo hubiera dañado.

«¿Por qué lo hiciste?», Tabor quiso gritar a Chalis. «¿Qué otra cosa ganas además de un baño de sangre?».

¿En verdad estaba dispuesta a dar su vida por la causa rebelde?

—¿Todavía crees que te has ganado el favor del Emperador? —preguntó Chalis, mirando fijamente a Verge.

—Aún me perteneces —dijo Verge, aunque sin convicción.

—Y para capturarme has entregado a los rebeldes uno de los bienes más preciados de Sullust —dijo Chalis, negando con la cabeza—. Y no fue un riesgo calculado, sino un torpe acto de egolatría.

Una sacudida en la cubierta puso a Tabor de rodillas, causándole un dolor en las piernas y obligándolo a pensar cuánto daño habían recibido sus huesos. Lanzó una mirada hacia los guardias espatarrados en el piso y a la mínima apertura de la puerta. Chalis estaba de rodillas otra vez.

Únicamente Verge había conservado el equilibrio. Al estallar el sonido de las alarmas, se lanzó hacia Chalis; la agarró del mentón y la golpeó en el rostro. Una vez más ella no opuso resistencia, únicamente giraba la cara cuanto podía para aliviar en algo la andanada de golpes. Cuando Verge se detuvo para tomar aliento con sangre en los nudillos y en su rostro, la gobernadora volvió a reír.

—He visto a Vader. A su lado usted es verdaderamente patético —dijo con una sonrisa roja en los labios.

Verge quedó inmóvil, y su mano, abierta como una garra sobre los ojos de Chalis.

—Lo logramos —gritó uno de los guardias, mientras el otro se apretujaba en la hendidura para salir.

—Deténganse. No nos retiraremos de la batalla —dijo Verge con un tono casi amable.

Tabor estaba demasiado confundido como para protestar.

—El Emperador no nos perdonaría una derrota, y con razón —continuó Verge—. Indiquen al puente que dirija toda la potencia de fuego al ejército rebelde. Que destruyan la planta si es necesario, pero no permitiremos la caída de Sullust.

Tabor valoró con demasiada lentitud las implicaciones de aquella orden.

—Prelado… —empezó a decir, reprendiéndolo. Se obligó a moderar su tono de voz, pero seguía escuchando tensión en sus propias palabras—. No perderemos Sullust, podemos ganar la batalla en otra ocasión. Pero sacrificar a nuestros hombres y a los de abajo…

La tripulación del *Herald* era de miles de hombres, y todos habían dado todo por Verge, pero esto era demasiado. Era una locura.

«¿Por qué lo haces?».

—No cuestione mis órdenes, capitán —dijo Verge con un tono de voz suave, casi infantil—. Todos hemos fallado y todos somos responsables. Si es preciso, estrellaremos la nave en la montaña, pero no sufriremos otra derrota.

En ese instante, mientras Verge estaba volteado, Chalis lo golpeó. Ambos comenzaron a forcejear; el muchacho con todo el vigor de su juventud contra la gobernadora que le doblaba la edad, pero esta tenía la ventaja que le daba su salvajismo. Tabor llamó al prelado, pero su voz se extinguió entre el furor de la lucha y el ruido de las alarmas.

Los guardias seguían sin moverse y sin saber qué hacer. Eran buenos hombres, respetuosos del deber. Seguramente aceptarían las órdenes del prelado y se dirigirían al puente.

Tabor maldijo y tomó su arma para apuntar hacia los combatientes. Su pistola era una Merr-Sonn B22 de funcionamiento mecánico. Seguramente no se habría desactivado con la explosión de iones. Si lograba detener su lucha, quizás podría razonar con el prelado y quizás el *Herald* podría escapar.

Con los ojos entrecerrados intentaba apuntar, pero sus manos temblaban. En su cabeza ponderaba qué argumento podría dar al prelado para convencerlo de la inutilidad de tantas muertes.

Hurgó en su memoria, rebuscando entre las conversaciones con el muchacho durante los desayunos y en los interrogatorios. Intentaba unir las piezas de la excéntrica filosofía de Verge, para encontrar algo sobre su visión del Imperio que Tabor pudiera utilizar.

Imaginó a la tripulación del *Herald* sacrificada por la pasión del muchacho.

Jaló el gatillo. En cuanto la boca de la pistola se iluminó de rojo, los combatientes se separaron. Verge contempló a Tabor con mirada perpleja, como un cachorro castigado cruelmente por su amo, y cayó al suelo. El agujero en su pecho aún despedía flamas.

—Avisen al puente que nos retiramos. Toda la energía a los motores —gritó Tabor, y escuchó el movimiento de los guardias al salir por la puerta.

Eran buenos hombres, podía contar con ellos.

El rostro de Chalis era una máscara sanguinolenta. Apuntó a su pecho, y ella sonrió.

«¿Por qué lo hiciste? ¿Resentimiento? ¿Lealtad a los rebeldes?».

—Capitán Seitaron —dijo ella—. Tabor.

—Tú eres la responsable de todo esto —dijo él—, no el muchacho, cuya locura no era su elección.

Muerto, Verge ya no lucía tan intimidante o impredecible; era una víctima de las circunstancias, una mente brillante y un gran imperial.

Verge se había convencido de que le hacía un favor a Tabor sacándolo del retiro.

Con la visión borrosa, Tabor se preparó para disparar.

—Una última pregunta —pidió Chalis.

—Una nada más —gruñó Tabor.

—Dime, si yo maté al prelado mientras tú y tus guardias estaban afuera, ¿cómo pude haberme disparado en el pecho con mi propia pistola?

Tabor contempló a Chalis como si se hubiera vuelto loca.



CAPÍTULO 39

PLANETA SULLUST
Día tres del sitio de Inyusu Tor

Cuando el destructor estelar se perdió entre las nubes, la Compañía Twilight vitoreó por encima del estruendo de disparos y explosiones. Nadie se explicaba qué podría haber sucedido. La posibilidad de que el *Apailana's Promise* hubiera vencido al *Herald* era nula; además, ningún disparo desde tierra parecía sugerir que la célula de Nien Nunb se hubiese apoderado de las defensas de la ciudad. De cualquier manera, se trataba de un regalo bienvenido que sirvió para inspirar a la tropa rebelde y desmoralizar a la infantería del Imperio.

Pero el combate a las puertas de la planta procesadora continuó. Y Namir sabía que continuaría hasta que el ejército imperial estuviera hecho polvo. Había fustigado a las dos fuerzas, enlazándolas con cadenas de lava, y alguna quedaría completamente destruida antes de acabar el día.

Namir disparó el rifle hasta que sus dedos se acalambraron y la cadera le dolió de tanto agacharse. Al acercarse la noche, se replegó con los escuadrones en lo más profundo de la planta, hasta que la puerta se convirtió en un lejano punto de luz. El piso metálico que se extendía ante la compañía era un basurero; había restos de máquinas utilizadas como barricada, cadáveres de soldados imperiales así como de miembros de la Compañía Twilight y armas despedazadas, cartuchos inservibles y cascos resquebrajados.

Sin embargo, el enemigo seguía atacando. En unas ocasiones en grupos de diez; en otras, de veinte; en otras más se presentaban en menor cantidad, pero apoyados por cañones y vehículos repulsores. Namir vio a sus amigos y camaradas partidos por descargas de blásters, inmolados por los lanzallamas y agujerados por la metralla. Un soldado enemigo había rasgado el pecho de Namir con su vibroespada. Alguien más atacó al soldado, dando a Namir la oportunidad de curar su herida para regresar al combate. Nunca supo quién le había salvado la vida.

De tanto en tanto alguna voz hablaba por su intercomunicador para informar del combate en otros accesos de la planta. Namir enviaba refuerzos a donde los solicitaran y pedía ayuda cuando los soldados de su entrada se veían superados, pero por lo general las tácticas de ambos bandos eran bastante simples. El momento de mostrar la inteligencia había terminado en la ladera de la montaña.

En una ocasión, durante una pausa entre los ataques, Namir escuchó un quejido y vio un cuerpo que se movía. En la confusión de su agotamiento le pasó su cantimplora, y hasta entonces notó que la mujer herida pertenecía al Imperio. Ella se alejó, arrastrándose, pero pronto recibió el disparo de un francotirador de la Compañía Twilight.

Al llegar la noche, las pausas entre ataques se volvieron más largas. Había pasado casi una hora después de una furiosa embestida. Namir y los suyos se miraron desconcertados, sin saber si debían abandonar sus puestos, deseosos de prolongar el momento de paz. Las explosiones y gritos lejanos habían cesado. La oscuridad envolvía el paso hacia la montaña. Y en el silencio del frente de batalla, la verdad comenzó a ser evidente.

La Compañía Twilight había vencido.



CAPÍTULO 40

PLANETA SULLUST

Dos días después del sitio de Inyusu Tor

Era un milagro que Thara Nyende estuviera con vida.

Su traslado, de la sala de emergencias de la guarnición a la clínica civil, fue lo que la salvó. Durante todo el día había vigilado a los médicos con su arma, sentada y encorvada en una silla, permitiéndoles atender a los civiles y soldados que llegaban, pero sin permitirles unirse a los rebeldes. Era tal su cansancio y su dolor que no tuvo fuerzas para contenerse, así que lloró cuando llegó la noticia de que la guarnición había quedado inundada por la lava. Si tan sólo hubiese tenido fuerza suficiente, se habría unido a los elementos de seguridad en la calle. En su estado, solamente le quedaba aguantar en la orilla y escuchar las estridentes celebraciones que indicaban que su Pinyumb había caído.

Sería capturada por las mismas personas a quienes había intentado proteger, vestir y alimentar.

No entendía nada. Cuando llegó la hora, se rindió a los rebeldes sin oponer resistencia.

Dos días después del fin de los combates era oficialmente prisionera de la Alianza Rebelde. Debido al elevado número de prisioneros —desde administradores del Imperio y miembros de fuerzas de seguridad hasta supervisores civiles—, se le había permitido servir, de manera limitada, bajo la vigilancia de un voluntario autorizado.

Extraoficialmente, trabajaba en la taberna de su tío.

Esa misma taberna le sirvió como refugio después de la crisis. Una vez que el tío de Thara fue liberado, empezó a usar el lugar como centro de distribución de productos donados. Si bien había residentes de Pinyumb que no habían sufrido daños durante la revuelta, otros, que vieron sus complejos habitacionales quemados y sus bienes confiscados, necesitaban la ayuda que los demás brindaban con gusto. Con la afluencia de voluntarios, la taberna también se convirtió en un sitio para intercambiar información acerca de la reconstrucción de Pinyumb y para organizar reuniones y discusiones sobre

cómo funcionaría la ciudad sin el Imperio. El trabajo era constante, por lo tanto Thara estaba siempre ocupada, dando seguimiento a la recepción y salida de mercancías, reparando maquinaria, enviando mensajes y sirviendo tragos.

Aunque procuraba ser discreto, su tío la vigilaba continuamente. Ella bien habría podido sabotear su operación, pero ¿con qué propósito?

Thara sintió la mirada de los asiduos a la taberna mientras llevaba una charola a una mesa ocupada por trabajadores de la planta. Los empleados tenían tiempo libre, pues no habría operaciones al menos durante una semana.

—Sé quién eres —le dijo uno de los trabajadores.

Ella lo reconoció: un nativo de Sullust, demacrado, con papada y orejas caídas. Él había sido el primero en hablar en contra del Emperador meses atrás, frente a ella. Los demás seguían muy aterrorizados. Ella no lo había reportado.

Con su mano rugosa, él le tomó suavemente la muñeca. Thara sintió el impulso de apartarse, pero se obligó a sonreír. No podía meterse en problemas.

—No pretendo ocultarlo —dijo ella con voz baja y clara.

—Todos escogemos bandos. No te avergüences de haber elegido el bando perdedor —dijo él, palmeando suavemente su muñeca, después la soltó.

Thara lo miró, sorprendida. Dejó la charola en la mesa y se alejó.

No todos estaban satisfechos con que Pinyumb se uniera a la Rebelión. Ella sabía cómo interpretar los murmullos inquietos, los comentarios de descontento. *Inestabilidad* era la divisa entre los de Sullust, quienes temían lo que la Rebelión podría hacerle a su hogar. No se atrevían a desafiar de manera abierta, no ella. Pero sintió deseos de virar hacia el viejo y preguntar: «¿Quién dice que me equivoqué de bando?».

Amaba a su tío y amaba a Pinyumb, pero sus colegas habían muerto. Su estómago estaba vendado y se movía como un lisiado. Si el Imperio regresaba, tenía toda la intención de reincorporarse a sus filas.

Y sin embargo… la mera idea de tomar un arma en contra de la gente de la taberna la hacía temblar. Los vasos de agua, té y cerveza en su charola derramaron algunas gotas.

Thara deseó que la paz fuera duradera.



CAPÍTULO 41

PLANETA SULLUST

Tres días después del sitio de Inyusu Tor

Más de un tercio de la compañía había muerto. Aproximadamente otros cien tenían heridas que les impedían reintegrarse al servicio. Namir estaba seguro de que muchos no regresarían a la Compañía Twilight; otros se retirarían del combate para unirse al diezmado personal de apoyo. Durante el sitio no hubo personal civil, y la compañía carecía tanto de médicos y técnicos como de soldados. Incluso la pérdida de droides domésticos en el *Thunderstrike* había dejado a la compañía necesitada de cocineros, traductores y mecánicos.

Gadren estaba entre los heridos. Durante las horas finales del combate perdió un brazo a causa de una granada.

—Somos más fuertes que los humanos y tenemos extremidades de repuesto —repitió en diversas ocasiones durante los días subsecuentes, más como un mantra que como una broma. A pesar de la herida y de la negativa de Von Geiz, dedicó las mañanas a auxiliar al equipo de rescate del *Thunderstrike* en busca de provisiones y equipo.

Entre los muertos estaba Roach. Gadren le narró a Namir la historia de su heroico ataque final.

—Se lanzó contra la marea de combatientes (su pelo rojo parecía un estandarte), en silencio, pero decidida. Un moto speeder sin conductor y cargado con explosivos vino directo a nosotros. Ella saltó sobre los soldados enemigos, recibiendo una y otra descarga, hasta lograr dar un tiro limpio al moto speeder. Un gran estallido iluminó el cielo mientras moría para salvarnos.

—¿Algo de todo eso es verdad? —preguntó Namir.

—En la batalla no existen las certezas —replicó Gadren, con voz baja y angustiosa.

Nadie de los otros con quienes habló Namir vio caer a Roach. Namir dejó que Gadren contara la historia a su modo. Seguramente a Roach no le molestaría.

Se preguntó por qué ella habría elegido ese nombre. Y deseó haberla conocido mejor.

Todo eso le contó a Brand conforme avanzaban montaña arriba. Oficialmente se suponía que buscaban objetos peligrosos que pudieran herir a los de Pinyumb de camino a la planta procesadora, como minas y artillería que no hubiese estallado, aunque ninguno de los dos había sido entrenado para ello.

—Ya no hay nada que hacer al respecto —le dijo Brand. Namir se viró para replicar, pero ella siguió—: Roach estaba bien, no te necesitaba. Tú hiciste tu parte.

Namir asintió con la cabeza y se arrodilló en las rocas. Tomó una daga de laja y la arrojó por la colina.

—Entiendo eso, pero la única razón por la que sigo acá…

«No quiero pelear al lado de desconocidos», pensó. «Pero, ¿de qué sirve ser digno de mis amigos si todos se esfuman?». Sin embargo, no se animó a decirlo.

De cualquier manera, Brand no estaba prestando atención. Continuaron con su ascenso, encontrando, de tanto en tanto, cráteres dejados por morteros o algún cadáver despedazado por ángeles de ceniza.

—Yo también los extraño —dijo Brand, después de un rato. Sonó como una especie de reproche, como si esperara algo mejor de sí misma. Ella se detuvo y Namir se acercó a su lado. Guardaron silencio, y finalmente Brand continuó—: ¿Por qué siempre sobrevivo?

Él la observó con atención y concluyó que con máscara o sin ella era igualmente impenetrable.

—Lo ignoro, algunos sobrevivimos, supongo. Yo sobrevivo. —Su respuesta no era satisfactoria; lo único que podía hacer era ofrecer algo de consuelo.

—Aún eres joven, prácticamente de la edad de Roach.

—Llevo haciendo esto…

—Mucho más tiempo que la mayoría de nosotros. Ya sé. Pero no es lo mismo.

Ella comenzó a caminar otra vez, pero con pasos cadenciosos y calculados.

—Te necesito, ¿sabes? Seguimos acá por ti —dijo Namir, aludiendo a lo que ella había dicho. Le señaló la montaña con un movimiento de cabeza. Su tono era sombrío; sus palabras fueron una afirmación, no una pregunta ni una súplica.

—No por mí, por Howl —dijo Brand, volteando hacia él y sosteniendo la mirada tanto como lo permitía su máscara—. Lo hicimos bien. No pienso ir a ninguna parte.

* * *

Pinyumb había sido liberada: sus opresores imperiales habían huido o desertado, o se habían rendido. Las defensas de la ciudad, que eran considerables, estaban ya bajo control civil, lo que garantizaba al menos un breve periodo de calma. Las transmisiones pirata y las señales interceptadas indicaban que la rebelión había iniciado en otras ciudades del planeta, lo cual también retrasaría el inevitable contraataque del Imperio.

Namir estaba al tanto de todo esto porque la célula rebelde de Nien Nunb había insistido en que él asistiera a las reuniones del gobierno provisional de la ciudad. Las

reuniones eran todo un tormento, con largos debates sobre quién debía administrar qué sistema de agua y sobre si la noche artificial de la caverna se debía recortar durante la reconstrucción. El único papel de Namir era opinar sobre asuntos militares y ofrecer a su tropa para labores nimias.

Era un alivio que ni él ni los otros soldados de la Compañía Twilight que acudían a Pinyumb fuesen celebrados como héroes; la gente de Sullust estaba demasiado ocupada y era demasiado pragmática para algo así, además había sufrido también sus bajas. No obstante, en ocasiones alguno que otro se acercaba y murmuraba palabras de agradecimiento o alguna anciana humana le ofrecía un regalo de flores, fruta o metal grabado.

«Sullust cambiará», le decía Nien Nunb al cerrar cada reunión. La primera vez, Corjentain había traducido, después Namir lo dedujo por su cuenta.

Después de las reuniones, Namir caminaba por las calles llenas de gente —las mismas que habían estado vacías a su llegada— para absorber las vistas de la espléndida caverna. Paseaba por los bancos de los riachuelos color turquesa y pasaba sus dedos sobre el polvo amarillo que cubría las rocas. Sin los suyos alrededor, no se sentía avergonzado.

* * *

Pero no había manera de eludir sus responsabilidades. Además de las reuniones en Pinyumb, debía asistir antes del alba a las juntas con los líderes de la Compañía Twilight.

—El gobierno interino desea que nos quedemos unas dos semanas adicionales —les anunció el cuarto día posterior al sitio—. Una vez que sea seguro, nos iremos. Así reduciremos la amenaza: el Imperio se sentirá menos deseoso de hacer papilla este lugar. Sé que no es mucho tiempo, pero debería ser suficiente para reparar el *Thunderstrike* o encontrar alguna alternativa de transporte.

—Quedémonos con la segunda opción —farfulló Vifra. Namir se tensó. Las operaciones de excavación para liberar la lava de la montaña la habían dejado con apenas un puñado de técnicos.

—¿Y luego qué? —preguntó Carver.

—¿Te refieres a Kuat? —respondió Namir, fingiendo indiferencia.

Carver asintió. Hober desvió la mirada. Von Geiz vio atentamente a Namir. Los demás observaban en silencio.

—Eso ya no es posible, por razones obvias —dijo Namir.

—¿Y entonces qué…? —empezó a decir Carver.

Namir lo interrumpió.

—Tenemos tiempo de sobra. Comiencen a pensar. Con algo de suerte, llegarán nuevas órdenes. De lo contrario hallaremos algo que funcione.

Seguramente habría quejas tanto entre los oficiales como entre la tropa. Eso no era asunto de Namir. Siempre se quejaban, y él mismo lo había hecho cuando Howl estuvo a

cargo. Pero, tomando en cuenta todas las pérdidas de los últimos meses, Twilight era la sombra de lo que había sido. Tantos muertos y heridos, tanto equipo destruido y tantos recursos gastados… Siendo optimistas, la compañía contaba apenas con un tercio de su fuerza. Por el momento era preciso atenuar las ambiciones.

Namir escuchó las novedades sobre las operaciones de rescate, la recuperación de los heridos y las reparaciones del *Apailana's Promise*; la nave había escapado de la batalla contra el *Herald* con las baterías láser agotadas y con los deflectores sobrecalentados, pero, asombrosamente, su casco estaba intacto. La reunión concluyó y los asistentes comenzaron a dispersarse. Namir tomó a Gadren por el hombro y lo apartó, para preguntarle:

—¿Regresas al *Thunderstrike*?

—Esa era mi intención. Es donde puedo ser de mayor utilidad —respondió Gadren.

Era otra manera de decir: «Mi escuadrón ya no existe». Con excepción de Brand, pero ella no aceptaba órdenes.

—Pensaba en otra ocupación para ti—dijo Namir—. Eres bueno con los civiles. ¿Te gustaría ser mi representante en Pinyumb?

—No es necesario —dio Gadren con una triste sonrisa y bajando la mirada.

—Es por mi cordura —dijo Namir—. Tengo el doble de trabajo que antes y nadie con quien quejarme. Tú conoces esta compañía mejor que nadie.

Todo eso era verdad. Su deseo de compartir la carga era genuino, así como el de ayudar a Gadren. Por el bien de ambos.

Gadren cerró los ojos e hizo flexionar sus tres gruesas manos. Un zumbido grave surgió de su garganta, tan profundo que Namir lo sintió en los huesos.

—De acuerdo —respondió—. Por el momento, porque no puedo ser tu teniente ni puedo ser… *ella*.

Namir sonrió y meneó la cabeza.

—Bien, aunque no podrías hacer un peor trabajo que ella.

Lo dijo porque deseaba ganarse a Gadren y porque *ella* era un blanco fácil. Pero era mentira.

Y es que a pesar de todos sus defectos, Chalis había hecho mucho por la Compañía Twilight. Todos los errores habían sido de Namir.

* * *

Namir no había tenido noticias de la gobernadora desde que Brand reportó su huida por las faldas de la montaña. Sospechaba que estaría con vida, pero sólo era una corazonada. Quizás su cuerpo había ardido con la lava o los ángeles de ceniza lo habían despedazado. De cualquier manera, ella ya no era su responsabilidad. Incluso Howl habría estado de acuerdo con eso.

Sin saber por qué, con frecuencia observaba el busto de bronce en su oficina, estudiando la rígida expresión y preguntándose acerca de las manos que lo habrían

esculpido. Cinco días después del sitio, Namir se hallaba contemplando aquella estatua cuando recibió un anuncio por su intercomunicador.

—Capitán, hay un mensaje cifrado para usted. La fuente es desconocida, pero con códigos de cifrado rebeldes.

—¿Dirigido a mí? —preguntó frunciendo el ceño.

—Así es señor, por su nombre.

No podía tratarse de un mensaje del alto mando de la Alianza. ¿O alguien había informado a los líderes rebeldes sobre la muerte de Howl? La solución del misterio era sencilla.

—Envíalo —dijo Namir.

El holoproyector de su terminal cobró vida y pasó del azul de la estática a las líneas de un rostro marcado por las suaves líneas de la edad. Pese a que su cabello lucía más canoso y largo, el rostro de la mujer no presentaba las ojeras que Namir se había acostumbrado a ver, si bien estaba atravesado por cicatrices de arañazos recientes.

—Sargento, escuché que ha vencido en Sullust, por lo que asumo que sigue con vida —soltó la grabación de Everi Chalis.

Namir notó que sus hombros se habían tensado y se forzó a relajarlos. La voz de Chalis sonaba áspera, pero no solamente a causa de la usual ronquera; su acento había cambiado: por tercera vez desde que la conoció, la sentía como algo un tanto familiar y ajeno a la vez. Namir había llegado a considerar ese rasgo como su inflexión natural, proveniente de algún planeta como Crucival, de donde ella habría salido.

Pero conservaba la arrogancia con la que solía expresarse ante hombres y mujeres que despreciaba.

—En cuanto a mí —dijo—, ahora me encuentro muy lejos de Sullust y no pienso reincorporarme a la Rebelión, ni a la Compañía Twilight. Nunca hicimos un buen equipo, incluso cuando nuestros objetivos parecían afines. Dejaste eso muy claro al final.

»Por supuesto, pensé que era mejor decirlo en persona. —Sus labios se torcieron en una especie de sonrisa—. O lo más cercano a ello bajo estas circunstancias. Mi siguiente destino no es, ni debería ser, algo que te preocupe. Es mejor que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse.

El mensaje continuó en silencio durante varios segundos. Chalis volteó hacia un costado y parpadeó. Al volver a hablar su tono había cambiado, ya era más frío:

—Desde mi partida de Haidoral Prime para unirme a tu compañía he sufrido humillaciones. No eran las primeras en mi vida; las acepto como el precio que tuve que pagar para sobrevivir.

»¿Pero tú, Hazram Namir? Creí que ambos veíamos algo en el otro, una especie de afinidad. En cambio, me juzgas del mismo modo en que lo hace el Imperio: consideras que mi talento consiste en hacer promesas, no en cumplirlas. —Por un momento pareció estremecerse. Luego se calmó y continuó—: Podría haber vencido en Kuat, podría haber lastimado al Imperio. Pero no confiaste en mí.

Un destello dio fin al holograma y Namir se quedó a solas.



CAPÍTULO 42

SECTOR NUMESIRA
Cinco días después del sitio de Inyusu Tor

Por vez primera en más tiempo del que podía recordar, Everi Chalis, exgobernadora de Haidoral Prime y embajadora del Consejo Imperial Regente, tenía la libertad de hacer lo que le viniera en gana.

La parte más complicada para escapar de Sullust fue convencer al capitán Seitaron, quien, sorprendentemente, tardó mucho en aceptar que Everi cargara con la culpa del asesinato del prelado Verge y, más aún, en aceptar que huyera. Su fuga, no su muerte, era la mejor manera de borrar cualquier duda acerca de su responsabilidad. A nadie sorprendería que la traidora hubiese huido de la escena del abominable crimen.

El viejo la despreciaba y aún la quería muerta, pero sus prioridades eran su tripulación y su deseo de recuperar las comodidades de la Academia, aunque quizás no en este orden. Y mientras más incompetente pareciera Verge, más se centraría la atención en Everi y no en Seitaron ni en el *Herald*. Con un argumento cuya credibilidad apenas se sostenía, había logrado que él se hiciera de la vista gorda y la dejara escapar en una lanzadera.

«Brindo por las mentes maleables de los viejos dominados por la culpa», pensó Chalis, levantando la cantimplora ante los millones de estrellas frente a la cabina de su nave.

Recordó su último trago, su último trago verdadero, en el camarote del capitán Evon al finalizar la campaña en Mardona III. Recordó esos momentos y su ánimo se agrió.

En su mensaje, podría haberle dicho a Namir que ella los había salvado, a él y a la compañía, al obligar al *Herald* a abandonar la atmósfera. Pero ¿qué más daba ahora? Que pensara de ella lo que quisiera. Ella le debía una despedida, nada más.

No. Estaba harta de la Compañía Twilight. Estaba harta de *pensar* en la Compañía Twilight. Había invertido demasiado esfuerzo y demasiados sentimientos en esas personas, y a cambio sólo había recibido dolor.

Sintió un cosquilleo en la garganta, el conocido comienzo de un ataque de tos. Se irguió y aspiró una bocanada de aire entre sus dientes para forzarlo a desaparecer.

Los rebeldes ya no estarían vigilando cada uno de sus movimientos, temerosos de que los traicionara; el Imperio ya no enviaría espías ni políticos para mantenerla en su prisión domiciliaria. Había dedicado los últimos días después de su partida de Sullust a garantizar su seguridad y su anonimato: intercambió el transporte del *Herald* por un starcutter civil y vació las cuentas financieras que había abierto años atrás… es decir, hizo todo lo que debió hacer en Haidoral Prime, antes de verse obligada a recurrir a la Rebelión por apoyo.

Ya no tenía ni autoridad ni riqueza, pero era libre. Y contaba con todas las herramientas necesarias para construir una nueva vida.

Ahora sólo debía decidir a dónde ir.

En alguna ocasión le comentó a Namir que lo único que deseaba en verdad era tiempo para esculpir, algunas comodidades y algo de respeto. Quizás eso seguía siendo cierto. Quizás podría encontrar algún mundo perdido en la periferia del espacio conocido, algo parecido a su planeta natal, donde se costease un trozo de tierra y algunas comodidades provincianas. Podría pagar con dulces a los niños para que le consiguieran arcilla y pasar sus días reaprendiendo su oficio. Alguna vez fue una buena artista, antes de que el conde Vidian se la llevara de la Academia Colonial y reorientara su talento para la visualización. Podría volver a ser una buena artista, oculta en algún planeta, fuera del alcance de los demás, mientras el resto de la galaxia se iba a la guerra y ardía, consumido por el caos.

¿Cuál era el nombre del planeta de Namir? Allí podría vender algunas baratijas tecnológicas y establecerse por décadas.

Crucival.

Everi tecleó en la consola de la nave y comenzó a buscar las coordenadas en la computadora de navegación.

Bebió otro sorbo de agua e imaginó que humedecía su arcilla y le daba forma entre sus dedos. Con el tiempo suficiente, bien podría llenar su propia galería. Una galería que nunca nadie vería.

Había muchas razones por las que la gente querría buscarla, tales como su conocimiento de la logística del Imperio o los secretos del alto mando de la Alianza, pero no por su arte. La ironía le pintó una amarga sonrisa. Contaba con información por la cual muchos sacrificarían un ejército, sin embargo ella elegía retirarse a algún rincón perdido de la galaxia.

Había otras opciones. A pesar de los riesgos, podría encontrar compradores para sus secretos. Podría participar en todos los bandos de la guerra civil, no solamente con el Imperio o la Alianza, sino también con los planetas no alineados del Crymorah. Podría convertirse en un agente de poder, quizás operando en las sombras, pero respetada por todos quienes supieran su nombre. Respetada al fin por los autoproclamados

gobernadores de la galaxia. Era tentador, muy tentador. Y ya era tiempo de que sus detractores supieran lo que era capaz de hacer.

Tamborileó con sus dedos la consola, respiró profundo e hizo un gesto de dolor cuando el aire pasó por las cicatrices internas de su garganta.

Había que tomar decisiones y comenzar una nueva vida.

Pero no tenía prisa.



CAPÍTULO 43

PLANETA SULLUST

Cinco días después del sitio de Inyusu Tor

Para su propia sorpresa, Namir sintió un vació cuando el mensaje de Chalis concluyó. La misma sensación de vacío que sintió años atrás cuando supo de la muerte de su padre. Era un duelo, sin lugar a dudas, aunque no estaba seguro de la causa de ese duelo.

Chalis lo acusaba de no confiar en ella. Quizás había algo de cierto, aunque, verdad o mentira, el resultado habría sido el mismo. Ahora era el responsable de la Compañía Twilight, no solamente de su gente o de sus objetivos, sino de los ideales que Howl había forjado. Los ideales que significaban victoria en el sacrificio cuando la batalla lo valía.

Y la batalla que valía era Sullust, no Kuat. Elegir uno no implicaba traicionar a Chalis. Si ella no podía ver eso, entonces era su culpa.

Pero no había nadie en la compañía que pudiera entender por qué la extrañaba. Así que guardó el mensaje para sí mismo.

Esa tarde recorrió la enfermería, caminó entre los equipos de rescate que seguían buscando entre los restos del *Thunderstrike* y entre las patrullas de montaña ocupadas en colocar los voluminosos Plexes, por si acaso algún aerodeslizador del Imperio se atreviera a acercarse. Se esforzó por captar el ambiente, por interpretar la compleja mezcla de orgullo, ansiedad, frustración y pena que envolvía a sus soldados. No se arrepentía de sus recientes decisiones y no detectó ningún tipo de animadversión hacia él. Al menos eso valía por algo.

No se permitió dedicar mucho tiempo a pensar en los caídos. Pidió a Hober que preparase un funeral para esa noche, utilizando los recursos disponibles. El gobierno interino de Pinyumb había ofrecido el apoyo de los maestros de cripta de Sullust, así como espacio para un funeral apropiado en las cavernas, pero Namir declinó el ofrecimiento. La Compañía Twilight se hacía cargo de su gente, incluso si habían muerto.

Al final, el servicio sí tuvo lugar en Pinyumb y se transmitió a toda la planta procesadora para quienes no pudieron asistir. En lugar de utilizar una estación de carga

de vehículos, Hober drenó las últimas chispas de energía de las celdas en una serie de generadores de emergencia que había conseguido con los sullustanos.

—Tarde o temprano tendremos nuestra nueva nave —le dijo a Namir—. Requerirá energía de emergencia; me aseguraré de que estos se utilicen.

El funeral duró unas cuatro horas. Hober y Von Geiz se las habían arreglado para hallar un orador por cada hombre caído. Namir tuvo tres turnos por reclutas que él formó a lo largo de años. Gadren participó con cuatro elegías, incluida una para Roach: «Criatura de una era de guerra y de Imperio. Nunca se rindió, más feroz que todos juntos». Incluso Brand tuvo palabras para un ingeniero y un alférez del puente del *Thunderstrike*.

Y como si hubiesen tenido vida, los droides también tuvieron su despedida. Namir no lo entendía muy bien, pero ello pareció tranquilizar a muchos. Incluso se homenajeó al *Thunderstrike*, cuando Hober drenó la celda de plasma de un cañón láser de la nave.

—¡Una niña fea y más infame que el pecado! —gritó el comandante Tohna, y todos vitorearon.

Posteriormente, algunas docenas de asistentes se reunieron en una taberna de Pinyumb que había ofrecido organizar una recepción. Rápidamente, Gadren, Brand, Twitch y Tohna localizaron una baraja y organizaron una partida. Namir se sentó cerca de ellos para observar, mientras corregía a Carver quien, desde la barra, recontaba la batalla de Phorsa Gedd.

—¡Las cartas tienen fortuna esta noche! —declaró Tohna luego de una feroz ronda—. Debería unírsenos, capitán.

—Estoy ocupado —dijo Namir, apuntando con el pulgar a Carver.

—No te apures por mí —comenzó Carver, y concluyó con una obscenidad.

—Nunca lograrás que se nos una —completó Brand sonriendo.

El poco alcohol que bebió había servido para aflojarle los labios.

Twitch soltó una risita. Tohna volteó hacia Gadren, que se encogió de hombros.

—Cree que no sabemos.

—¿Saber qué? —preguntó Tohna.

Gadren miró de reojo a Namir, quien lo observaba con el ceño fruncido.

—He hablado de más —dijo Gadren para apaciguarlo—. El capitán es dueño de sus decisiones.

—Donde creció no había juegos de sabacc. No le gusta admitir que no sabe jugar —terció Brand.

—Sé jugar —replicó Namir.

Twitch soltó una carcajada. Gadren parecía arrepentido. Brand se reclinó en su silla e hizo una jugada con la que ganó la partida.

La noche fue buena.

Cuando la mayoría se había retirado hacia la planta procesadora o a los alojamientos que les ofrecieron los de Sullust, Namir y Gadren recorrieron las silenciosas calles de Pinyumb.

—Quiero organizar un reclutamiento abierto —dijo Namir—. Mañana a medio día, si lo aprueba el Consejo de Pinyumb.

Gadren asintió levemente con la cabeza.

—¿Quieres continuar con la tradición de Howl? —le preguntó—. Antes desconfiabas.

—Y desconfío. Pero Howl sabía lo que hacía. Si así es como luchamos, entonces así es como persistimos.

Hablaba convencido. Ya había elegido su camino. Esto era apenas el siguiente paso.

* * *

Los ciudadanos de Pinyumb acudieron poco a poco al mercado después de que se hiciera el anuncio. Algunos tan sólo iban para interrogar a los reclutadores de la Compañía Twilight y luego se alejaban. Otros se mantenían a la distancia, mirando con desconfianza. Pero al final la fila creció, alimentada por una variopinta mezcla de jóvenes y viejos, mimados y desesperados. Namir pudo reconocer algunos de los lugareños que había visto durante las rondas con Nien Nunb la noche previa a la batalla. De pronto, un demacrado mecánico ofreció su experiencia con las máquinas y un humano jovencito que nunca había portado un arma se ofreció para pelear contra el Imperio.

El reclutamiento continuó por la tarde y hasta el anochecer. Lo que deparaban las semanas por venir, tanto para Sullust como para la compañía, era un misterio. Y el fin de la guerra ya no era ni siquiera el sueño distante que acariciaron en Hoth.

Sin embargo, una certeza se elevaba: la Compañía Twilight persistiría.